



Luis Coloma

La Reina mártir

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Luis Coloma

La Reina mártir

Introducción

La suegra y la nuera

- I -

Anohecía ya, y la escasa luz que por las hondísimas ventanas de aquella alcoba inmensa penetraba, dábale un tinte tan pavoroso casi como lo era en realidad el drama aterrador que en ella iba a tener efecto.

Parecía aquello uno de esos sombríos cuadros italianos en que las sombras y tonos oscuros desvanecen y confunden las figuras, y sólo aparece a la vista un conjunto fantástico, que menos se ve que se adivina.

Destacábase en el fondo un enorme lecho con dosel y cuatro columnas talladas, semejante en todo a esos catafalcos que llaman hoy camas imperiales. A la cabecera distinguíanse tres figuras, dos sentadas y una de pie, que parecían espiar ansiosamente los menores movimientos del bulto informe que dibujaban las ropas del lecho.

A los pies, y del lado opuesto, hallábase hundida en un gran sitial, una mujer de edad madura, que la luz crepuscular de la ventana bañaba por completo. Hubiérase dicho que era una estatua de alabastro, si el vivísimo fuego de sus ojos negros no brillara en aquel rostro exangüe, como una brasa encendida asomando entre cenizas.

Cubríala de pies a cabeza un largo brial de terciopelo negro, muy entallado, con anchas mangas perdidas y alta gorguera de encajes, y adornaba su cabeza un extraño tocado, que ha inmortalizado la historia. Era una especie de escofieta de terciopelo, que caía sobre la frente en forma de pico, y elevándose en dos alas por uno y otro lado, recogía sobre las sienes sus negros rizos, y remataba por detrás en un amplio velo que caía por la espalda.

A respetuosa distancia de esta enlutada figura, que tenía mucho de siniestra, hallábase sentada en un escabel otra señora ya anciana, vestida también de luto

El silencio era profundo en la anchurosa estancia, y rompíalo tan sólo un tenue quejido que a intervalos salía del lecho. Cesó de repente este quejido, y una voz débil, angustiada, como de niño mimado que se queja, gritó por dos veces:

-¡María!... ¡María!...

Este grito lastimero puso en conmoción a todos los que allí se hallaban. Incorporose bruscamente una de las sombras de la cabecera, y extendió ambas manos sobre el lecho, como si impetrase al cielo. Inclínose la otra sobre la almohada dando gemidos, y oyéronse palabras cariñosas, murmullos de llanto y de besos. La dama de alabastro cubriose el rostro con el pañuelo; la del escabel cruzó las manos con involuntario espanto y dos nuevos personajes salieron entonces de la obscuridad, como si aquel grito angustioso les hubiese evocado.

Era el uno un hombre vestido de negro, que acudió presuroso a la cabecera del lecho, y era el otro un viejo muy venerable, de luenga barba, envuelto en largo ropón de terciopelo carmesí, guarnecido de armiños.

Inclínose éste al oído de la dama pálida, y dijo algunas palabras en voz baja; contestó ella inclinando la cabeza afirmativamente, sin apartar el pañuelo de su rostro, y volvió a reinar la misma inmovilidad, el mismo inquieto pavor, el mismo silencio, interrumpido tan sólo por el triste gemir del enfermo, y los convulsos sollozos de una de las sombras.

Entraron a poco seis lindos pajecitos que traían antorchas encendidas, y las distribuyeron por toda la estancia en altos antorcheros milaneses, de exquisita labor y delicada elegancia. Quedó entonces iluminado el sombrío escenario, y quedaron también a la vista los personajes de aquel drama que tocaba ya a su desenlace.

Entre las blancas ropas del lecho asomaba la lívida carita de un joven, casi niño, en que se veía pintada la crispación del sufrimiento y se adivinaba ya la agonía de la muerte. Apoyada en la almohada misma del moribundo, y oprimiendo entre las suyas su flaca mano, hallábase una joven, casi niña también, que lloraba amargamente.

Era aquello un idilio que la muerte trocaba de repente en tragedia, sobre los flordelisados almohadones de un trono. Porque aquellos dos niños que la muerte separaba sin haber cumplido ninguno diez y ocho años, eran los Reyes Cristianísimos de Francia, Francisco II de Valois y María Estuardo, reina ella también, por derecho propio, de Escocia.

Al lado de ésta hallábase la duquesa de Guisa, Ana de Este, hija del duque de Ferrara, tía y camarera mayor, como diríamos en España, de la desdichada reina. Detrás de ambas aparecía la arrogante figura del cardenal Carlos de Lorena, apoyado en una de las columnas del lecho. Observaba el ambicioso príncipe, con inquietud siempre creciente, el rostro del Rey, que por momentos se descomponía, y paseaba su mirada hosca de la cerrada puerta de la cámara a la impasible figura de la dama enlutada, que no era otra sino la reina viuda de Francia, Catalina de Médicis.

Hallábase ésta sentada, como ya dijimos, de la otra parte del lecho, y tenía a su lado a su parienta y camarera mayor la condesa de Fiesque, ilustre italiana de la familia de los Strozzi.

El hombre vestido de negro, que asistía al Rey a su cabecera, era el famoso Juan Chapelain, primer médico de cámara, y el viejo del ropón carmesí con armiños, el austero Miguel de L'Hôpital, gran canciller de Francia.

Éstos eran los personajes de aquel drama que iba a tener allí su desenlace, como había tenido su principio aquella misma mañana, en la cámara real de la reina María Estuardo.

- II -

A la muerte de Enrique II de Valois, recayó la Corona de Francia en su hijo primogénito el delfín Francisco, casado dos años antes con María Estuardo, reina de Escocia.

Dos bandos formidables, católicos y hugonotes, despedazaban entonces el reino, y otros dos, no menos poderosos y enconados, dividían también la corte: los Guisa y la reina madre, Catalina de Médicis.

Enarbolaban aquéllos abiertamente la bandera de los católicos, y pretendiendo apoderarse del gobierno por el pronto, veían ya en el porvenir esperanzas fundadas de ceñir con el tiempo la corona al jefe de ellos, Francisco de Lorena, duque de Guisa, llamado el Balafre, esto es, el de la cicatriz, por la que le cruzaba el rostro de un lado a otro lado.

La Reina, por su parte, comenzó desde luego a desarrollar su astuta y tortuosa política florentina, de oponer a un partido otro partido, con el objeto de encresparlos entre sí, debilitarlos ambos y llegar por este camino a su único y meditado fin de consolidar el poder real, en jaque siempre por los grandes y los herejes, destruyendo a los Guisa y aniquilando a los hugonotes.

Cierto que, influida Catalina por las perniciosas máximas de su paisano Maquiavelo, erró gravemente en usar tan sin escrúpulos de toda clase de medios. Mas su fin era el de todos los soberanos de aquel tiempo, y su mano de hierro supo mantener firme la Corona durante treinta años, hasta que al morir ella, meses antes que el último Valois, la dejó caer éste en un charco de sangre y la recogió Enrique IV. Catalina hizo ella sola lo principal y más difícil de esta obra de gigantes; terminola Richelieu, y la disfrutó Luis XIV.

Con estos amagos de horrible borrasca subieron al trono aquellos reyes niños que aún no habían cumplido diez y seis años. María, ferviente católica por una parte, y sobrina carnal de los Guisa por otra, como hija de la hermana de éstos, María de Lorena, llamose al punto al partido de su familia, representado entonces por los dos hermanos Francisco el Balafre I, y Carlos, cardenal de Lorena, a quien por su mucho poder y autoridad llamaban los herejes el Papa transalpino.

Era entonces María Estuardo una niña traviesa, alegre como un jilguero, linda como un ángel, instruida y docta como un doctor de la Sorbona, e imprudente y ligera hasta el punto de atreverse a jugar con su suegra, con la inocente temeridad del niño de dos años que tirase de la cola a una pantera negra de Java, creyéndola un gato grande.

A la muerte de Enrique II vistió Catalina un luto que llevó hasta el fin de su vida, y entonces inventó para su propio uso, el tocado que antes hemos descrito. Gustó a María Estuardo el invento; adaptolo a su rostro de ángel, y con grandes risas y fiestas trocó la severa escofieta de su suegra, en ese precioso adorno que, inmortalizado por pintores y modistas, lleva aún en el día de hoy su nombre.

Calló la suegra, fiel siempre a su divisa, guarda è tace, mira y calla; pero ésta fue la primera partida que apuntó en la terrible cuenta que iba formando a su nuera.

Enamorada María perdidamente de su esposo, y siendo de él con igual amor correspondida, no le fue difícil traer a Francisco II al partido de los Guisa. El duque fue nombrado lugarteniente del reino, el cardenal de Lorena manejó a su placer las voluntades y conciencias del Rey y la Reina, y Catalina de Médicis, postergada y humillada, añadió a su divisa guarda è tace, otra más apremiante: Odiatè è aspettate, odiad y esperad.

- III -

Y no tuvo, por desgracia, Catalina que aguardar mucho tiempo. Después de las ejecuciones de Amboise, trasladose la corte a Orleans, donde se reunieron los Estados generales, y allí comenzaron a desarrollarse los sucesos que vamos refiriendo.

Una tarde volvió Francisco II muy desazonado de un largo paseo en barca por el Loire, y metiose en cama para no volver a levantarse nunca. Quejábbase de fuertes dolores en los oídos y ruidos extraños en la cabeza.

Alarmado Juan Chapelain, su primer médico de cámara, quiso consultar a sus tres compañeros de cargo, entre los cuales se contaba el famoso cirujano Ambrosio Paré, tan justamente llamado hoy Padre de la cirugía moderna. Convinieron todos en que el Rey tenía malos humores que le pesaban sobre el cerebro, y podían muy bien éstos penetrar la masa encefálica y hacer entonces la crisis inminente y extremo el peligro.

Mas no convinieron de igual modo aquellos sabios doctores en la manera de conjurar el riesgo. Ambrosio Paré afirmó rotundamente que él respondía con su cabeza de la vida del Rey, si se le permitía hacerle la operación del trépano, con el fin de extraer por la perforación del cráneo, los malos humores que le mataban; operación ésta muy extraña entonces, que el mismo Paré había perfeccionado y practicado ya tres veces con resultado siempre favorable.

Juan Chapelain y los otros médicos, que según opinión de algunos, estaban ganados por la reina madre, calificaron el proyecto del cirujano de temerario asesinato, y limitáronse a recetar inyecciones auriculares, que habían de atraer por aquellas vías la expulsión de los malos humores.

Estimaba en mucho el duque de Guisa la ciencia de Paré, por haberle curado éste la tremenda herida cuya cicatriz le cruzaba el rostro, y persuadió a la reina María para que adoptase la opinión del célebre cirujano. Vino en ello la afligida reina, con la docilidad que mostró siempre a sus tíos; mas quiso antes juzgar por sí propia las razones de los médicos, y citoles aquella misma mañana en su real cámara.

Sucedía esto poco antes del mediodía, y atraídos por la gravedad de tamañas nuevas, poblaban ya en aquella hora la antecámara de la Reina cuanto personaje importante o curioso tenía entrada entonces en la corte de Francia.

Formaba la antecámara una gran pieza cuadrangular, con dos enormes chimeneas, una en cada extremo. Abríase en el fondo la ancha puerta de la cámara regia, custodiada por dos pajes y dos alabarderos de la guardia escocesa. A uno y otro lado de la chimenea llamada de honor, por ser la más próxima a la cámara, hallábanse de pie las damas de ambas reinas, formando dos grupos distintos. Presidía las de la reina María, la duquesa de Guisa, sentada en un sitial de alto respaldo; y colocada de igual manera la condesa de Fiesque, presidía las de la reina madre.

Entre el grupo de las damas y el que formaban los cortesanos, dejaba la etiqueta un gran espacio vacío, que sólo osaban franquear los príncipes de la sangre, y los más grandes señores del reino. El gran canciller, el anciano cardenal de Tournon, los mariscales de Vieilleville y de Saint-André, los dos hermanos Alberto y Carlos de Gondi, y otra porción de personajes de mayor o menor cuenta, discurrían, todos de pie, por el resto de la antecámara, ora hablando, ora paseando.

En la cámara real hallábanse sentadas frente a frente la suegra y la nuera. A derecha e izquierda de Catalina estaban de pie los dos hermanos Guisa, el duque y el cardenal, inquietos, azorados y dispuestos al parecer, si necesario fuese, a cualquier acto de violencia contra la pérfida italiana, como llamaban ellos a la reina madre. Ésta, impasible y como si esperase lo que se iba a tratar y el peligro que ella misma corría, hizo ademán a los médicos de que podían tomar la palabra.

Ambrosio Paré, que era muy tímido, expuso su opinión balbuceando. Catalina hizo un gesto de espanto al oírle, y murmuró lo bastante alto para que los dos hermanos Guisa la oyesen:

-¡Poner la vida de mi hijo en manos de un hugonote!... (Paré lo era.) ¡Jamás!...

Juan Chapelain tomó entonces la palabra, y comenzó a refutar al famoso cirujano. Catalina no le dejó acabar: levantose bruscamente y con enérgica majestad, dijo:

-Tienes razón, Maese; y jamás consentiremos ni como madre ni como miembro del Consejo de Regencia, que agujereen la cabeza del rey de Francia como se agujerea una tabla.

-¡Pero, señora!, -gritó María Estuardo desolada-. ¡Si es el último recurso!... ¡Si no hay ya otro remedio!...

Catalina cerró los ojos horrorizada y sacudió con violencia la cabeza de uno a otro lado, como enérgica negativa. Lívido de rabia el duque de Guisa, llevola al hueco de una ventana, y hablola en voz baja violentamente. Mas Catalina, rechazándole con un verdadero gesto de reina, a las pocas palabras que se dignó escucharle, dirigióse a la puerta de la cámara y la abrió por sí misma de par en par.

-¡Señor canciller!, -gritó impetuosamente desde el mismo umbral de la antecámara.

Levantose en ésta un murmullo de sorpresa al ver aparecer a la reina madre, y el gran canciller acudió presuroso a su encuentro. Catalina, de pie en el umbral, y con la deliberada intención de que la oyesen todos los que en ambas piezas se hallaban, añadió con gran firmeza, mostrando a los hermanos Guisa, estupefactos en la cámara de semejante audacia:

-¡Señor canciller!... ¡Esos señores quieren autorizar una operación horrible en la persona del Rey; y como su madre que somos, y como parte del Consejo de Regencia, nos oponemos y protestamos contra ese verdadero crimen de lesa majestad!...

Levantose en la antecámara un segundo murmullo de verdadero espanto, y el cardenal de Lorena, vuelto en sí de su sorpresa, tiró de la reina madre hacia dentro de la cámara, dejó pasar también al gran canciller, y cerró la puerta.

Mas no era Catalina de Médicis mujer que se intimidaba; y sin que su arrebatada violencia le hiciera perder un punto de aquella grave majestad que la distinguió siempre, formuló de nuevo y con mayor energía su protesta. ¡Nunca, jamás consentiría, ni como madre del rey de Francia ni como miembro del Consejo de Regencia, en que semejante operación se hiciese!...

-¡Pues como lugarteniente del reino que soy, yo la autorizo y ordeno!, -gritó el duque de Guisa fuera ya de sí y aceptando la batalla frente a frente.

-Y yo no puedo impedirlo -dijo gravemente L'Hôpital-. Pero como gran canciller que soy, puedo y quiero hacer constar la solemne protesta de S. M. la reina madre.

Agarrole coléricamente el duque por el ropón al oírle, y dijo con irónica rabia:

-¿Y cree el Sr. L'Hôpital que pueda y quiera el lugarteniente del reino deponer al gran canciller de Francia?...

No pestañeó el viejo, ni intentó siquiera desasirse del orgulloso magnate. Irguió su elevada estatura, y contestó con entereza:

-No lo dudo, señor duque... Pero también tengo por cierto que sobran en esa antecámara nobles franceses, capaces de prender al traidor que se atreviera a usar de la violencia en la persona del Rey o del gran canciller de Francia.

Echó el duque mano a la espada, y hubiérase visto allí el espectáculo horrible y no extraño entonces de una cámara real manchada de sangre, si el cardenal de Lorena no le detuviera el brazo presuroso y angustiado.

-¡Tente, hermano!..., -exclamaba-. Donde hacen falta las obras, huelgan las razones... Deja que el señor canciller haga constar lo que quiera, y salvemos nosotros al Rey en tanto.

Y mientras así decía, arrastrábale hacia el otro extremo de la cámara, donde se hallaban María Estuardo acongojada y Ambrosio Paré desfallecido.

Porque el cirujano, tímido de suyo, de constitución débil, y aterrado además por lo que había visto y oído a la reina madre, tan temible en sus cóleras, había sufrido una ligera congoja. Hízole sentar María Estuardo, y presentole ella misma unas sales, ayudada por su camarera escocesa Dayelle, mientras altercaban los otros personajes.

El cardenal, que nada había notado y tenía tanto valor civil como valor guerrero su hermano, añadió lacónicamente, dispuesto a saltar por todo:

-Ambrosio Paré, vamos a la cámara del Rey.

-¡Imposible, señor cardenal, imposible!, -gimió el pobre cirujano-. Para hacer la operación se necesita antes que nada, calma, tranquilidad, pulso seguro y firme... Y ved, señor cardenal, ved cómo me encuentro...

Y levantaba el infeliz sus dos manos temblorosas y convulsas como las de un azogado.

-Pues cálmate, Maese, -decía el cardenal animándole-. A fe que tienes tiempo por delante... ¿Cuántas horas necesitas para descansar... una... dos... tres... cuatro?...

-Con ésas y con que me dejen en libertad, me basta.

-Libertad tienes siempre a mi lado -dijo fieramente el duque de Guisa-. Reflexiona que estás bajo la protección del lugarteniente del reino y de la verdadera reina de Francia.

Y esto último lo dijo señalando a María Estuardo y recalcando mucho las palabras.

-¡Pues en la cámara del Rey, dentro de cuatro horas!, -añadió el cardenal, como si lanzase el guante a la reina madre-. Veremos si conviene hacer la operación esta misma noche, o puede aplazarse hasta mañana.

Al oír esto Catalina cruzó una rápida mirada con Juan Chapelain, e hizo seña al cirujano Paré de que se le acercase.

-Mira, Maese -le dijo tan serena y cariñosa como si nada hubiera pasado-. Nunca hemos puesto en duda tu lealtad, ni duda tampoco de tu ciencia. Ve a la cámara del Rey a la hora que te dicen, y reconócele de nuevo... Quizá varíes entonces de opinión, si tienes en cuenta, sobre todo, que te juegas la cabeza.

- IV -

No descuidaron un punto ni Catalina ni los Guisa sus precauciones en la breve tregua que siguió a la violenta escena de la cámara.

Nadie, sin embargo, ni aun las personas más allegadas a la reina madre, pudieron notar durante estos momentos en aquella mujer impenetrable, sombra de duda, ni asomo de temor, ni aun ligera señal de preocupación extraordinaria.

Visitó como todos los días a su hijo Carlos, muy débil de salud entonces, y encontró en su cámara al preceptor del Príncipe, Jacobo Amyot, el gran traductor de Plutarco, y a Filiberto de Marcilly, señor de Cipierre, que era su ayo. Era Cipierre muy buen caballero, y era también hechura completa de los Guisa, que le habían nombrado gobernador de Orleans durante la reunión allí de los Estados Generales.

Sobresaltose, pues, al ver entrar a la reina madre, temiéndose alguna escena, porque un cuarto de hora antes había recibido orden del duque de Guisa para ocupar militarmente la planta baja del Hotel Grosloot, casa de la villa hoy, que era donde los Reyes se hospedaban; claro indicio éste para el gobernador de Orleans, de que los Guisa maquinaban en efecto, como ya se murmuraba, prender a la reina madre y encerrarla en Ambroise, hasta que restablecido el Rey se decidiera a mandarla a Florencia desterrada.

Su asombro fue, pues, grande, al ver que, tranquila y sosegada la Reina, se entretuvo con su hijo como todos los días, y tan sólo se le ocurrió decirle a él que le parecía conveniente aliviar ya al Príncipe el luto que por la muerte de su padre todavía llevaba.

Quiso escoger ella misma el traje que habían de ponerle, y escogió, en efecto, entre las varias ropas que le trajeron, unas calzas de seda negra con gregüescos acuchillados de blanco, justillo de paño de oro con flores de terciopelo negro en realce, y una capita bordada que ella misma probó al niño, haciéndole mil caricias y halagos, y llamándole mignon, cherubino, gentilísimo, como pudiera hacer la más tranquila y cariñosa de las madres.

Mandó luego le trajesen allí al duque de Anjou, que fue después Enrique III, y tenía entonces ocho años, y a la princesa Margot, que contaba siete, y había de ser más tarde reina de Navarra y mujer de Enrique IV.

Para todos tuvo besos, cariños y melosidades italianas, y el bueno de Cipierre, más guerrero que diplomático, quedó plenamente convencido de que la Reina ignoraba el riesgo que corría, o de que alguna crisis favorable en la enfermedad del Rey había hecho cesar ya todo peligro.

Entretúvose todavía la reina madre un buen cuarto de hora, en su propia cámara, con el gran canciller L'Hôpital, e igual tiempo habló muy en secreto con la condesa de Fiesque, su

camarera mayor y confidente íntima. Después de esto, instalose con estos dos personajes en la cámara real, a los pies del lecho de su hijo, como la hemos descrito ya al comenzar estos apuntes históricos.

A la crisis sufrida antes por el Rey, había sucedido un pesado letargo, que la inexperiencia de la reina María tomaba por benéfico sueño. Inquieto sin embargo el cardenal, prestaba oído atento a los rumores de la antecámara, y Juan Chapelain, también intranquilo, había dispuesto sobre una mesa varias jeringuillas y redomas, por si era necesario apelar a las inyecciones que él había recetado.

Sólo Catalina y L'Hôpital aparecían serenos e impasibles. Apoyado éste de espaldas contra una chimenea y con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía sumido en meditación profunda; y la reina madre, hundida en su sitial, pasaba lentamente las gruesas cuentas de un rosario que llevaba a la cintura, como era entonces moda y devoción de las grandes señoras, pues siempre arraigó mucho entre ellas lo que llamamos hoy piedad mundana.

En la antecámara reinaba grande y contenida efervescencia, y al atravesarla de parte a parte Catalina para entrar en la alcoba de su hijo, pudo notar muy bien que no faltaba allí uno sólo de los partidarios de los Guisa, y que traían muchos de ellos armas más fuertes y templadas de lo que sufre el ligero traje de corte.

De repente crecieron los murmullos de la antecámara, hasta oírse distintamente voces contenidas y ruido de pasos. Las puertas de la cámara se abrieron de par en par, como se abrían tan sólo para los reyes, y aparecieron entonces el duque de Guisa y Ambrosio Paré, seguidos de gran golpe de gente.

Venían pajes con nuevas luces, ayudantes del cirujano, oficiales de la Guardia escocesa, y detrás de todos, el gobernador de Orleans y el mariscal de Saint-André, que se quedaron junto a la puerta, como si pretendiesen guardarla.

Salióles al encuentro el cardenal, y María Estuardo, llena de esperanza, hizo seña al cirujano de que se acercase. Adelantose también el gran canciller, hasta ponerse frente a frente del lecho, y al lado de la reina madre. Ésta no hizo el mayor movimiento, y ni aun volvió tan siquiera el rostro.

Acercaron luces al lecho del Rey, que no había vuelto de su letargo, y Ambrosio Paré comenzó a examinarle. L'Hôpital, clavados los ojos en el rostro cadavérico de Francisco II, tiró disimuladamente a Catalina de una de sus anchas mangas. La Reina, sin volver la cara, hizo una señal imperceptible a la condesa de Fiesque, y ésta se apresuró a salir de la cámara por una puertecilla de escape que daba a las escaleras de servicio.

De repente incorporose bruscamente Ambrosio Paré, llevándose ambas manos a la cabeza, y paseó por todos lados una mirada desencajada. La sorpresa y el terror se apoderaron de todos.

-¡Pero si ya es tarde!, -gritó con desesperación verdadera-. ¡El derrame empezó ya y avanza sin remedio!... ¿Por qué no me avisaron antes?...

Y dando la mayor prueba de humildad que puede dar un sabio, que es seguir la opinión de otro, cogió las jeringuillas de Chapelain, y puso él mismo una inyección al enfermo, por la oreja izquierda.

Mas no bien penetró el líquido interiormente, retorciöse el cuerpo del Rey bajo las ropas con crispación horrible, sus rodillas se elevaron, hundiósele el pecho, y Ambrosio Paré tiró las jeringuillas gritando desenchajado:

-¡Se acabó todo!... ¡Se muere!

El cardenal, sacerdote antes que nada, extendió ambas manos sobre el Rey, y le absolvió por última vez y en su postrer momento. Abrazose María Estuardo al cuerpo dando alaridos, y la reina Catalina cruzó ambas manos ante su rostro exangüe, más pálido todavía, y se puso de rodillas. Todos la imitaron, y hubo entonces un cuarto de hora de espantable silencio, interrumpido tan sólo por los gemidos de María y el estertor del moribundo.

Ambrosio Paré y Chapelain, uno a cada lado del lecho, observaban los pulsos del Rey. Cesó al cabo el estertor, y los dos médicos se miraron, haciéndose una señal afirmativa.

Acercose entonces el duque de Guisa para examinar de cerca el rostro del Rey, y poniéndole una mano sobre la frente, dijo cumpliendo los deberes de su cargo:

-¡El Rey ha muerto!...

Hubo entonces un momento de confusión en la cámara, y las puertas se abrieron, como por sí solas, de par en par.

Lanzose a ellas el duque de Guisa, para dar órdenes a Cipierre, gobernador de Orleans... Mas Catalina le detuvo por un brazo, mostrándole con un ademán lo que detrás de él había.

Por la puertecilla de servicio entraban dos reyes de armas, de gran gala. Seguíaes el duque de Orleans, desde aquel momento Carlos IX, con el rico traje que le escogió su madre aquella misma mañana... Asustado el pobre niño, agarrábase a las faldas de la condesa de Fiesque y a la sotana de Jacobo Amyot, que le acompañaban.

Salióle al encuentro la reina madre, y le hizo arrodillar junto al lecho del Rey, para que besase la mano del cadáver. Angustiado más y más el Reyecito, volvía a todos lados la espantada carita, buscando con los ojos a Jacobo Amyot, a quien profesó siempre entrañable cariño.

Los reyes de armas gritaban mientras tanto por tres veces, en el umbral de la antecámara:

-¡El Rey ha muerto!...

Luego, después de lúgubre pausa, volvieron a gritar:

-¡Viva el Rey!...

Apareció entonces Catalina de Médicis, ya regente del reino, llevando de la mano al rey niño Carlos IX, y atravesó la antecámara sin arrogancia ni miedo, como pasea un prudente vencedor las filas de los vencidos.

Siguiéronla todos en masa, amigos y contrarios, y quedaron solos en la cámara vacía, el cadáver de Francisco II tendido en el lecho, y arrodillada a sus pies María Estuardo sollozando.

- V -

Así quedó terminado aquel drama, tan controvertido después por los historiadores. Pues mientras sostienen unos que Catalina obró de buena fe al oponerse a los proyectos del cirujano hugonote, porque creyó ver en la barrena del trépano un puñal disimulado que amenazaba la vida de su hijo, acúsala otros, por el contrario, de que dejó morir deliberadamente al rey Francisco, a trueque de apoderarse ella de la regencia del niño Carlos IX, que contaba a la sazón nueve años.

La recíproca de cada una de estas opiniones absuelve o condena a los Guisa; porque o apoyaban ellos al cirujano hugonote para salvar franca y lealmente la vida del Rey, lo cual parece lógico, puesto que con su muerte se les escapaban poder y privanza, o intentaban valerse de Ambrosio Paré como del más disimulado de los asesinos, para quitar de enmedio al primero de los tres Valois, que separaban al duque Balafre del trono.

Puntos son éstos, por desgracia, que jamás podrán fallarse sin riesgo grave de engaño; porque los únicos hechos que se alegan y constan, se acomodan bien con todas las intenciones, y en éstas, por más que agucen los hombres la vista, sólo la mirada de Dios penetra.

Permítasenos, sin embargo, una observación pasajera contra ese prurito de cargar sobre la pobre humanidad crímenes falsos o dudosos, cuando tantos ciertos y positivos pesan ya sobre su espalda...

Cuando las cosas tienen un sentido obvio, es empeño pueril o mal intencionado aguzar el ingenio para buscarles interpretaciones, y eso sucede en este caso. Por ventura, ¿no pudo suceder, y no es también lo más verosímil, que todos aquellos personajes fuesen igualmente inocentes de intención alguna culpable?...

Los mutuos y fundados recelos que a todos ellos separaban; la novedad de la terrible operación del trépano; las ambiciones no disimuladas de los Guisa y de la misma reina madre, y hasta el hecho de ser Ambrosio Paré hereje hugonote, pudieron, a nuestro juicio,

ser grande parte, para que, cegados unos y otros por la desconfianza, creyesen todos de buena fe defender la vida del Rey, oponiéndose a los intentos de la otra parte.

De todos modos, es lo cierto que el partido vencedor fue el de Catalina de Médicis, y que ésta empuñó desde luego las riendas del gobierno, y comenzó a caminar por los tortuosos senderos de su política, apoyada en sus dos muletas (ses deux bequilles), como llamaba ella misma al cardenal de Tournon y al gran canciller L'Hôpital, que la sostenían y aconsejaban.

Fue su primer cuidado disponer grandes fiestas para la solemne consagración del rey niño Carlos IX, con el fin de distraer al pueblo, y ocupose después en convocar las famosas Conferencias de Poissy, con el doble objeto de atraerse a los hugonotes y sembrar, al mismo tiempo, la cizaña entre ellos y los luteranos.

Los Guisa, vencidos, pero no desanimados, habíanse retirado a Nancy, y allí constituyeron el famoso triunvirato católico, compuesto por el duque Francisco, el mariscal de Saint-André y el condestable Ana de Montmorency.

La reina viuda María Estuardo retirese, por su parte, a Reims, al lado de su tía Renata de Lorena, que era allí abadesa en el famoso convento de San Pedro (Saint-Pierre-les-Dames), cuyas magníficas ruinas se admiran todavía.

En aquel santo retiro pudo la infeliz reina medir toda la extensión de su infortunio y apreciar a sangre fría la triste alternativa en que sus desgracias la colocaban. Horrorizábala de tal manera la idea de volver a Escocia, que prefería mejor permanecer en Francia en la posición subalterna de reina viuda, expuesta a los celos y suspicacias de su suegra Catalina de Médicis.

«Muchas veces la vi -dice Brantôme- temer como a la muerte este viaje (el de Escocia), y desear cien veces mejor quedarse en Francia como simple reina viuda, que ir a reinar allá en su país salvaje».

En estos momentos de indecisiones y angustias, deparole la Providencia en aquel retiro de Reims un prudente consejero que supo enjugar sus lágrimas, confortar su corazón y sembrar en él la semilla de aquel su resignado sufrir y aquella su fe inquebrantable, que hasta sus más encarnizados enemigos habían de admirar y ensalzar más tarde.

Fue éste el P. Edmundo Auger, de la Compañía de Jesús, cuya correspondencia secreta con María demuestra a través de los siglos la sólida piedad de la desdichada reina y la perfidia cruel de sus verdugos.

Pasó María Estuardo el invierno en el convento de San Pedro, y a fines de febrero abandonó su retiro para dirigirse a Lorena y visitar en Nancy a sus tíos y aconsejarse con ellos. Murmurose entonces, que, decidida la reina viuda a permanecer en Francia, marchaba a Nancy para fortalecer con su presencia el partido de los Guisa, eterna pesadilla de Catalina de Médicis.

Hallábase ésta en Blois, y trajo estas murmuraciones a su despacho el cardenal de Tournon, planteándole por primera vez el problema de lo que había de hacerse con la infortunada reina de Escocia.

Quiso Catalina evadir la pregunta con su habilidad acostumbrada, y sin responder palabra abrió por medio de un resorte uno de los innumerables cajoncillos secretos de aquel su maravilloso oratorio de Blois, donde esto sucedía, y puso ante los ojos del cardenal un gran pliego lleno de tachaduras. Era la minuta de una ordenanza redactada en nombre del rey niño Carlos IX, señalando a María Estuardo, como reina viuda de Francia, una renta anual de 60.000 libras, sobre el ducado de Touraine, el condado de Poitou y demás tierras y señoríos dependientes: «Avons, suyvant les conventions matrimoniales d'icella nostre-dicte soeur, résolu luy assigner son dict douaire, montant â la dicte somme de soixante mil livres tornois de revenu pour chacun an, sur le dict duché de Touraine, conté de Poitou, terres et seigneuries en dépendans».

Aprobó el cardenal el proyecto, que no era otra cosa sino el cumplimiento del contrato matrimonial de María con Francisco II, y tornó a concretar su pregunta, sobre si la reina viuda había de permanecer o no en Francia.

Catalina, con la mayor tranquilidad, y sin dar, al parecer, importancia ni a lo que escuchaba ni a lo que decía, respondió:

-La pobre niña no nos ha manifestado aún cuáles sean sus deseos... Pero nuestra decidida voluntad es embarcarla para Escocia en cuanto se presente ocasión oportuna.

Aquella decidida voluntad de Catalina orientó algún tanto al cardenal; mas como era católico sincero, aunque enemigo de los Guisa, y estimaba a María y sabía muy bien la perturbación horrenda en que los manejos de la reina Isabel de Inglaterra habían sumido al reino de Escocia, parecióle deber suyo manifestar a Catalina los peligros a que quedaba expuesta una reina de diecinueve años, si se la abandonaba de repente, sola y sin apoyo, en aquel hervidero de rebeldes y de herejes.

Catalina aparentó no comprender las razones del cardenal, y tomándolas por lo que a su interés propio de ella podían referirse, replicó muy seguramente:

-No temáis, señor cardenal... Nuestra buena hermana Isabel se encargará de guardar a María.

Y como el cardenal la mirase con extrañeza, no comprendiendo en realidad a dónde apuntaba la Reina, añadió ella comenzando a levantarse el tupido velo de sus intenciones:

-La razón es muy sencilla... María es la reina legítima de Inglaterra, e Isabel es una usurpadora... María representa el Papismo, e Isabel personifica la Reforma... Y además, y sobre todo -añadió con una media sonrisa de mujer experimentada-, María es joven y muy hermosa, e Isabel es fea y va para vieja...

Comprendió al fin el cardenal hasta dónde se aunaban en Catalina la política de la reina y la perfidia de la mujer, y abrió la boca para contestar en son de protesta. Mas atajole la palabra Catalina, con aquella suave energía con que sellaba todos los labios y ponía punto a todas las cuestiones cuando no la convenían: maravillosa particularidad suya, que le valió el ser comparada a una barra de hierro forrada de terciopelo.

-Conque ya veis, señor cardenal -dijo levantándose- que nuestra buena hermana Isabel se encargará de guardar a María con dos llaves y un cerrojo...

Y así quedó decretada por su suegra la suerte de aquella infortunada reina de Escocia, que con tanta razón puede llamarse la Reina de los tristes destinos.

Libro primero
Los dos hermanos

- I -

El 12 de agosto de 1561 llegó María Estuardo a Calais con ánimo de embarcarse para Escocia. Acompañábanla sus seis tíos Guisa y más de cien caballeros de la corte, entre los cuales iban el famoso Damville, hijo del condestable de Montmorency, y el señor de Brantôme, que ha dejado escritos todos los pormenores de aquella despedida y de aquel viaje.

Componíase la flota que había de conducir a la Reina, de dos galeras de guerra y dos grandes barcos de transporte. La víspera del embarque el dolor ahuyentó el sueño de los párpados de María, y es fama que durante esta triste noche de insomnio compuso aquellos famosos versos que tan tiernamente expresan su amor a Francia y su pesar al dejarla:

El día 14, que era viernes, llegó la Reina al embarcadero a las doce del día, rodeada de sus tíos y seguida de su brillante comitiva. Los buenos ciudadanos de Calais poblaban todos los contornos, y hasta en los mástiles de los barcos anclados en el puerto veíanse racimos de gente.

Vestía la Reina el riguroso luto de corte de las reinas de Francia, que era entonces de terciopelo blanco, con larga cola, y un gran velo blanco sujeto en los hombros que la envolvía de pies a cabeza. Traía también a la cintura una escarcela de terciopelo blanco y un silbato de oro, y largas sartas de perlas al cuello y en la cabeza.

Embarcáronse primero las damas de la Reina y los cien caballeros de su comitiva y sus tres tíos, el duque d'Aumale, el duque d'Elbeuf y el gran prior, que debían acompañarla a Escocia. Al pie mismo de la escala abrazó María por última vez a sus otros tíos que allí se quedaban, los cardenales de Lorena y de Guisa y el duque Francisco, y sin fuerzas para saludar a la comitiva de éstos, púsose una mano sobre el corazón como si se ahogara, hizo un profundo saludo, y subió la escala de la galera capitana, que mandaba Mauvillon, sostenida por lady Fleming, una de las cuatro Marías que la habían acompañado de Escocia.

Saludáronla a bordo las entusiastas aclamaciones de los caballeros franceses que habían de acompañarla, y resonaron también en la playa los gritos de despedida de los que allí se quedaban; que, como dice un contemporáneo, la fatal hermosura de María habíale hecho en Francia un enamorado de cada uno de sus súbditos.

La Reina, sin embargo, sin darse cuenta, al parecer, de lo que en torno de ella pasaba, llegose a la popa de la galera, y en ella se echó de bruces y comenzó a llorar, mirando hacia el puerto, que poco a poco se alejaba. De cuando en cuando decía:

-¡Adiós, Francia!... ¡Adiós, Francia!...

Así permaneció cinco horas seguidas, sin moverse ni rebullir, llorando siempre, mirando la costa de su perdido reino, y repitiendo sin cesar:

-¡Adiós, Francia!... ¡Adiós, Francia!...

Al anochecer llegose a ella su tío el gran prior, e instola para que tomase algún alimento y se retirase a descansar en la cámara de popa.

Tomó la Reina por toda cena una ligera ensalada, y mandó la dispusieran la cama allí mismo sobre cubierta.

Rizaron entonces sobre la popa la vela travesía de la galera, a modo de dosel, y debajo colocaron el lecho de la Reina. Echose ésta sin desnudarse, y encargó mucho a Mauvillon que la avisara al amanecer si se divisaba aún tierra de Francia.

Y sucedió, en efecto, que, como amainase el viento a la media noche, y fuese necesario navegar sólo a fuerza de remos, todavía pudo la Reina, al despuntarse la aurora, ver la costa de Francia como una cinta oscura que cerraba el horizonte.

Entonces ocultó el rostro entre las manos, sollozando y repitiendo:

-¡Adiós, Francia!... ¡Nunca te volveré a ver!...

- II -

Navegaba la flotilla de María con grandes precauciones, pues sabíase de cierto que la reina de Inglaterra había enviado a su encuentro varios cruceros, con miras muy sospechosas.

Habíase negado primeramente la envidiosa Isabel a dar el salvoconducto que pidió María para atravesar el reino de Inglaterra, y no contenta con este primer acto de hostilidad, temíase con fundamento que sus barcos intentasen dar caza a la flota para apoderarse de la persona de la Reina.

Descubrieron, en efecto, en el golfo de Forth varios barcos ingleses, que rondaban entre Berwik y Dunbar, y ya no le quedó duda a María de las pérfidas intenciones que abrigaba contra ella su tía Isabel de Inglaterra.

Salvoles, sin embargo, una espesa niebla muy propia de aquellos mares, que se levantó de repente y con tal cerrazón, que envolvió por completo la flota de la Reina, y la permitió arribar, sin ser vista, al puerto de Leith, a los cinco días de su salida de Francia.

Nadie esperaba la flota en Leith, y la desventurada reina pudo decir, con razón, que ponía el pie en su patria y en su reino como una extranjera arrojada en aquellas playas por un naufragio.

La noticia de su llegada causó por todas partes sorpresa y recelo, y llegó bien pronto a Edimburgo, que sólo dista de Leith tres millas escasas. Acudió al punto al encuentro de la Reina la nobleza toda de la capital, llena también de curiosidad y desconfianza, y a las tres horas de su desembarco, viose ya María rodeada de aquellos feroces lores escoceses, herejes en su mayor parte, que más parecían entonces gavilla de salteadores prestos a saquear, que tropa de cortesanos dispuestos a rendir homenaje a su reina.

Traían la mayor parte coletes de búfalo guarnecidos de hierro, corazas o cotas más fuertes que relucientes, y yelmos sin celada, cuyas baberas cubrían las barbas puntiagudas de bigotes retorcidos hacia arriba en agudas puntas. Algunos, menos fieros o más

presumidos, traían tocas de terciopelo negro con sargas de perlas; y los elegantes, los raffinès, que hubieran dicho los pisaverdes franceses que acompañaban a María, sombreros de ala recogida y copa alta y puntiaguda, rodeada de aquellas cadenas de oro que por aquel tiempo se llamaban en España fanfarronas. Mas ni aun estos mismos ejemplares escasos de la elegancia escocesa dejaban de llevar enorme espadón de Toledo a la izquierda, puñal bien templado a la derecha, y rodela colgada al arzón con punto de acero en el centro.

Sobresaltó a María el fiero aspecto de sus futuros cortesanos, mas salieron al encuentro hasta el puente de la torre en que descansaba. Saludáronla todos con grades aclamaciones, a la manera de una bandada de milanos que proclamasen reina a una paloma; que no otra cosa parecía entre ellos aquella hermosa soberana de diecinueve años.

La hermosura y buena gracia de María captáronse al punto las simpatías y aun el entusiasmo de los lores jóvenes y de los católicos, que ponían en ella sus esperanzas. Mas los herejes, seides de Knox, enriquecidos ya con los despojos de la Iglesia católica, recobraron al punto la ruda gravedad y los rostros impasibles con que disimulaban sus temores y desconfianzas.

¿Intentaría la nueva reina, discípula ferviente de los intransigentes Guisa, restablecer el culto católico y volver las cosas y las personas al estado en que se encontraban antes de la Reforma, como en tiempos no lejanos hizo María Tudor en Inglaterra?...

Este pensamiento atizado por Knox y los secuaces de la reina de Inglaterra, fermentaba en toda la Escocia, y bien, pudo adivinarlo María en la fría actitud de la muchedumbre que se agolpó a su paso desde Leith hasta Edimburgo. Los tres tíos de la Reina estaban indignados, los caballeros franceses, sorprendidos, y la misma María, inquieta y pensativa, paseaba su límpida mirada por la muchedumbre, buscando en vano las muestras de simpatía que la saludaban siempre a su paso en sus excursiones por Francia y por Lorena.

Llena de tristes pensamientos franqueó la Reina al anochecer de aquel día el gótico portalón del Palacio de Holyrood, cuna de sus mayores, de donde había salido ella misma trece años antes. Pasado el oscuro y sombrío pórtico, encuéntrase un inmenso patio cuadrangular, formado entonces por las Abadías, y en la planta baja de una de ellas, la de Islebourg, fue donde se hospedó la Reina mientras no hacía su entrada solemne en Edimburgo.

Retirose María a sus habitaciones con miss Seaton, la más joven y más querida de sus Marías; y ya muy entrada la noche, cuando la Reina se disponía a acostarse, sorprendiólas a deshora una extraña música que al pie de las ventanas sonaba.

Sobresaltada la Reina, cogió la mano de miss Seaton con involuntario movimiento de susto, y quedaron ambas mirándose azoradas, con el cuello tendido y el oído atento.

Era aquello una música discordante de gaitas y toscos violines de tres cuerdas, que llamaban entonces rebez. El silencio de la noche hacía resaltar aún más lo desafinado de la música y lo sombrío y temeroso del aire que ejecutaban.

De repente un coro de voces ásperas y desafinadas entonó el salmo 51 de Psalterio: Quid gloriaris in malitia, qui potens est in iniquitate? Y otro no menos desentonado contestó: Tota die iniustitiam cogitavit lingua tua; sicut novacula acuta fecisti dolum.

La Reina, con los labios blancos, pegose a miss Seaton, murmurando a su oído con la opaca voz del miedo:

-¡Son ellos, Seaton..., son ellos!...

-¿Quién?, -replicó la Seaton, tan asustada como la Reina misma.

-¡Los herejes!... ¿No los oyes?... Ése es el primer bramido de la fiera.

Y no se engañaba la Reina. Los ministros protestantes, con el terrible Knox a la cabeza, habían reclutado quinientos o seiscientos fanáticos de la ciudad para que fuesen a dar la alborada a María al pie de sus ventanas, cantando los salmos de su herético culto como una provocación y una amenaza a la católica reina.

- III -

Hasta el amanecer duró aquella terrible serenata, durante la cual pudo el buen talento de María prevenir los dos extremos a que el protestantismo político y el protestantismo religioso de los rebeldes escoceses querían llevarla.

La abdicación o la apostasía.

Su religiosidad y su orgullo se rebelaron al mismo tiempo contra tan vergonzoso dilema, y con toda la energía de su fe y toda la dignidad de su corona, se prometió a sí misma en aquella su primera y triste noche de Holyrood, no ceder un ápice ni como católica ni como reina, y entrar decididamente por el camino de la lucha, aunque hubiese de llevarla ésta a la muerte y al martirio

Era al otro día sábado, y no bien se levantó la Reina, dio orden de preparar todo lo necesario para decir misa el domingo siguiente en la capilla de Holyrood, a fin de que pudieran ella y toda su servidumbre católica cumplir con el precepto de la Iglesia.

Mas para comprender bien toda la gravedad de esta orden, y todo el valor de la Reina al darla, es necesario recordar que durante la ausencia de María había decretado el Parlamento, por influencia de Knox, la supresión del clero y del culto católico, y establecido para todos los que celebrasen u oyesen la santa misa, pena de confiscación de bienes por la primera vez, de destierro por la segunda y de muerte por la tercera.

La orden de la Reina produjo, pues, en Edimburgo una verdadera sublevación entre los herejes.

Los ministros amenazaron desde el púlpito; Knox declaró públicamente que prefería ver desembarcar diez mil enemigos en Escocia, a que se celebrase en ella una sola misa; y el pueblo hereje, irritado y amenazador, se esparció por todas partes gritando:

-¡No permitamos que se levante otra vez el Ídolo en el reino!

A las ocho de la mañana, una hora antes de la misa, un gran tropel de los fanáticos arrolló a los centinelas de Holyrood y penetró en el gran patio cuadrado vociferando.

Iban a su cabeza el brutal lord Lindsay, armado de coraza, Fyiff y otros nobles de menor cuenta, y todos ellos proferían amenazas de muerte contra los sacerdotes católicos, idólatras, como ellos les llamaban, amenazando despedazarlos.

Entonces se reveló por primera vez en María la serenidad y el noble valor que habían de asistirle siempre en los muchos trances apurados de su vida.

Sin demostrar el más ligero asomo de temor ni de zozobra, salió de sus habitaciones a la hora de la misa, sin adelantarla ni atrasarla, y entró en la capilla por la puerta principal de ésta, que daba al gran patio.

Detrás de ella iban sus dos capellanes, no tan serenos como la misma Reina, y seguían las damas de servicio, sin más escolta de guardias, pajes ni gentiles-hombres.

El pasmo de las turbas sosegó por un momento su furor, y el cortejo de la Reina entró en la capilla en medio del mayor silencio.

Mas no bien desapareció éste y se cerraron de nuevo las anchas puertas, el furor de la muchedumbre despertó otra vez y estalló con mayor violencia, como sucede en el mar cuando cesa el momento de calma que amansó los vientos.

Resonaron los gritos con mayor rabia, crecieron las amenazas en odio y en violencia, y los más atrevidos llegaron a golpear y sacudir las puertas, con ánimo de arrancarlas.

Apareció entonces, como llovido del cielo o vomitado del infierno, un hombre solo, que vino a interponerse, espada en mano, entre las puertas de la capilla y la muchedumbre.

Podría tener treinta años, y retrataba su fisonomía en rasgos enérgicos y varoniles, la misma extraordinaria hermosura de María Estuardo. Vestía jubón y gregüescos a la flamenca, de terciopelo negro, sin adorno alguno, y sombrero alto de copa, con un ala levantada y sujeta por rico broche, única joya que brillaba en su persona.

Llevaba por todas armas un largo puñal a la cintura, y el legítimo espadón de Antonio Ferrara, con que parecía abrigar el temerario intento de cerrar el paso a la muchedumbre.

Temerario era el propósito; pero la fuerza de aquel hombre era, sin duda, maravillosa, y supo lograrlo. Detuviéronse los revoltosos a su vista y comenzaron a retroceder, como poseídos de respeto.

-¡Lord James!... ¡Lord James!, -murmuraron por todas partes.

Y a los gritos de furor, sucedió de repente en todo el patio un silencio de expectación y simpatía.

Aquel hombre era, en efecto, el ídolo del pueblo, lord Jacobo Estuardo, hermano bastardo de la Reina, como hijo de Jacobo V y Margarita Erskine.

No era, sin embargo, lord James ningún campeón de la fe católica, ni siquiera un adalid de los sagrados derechos de su hermana. Era, por el contrario, el más poderoso y exaltado de los discípulos de Knox, y el más pérfido de los traidores que habían de perder a la desgraciada reina.

Mas convenía entonces a los tortuosos cálculos de su política conquistarse la confianza de su hermana, y no vaciló un momento en desafiar las iras de Knox para garantir a la Reina la práctica de aquella religión que él aborrecía y de que había apostatado.

Su presencia bastó, en efecto, para calmar a los sediciosos, y su autoridad y su energía bastaron también para convencer a los herejes menos fanáticos de que no era prudente por el pronto impedir las prácticas religiosas de la Reina.

Era lord James más político que fanático; pero Knox, fanático antes que nada, no se rindió a sus razones, y apeló a Calvino en la siguiente carta, que traducimos del original latino:

«La llegada de la Reina ha turbado la tranquilidad de nuestros asuntos. A los tres días de su vuelta, ya estaba restablecido de nuevo el ídolo de la misa.

»Algunos hombres graves y de mucha autoridad han querido oponerse, alegando que sus conciencias purificadas no les permitían sufrir que se profanase de nuevo esta tierra, que el Señor había purgado de la idolatría extranjera con la eficacia de su palabra.

»Pero como la mayor parte de los que profesan nuestra fe han pensado de otra manera, la impiedad ha quedado triunfante y adquiere cada día nuevas fuerzas. Los que así han obrado, dan por razón de su indulgencia que todos los ministros de la palabra divina opinan que no es lícito impedir a la Reina la práctica de su religión, y que tú mismo has opinado también como ellos.

»Ya combato este rumor porque lo tengo por falsísimo; pero de tal manera ha penetrado en los corazones, que no me será posible desarraigarlo si tú no me aseguras por ti mismo que la cuestión ha sido sometida, en efecto, a nuestra Iglesia, y qué es lo que han respondido los hermanos.

»Perdona que siempre te importune; pero no tengo a nadie más que a ti en cuyo seno pueda depositar mis pesares. Te confieso ingenuamente, padre mío, que nunca había comprendido hasta ahora lo difícil y penoso que es combatir la hipocresía bajo la máscara

de la piedad. Nunca he tenido enemigos descubiertos cuando esperaba la victoria en medio de las tribulaciones.

»Te saluda el hermano de la Reina, Jacobo (lord James), que es el único que se opone a la impiedad entre los que frecuenta la corte; mas a pesar de todo, también éste se ha dejado fascinar por los que temen derribar el ídolo violentamente.

»Te saluda toda la Iglesia, y te pide el auxilio de tus oraciones. Nuestro Señor Jesús te conserve largo tiempo para su Iglesia. Amén».

No esperó Knox la respuesta de Calvino para ensayar nuevos modos de amenazas que intimidasen el ánimo de la Reina y la obligasen a dejar traslucir sus intenciones con respecto a la nueva Iglesia.

Habíase señalado el 2 de septiembre para la entrada oficial de la Reina en Edimburgo, y Knox, de acuerdo con los magistrados de la ciudad, todos herejes, juzgó la ocasión oportuna.

Hiciéronse grandes preparativos para el solemne acto, en los cuales gastó la ciudad más de 4.000 marcos de plata. A lo largo de la calle Mayor (Canon-gate), que era entonces, como lo es hoy, una de las más anchas y largas de Europa, pusieron mil adornos y primores, y ordenáronse curiosas invenciones y mojigangas, que se representaban sobre tabladillos y estrados levantados al efecto.

Mas todas ellas encerraban alguna cruel amenaza dirigida a la Reina, pues representaban los más terribles castigos que, según las Sagradas Escrituras, ha enviado Dios a los idólatras; tales como el pasaje de Coré, Datán y Abirón, tragados por la tierra en el momento de ofrecer su sacrílego sacrificio, y otros semejantes.

Al extremo de la calle, y a la vista ya del palacio de Holyrood, que ocupa este frente, habían colocado la representación más horrible y ultrajante: era la de un sacerdote católico diciendo misa, y devorado por las llamas del infierno en el momento de alzar la sagrada hostia.

La Reina durmió aquella noche en el castillo, y después de la comida se dirigió a la ciudad con grande pompa y magnificencia. Iba bajo un palio de terciopelo violeta, y rodeada de lo más florido de la nobleza del reino, y de los ciudadanos más ricos y principales de Edimburgo.

En la puerta que daba entonces entrada a la Canon-gate, esperaban a la Reina los magistrados de la ciudad y el fanático Knox, con sus ministros presbiterianos.

Habían levantado allí un majestuoso arco de triunfo, con variados adornos de flores, hojarascas y banderolas, todo muy bien combinado. Al llegar la Reina frente del arco, desprendiose suavemente del centro de éste una nube plateada, hecha con grande artificio, y salió de ella un niño de seis años, que figuraba y parecía, en efecto, un ángel bajado del cielo.

Traía en las manos una larga bandeja de plata, y en ella presentó a la Reina las llaves de Edimburgo, entre una Biblia y un libro de salmos.

Comprendió al punto la Reina lo que aquellos símbolos del protestantismo significaban, y lo que exigían de ella los herejes al presentárselos en cambio de la Corona y la sumisión de Escocia.

Mas sin titubear un instante, ni perder un punto de su grave majestad, hizo la señal de la cruz sobre la frente del niño, como si fuese una bendición al mismo tiempo que una caricia, y tomó de la bandeja las llaves de la ciudad, dejando en ella la Biblia y el Psalterio.

Un silencio siniestro reinó entonces, y Knox y los suyos se retiraron, comprendiendo que la Reina recogía el guante que ellos le arrojaban.

- IV -

Y aquí empiezan esos cinco años del reinado de María, en que con cruel ensañamiento procuran sus enemigos amontonar cuantas calumnias inventaron la ambición y la herejía, para perder a la desgraciada reina. La calumnia fue siempre, en efecto, la encarnizada perseguidora de María Estuardo, y ella la acompañó desde la cuna hasta más allá de la tumba.

Niña era aún de siete meses, cuando los herejes ingleses propagaron por todas partes que era raquítica y mal conformada, para evitar el casamiento que proyectaba Enrique VIII entre ella y su hijo el príncipe de Gales. La reina viuda, María de Lorena, tuvo entonces, para deshacer la calumnia, que presentar a la tierna niña desnuda sobre tapiz, a los embajadores ingleses.

No se desbordó, sin embargo, la calumnia contra María en los cuatro primeros años de su vuelta a Escocia, y los historiadores todos, así católicos como protestantes, convienen en elogiar la prudencia y madurez de juicio, tan superiores a sus años, que desplegó María en el gobierno de su reino y en la guarda de su persona.

Tan sólo algunos historiadores herejes la tachan de lo que constituye justamente para nosotros el timbre más glorioso de su conducta y el elogio de su firmeza. «Jamás -dice Robertson- quiso oír a ninguno de los predicadores de la Reforma. Nunca perdió nada de su apego al catolicismo y a los intolerantes principios de éste, que las circunstancias hacían entonces aún más inflexibles.

»María había dado y reiterado a sus amigos del continente la seguridad de que haría cuantos esfuerzos le fueran posibles para restablecer la religión católica, y con arte especialísimo evitó siempre todas las ocasiones de ratificar los actos del Parlamento de 1560, en favor de la Reforma».

Mas llegó el momento en que fue necesario a la reina de Escocia elegir un esposo para asegurar la sucesión de la Corona, y este suceso puso en conmoción a todas las cortes de Europa y a todos los partidos del reino. Felipe II escribía en aquel tiempo al cardenal Pacheco, su embajador en Roma: «Entonces Su Santidad y yo veremos la forma en que debemos favorecer y ayudar la causa de Dios, que es la que sostiene la reina de Escocia, pues se entiende evidentemente ser aquélla la puerta por donde ha de entrar la religión en el reino de Inglaterra, viendo por el presente cerradas todas las otras».

Felipe II solicitó, pues, la mano de María para su hijo el príncipe D. Carlos; el emperador de Alemania, Fernando, la pidió para el archiduque Carlos; Catalina de Médicis, disimulando sus odios, la pidió para su hijo el duque de Anjou; y la pérfida Isabel, después de enredarlo todo y entretenerlo todo por espacio de dos años, tuvo la increíble avilantez de proponer a la reina de Escocia, para esposo suyo, para rey de sus súbditos, a su propio favorito Roberto Dudley, después conde de Leicester, cuyas vergonzosas relaciones con ella misma eran el escándalo de toda Europa.

Esta infame propuesta indignó de tal modo a la reina de Escocia, que determinó desde aquel momento escoger por sí misma y de acuerdo con sus súbditos, el esposo que más conviniera a los intereses de su reino y a los sentimientos de su corazón.

Y fue éste, en mal hora escogido, su primo el lord Darnley, Enrique Estuardo, hijo del conde de Lennox y de Margarita Douglas. Era esta Margarita Douglas, hija del segundo matrimonio de Margarita Tudor, abuela de María, con el conde de Angus; de donde resultaban los futuros esposos primos hermanos, y de donde resultaba también que, a falta de María, era Enrique, por derecho propio, heredero legítimo de las dos Coronas de Escocia e Inglaterra.

Alborotáronse con esta elección los herejes escoceses con lord James, ya conde de Murray, y Knox, a la cabeza; pues, siendo lord Darnley católico, como en efecto lo era, veían en este matrimonio un gran paso dado hacia la restauración del catolicismo en Escocia.

Nada igualó, sin embargo, a la rabia y al despecho de la reina Isabel, al tener noticia del proyectado matrimonio. Sus feroces instintos rompieron todo freno de prudencia, y mandó prender a la condesa de Lennox, madre de Darnley, que se hallaba en Inglaterra, y encerrarla en la torre de Londres, sin respeto a la calidad de tan ilustre señora, ni al estrecho parentesco que con ella tenía, pues era su prima hermana.

Despachó al mismo tiempo, con grande prisa y secreto, instrucciones reservadas para su ministro residente en Escocia, Tomás Randolph, espía suyo y agitador sempiterno, ordenándole promover disturbios entre los herejes, y ofrecerles su apoyo, poniéndose de acuerdo con sus dos jefes Murray y Knox para impedir el matrimonio de María.

Aceptaron éstos con entusiasmo el ofrecimiento de la Reina, y ordenaron su plan. Convocó Knox por su parte, en Edimburgo, la asamblea general de la nueva Iglesia de Escocia, y decidió en ella que se armasen todos los fieles de Edimburgo para presentar a la Reina una súplica reclamando la abolición de la misa, no solamente en todo el reino, sino

en el mismo palacio de Holyrood. Habíase, además, de imponer a todos los súbditos escoceses la obligación de asistir a los oficios, instrucciones y ceremonias de la religión reformada.

Hallábase la Reina en Perth, y allí fue una comisión de la asamblea para presentarla esta extraña súplica, que dictaba el espíritu de rebelión, se apoyaba en las armas de los herejes de Edimburgo, y escondía la traición más negra y más horrenda.

Porque mientras Knox distraía la atención de la Reina con aquellas exigencias, Murray y los lores herejes urdían el proyecto de apostarse en los desfiladeros de Kinross para apoderarse de María y de Darnley, cuando pasasen de Perth al castillo de Callendar, donde había de trasladarse la corte. El plan de los conjurados era matar a Darnley o enviarle prisionero a Inglaterra, encerrar a María en Lochleven y poner a Murray al frente del gobierno.

Mas advertida la Reina a tiempo, entretuvo con buenas palabras a los comisionados de Knox, y salió muy en secreto, y antes de tiempo de Perth, con trescientos caballos de escolta. Pasó intrépidamente los desfiladeros de Kinross, dos horas antes de que llegasen los conjurados, y entró en el castillo de Callendar, que era de lord Livingston.

Libre ya de este riesgo María, convocó en Edimburgo a todos los vasallos de la Corona en son de guerra, y trasladose ella misma a la capital, dispuesta a exterminar de una vez a los rebeldes, y a verificar su matrimonio en el más breve plazo posible.

El 22 de julio llegó de Roma el obispo de Dumblanc, que traía las dispensas necesarias del Papa por el próximo parentesco, y aquel mismo día fijó la Reina su casamiento para el domingo siguiente, que fue 29 de julio de 1565.

La víspera de este día confirió la Reina a Darnley por letras patentes el título de rey, y aquella misma tarde le proclamaron en la Cruz de Edimburgo, a son de trompeta, tres heraldos de la Corona.

No quiso la Reina que fuese motivo de fiestas lo que tantos disturbios costaba, y el matrimonio se celebró privadamente en la capilla de Holyrood, entre cinco y seis de la mañana.

Llegó la Reina a esta hora acompañada de los condes de Lennox y de Athol, y seguida de muchos nobles; traía un largo vestido de terciopelo negro, y un gran capirote de luto, igual al que llevó en los funerales de su primer marido Francisco II.

Dejéronla en el altar los condes de Lennox y de Athol, y fueron a buscar al nuevo rey para acompañarle del mismo modo. El sacerdote leyó entonces la tercera amonestación, y un notario tomó acta de que nadie había alegado impedimento contra el matrimonio.

Comenzó la ceremonia, y trocáronse los anillos: Darnley puso a la Reina tres, de los cuales tenía el de en medio un diamante de gran precio.

Acabada la ceremonia volvieron todos a la cámara de la Reina, y allí comenzaron a suplicarle que dejase aquellas enlutadas vestiduras y tomase otras que cuadraran mejor con la solemnidad que se celebraba. Hízose de rogar mucho la Reina, con muestras de dolor verdadero, y consintió al cabo, dando permiso a los que estaban cerca, para que le quitase cada uno y guardase un alfiler de los que llevaba.

Los Reyes comieron a la misma mesa, rodeados de muchos nobles. Servían a la Reina los condes de Athol, Sewer, Morton, Caver y Granfoord, y prestaban el mismo servicio al Rey, los de Eglington, Cassels y Glencairn. Sonaban mientras tanto las trompetas de los heraldos en las ventanas de Holyrood, y se arrojaban al pueblo monedas de oro y plata.

No olvidaba, sin embargo, la Reina, en medio de estas solemnidades, la traición de su hermano Murray y de los lores herejes, y tres días después de celebrado el matrimonio, citóles a comparecer en su presencia y dar cuenta de su conducta.

Habíanse retirado estos herejes, después de fracasada la intentona de Kinross, al condado de Argyll, y repuestos allí algún tanto con los socorros de dinero que la intrigante Isabel les enviaba, tomaron abiertamente las armas en vez de obedecer al mandato de su soberana.

Mas resuelta e intrépida María, hízoles juzgar y condenar en Edimburgo, por rebeldes y contumaces, exoneración, confiscación de bienes y destierro, y salió ella misma en su persecución al frente de los lores y vasallos leales que anteriormente había convocado. «Marchaba -dice Robertson- a la cabeza de las tropas, excitando su valor, siempre a caballo, con las pistolas cargadas en el arzón de la silla, soportando todas las fatigas de la guerra con fuerzas admirables, e inspirando a los soldados el espíritu de resolución que a ella misma la animaba».

Sus maniobras militares fueron combinadas con tan gran prudencia, y ejecutadas con tal acierto y valor, que rechazados los herejes de fortaleza en fortaleza, viéronse obligados a salvar la frontera de Inglaterra, asilo el más seguro en aquel tiempo para todo lo que fuese odio y traición a la religión católica y a la reina María que la representaba.

- V -

No correspondían las prendas morales de Darnley a sus cualidades exteriores, y brillaban más en él su hermosura y gallardía, que su ingenio y su prudencia. Por otra parte, los honores sin cuento que la Reina le había prodigado, con el fin de ensalzarle y elevarle al nivel del trono, habían hinchado su vanidad hasta el punto de creer merecerlo todo; y como no lo tenía, presto se apresuró a pedir lo que le faltaba.

A los tres meses de su casamiento pidió, en efecto, a la Reina, lo que entonces se llamaba la Corona matrimonial, es decir, la mitad del poder supremo, o sea el ejercicio efectivo de la soberanía.

Negole María su demanda con muy buenas razones, temerosa de dejar tan gran poder en manos tan inhábiles, y el resentimiento de Darnley fue entonces tan grande casi como su sorpresa.

Impedíale su inmenso amor propio comprender las prudentes razones de la Reina, y el mucho amor que ésta le mostraba impedíale también creer que fuese su negativa espontánea.

Cavilando, pues, juntas, noche y día, su ambición desengañada y su vanidad herida, vinieron a dar en un engaño funestísimo, que trajo las más horribles consecuencias. Antojósele, con toda la terquedad de los entendimientos limitados y todo el rencor de los corazones mezquinos, que la negativa de la Reina era debida a la influencia y las intrigas del secretario David Riccio.

Y ésta fue la ocasión y éste el primer personaje con quien, no tanto en aquellos tiempos contemporáneos como en otros más posteriores, ha sido calumniada la reina de Escocia.

Los poetas, enamorados de las trágicas desventuras de María, han sido quizá los que más han contribuido a manchar su memoria con elucubraciones y ligerezas no siempre mal intencionadas. Ellos han hecho del italiano Riccio una figura romántica, un gallardo trovador y aventurero, que llega a la corte de Escocia con el laúd a la espalda y los bolsillos vacíos. La Reina le ve, le adora, y le hace al punto dueño de su corazón y árbitro de su reino, dejando al pobre Darnley, su legítimo marido, burlado y pospuesto.

Interesante será esto en buen hora para argumento de un drama o de una novela romántica; pero nada más absurdo y calumnioso para la verdad y seriedad de la historia.

Riccio pudo, en efecto, tener algo de trovador; pero nada tuvo de gallardo, y mucho menos de enamorado. He aquí lo que escribía de él, en 1587, su contemporáneo Blackwood, que le conoció y trató en la corte de Escocia: «Estaba allí también el secretario de Su Majestad, llamado David Riccio, piemontés de nación, hombre de mucha experiencia y de los más entendidos en negocios de Estado, al cual respetaba mucho su señora, no porque tuviese ninguna hermosura o agrado, puesto que era hombre de bastante edad, feo, serio y mal encarado, sino por su gran fidelidad, y sabiduría, y prudencia, y otras muchas buenas partes de que estaba dotado dignamente su entendimiento.» Il y avoit aussi le secrétaire de su Majesté, nommé David Riccio, piemontois de nation, homme de grande expérience, et qui entendoit des mieux les affaires d'Etat, lequel estoit bien respecté de su maîtresse, non par aucune beauté ou bonne grâce qui fust en luy, estant homme assez aagé, laid, morne, mal plaisant, mais pour sa grande fidelité, sagesse et prudence, et à cause de plusieurs autres bonnes parties dont son esprit estoit dignement orné.

De igual manera se expresa a este propósito el dominico escocés Gonaeus en su libro *Vita Mariae Stuartae*: «Era este Riccio de aquella parte de Italia que se extiende al pie de los Alpes; hombre ya de edad y deforme de cuerpo, pero muy querido de María por su gran fidelidad y prudencia, y por eso su secretario.» Erat autem hic Riccius ex ea Italiae parte

quae ad radices Alpium iacet, senex quidem et corpore deformis, sed, ob eximiam fidem et prudentiam, Mariae percarus, adeoque a secretis.

Riccio, el verdadero Riccio de la historia, y no el de la leyenda, fue pura y simplemente al lado de María Estuardo el agente secreto del papa Pío IV, encargado de guiar y ayudar a la Reina en la grande y difícil obra de restaurar el catolicismo en Escocia, que nunca perdió de vista ni abandonó un punto la católica María. Esto explica los misterios de que se rodeaban la Reina y el italiano, los odios que se granjeó éste y la muerte horrible que le prepararon los herejes, valiéndose de la imbecilidad de Darnley.

David Riccio era, en efecto, hijo de un músico de Turín, y vino a Escocia en 1562, tres años antes del casamiento de María con Darnley, como camariere del conde de Moretto, embajador del duque de Saboya. En cuanto al principio de sus relaciones con la Reina, sucedieron las cosas de la siguiente manera.

Era María grande aficionada a la música, y tenía organizada en su palacio una muy buena orquesta de instrumentos, y un cuarteto de voces. Faltóle a éste el bajo, y el conde de Moretto ofrecióle a la Reina su camariere Riccio, que era muy entendido músico, y poseía además una hermosa voz de este timbre. Desde entonces comenzó Riccio a frecuentar, sin sospecha de nadie, el trato de la Reina; y cuando Moretto volvió al Piamonte, pidióle María que le dejase su camariere; en lo cual vino gustoso el embajador, quedando Riccio en Holyrood, agregado como valet de chambre a la servidumbre de la Reina.

Ahora bien: ¿era ya Riccio cuando vino a Escocia el agente de Pío IV, y todo lo concerniente a su servidumbre con Moretto y a sus habilidades musicales fue tan sólo una comedia y un pretexto para introducirle en Escocia y acercarle a la Reina sin difundir desconfianzas, o bien fue todo esto real y verdadero, y no adquirió el carácter de agente hasta haberse conquistado por estos medios la confianza de María?

Nada sabemos de esto, si bien nos inclinamos al primer supuesto, que cuadra muy bien con la índole de aquellos revueltos tiempos. De la misma manera veremos llegar dentro de poco a María, disfrazados de buhoneros, a los dos jesuitas Edmundo Hay y Tomás Derbishir, legados de San Pío V, y más tarde a Nicolás Gradano, también jesuita, que la acompañó varios años como valet de chambre, lo mismo que Riccio, sin que ningún contemporáneo se apercibiese de ello, ni la mayor parte de los historiadores hayan caído después en la cuenta.

Mas sea de esto lo que fuere, es cierto que al volverse a Francia, en diciembre de 1564, Raulet, el secretario de la correspondencia extranjera de María, dióle ésta a Riccio el cargo vacante, sacándole de la prudente oscuridad en que hasta entonces le había mantenido. Desde este puesto hizo Riccio entrar a la Reina en la liga que los príncipes católicos habían firmado en Bayona; favoreció cuanto pudo el matrimonio de María con Darnley, que como católico tenía sus simpatías, y viendo a los rebeldes herejes derrotados y fugitivos en Inglaterra, y a María triunfante y sostenida por el papa San Pío V y por el rey Felipe II, parecióle llegado el momento oportuno de intentar en Escocia la ansiada restauración del catolicismo. Concertó, pues, con la Reina convocar al Parlamento para el 7 de marzo y

devolver a los obispos católicos, como primer paso, el rango de lores espirituales, que antes de la revolución religiosa habían tenido.

- VI -

Mas sucedió, por desgracia, que también fue éste el momento en que las cavilaciones, ambiciones y rencores del imbécil Darnley, le sugirieron la idea de un crimen y una traición, que habían de ser origen y causa de todas las desventuras de la desdichada reina.

Firme siempre el ambicioso mozo en la creencia de que la mala voluntad de Riccio era la que impedía a la Reina darle la Corona matrimonial, determinó deshacerse de él asesinándole.

Confiose a este propósito a su primo Jorge Douglas, bastardo del conde de Angus, hombre osado y de malas intenciones, y éste le puso en comunicación con lord Ruthwen, lord Lindsay y el conde de Morton, herejes todos que mantenían estrechas relaciones con los rebeldes desterrados.

Avistáronse, pues, todos con gran secreto, y confioles Darnley sus ambiciones y sus deseos de venganza; prometiéronle ellos su ayuda en uno y otro extremo, y aquellos hombres, astutos y perversos, acabaron por arrancar al ambicioso mozalbete el secreto de los planes con que María y Riccio amenazaban barrer la herejía de Escocia.

La prueba no podía ser más concluyente: Darnley mismo había escrito con la Reina al papa San Pío V y a Felipe II, y a él venía dirigida la respuesta de éste, como en otro lugar de estos apuntes puede verse.

El pánico de los herejes fue grande, y no dejaron escapar la ocasión que la imbecilidad de Darnley les presentaba. Pusieron de acuerdo con los ministros presbiterianos de Edimburgo, Knox y Craig, con los rebeldes refugiados en Inglaterra, y con los que, ocultos acá y allá, quedaban en el reino, y organizaron una conspiración, a cuyo frente se puso el conde de Morton.

Era el plan matar a Riccio, disolver el Parlamento que había de convocarse, prender a la Reina, dar a Darnley la Corona matrimonial, y poner a Murray al frente del gobierno.

Extendieron para mayor seguridad dos compromisos (covenants) que ligaban estrechamente a Darnley y a sus cómplices. Firmaban el primero de estos dos documentos Morton, Ruthwen y el mismo Darnley, y en él declaraba este último, que hallándose la Reina rodeada y engañada de hombres perversos, y muy especialmente por un italiano llamado David Riccio, se había determinado él, con ayuda de la nobleza y de algunas otras personas, a apoderarse de estos enemigos del reino, y a matarlos si resistían. Comprometíase, además, bajo su palabra de príncipe, a sostener y defender a sus asociados en presencia de la misma Reina y en el mismo interior de palacio.

Firmaban el segundo documento los condes de Murray, de Argyle, de Glencairn y de Rothes, y prometían en su nombre y en el de todos sus cómplices, sostener a Darnley en todas sus justas querellas, ser amigos de sus amigos y enemigos de sus enemigos, conferirle la Corona matrimonial, mantener la religión protestante, y abatir a todos los que se opusieran a ella.

Darnley prometía, además, por su parte, perdonar a Murray y a los lores desterrados, detener todo procedimiento ulterior contra ellos por su rebelión pasada, y devolverles todos sus honores y propiedades.

Firmáronse estas criminales estipulaciones a 1.º de marzo de 1566, y fijose la ejecución del crimen para el sábado, día 9 de aquel mismo mes y año.

- VII -

Llegó, por fin, aquel sábado 9 de marzo, que había de constituir en la historia de Escocia una de sus más horrendas fechas.

Corría a la sazón la Semana Santa y el ayuno general de los presbiterianos, y esto atraía a Edimburgo muchos de aquellos herejes. Knox y Craig tomaron a su cargo preparar los ánimos para el crimen que se proyectaba, y predicaron en aquellos días sermones muy violentos. La muerte de Oreb y Jeb, la matanza de los Benjamitas, el suplicio de Amán, y cuantas historias sangrientas refieren las Escrituras de castigos dados por Dios a los perseguidores del pueblo escogido, fueron expuestas a aquellos espíritus fanáticos y levantiscos, como ejemplo de lo que debía hacerse en Escocia con el enemigo del pueblo de Israel. Este pueblo de Israel era la Iglesia presbiteriana, y este enemigo era el infeliz Riccio, ignorante por completo del peligro que corría, y próximo a caer inerme y sin defensa en manos de sus enemigos.

Al anochecer del sábado comenzaron a moverse los asesinos. Morton, Ruthwen y Lindsay se dirigieron al palacio de Holyrood con doscientos hombres armados. Entraban muy en silencio, de dos en dos y por diversas puertas: una vez dentro, afluían todos a las habitaciones de Darnley, que estaban situadas debajo de las de la Reina: una escalera excusada, que aun en el día de hoy se enseña, ponía en comunicación ambos departamentos.

Darnley había cenado más temprano que de costumbre, y esperaba a los conjurados, les recibía y acomodaba. La Reina, que estaba embarazada de seis meses del que fue luego Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, sentíase indispuesta: no había salido de sus habitaciones, y mandó que sirvieran la cena en un reducido gabinete que precedía a su alcoba. Tenía ésta por el lado opuesto otra puerta a un salón que llamaban de descanso, y allí venía a parar la escalerilla que con las habitaciones de Darnley comunicaba.

Acompañaban en la mesa a María, su hermana natural la condesa de Argyle y Riccio, y se hallaban también presentes el comendador de Holyrood, el laird de Creich y el capitán de guardias Arturo Erskine.

La Reina daba la espalda a la alcoba: a su lado se hallaba lady Argyle, y enfrente Riccio. Tenía éste puesta una ropilla de terciopelo rojizo, un sayo de damascos forrado de pieles, y un rico collar al cuello con un joyel de gran precio, que para ignominia de aquellos próceres, desapareció en la refriega.

A las ocho entró Darnley por la puerta de la alcoba, y vino a apoyarse en el sillón de la Reina. Sintióle ésta llegar, y volvió con rapidez la cabeza. Inclínose él entonces y le dio en mitad de la frente un verdadero beso de Judas.

Casi en el mismo instante entró lord Ruthwen, armado de punta en blanco, pálido, desenchajado y horrible de ver, por la zozobra que antecede al crimen y por la mala enfermedad que le atormentaba y le roía. En pos de él llegaron Jorge Douglas, Andrés Kar y Patricio Bellenden, armados de pistolas y espadas cortas escocesas.

Sobresaltó a la Reina aquella extraña invasión, y sospechando algún atropello, encarose con lord Ruthwen, y díjole muy alterada:

-¿Qué es esto, milord?... ¿Quién os ha dado licencia para entrar aquí a esta hora y de este modo?...

Mas lord Ruthwen, con insolente calma, contestó señalando a Riccio:

-Tenga a bien V. M. hacer salir a ese David, que demasiado tiempo ha estado ya en esta cámara.

Riccio, muy pálido, pero sereno todavía, hizo ademán de levantarse; mas la Reina le detuvo, diciendo a Ruthwen con gran imperio:

-Pues ¿qué culpa ha cometido?...

-La más detestable -contestó el Lord- que puede cometerse contra el honor de V. M. y del Rey su esposo, y de la nobleza y de todo el pueblo.

No quiso escuchar más la Reina, y mandó salir a lord Ruthwen, bajo pena de traición, diciendo que si David hubiera delinquido, tribunales había en Escocia para juzgarle.

Mas lord Ruthwen, como si no se dirigieran a él aquellas palabras, extendió la mano para coger a Riccio por el cuello. Hurtó éste el cuerpo aterrado, y se precipitó hacia la Reina, gritando:

-¡Madama, io son morto!... ¡Giustizia!... ¡Giustizia!...

Derribó Riccio la mesa del lado de la Reina al levantarse, y hubo allí entonces un momento de confusión horrible. Agarrábase el infeliz sin tino al vestido de María, gritando siempre: ¡Giustizia!... ¡Giustizia!... Daba ella también voces procurando cubrirle con su cuerpo, y los asesinos dirigían sus espadas y pistolas, ora a Riccio, ora a la Reina misma. Abrazola entonces estrechamente, por detrás, Darnley, a fin de impedirle el juego de los brazos, y desasíó él mismo, con gran violencia, de las manos crispadas del secretario, las faldas de la Reina.

Sin amparo ya el desdichado, arrastráronle por el cuello de la ropilla fuera del gabinete, y atravesando la alcoba, le llevaron a la sala de descanso.

Allí esperaban Morton, Lindsay y los demás conjurados, que le querían guardar toda la noche en Holyrood para ahorcarle a la mañana siguiente. Mas Jorge Douglas, abalanzándose a él con el propio puñal de Darnley en la mano, se lo hundió en el pecho y se lo revolvió, y dejó dentro gritando:

-¡Ahí va la puñalada del Rey!...

Todos se precipitaron entonces sobre él, y le dieron cincuenta y seis puñaladas. Espirante aún, le arrastraron por la escalerilla de las habitaciones de Darnley; por una de las ventanas le arrojaron al gran patio cuadrado.

- VIII -

No logró el ánimo varonil de María arrancar a Riccio de manos de sus asesinos; pero su habilidad y su energía supieron desbaratar lo que les restaba por hacer de su plan combinado. Toda aquella horrible noche del sábado, tuviéronla encerrada en su cámara, sin permitirle siquiera ser asistida por sus damas.

Morton y Lindsay guardaban el palacio, y sólo Darnley entraba a visitar y animar a la Reina. Mas tales trazas se dio ésta, y de tal manera supo disimular su indignación justísima, que le bastaron dos días, el domingo y el lunes, para volver por completo a Darnley, aterrado ya de su crimen, atraérsele de nuevo, y determinarle a huir con ella a Dunbar. Así lo hicieron en efecto, en la madrugada del lunes, saliendo de Holyrood con el mayor sigilo, a caballo, y sin más escolta que el capitán de guardias de la Reina, Arturo Erskine.

El pánico de los conjurados y su indignación contra Darnley no reconocieron límites. Huyeron todos a la desbandada, temiendo las justas iras de la Reina, y la mayor parte, Morton, Ruthwen y Lindsay entre ellos, no pararon hasta salvar la frontera de Inglaterra.

Creía entonces la Reina que la juventud inexperta de Darnley y los malos consejos de Jorge Douglas, eran los que le habían precipitado en su criminal y temeraria empresa. Pronto pudo, sin embargo, caer en la verdadera cuenta; porque indignados los fugitivos con la nueva traición de Darnley, tomaron venganza enviando a la Reina los dos documentos firmados el 1.º de marzo, que astutamente guardó en su poder el conde de Morton.

Entonces pudo comprender María toda la indignidad de Darnley y la infamia de su conducta, y el abismo que esta horrible revelación abrió entre ambos esposos, hízose ya infranqueable. Con harta razón no fue ya Darnley para ella sino un ingrato ambicioso, un infame asesino y un traidor a su religión, a su reina y su esposa: hízosele odiosa su presencia, y su dolor fue tan hondo y tan acerbo, que entonces se inició en ella la dolorosa enfermedad del hígado que le duró hasta la muerte. A poco escribía el embajador de Francia Du Croc al arzobispo de Glasgow: «La Reina no está buena. Yo creo que su enfermedad consiste en un pesar profundo, que es imposible hacerla olvidar. No hace sino repetir estas palabras: ¡Quisiera estar muerta!»

Acercábase en esto la época del alumbramiento de la Reina, y quiso ella retirarse al castillo de Edimburgo, por parecerle este lugar más seguro y saneado. Siguiola allí Darnley, en torno del cual se había hecho el vacío que acompaña siempre en los palacios a la desgracia, y siguiola también el conde de Bothwell, Jaime Hepburn, el hombre más peligroso de Escocia, según Trockmorton, que acechaba en silencio el momento oportuno de desplegar las inmensas alas de su ambición y su osadía, plegadas hasta entonces.

Y entonces fue también cuando allí mismo, y ante los propios ojos de la Reina, se entabló entre aquellos dos hombres una desigual y solapada lucha, cuyo último objeto era apoderarse, no ya del corazón, sino del poder y la corona de María.

Darnley no había cumplido aún veintiún años, y era, por lo tanto, un niño; un niño infame, ciertamente, pero al fin y al cabo, niño. Bothwell, por el contrario, iba a cumplir treinta y seis; la edad de las ambiciones frías y calculadas y egoístas, sin mezcla alguna de pasión generosa que las ennoblezca. Y entre este niño infame y este hombre perverso, hállabase María, reina de veintitrés años, acosada por los herejes, combatida por los rebeldes, vendida y ultrajada por Darnley como reina y como esposa, y servida por Bothwell con una lealtad y una galantería que la halagaban como mujer y la satisfacían como reina, y no había encontrado hasta entonces entre los falaces y groseros lores escoceses.

No es extraño, por lo tanto, que a medida que bajaba Darnley en su estimación y en su confianza, se elevase Bothwell en una y otra, y fuese poco a poco apoderándose del ánimo y de la voluntad de la Reina.

Darnley había tomado desde luego la actitud del niño mimado que se enfada cuando le regañan los maestros. Al justo alejamiento de María, contestó con durezas y hasta groseros insultos: diose a la caza con exceso, a los vicios con descaro, y a la bebida con cínica desvergüenza, y amenazó, por último, con fletar un barco y marcharse de Escocia.

Mas antes, cediendo a la falsía de su carácter y a la necia y desapoderada ambición que le dominaba, escribió al Papa, y a los reyes de España y Francia, protestando traidoramente de su amor a la fe católica, que había vendido a los herejes dos meses antes, y acusando a María de negligencia y descuido en restablecer el catolicismo en Escocia, como con ellos tenía pactado.

No causaron, sin embargo, efecto alguno en aquellas cortes, y mucho menos en la de Roma, las calumniosas quejas de Darnley. La Reina había seguido con el Papa y con Felipe II las negociaciones entabladas en vida de Riccio, y llevado su celo hasta el punto, verdaderamente temerario, de ofrecerse a recibir en Edimburgo un nuncio del Papa, para que asistiese al solemne bautismo del hijo que esperaba.

Sucedió, por lo tanto, que las cartas de Darnley se tomaron en aquellas cortes en su significación verdadera, y fueron grande parte para que el Papa apresurase la marcha del cardenal Vicente Laureo, obispo entonces de Mondovi, que con instrucciones y socorros para la Reina, era el nuncio que enviaba a Escocia. Con él iban también, por nombramiento del Pontífice, dos jesuitas ingleses: el P. Edmundo Hay y el P. Tomás Derbishir.

Así las cosas, dio a luz la Reina, el 19 de junio de 1566, un príncipe, que había de ser más tarde el apóstata Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra. Despachó al punto María a Jacobo Melvil, como embajador extraordinario, para que anunciase a la reina de Inglaterra la importante nueva; y entonces ocurrió un hecho que el mismo Melvil consigna en sus memorias, porque pinta por sí solo el carácter de Isabel, mejor que largas descripciones y profundos estudios.

Sucedió, pues, que cuando llegó Jacobo Melvil a Londres, hallábase la Reina en Greenwich, sitio real muy de su predilección, donde ella había nacido, y donde existe al presente el magnífico hospital de inválidos de la Armada. Fue allá a buscarla el embajador extraordinario, y acompañole el famoso secretario de Estado Guillermo Cecil que en ausencia de la Reina le había recibido.

Celebrábase aquella noche una gran fiesta en el palacio de Greenwich, con todo el esplendor verdaderamente mágico que desplegaba entonces la corte de Inglaterra; y la Reina, que era muy aficionada al baile, y presumía de serlo, tomaba parte en una de aquellas complicadas y difíciles contradanzas, propias de la época, que llamaban La Gallarda. Pasaba ya Isabel de los treinta y tres años, y crecía su fealdad a medida que la juventud se alejaba; tenía el pelo pintado de rojo, los ojos pequeños, los dientes negros, la nariz prominente; sobre el seno desnudo llevaba el collar de la Jarratiera, según su costumbre, y las más ricas pedrerías cuajaban desde su corona de oro hasta sus chapines de raso.

Acechó Cecil una pausa del baile para acercarse a la Reina y darle al oído la noticia que Melvil traía, y la envidia, la ruin envidia que royó siempre aquel duro corazón de solterona, se sobrepuso entonces en ella, por un momento, a todos los disimulos de la mujer y a todas las diplomacias de la Reina. Escapósele un grito de rabia, y dejose caer en un sitial sollozando; y como algunas de sus damas se acercasen asustadas, preguntando el motivo de aquella congoja, contestoles agriamente, con la dureza y despotismo que constituían el fondo de su carácter y salían a cada paso a la superficie:

-Pues ¿no sabéis que la reina de Escocia ha dado a luz un hijo, y yo no soy sino un árbol estéril?...

Suspendió la fiesta este desagradable incidente, y toda aquella noche la pasó la Reina devorando su despecho. Mas al otro día, repuesta ya de su turbación y dominado aquel brote de envidia, recibió a Melvil con grandes agasajos, escuchó de su boca la nueva del nacimiento del Príncipe con las mayores muestras de alegría y despachó acto continuo a sir Enrique Killebrew para que fuese a felicitar en su nombre a la reina de Escocia. Ofreciose también a ser la madrina del Príncipe cuando llegase el momento del bautizo, y nombró a la condesa de Argyle para que la representase en la ceremonia, y al marqués de Bedford para que fuese a Escocia como embajador extraordinario y llevase a su ahijado el rico presente de una pila bautismal de oro macizo.

Esta determinación de Isabel detuvo al nuncio del Papa en París, donde ya se encontraba. No convenía desairar a la reina de Inglaterra en aquellos momentos en que se pretendía arrancarle el reconocimiento de María y de su hijo como legítimos herederos de aquella Corona; ni parecía tampoco prudente irritarla, poniendo delante de su embajador en Edimburgo un nuncio de aquel mismo papa San Pío V, que preparaba ya su formidable bula excomulgándola.

Celebrose, pues, el bautizo con grande pompa y magnificencia, según el ritual católico, en el castillo de Stirling, y el arzobispo de San Andrés echó el agua bautismal al futuro rey de Escocia y de Inglaterra. Darnley, fiel siempre a su papel de niño enfadado, no asistió al bautismo de su hijo, ni salió tampoco de sus habitaciones durante las fiestas que se siguieron.

Bothwell, mientras tanto, íbase formando el partido que había de apoyarle en sus ambiciosos y siniestros fines, y alcanzó de María con motivo de aquellos faustos sucesos, el perdón de los asesinos de Riccio, refugiados en Inglaterra, con la sola excepción de Jorge Douglas, que dio la primera puñalada al infeliz secretario, y de Andrés Kar, que tuvo la osadía en aquellos momentos de confusión horrible, de apuntar una de sus pistolas al seno mismo de la Reina.

Esta vuelta a Escocia de los conjurados contra Riccio aumentó hasta lo sumo los temores y recelos de Darnley. Temía la venganza de aquellos antiguos cómplices suyos que también había él traicionado, y temía, sobre todo, su alianza con Bothwell, que con harta razón consideraba como el más poderoso y osado de sus enemigos. El rumor de una conspiración contra su vida, que todos ellos urdían, acabó de perturbarle: ganole el miedo, precipitole la falta de consejo y huyó a toda prisa a Glasgow, donde se hallaba el conde de Lennox, su padre. A poco cayó allí gravemente enfermo; hablose de envenenamiento, como en semejantes casos acontece, y resultó probado que consistía la enfermedad en unas viruelas malignas.

Esta fuga de Darnley, que colocaba a María en evidencia, así en su reino como ante las cortes extranjeras, acabó de colmar su resentimiento, y el triunfo de Bothwell pareció completo. Mas una tarde, un italiano que llamaban el signor Francis, Intendente de la Reina y grande amigo del difunto Riccio, pidióle con grandes instancias una audiencia para dos buhoneros paisanos suyos, que traían galas muy nuevas y ricas mercaderías francesas.

Accedió gustosa María, por ser muy aficionada a las modas de Francia, y su sorpresa fue grande al reconocer bajo los abigarrados sayos de los buhoneros paisanos del signor Francis, a los dos jesuitas: Edmundo Hay y Tomás Derbishir, compañeros del nuncio que el Papa la enviaba.

Había juzgado prudente el nuncio de San Pío V detener por entonces su viaje a Escocia; mas como las causas que lo motivaban urgían, y los sucesos se precipitaban, determinó enviar por delante aquellos dos hombres de su entera confianza. Traían éstos para la Reina, de parte del Papa, un socorro de veinte mil coronas, suma equivalente a los veinte mil escudos que ya le había enviado Felipe II por mano de Francisco Yaxlee, como en la nota número 36 del presente libro queda consignado; y traían también todas las instrucciones necesarias para proseguir con la poderosa ayuda del Papa y del Rey Católico los trabajos que, para la restauración del catolicismo en Escocia, había interrumpido la muerte de Riccio.

El Papa iba, sin embargo, mucho más lejos, y si la reina de Inglaterra persistía en su sistema de persecución a los católicos, era su intento publicar una bula excomulgándola y librando del juramento de fidelidad y obediencia a todos sus súbditos y vasallos, con lo cual, siendo María Estuardo la heredera legítima de la Corona de Inglaterra, todos los católicos ingleses se alzarían por ella y la colocarían en el trono con el auxilio del Papa y de las potencias católicas que habían entrado en la liga de Bayona.

Mas para todo esto parecía necesario a San Pío V, y así se lo suplicaba a la reina María, que cesase todo germen de discordia entre ella y su esposo, y no dieran a la cristiandad, que hacía de su causa de ellos la suya propia, el lastimoso espectáculo de un matrimonio católico dividido y enconado.

Abrió a estas razones María Estuardo su corazón y su conciencia al P. Edmundo Hay, y le hizo patente todo cuanto entre ella y Darnley había mediado. Los agravios eran grandes, los rencores profundos, el alejamiento mutuo y, por parte de María, justo y fundado en conciencia. Mas Edmundo Hay, en su doble carácter de sacerdote y de diplomático, supo mitigar las ofensas, suavizar los enconos, hacer posible la aproximación después del alejamiento, y poniendo de relieve ante los ojos de María la grandeza y santidad de la obra proyectada, pidióle, en nombre del Papa y del Rey Católico y de la cristiandad entera, que perdonase a Darnley y sacrificase sus sentimientos y afecciones personales a la causa de la religión y al triunfo de la Iglesia católica.

Cedió María, porque era su natural generoso e inclinado a grandes cosas, y así lo prometió a Edmundo Hay, y así lo cumplió, en efecto, disponiendo su viaje a Glasgow para intentar la reconciliación con Darnley, que allí se hallaba todavía enfermo.

Esta repentina mudanza de la Reina, cuyos altos motivos traslucieron muy pocos, llenó de estupefacción a Bothwell y a sus secuaces, y entonces fue, sin duda alguna, cuando en aquel infame conciliábulo de rebeldes despechados, ambiciosos traidores y herejes apóstatas, enriquecidos con los despojos de la Iglesia romana, se fraguó contra el infeliz Darnley el más negro y misterioso complot que registran las historias de la época.

- IX -

Nada hay que despierte tanto la sospecha en un ánimo mezquino, como la generosidad de una conducta cuya grandeza no alcanza ni comprende, y esto sucedió a Darnley en Glasgow con la visita de María Estuardo.

Su desconfianza era, por otra parte, natural y fundada. La mudanza de la Reina había sido demasiado repentina para parecer natural, y las causas que la motivaban eran harto delicadas en su parte de conciencia, y harto graves en su importancia política, para que osase María confiarlas a persona tan insustancial y ligera como Darnley.

El talento y la buena voluntad de María triunfaron, sin embargo, de sus desconfianzas, y poco a poco fue el niño enfadado desarrugando el ceño, confesó sus culpas, ofreció la enmienda, y acabó por pedir y prometer a la Reina que la seguiría a todas partes, con tal que quedase reanudada entre ellos la vida matrimonial de allí en adelante.

Consintió María, como era su propósito, y propúsole desde luego marchar a Graigmiller, cuyas aguas medicinales habían de hacerle bien, y apresurar su convalecencia. Mas Darnley, por un resto de recelo a los lores, que se habían reunido con Bothwell en Graigmiller mismo, poco tiempo antes, mostró repugnancia a este viaje, y propuso, a su vez marchar sin rodeos a Edimburgo e instalarse desde luego en Holyrood con su esposa y con su hijo.

Hízole presente la Reina, con grande dulzura y prudencia, el grave riesgo de contagio que pudiera haber para el tierno príncipe, con esta aproximación de su padre convaleciente aún de las viruelas, y entonces se concertó un plan que conciliaba todos los extremos. Darnley había de hospedarse en una casa de campo de los alrededores de Edimburgo, hasta su curación completa. La Reina se instalaría desde luego en Holyrood al lado de su hijo, y desde allí visitaría a Darnley con la mayor frecuencia posible.

Así quedó convenido entre ambos esposos con satisfacción mutua, y la Reina tuvo entonces la funesta ocurrencia de escribir a Bothwell, ordenándole buscar y preparar en las inmediaciones de Edimburgo la casa más a propósito por su situación sana y ventilada para recibir a Darnley.

Había entonces a las puertas mismas de Edimburgo un vasto campo, que desaparece hoy bajo la parte nueva de la capital de Escocia. En lo alto de una colina veíase una iglesia, ya arruinada en aquel tiempo, que llamaban Kirk of Field, esto es, Iglesia del campo; y pegado a ella existía un vetusto edificio conocido por la casa del Prebendado, a causa de haber sido la morada de los antiguos capellanes de aquella iglesia. Rodeábanla los jardines de varias casas situadas en el llano; y más lejos, hacia el lado de Edimburgo, había un antiguo convento de Dominicos, saqueado y destruido por los herejes, que llamaban de los Frailes Negros (Black Friars).

Era, en efecto, la casa del Prebendado la más sana y bien oreada de aquellas inmediaciones, y era también, al mismo tiempo, la más aislada y solitaria; y ya fuese por una u otra de estas condiciones, ya por ser su propietario Roberto Balfour, servil hechura de Bothwell, es lo cierto que, no obstante lo mezquino y derruido de tal casa, ella fue la escogida por aquél para albergue del desdichado Enrique Darnley.

Preparose con gran lujo en la planta baja un cuarto para la Reina, y justamente encima de éste se dispuso, con igual magnificencia, en el piso alto, la cámara de Darnley. Sus tres criados, Guillermo Taylor, Tomás Nelson y Eduardo Simons, debían alojarse en una galería próxima, destinada también a tocador y guardarropa; particularidades éstas que conviene tenga presente el lector para comprender bajo la horrenda y misteriosa intriga que en aquellos mismos lugares había de desarrollarse.

La Reina y Darnley salieron juntos de Glasgow, viajando en litera y a cortas jornadas, por no sufrir otra cosa la debilidad del enfermo. Salióles al encuentro Bothwell hasta la mitad del camino, y el 31 de enero llegó y se instaló Darnley en la casa del Prebendado.

Desde entonces, todo pareció recobrar en la corte de Escocia el aspecto mismo que tenía antes de la muerte de Riccio. La Reina visitaba a Darnley diariamente, dábale siempre pruebas de interés y de afecto, y por dos veces, en muy corto intervalo, pasó la noche en la casa del Prebendado. Bothwell, por su parte, acompañaba y servía a la Reina con su respetuosa galantería de siempre, y trataba a Darnley con todos los miramientos debidos a su rango soberano.

Así pasó los siete primeros días del mes de febrero; mas al octavo, que fue sábado, llegaron por la noche al palacio de Holyrood, dos de aquellos bandidos asalariados que llamaban entonces Jacks, por el colete forrado de hierro que usaban a guisa de armadura. Traían un cofre enorme para el conde de Bothwell y lo dejaron depositado con el mayor secreto en las habitaciones bajas que ocupaba éste en el palacio.

Al día siguiente, domingo 9 de febrero, vino la Reina por la tarde a visitar a Darnley, con ánimo de volverse a Holyrood entrada ya la noche. Casábase aquel día su doncella primera, María Carwood, y había prometido presentarse un momento en la fiesta con que celebraban la boda. Acompañaban a la Reina aquella tarde lady Reres, el conde de Bothwell y otros varios cortesanos, y todos ellos conversaron alegremente con Darnley hasta las once de la noche.

Mientras tanto, tres hombres salían con el mayor sigilo de las habitaciones de Bothwell en Holyrood, cargados con sacos muy pesados. Atravesaron clandestinamente el jardín de la Reina y tomaron el camino de Kirk of Field, hasta llegar al convento de los Frailes Negros. Ocultos en aquellas ruinas hallábanse otros tres hombres esperando; cargáronse éstos los sacos, y mientras los primeros volvían apresurados a Edimburgo, dirigieron ellos con su misteriosa carga a la casa del Prebendado.

Abrióles el francés Nicolás Hubert, llamado ordinariamente París, por ser nacido en la capital de Francia. Era aquel hombre un espía de Bothwell, colocado por este mismo al servicio de María Estuardo. Condújoles el espía con las mayores precauciones a la cámara

de la Reina, cuyas llaves, falsas o verdaderas, tenía en la mano, y allí les dejó encerrados con su carga.

A las once despidiose la Reina de Darnley, y precedida de pajes y lacayos, que alumbraban con antorchas, y rodeada de su comitiva, tomó el camino de Holyrood con grande paz y sosiego. Quedó entonces la casa del Prebendado sumida en el más tranquilo silencio, y desde este momento nadie ha sabido nunca a punto fijo lo que sucedió dentro de aquellos muros tenebrosos.

Una mujer de las cercanías declaró más tarde que, a las altas horas de la noche, entre una y dos de la madrugada, había oído una voz temerosa que clamaba desde la casa del Prebendado:

-¡Auxilio, hermanos, auxilio!... ¡Auxilio por amor de Dios, que tuvo misericordia de todo el mundo!...

Todo quedó en silencio después de estas voces lastimeras; pero una hora más tarde un estampido horrendo, más fuerte que los disparos de millares de cañones juntos, rompió el silencio de la noche, y un resplandor vivísimo desgarró por un momento sus tinieblas, alcanzándose a ver a su reflejo hasta las jarcias y aparejos de los barcos anclados en el puerto. Volvió a reinar el silencio instantáneamente; pero era ya un silencio de muerte. La casa del Prebendado había volado por los aires, sepultando entre sus escombros cuantos muros encerraban.

Aquella detonación formidable sembró la alarma y el pavor en Edimburgo, y el lord Prevoste acudió aterrado con sus guardas, seguido de mucha gente. Nadie osó, sin embargo, acercarse a las ruinas hasta despuntar el alba; mas, a su débil claridad, encontraron los más osados, entre los escombros, a Tomás Nelson, vivo todavía, y más lejos, en un jardín vecino, descubrieron el cadáver de Darnley, tendido bajo un árbol; a sus pies, y tocándole casi, se hallaba el de su paje William Taylor, pobre niño de dieciocho años. Darnley hallábase en camisa, medio envuelto en su capa de ricas perlas; Taylor, a medio vestir también, tenía a su lado una espada desnuda.

En este momento llegó Bothwell con grande apresuramiento, dando alborotadas muestras de indignación, de horror y de lástima. Abriose calle entre la muchedumbre, y mandó rodear de guardias los cadáveres y trasportarlos a una casa vecina, a fin, sin duda, de que nadie los examinase. Era ya tarde, sin embargo, y todos observaron que no había en ninguno de los cadáveres las quemaduras y golpes que suponen siempre en una explosión el fagonazo y la caída, y que sólo se observaban en sus cuellos y en sus rostros las señales inequívocas de haber sido estrangulados.

Esto fue lo que apareció a los ojos de todos, en la superficie de aquel abismo de iniquidad, cuyo negro fondo nadie ha sondeado todavía con verdadera certeza. He aquí ahora lo que resulta de los procesos entablados y de las prudentes conjeturas que pueden hacerse, sobre documentos de la época, tan claros y explícitos como el despacho del nuncio del Papa a Cosme I, sacado por el príncipe de Labanoff de los archivos de Médicis.

El día 8 de febrero, por la noche, dos forajidos de la banda de Jacks asalariada por Bothwell, llegaron a Holyrood preguntando por su amo. Llamábanse Hepburn de Bolton y Hay de Tallo, y traían de Dunbar un gran cofre lleno de pólvora, que colocaron secreta y cuidadosamente en las habitaciones ocupadas por el conde en el palacio.

Al otro día, que fue el del asesinato, Wilson, sastre de Bothwell, Powrie, su portero, y Dalgleish, su ayuda de cámara, dividieron en tres grandes porciones aquella enorme cantidad de pólvora, y, entre nueve y diez de la noche, la condujeron clandestinamente, en sacos y a hombros, a las ruinas del convento de los Frailes Negros.

Ocultos entre las ruinas esperaban los dos Jacks, Hepburn y Hay de Tallo, y el laird de Orminston, tan vendido a Bothwell y tan feroz como sus compañeros, aunque de noble linaje. Tomaron éstos a su cargo la pólvora, y mientras Wilson, Powrie y Dalgleish, regresaban presurosos a Edimburgo, ellos la condujeron a hombros a la casa del Prebendado. Abrióles allí el espía París, con unas llaves falsas, la cámara de la Reina, y en ella extendieron los tres bandidos toda la pólvora en grandes montones, dispuestos artificioosamente debajo del lecho que ocupaba Darnley en el primer piso. París y laird de Orminston volvieron entonces a Edimburgo; Hepburn y Hay de Tallo quedaron escondidos en la cámara de la Reina, disponiendo una larga mecha que habían de sacar al jardín por una de las ventanas.

Mientras tanto, Bothwell acompañaba a la Reina en la fiesta de Holyrood, y charlaba y bromeaba allí con su gracia y gallardía de siempre. A las doce bajó apresuradamente a sus habitaciones; quitose con gran prisa su rico vestido de terciopelo negro, bordado de plata y acuchillado de raso, y pidió a su ayuda de cámara Dalgleish, como éste mismo declaró más tarde, un traje de color oscuro y tela ordinaria, un capote de montar y un sombrero de anchas y caídas alas.

Así dispuesto, y seguido de Dalgleish, París, Wilson y Powrie, bajó sigilosamente por una escalera de caracol que daba al jardín de la Reina, e intentó salir por la puerta del Sur de palacio, por parecerle ésta la más solitaria y abandonada en aquella hora. Esto mismo llamó, sin embargo, la atención del centinela, y no bien se acercó la sospechosa caravana, dioles un enérgico y sonoro:

-¿Quién vive?

Empujó Bothwell a Powrie por delante, para que él respondiese, y así lo hizo éste, gritando:

-¡Amigos!...

-¿Amigos de quién?, -replicó el centinela.

Y otra señal de Bothwell contestó Powrie:

-Amigos de milord Bothwell.

Franqueáronle a este nombre temido el postigo, y entonces cruzaron rápidamente la Canongate, para buscar la puerta de Neither-bow, por donde les era forzosa la salida. Mas también esta puerta se hallaba cerrada, y tocole esta vez a Wilson, por orden de Bothwell, llevar la palabra. Gritó, pues, el fementido sastre al centinela, con altanería digna de su amo, que abriese la puerta a los amigos de milord Bothwell; y así lo hizo al cabo un soldado viejo llamado Juan Galloway, refunfuñando y preguntándoles con extrañeza qué demonios les hacía andar fuera de la cama a semejantes horas de la noche.

Una vez franqueada esta puerta, ya no encontraron dificultad alguna hasta llegar al convento de los Frailes Negros. Dejó allí Bothwell a Wilson, Powrie y Dalglish, y adelantose él, sólo con París, hasta el jardinillo del Prebendado, donde le esperaban ya los dos bandidos, Hepburn y Hay de Tallo.

Corta fue la conferencia que celebraron; a las pocas palabras cruzadas, París entregó a Hepburn un manojito de llaves falsas, y los dos Jacks entraron cautelosamente en la casa y se dirigieron a paso de lobo a la cámara de Darnley.

No dormía éste, desvelado por ruidos que oyera o recelos que tuviese, y al entrar los sicarios en su casa, despertó a su paje Taylor, que descansaba en una cama de campaña a los pies de su lecho. El paje encendió una lámpara y ambos quedaron ansiosos con el oído alerta; mas cuando oyeron pasos cautelosos en la antecámara y sintieron que una llave distinta de la que ellos tenían por dentro intentaba abrir la puerta por fuera, comprendieron al fin el riesgo en que se hallaban.

Darnley se echó fuera de la cama, y envuelto en su capa de pieles, y con la espada en la mano, trató de huir por la puertecilla del tocador situado en la galería; el paje, a medio vestir también, alumbraba con su lámpara... Y entonces debió ser cuando desde las ventanas del tocador dieron voces pidiendo auxilio, y entonces también, cuando los dos asesinos, bien solos, bien ayudados por París y el mismo Bothwell, se arrojaron sobre las infelices víctimas y las hicieron callar, estrangulándolas.

Cegados después, sin duda alguna, por el aturdimiento que acompaña siempre al crimen, llevaron los cadáveres a un jardín vecino para simular que los había arrojado allí la explosión que iba a seguirse, sin comprender en su azoramiento que estas mismas precauciones habían de hacer más patente el delito.

Una vez consumado el crimen, prendió Hepburn fuego a la mecha y todos corrieron al convento de los Frailes Negros para esperar la explosión en lugar seguro. Pasó un largo cuarto de hora de angustias y zozobras sin que ésta resonase, y es tradición, aunque ninguno de los testigos lo declarara entonces, que Bothwell mismo, devorado por la impaciencia, se adelantó otra vez hasta el Prebendado, arrastrándose sobre el vientre, para cerciorarse de que la mecha no se había apagado.

Estalló al fin la detonación horrible, y los asesinos huyeron hacia Edimburgo en tropel y a toda carrera, como si les persiguiese el crimen y el espanto les aguijoneara.

Intentaron escalar una brecha del baluarte para evitar el paso de las puertas, pero impidióle a Bothwell semejante esfuerzo una herida reciente que tenía en el brazo, y fueles forzoso volver hasta la puerta de Neither-bow y sufrir de nuevo los regaños y extrañezas del soldado Juan Galloway, que no sin gran dificultad consintió en abrirles, alarmado ya por la explosión reciente que acababa de oírse. Una vez en Holyrood, Bothwell respiró libremente, pidió de beber y se metió en la cama.

Media hora después, llamaban a su cuarto con tal violencia, que amenazaban echar la puerta abajo. Era Jorge Hacket, ujier de palacio, tan descompuesto y trastornado, que apenas podía hacer uso de la lengua. Incorporose Bothwell en su lecho y preguntole, con la mayor sangre fría, qué podía ocurrir tan grave que fuese motivo de tanta urgencia.

-¡Que han volado la casa del Rey y ha perecido entre los escombros!, -contestó Hacket, más bien que con palabras, con gritos y con gestos.

Saltó Bothwell de la cama y echó mano a la espada que cerca tenía, gritando:

-¡Fy!... ¡Trahison!, y comenzó a vestirse apresuradamente.

Entró en esto el conde de Huntly, igualmente aterrado, y ambos magnates subieron presurosos a ofrecer sus servicios a la Reina.

- X -

Siguiéronse a esta catástrofe tan hondas alteraciones en Escocia, murmuráronse y aun proclamáronse en alta voz tan graves afirmaciones, y hubo tan extrañas y absurdas inconsecuencias en la conducta de los más grandes personajes, y aun de la misma María, que la verdad naufragó entonces en el cenagoso mar de la intriga, el disimulo y la calumnia, y nadie hasta el día de hoy puede vanagloriarse de haberlas sacado a flote en toda su pureza.

Dos opiniones distintas corrieron entonces sobre el tenebroso crimen, y han llegado hasta nosotros a través de los siglos, apoyada una por los herejes enemigos de María, y sostenida otra por los amigos y defensores de la desdichada reina.

Acusaban los primeros a Bothwell del asesinato de Darnley, mas suponíanlo hecho con la complicidad o, a lo menos, el consentimiento tácito de María. La indudable pasión de la Reina por este hombre funesto y el extraño apresuramiento con que concertaron y verificaron su desdichado matrimonio, servíanles de apoyo para tan infame propaganda.

Los segundos, por su parte, achacaban igualmente la ejecución material del crimen al conde de Bothwell; mas la concepción del plan y su impulso y desarrollo atribuíanlo, con harta razón a nuestro juicio, a la ambición desmesurada y a la astucia infernal del bastardo conde de Murray, apoyado por el partido presbiteriano.

Murray, envidioso de su hermana, como lo es siempre el bastardo del hijo legítimo, acechaba la ocasión de arrancar a María la Corona de Escocia, apoyado por los herejes, cuyo ídolo era. Por eso, explotando la audacia criminal de Bothwell y el apasionamiento de María, tendióles un lazo en que cayeron ambos, uno a uno, cegados por el amor y la ambición, sus respectivas y peligrosas pasiones.

Murray desde la sombra, y el conde de Morton y los antiguos lores rebeldes y herejes, ostensiblemente, persuadieron a Bothwell de que, una vez cometido el crimen, ellos apoyarían su matrimonio con la Reina.

Su plan secreto era, sin embargo, denunciar al pueblo a Bothwell como asesino del Rey, hacer pasar a la Reina por su cómplice, y aprovechando la vergüenza y el oprobio que necesariamente habían de caer sobre ésta, encerrarla en una prisión y desposeerla de la Corona.

Los acontecimientos que se sucedieron, y que brevemente referiremos, prueban, paso a paso, la verdad de este pérfido plan que, por desgracia, vino a coronar el más completo de los éxitos.

A los dos días de la muerte de Darnley (12 de febrero), publicó la Reina un edicto ofreciendo dos mil libras de Escocia a cualquiera que denunciase al asesino, o diera algunas luces sobre el misterioso regicidio.

Fijose este edicto a la puerta de la cárcel de Edimburgo, que llamaban la Tolbooth, y al día siguiente apareció pegado junto al edicto un pasquín, en que se acusaba al conde de Bothwell del asesinato, y se denunciaba como cómplices suyos a James Balfour y a un tal David Chamberz, paniaguado de Bothwell.

Otros diversos pasquines fueron apareciendo en los sitios más públicos de Edimburgo, y ya se denunciaban en ellos, junto a Bothwell y a sus secuaces, a los más fieles servidores católicos de la Reina.

Aquellas pérfidas insinuaciones fueron poco a poco concretándose, y, a los pocos días, aparecieron en el mercado público dos nuevos pasquines. Léanse en uno las iniciales de la Reina bajo una mano que sostenía una espada, y en el otro, las del conde de Bothwell, bajo otra mano empuñando una maza, que se supuso desde luego ser el instrumento del crimen.

Al mismo tiempo comenzaron a oírse, a deshora y en lo más callado de la noche, voces misteriosas que parecían salir de la famosa Cruz de Edimburgo, y acusaban del crimen a Bothwell y de complicidad a María.

Los ministros presbiterianos, fieles a su consigna y actores principales en aquella inicua farsa, atribuían desde el púlpito, con fanática vehemencia, las denuncias anónimas de los pasquines a la voz del pueblo que nunca yerra; y las voces misteriosas de la Cruz de Edimburgo, a la voz de Dios, que milagrosamente denunciaba a los culpables, para que los fieles de la nueva Iglesia hiciesen justicia y tomaran venganza.

La agitación fue extrema en Edimburgo, y se extendió por todos los confines de Escocia. Mas, una vez preparado este terreno, preciso fue obrar de otra manera, si había de caer la Reina en el lazo del matrimonio, como había caído ya Bothwell en el del asesinato.

El 12 de abril fue, pues, citado Bothwell a instancias del conde de Lennox, padre de Darnley, ante un tribunal encargado de examinar su conducta. Presidía este tribunal el conde de Argyle, como justicia mayor del reino por derecho hereditario, y formaban el jurado los mismos lores comprometidos con Murray y con Morton.

Éste mismo y el falaz secretario Maithland, eternos cómplices del bastardo, acompañaron a Bothwell al tribunal que se había constituido en la Tolbooth misma. Iban a caballo, Morton a la derecha, Maithland a la izquierda, como si acompañasen a un triunfador y no a un pérfido asesino.

Bothwell sostuvo su arrogancia ante el tribunal, y aquel jurado de cómplices reconoció y proclamó unánime la absoluta inocencia del asesino de Darnley. Al día siguiente los tres Estados de Escocia ratificaron en el Parlamento la absolución de Bothwell, y no satisfecha aún la audacia inverosímil de este hombre, envió un cartel de desafío a las ciudades del reino, citando en palenque cerrado a todo hidalgo de buena sangre que osara acusarle de haber tenido parte en el asesinato de Darnley.

Al otro día de la clausura del Parlamento, que fue el 19 de abril, se adelantó un paso más en aquel camino de iniquidades. Bothwell dio un gran banquete en la taberna de Anslay, famosa en aquel tiempo, a todos los lores escoceses que se hallaban en Edimburgo, y allí, entre las botellas vacías y las copas llenas, exigió el cumplimiento de su promesa de apoyar su matrimonio con la Reina.

No deseaban ellos otra cosa, y todos, con el conde de Morton a la cabeza, tuvieron la infame doblez de acceder a su ruego, firmando allí mismo un bond en que declaraban hallarse convencidos de la inocencia de Bothwell, se comprometían a defenderle contra los calumniadores, y recomendaban a la Reina aquel noble y poderoso lord como el marido más conveniente.

«Este acta -dice el protestante Robertson- que rebaja y desdora el carácter escocés más que ningún otro acontecimiento de aquel siglo, contenía una declaración formal de la inocencia de Bothwell y el testimonio más auténtico del reconocimiento que le era debido por sus servicios prestados al reino. En el caso de que volvieran a acusarle del asesinato del Rey, se comprometían todos los firmantes a reunirse para su defensa y a exponer sus vidas y fortunas por su causa. Recomendábanle también a la Reina como el hombre más digno de su preferencia, y añadía que si ella se determinaba a honrarle con su mano, ellos se encargarían de sostener esta elección y juntarían todas sus fuerzas a las de Bothwell, para oponerse a cualquiera que intentase poner obstáculos».

El lazo estaba tendido, y la ceguera de su pasión hizo a la desdichada María caer en él prisionera. Bothwell, confiado en el amor de la Reina, presentola este acta y la propuso el funesto casamiento. Mas la Reina, ya fuese que la asaltasen nuevos escrúpulos, ya que la

fecha de su viudez le pareciese en realidad demasiado reciente, supo todavía dominar su pasión, y dio largas al asunto.

Entonces el impaciente lord organizó y cometió el último y más audaz de todos sus atentados. Y fue el caso, que el lunes 21 de abril marchó la Reina al castillo de Stirling para visitar a su hijo el príncipe real, que bajo la tutela del conde de Mar, tenía allí su residencia.

Volvió la Reina a Edimburgo el día 24, y a seis millas de la ciudad, y en el sitio que llaman Almont-Bridge, apareció de repente el conde de Bothwell a la cabeza de ochocientos jinetes, envolvió y desarmó a la escasa escolta de la Reina, y tomando por la brida el caballo de ésta, la condujo al castillo de Dunbar prisionera.

Diez días permaneció allí la Reina en poder de Bothwell, hasta que el 3 de mayo la condujo él mismo a Edimburgo, con todos los miramientos debidos a su rango. Al llegar a la ciudad arrojaron los soldados de Bothwell las lanzas al suelo, como para demostrar que la Reina venía libre, y echando pie a tierra el conde, descubierto y desarmado, tomó respetuosamente la brida del caballo de María, y la condujo ante el vecindario estupefacto, no al palacio de Holyrood, sino al castillo de Edimburgo.

Desde allí declaró la Reina el 12 de mayo a la magistratura y a la nobleza, expresamente convocadas, que era libre, que perdonaba a Bothwell la ofensa recibida, en gracia de sus servicios pasados, y que proponía concederle las más altas dignidades, como hizo, en efecto, aquel mismo día, nombrándole duque de Orkney y de Shetland, y colocando ella misma la corona ducal en su cabeza.

Murray y los presbiterianos triunfaban por completo. Al día siguiente, 13 de mayo, Bothwell lograba sus afanes y María Estuardo se perdía para siempre, contrayendo en el palacio de Holyrood, a las cuatro de la madrugada, aquel funesto matrimonio que resulta para nosotros el único punto dudoso de su historia.

¿Qué había pasado en Dunbar? ¿Ignoró siempre María la culpabilidad de Bothwell? ¿Triunfó acaso su corazón de su conciencia, o fue atropellada la debilidad de la mujer por la brutal audacia de Bothwell en aquellos diez días de cautiverio?...

A tales preguntas, que podrán acaso envolver una flaqueza, mas nunca un crimen, contesta el odio de los herejes con insultos y calumnias; mas la caridad de los católicos debe, por el contrario, detenerse respetuosa y conmovida ante la enlutada figura de la noble reina, levantada sobre el pedestal de sus horribles infortunios, cubriendo con un paño fúnebre manchado de sangre este episodio de su vida, e imponiendo con un dedo sobre los labios a la posteridad: ¡silencio!...

Cuando faltan las pruebas y sólo existe una duda, es noble y digno, y casi siempre justo, tener en cuenta aquellas palabras de Silvio Pellico: «La crítica debe ser ilustrada, pero no cruel con nuestros antepasados; no calumniadora ni falta de respeto para aquéllos que no pueden levantarse de sus sepulcros y decirnos: «Ésta fue, ingratos nietos, la razón de nuestra conducta».

- XI -

Sucedió todo esto en el breve espacio de tres meses, y cinco días antes del matrimonio de Bothwell, el 8 de mayo, ya habían arrojado la máscara Morton y los lores presbiterianos, y proseguían, dirigidos y de acuerdo siempre con el bastardo Murray, su obra de traición y alevosía.

Los ilustres jurados que proclamaron unánimes en la Tolbooth de Edimburgo la inocencia de Bothwell; los nobles comensales de la taberna de Anslay que habían prometido bajo su firma defender a éste con vidas y haciendas, si alguien osaba acusarle del asesinato del Rey; los fieles súbditos que le recomendaban a la Reina como el marido más digno que podía escoger entre los nobles de Escocia, éstos mismos, y tan sólo quince días después, se reunían en Stirling y formaban una liga, llamada de los lores confederados, para libertar a la Reina de manos de Bothwell (!), para velar más de cerca por la seguridad del Príncipe real (!!), y para perseguir y castigar a Bothwell y a sus cómplices en el asesinato del Rey (!!!).

Y esto lo decían y lo afirmaban Argyle, que había presidido el tribunal de la Tolbooth; Morton y Maithland, que habían acompañado y autorizado a Bothwell por las calles de Edimburgo; Lindsay, Ruthwen, el laird de Grange y toda la caterva de ilustres bandidos que en la taberna de Anslay habían encontrado a Bothwell digno de la mano de María y de la gratitud del reino. ¡Jamás obró la alevosía con mayor cinismo, ni rebajó tanto la desnuda traición los cobardes ropajes de la hipocresía!

Mientras tanto, los ministros presbiterianos proseguían excitando desde el púlpito a la rebelión con enconado fanatismo, y acusando a la Reina, con frases y figuras harto transparentes de complicidad en el asesinato de Darnley, de haber contraído con Bothwell un matrimonio sacrílego, y de pretender entregar a éste el Príncipe real, su hijo, como ya le había entregado antes su esposo.

Alarmada la Reina con estos amagos de horrible tormenta, retirase con Bothwell al fuerte castillo de Borthwich, a diez millas de Edimburgo, y desde allí, con el pretexto de perseguir a los borderers, que infestaban toda la provincia, proclamó una leva feudal, dispuesta a concluir de una vez con traidores y rebeldes.

Aprovecharon los lores confederados esta ocasión para levantar abiertamente el pendón de su rebeldía. Negáronse, pues, a suministrar la gente de guerra que la Reina pedía y, reuniendo ellos por su parte en Stirling hasta dos mil caballos, marcharon sobre Borthwich, dispuestos a apoderarse de Bothwell y de la Reina por un atrevido golpe de mano.

Adelantose lord Hume, con ochocientos hombres, el 10 de junio, a la caída de la tarde, y tan rápida y callada fue su arremetida, que hubiera conseguido su intento, a no lograr Bothwell escaparse disfrazado de ministro presbiteriano, y si la Reina misma no le hubiera seguido atropelladamente, a caballo y vestida de hombre. Encontráronse ambos a las diez de la noche, en mitad del camino, y siguieron juntos a Dunbar, a donde llegaron a las tres de la madrugada.

Frustrada esta intentona, tomaron los lores confederados el camino de Edimburgo, reclutando siempre gente por el camino, y entraron en la capital el día 11, al frente de más de tres mil hombres. El pueblo de Edimburgo, preparado para la sedición por los ministros presbiterianos, acogió calurosamente a los rebeldes, y éstos publicaron a las dos horas de entrar en la ciudad, la siguiente proclama, en que la audacia y la hipocresía marchaban de común acuerdo:

«Hallándose cautiva la Majestad de la Reina, y no habiendo nadie capaz de gobernar el reino y de castigar el asesinato del Rey, Nos, los señores de la nobleza y del Consejo, mandamos a todos los súbditos, y muy en particular a los ciudadanos de Edimburgo, que ayuden a Nos, los señores de la nobleza y del Consejo, a libertar a la Reina, a guardar al Príncipe y a castigar a los asesinos del Rey. Mandamos también a los lores del tribunal y a todos los demás jueces, que hagan justicia según las leyes del reino y cualesquiera que sean los trastornos que se levanten durante el tiempo de esta empresa. Todos los que contravengan a estas órdenes serán reputados fautores del dicho asesinato y serán castigados como traidores.»

Aquella noche llegaron los condes de Athol y de Lethington con sus gentes de refuerzo, y al día siguiente diose la orden muy de mañana, de estar dispuestos en el término de tres horas para marchar contra el conde de Bothwell. «El cual -decían los rebeldes en una nueva proclama- después de haber asesinado al Rey, de haberse apoderado de la Reina, y contraído con ella un matrimonio deshonesto, reúne ahora fuerzas para apoderarse del Príncipe real y asesinarle.»

La Reina, mientras tanto, había declarado traidores desde Dunbar a los lores confederados, y al frente de dos mil quinientos hombres que pudo reunir bajo su bandera, salió con grandes ánimos, el sábado 14 de junio, en busca de los rebeldes. Marchaba delante el estandarte de Escocia, y detrás venía ella, a caballo y bien armada, al frente de su reducido ejército. Llegó en la primera jornada hasta Preston, y acampó a la segunda en los cerros de Carberry-Hill, a seis millas hacia el Este de Edimburgo.

Los rebeldes, por su parte, salieron de la capital el domingo, entre dos y tres de la madrugada, y acamparon en las alturas de Musselbourg, a media legua escasa de las tropas de la Reina. Traían éstos, en vez de la bandera con el león de Escocia, un horrible estandarte regalado por los lores, que había conmovido al pueblo de Edimburgo, y exaltado hasta el extremo el fanatismo de la soldadesca. Sobre un paño oscuro veíase pintado el asesinato de Darnley. Yacía éste al pie de un árbol y, arrodillada a su lado, estaba la figura de su hijo el Príncipe real, con este versículo de los salmos en torno: ¡Juzga, oh Dios, y venga mi causa!

- XII -

Avistáronse los dos ejércitos muy de mañana, y ambos eran, sobre poco más o menos, iguales en número y armamento. Separábase un crecido arroyuelo, y las posiciones de uno y otro resultaban igualmente ventajosas. Prontos ya a venir a las manos, apareció de repente el embajador francés Du Croc, con intento de mediar entre ambos partidos en nombre de su rey Carlos IX. El mismo embajador Du Croc ha conservado todos los pormenores de esta escena en sus cartas al rey de Francia y a la reina madre Catalina de Médicis.

Dirigióse primero al campo de los rebeldes, e hizoles proposiciones de paz y arreglos con la Reina. Morton y Glanclairn dieron la cara en nombre de todos y contestaron, con arrogante hipocresía, que dispuestos estaban a reconocer y a servir a la Reina y a prestarla obediencia, con tal que apartase ella de sí al criminal que tenía a su lado. Añadieron también que si Bothwell quería adelantarse entre los dos ejércitos y combatir solo con cualquiera de ellos, no faltarían entre sus filas uno, dos, cuatro, diez, doce que le sostuvieran cara a cara y con las armas en la mano, que él había sido el asesino del difunto rey.

Mostró Du Croc repugnancia a transmitir esta embajada, que, como sabían muy bien los astutos rebeldes, había seguramente de rechazar la Reina. Mas Morton, el falaz traidor que había encubierto y protegido a Bothwell hasta quince días antes, contestó con cinismo inconcebible que ninguna otra cosa tenían que hacer ni decir, y que todos preferían ser sepultados vivos a dejar oculta la verdad sobre la muerte del Rey.

Marchó entonces Du Croc muy descorazonado al campo de la Reina, escoltado por los rebeldes hasta las primeras avanzadas. Reinaba allí grande ansiedad, y los soldados iban y venían de un lado a otro sin orden ni disciplina. Du Croc encontró a María sentada en un montecillo, muy animada y resuelta. Rodeoles al punto la soldadesca con grande falta de respeto, ansiosa de saber lo que resolvían y aun lo que hablaban.

Du Croc besó la mano a la Reina, y hablola también de paz y perdón para aquellos hombres extraviados que, aunque enfrente de ella, se proclamaban todavía sus súbditos y servidores. Levantose vivamente la Reina al oír esto, e interrumpió a Du Croc con grande cólera y verdad irrefutable:

-¡Mal lo demuestran, embajador!... ¡Mal lo demuestran obrando en contra de lo que firmaron, y acusando hoy al que justificaban ayer, y con el cual ellos mismos nos han casado!...

Hizo entonces ademán de volver la espalda; mas deteniéndose, por deferencia al embajador más bien que por alguna otra cosa, añadió menos agriamente que si los lores cumplían con su deber y la pedían perdón, pronta estaba ella a abrirles los brazos. Llegó en esto Bothwell muy alterado, y preguntó a Du Croc en alta voz y para que los soldados le oyesen:

-¿Creéis vos entonces que la rebelión es contra mi persona?...

-Acaban de decirme -respondió Du Croc también en voz alta- que ellos son siempre fieles súbditos de la Reina. Y añadió en voz baja: -Y vuestros enemigos mortales.

-¿Pues qué les he hecho yo?, -gritó Bothwell como si hablase, más bien que con Du Croc, con los soldados-. Jamás les he causado el más leve daño... Siempre les he consultado en todo... Creed, embajador, que les mueve contra mí la envidia que tienen de mi grandeza... ¡Como si todos no fueran dueños de aceptar la fortuna cuando se les presenta!... ¡Ni uno solo hay entre ellos que no quisiera verse en mi lugar!...

Propuso entonces Bothwell, para evitar la efusión de sangre, combatir él solo entre los ejércitos con cualquiera de los rebeldes que aceptase el reto, con tal que fuese su igual en sangre. Mas la Reina medió entonces en la discusión, y se opuso abiertamente a este singular combate.

Mientras tanto, los rebeldes habían pasado calladamente el arroyo que les separaba del ejército real, y se hallaban ya al alcance de la voz, prontos a caer sobre el campo enemigo. Bothwell dejó entonces con grande prisa a Du Croc para ponerse al frente de los suyos, y éste volvió otra vez a los rebeldes para hacer la última tentativa, ofreciendo a Morton y a Glencairn el perdón de la Reina si deponían las armas y volvían a su obediencia.

-Nosotros -contestó Glencairn con altanería- no hemos venido a solicitar el perdón de nadie, sino a concederlo a los que han hecho la ofensa.

Y el desleal Morton añadió:

-Nosotros no hemos tomado las armas contra la Reina, sino contra el conde de Bothwell, asesino de su esposo... Que nos lo entregue Su Majestad o que le aleje de su presencia, y entonces la obedeceremos.

Dicho esto, pusiéronse ambos los cascos para impedir nueva plática, y los soldados echaron pie a tierra y dejaron los caballos a un lado para avanzar y combatir según el uso de los escoceses.

Levantáronse entonces grandes murmullos en las tropas reales, y voces muy claras pidieron que se buscase un medio de evitar la batalla. Sorprendiose Bothwell, turbose la Reina, y las voces y los murmullos redoblaron pidiendo ya distintamente que combatiese solo Bothwell con un campeón de los rebeldes. Aceptó éste sin titubear un punto, y la Reina cedió a la fuerza, viendo las vacilaciones de sus tropas. Enviáronse emisarios, y el laird de Tullibardin aceptó el reto en nombre de los lores. Rechazole sin embargo la Reina por no considerarle al igual de Bothwell, y éste mismo designó entonces al conde de Morton.

Mas Morton, ya fuese desconfianza en sus propias fuerzas, ya cobardía, ya miedo de comprometer, en caso de desgracia, los planes de Murray, que él solo conocía, declinó tan peligroso honor en lord Lindsay, el jayán más fornido y brutal que empuñaba lanza en las montañas de Escocia. Hizo, sin embargo, Morton este trueque con su habilidosa hipocresía,

ofreciendo a Lindsay la famosa espada de su antepasado Arquibaldo Douglas, llamada en las crónicas Bell-the-cat (el cascabel del gato), cuya curiosa historia podrá encontrar el lector en las notas.

Era esta espada legendaria uno de aquellos espadones de dos manos, de tan descomunal longitud, que, llevándola Lindsay al hombro, tocaba la empuñadura la cimera de su casco y rozaba la punta con sus espuelas. Recibióla Lindsay de manos de Morton, puesto de rodillas delante de todo el ejército, e implorando en alta voz el auxilio divino. «Quiera la misericordia de Dios -dijo- proteger al inocente, y quiera su justicia castigar al infame asesino que derramó la sangre del Rey.»

Hízose, sin embargo, inútil toda esta impía farsa. Durante estas idas y venidas habíanse mezclado los soldados de uno y otro bando, y la desertión comenzó a cundir en las tropas de la Reina. El laird de Grange, por su parte, aprovechando traidoramente la confusión general, tomó la vuelta del cerro de Carberry con un fuerte destacamento, y cortó de este modo, por el lado del Este, la retirada de Bothwell a Dunbar. La desbandada fue entonces general en las tropas de la Reina, y en pocos minutos encontráronse solos ella y su esposo, con unos sesenta nobles y la guardia de arcabuceros.

Viose entonces la Reina sin recursos para pelear y sin medios para huir, y sólo pensó en salvar a Bothwell. Llamó al laird de Grange, que se hallaba el más cercano, y díjola éste que los lores la volverían la obediencia si apartaba de sí a Bothwell y consentía en seguirlos a Edimburgo. María, atenta sólo al interés de su esposo, aceptó una y otra cosa, con tal de que los lores la volvieran la obediencia, y así se lo prometió solemnemente en nombre de todos el laird de Grange, sabiendo muy bien que ninguno había de cumplirlo.

Entonces tuvo la Reina con Bothwell una última conversación, a la vista de todo el mundo, en el alto de Carberry. Vióseles hablar con mucha agitación y premura, y despedirse después, como dice Du Croc en sus cartas a Carlos IX, con grande angustia y dolor, avec grande angoisse et douleur. Bothwell besó la mano a la Reina, y montó luego a caballo y partió al galope, sin volver el rostro, seguido de diez o doce hombres. Allí se separaron para siempre aquellos dos desgraciados, un mes después de contraído su funesto matrimonio.

La Reina, dominando con admirable energía los brotes de su dolor de mujer y su orgullo de princesa, volvió lentamente adonde estaba el laird de Grange, y le repitió de nuevo que se entregaba a él con las condiciones convenidas y aceptadas. Tomó éste entonces por la brida el caballo de la Reina, y la condujo respetuosamente adonde los lores confederados esperaban. Presentose a ellos María con todo su noble continente de reina, y con grande majestad les dijo desde lo alto del caballo:

-¡Milores!... No venimos aquí porque hayamos temido por nuestra vida, sino porque aborrecemos ver correr sangre cristiana, y muy sobre todo la de nuestros propios súbditos... Desde hoy queremos guiarnos por vuestros consejos, confiando en que obraréis con el respeto que nos debéis como a vuestra princesa natural y vuestra reina.

Apeose entonces María; los lores hincaron la rodilla, y el hipócrita Morton dijo interpretando la falsía de todos:

-Éste es, señora, el lugar que cuadra a V. M... Aquí estamos todos prontos a defenderos y serviros, tan lealmente como la nobleza de este reino sirvió siempre a vuestros antepasados.

Atravesó la Reina aquella primera línea del ejército, compuesta de nobles y escuderos, y al llegar a la segunda, formada ya por soldados y gente llana, pudo apreciar toda la negra traición de los lores y todo lo infame del lazo que la habían tendido. Acogiola primero un murmullo amenazador, que se convirtió luego en espantosa gritería de insultos y amenazas, mientras la soldadesca se oprimía en torno de ella, y le presentaba por delante la horrible bandera que le habían dado los lores, representando a Darnley asesinado y a su hijo pidiendo venganza. Morton y Grange, por un resto de pudor o por un colmo de hipocresía, sacaron las espadas para imponer silencio; mas imposible les fue sosegar la tormenta, después de desencadenados los vientos.

La confusión fue horrible por más de una hora, y de tal modo se oprimió la turba en torno de la Reina, que los bajos de su ropa resultaron hechos jirones: la lluvia había convertido en lodo el polvo de sus vestiduras, y los empujones y vaivenes desprendieron del tocado sus largos cabellos, y le caían sueltos por la espalda. En tan lastimoso estado, y llevando siempre por delante la siniestra bandera, llegó María a Edimburgo a las diez de la noche, no como reina, sino como cautiva de sus vasallos.

Lleváronla a la casa de lord Prevoste, y presa allí de un acceso de desesperación, lanzose a una ventana abierta, medio desnuda, con el pelo tendido y los convulsos brazos en alto, pidiendo con grandes voces a Dios misericordia y auxilio al pueblo de Edimburgo. «Nadie - escribía el testigo de vista Juan Beton a su hermano el arzobispo de Glasgow- hubiera podido ver aquella desgarradora escena sin sentirse profundamente conmovido».

Alarmáronse por esto mismo los lores, temiendo que, compadecido el pueblo, intentase algo en favor de María, y trataron de tranquilizarla con nuevas mentiras y protestas. Mas los ministros presbiterianos supieron de tal manera azuzar a la plebe hereje, que toda aquella noche hubo ante la casa del Prevoste gente que vociferaba insultos y amenazas, y aun tuvieron la crueldad, a la mañana siguiente, de levantar a la altura de las ventanas de María, la lúgubre bandera y enseñársela otra vez entre imprecaciones y risotadas.

Asustados ya los lores, y temiendo llegase su propia obra demasiado lejos, sacaron a la Reina de casa del Prevoste, y la llevaron al palacio de Holyrood, aquella noche a las ocho, cuando comenzaba a sombrear la oscuridad de la noche. Según la relación del capitán Inchkeith, testigo de vista, iba la Reina con una bata de noche de color oscuro, a pie entre dos hacaneas desmontadas: a izquierda y derecha iban los condes de Athol y Morton, detrás sus dos fieles damas, María Semple y María Seaton, y en torno de la comitiva trescientos arcabuceros.

Faltaba aún coronar la negra obra de traición y alevosía, y la remataron los lores a la mañana siguiente, reuniéndose en Consejo y decretando por su propia autoridad, con pasmo

y espanto de la Europa de entonces, que la Reina fuese encerrada en el castillo de Lochleven, bajo la custodia de los lores Lindsay, Ruthwen y Douglas, sin permitírsele comunicación con persona alguna ni de dentro ni de fuera, como no fuese en presencia de los lores o por mandato del Consejo.

Firmaron esta orden Morton, Glencairn, Athol, Mar, Graham, Sanquhar, Symyrle y Ochiltree, y en virtud de ella la desdichada María fue arrancada del palacio de sus padres en la noche del 16 al 17 de junio, y conducida en una mala hacanea al castillo de Lochleven, entre el brutal lord Lindsay y el feroz lord Ruthwen, hijo de aquel otro Ruthwen, asesino de Riccio.

Lo que faltaba que hacer, sólo Murray podía intentarlo y conseguirlo, y no tardó éste en salir de su escondrijo y presentarse en Escocia.

- XIII -

En nada se reveló tanto el odio de los lores y la solapada dirección de Murray, como en el hecho cruel y meditado de escoger para prisión de María el castillo de Lochleven.

Levantábase esta sombría fortaleza en el centro del lago de Leven, uno de los más extensos y hermosos de Escocia, sobre una islilla de rocas escarpadas y estériles. Era su fábrica del siglo XIII, y formábala un macizo torreón enclavado en una enorme plaza de armas cuadrada, que flanqueaban a su vez, en sus cuatro ángulos, otras tantas torres redondas. Cerraba el horizonte, por un lado, la dentada cordillera de Ben-Lemond, que escalonándose de montaña en montaña y de colina en colina, venía a morir a orillas del lago; y extendíase, por el otro, la dilatada y fértil llanura de Kinross, donde se asienta la blanca aldeilla de este nombre, como una paloma posada en un prado de verdura. Las espesas nieblas que se levantaban del lago, aislaban sin embargo el sombrío castillo de aquel paisaje pintoresco, y le envolvían casi de continuo en una atmósfera húmeda y triste.

Mas no era lo sombrío de su prisión, ni lo estrecho de su vigilancia, lo que más podía mortificar el ánimo de la Reina entre los muros de Lochleven. Lo horrible, lo repugnante para la desdichada María, estaba en que la castellana de Lochleven, convertida en carcelera por orden del Consejo intruso, no era otra sino Margarita Erskine, la manceba de Jacobo V, madre del propio Murray.

Walter Scott ha retratado con su maestría de costumbre a esta antigua beldad de la corte de Escocia, convertida ya entonces por los años en vieja lady presbiteriana, espionando sin cesar a la Reina, vigilando los pasillos y poternas de Lochleven, con su hueco verdugado de terciopelo granate con babera y mangas de Chipre, su monterilla rematando en punta sobre la frente, la Biblia con abrazaderas de plata debajo del brazo, y las llaves del castillo siempre empuñadas, como si temiese a cada paso ver abrirse las puertas ante la real prisionera.

Después de sus aventuras con Jacobo V, habíase casado Margarita Erskine con William Douglas de Lochleven; pero ni la alta posición en que este ilustre matrimonio la colocaba, ni el amor de los hijos legítimos que de él le nacieron, lograron ahogar en su conciencia el remordimiento de lo pasado, ni extinguir en su corazón el rencoroso encono a María de Lorena, mujer de Jacobo V, y a María Estuardo, hija de ambos. La primera fue siempre para ella la rival preferida que le arrebató su amante; la segunda era hija legítima de éste, que privaba de todo derecho a su bastardo. Muerta María de Lorena, todo su rencor de rival pospuesta y de madre herida lo amontonó lady Douglas sobre la hija inocente María Estuardo, que la traición de los lores acababa de poner en sus manos.

Otro abismo, aún más hondo, separaba a la Reina de su carcelera de Lochleven. A los cuarenta años de su edad, había apostatado lady Douglas de la religión católica, y héchose presbiteriana bajo la dirección de Knox en persona; y el fanatismo del maestro sectario, y la altanería y acritud natural de la discípula apóstata, hicieron bien pronto de ésta una verdadera beata hereje, cruel e intolerante, incapaz de comprender la indulgente condescendencia de la verdadera virtud, que, aun en el caso de condenar, ama siempre y compadece.

Ayudaban a lady Douglas en la custodia de la Reina sus dos hijos, Guillermo y Jorge. Guillermo, el primogénito, hacía oficios de senescal y maestresala cerca de la Reina, asistiendo a todas sus comidas sin que cruzase entre ellos una sola palabra. Diariamente entraba en la cámara de la Reina precedido de un mayordomo y seguido de cuatro criados, que traían los manjares en platos cubiertos. Douglas y el mayordomo hacían una profunda reverencia a la Reina, si estaba presente, o al sitio en que se sentaba en caso contrario, y uno de los criados servía entonces al primero, en una salvilla de plata, sal y pan partido en pequeñas porciones para que los gustase. El mayordomo trinchaba después lo que los platos contenían, y presentaba un pedazo de cada uno a Douglas, el cual los comía según era uso y costumbre en aquellos tiempos, en que con harta razón podía temer un príncipe ser envenenado a cada instante. En los casos de ausencia de Guillermo, suplíale en estos oficios su hermano Jorge, y cuando ni uno ni otro se hallaban en el castillo, la misma lady Douglas se tomaba este ceremonioso trabajo.

Vivía también entonces en Lochleven otro Douglas; pero Douglas de rama colateral y pobre, recogido en el castillo, más bien que por caridad de sus parientes, por no permitirles su orgullo que vagase por Escocia, sumido en la miseria, alguien que llevase su ilustre apellido. Era éste un pobre niño de catorce años, huérfano de un segundón de la familia, en quien nadie reparaba, y mucho menos la Reina, y a quien todos en el castillo llamaban, lo mismo que le llamaron después los historiadores ingleses y franceses, Douglitas (le petit Douglas o the little Douglas).

Servía Douglitas a la castellana de Lochleven de paje de honor, y el tiempo que no le empleaba su honorífico cargo, pasábalo olvidado de todos, ya cazando en la montaña, ya pescando en el lago, ya en una fragua de su propia invención, donde forjaba muy habilidosamente picas y hierros de lanzas. Una sola pasión tenía Douglitas: la de su pariente Jorge Douglas, que le había enseñado a montar a caballo y a manejar las armas, y en quien el pobre niño había reconcentrado todo el tierno cariño que en su gran corazón resultaba vacante.

Habían acompañado a la Reina a Locheleven dos damas de toda su confianza: Lady Fleming, señora de edad ya madura, y la hija de lord Seaton, María, su fiel y alegre compañera desde que, en su más tierna infancia, fueron ambas enviadas de Escocia a la corte de Francia. Entretenía la Reina las largas horas de su cautiverio con estas dos fieles servidoras, ignorando en absoluto lo que pasaba por defuera, y temiendo siempre que los lores rebeldes atentasen contra su vida, como habían atentado ya contra su trono.

Y no eran infundados los temores de la prisionera. Los rebeldes se habían apoderado de la autoridad real sin otro derecho que el que se atribuían a sí mismos, y la ejercían desde Edimburgo con el nombre de lores del Consejo privado. Uno de los primeros actos de este gobierno intruso fue, pues, decidir la suerte de la Reina, y aquí se dividieron las opiniones y comenzaron las disidencias. Cuatro partidos distintos se formaron entonces en el seno de la rebelión misma y del Consejo. Limitábanse los primeros y más templados a exigir a la Reina el divorcio de Bothwell y a restablecerla luego en el trono de sus mayores. Los segundos, que capitaneaba Morton, y eran los verdaderos representantes de los planes de Murray, querían hacer abdicar a la Reina en favor de su hijo y desterrarla luego para siempre a Francia o Inglaterra. Los terceros, más sañudos aún, proponían someterla a un tribunal que juzgase sus pretendidos crímenes y condenarla a prisión perpetua. Y los últimos, crueles ya hasta el delirio, exigían que, después de juzgada la Reina, se la aplicase la pena de muerte.

Apoyaban a estos energúmenos los ministros presbiterianos, con Knox, el jefe de su Iglesia, a la cabeza. Este célebre sectario, fugitivo de Escocia desde el asesinato de Riccio, habíase presentado en Edimburgo no bien supo la prisión de la Reina, y empleado toda su poderosa influencia para hacer aceptar a los lores del Consejo, como lo logró en efecto, los artículos que aseguraban en Escocia la ruina del catolicismo y el triunfo de los presbiterianos. Eran estos artículos: abolir en todo el reino los últimos restos del catolicismo; restaurar el patrimonio de la Iglesia católica en favor del nuevo clero presbiteriano; conferir a éste las universidades, colegios y escuelas en que había de educarse la juventud; educar al Príncipe real en el protestantismo y hacer jurar en adelante a los reyes, al coronarse, que mantendrían la verdadera religión profesada en la Iglesia de Escocia, y suprimirían todo lo que fuese contrario.

Triunfó al fin el partido de Murray, y el Consejo acordó un plan que no era otra cosa sino el resultado final de las aspiraciones del bastardo. Determinose enviar a la Reina una comisión de los lores del Consejo encargada de hacerla firmar tres actas, que a prevención llevaban extendidas y dispuestas. Por la primera, abdicaba María la Corona en su hijo el Príncipe real. Por la segunda, confería la Regencia del reino, durante la minoría del Príncipe, a su hermano bastardo el conde de Murray. Por la tercera, nombraba para gobernar en ausencia de éste, o para sustituirle en la Regencia, en el caso de que Murray no aceptase, al duque de Chatellerauld y a los condes de Lennox, Argyle, Morton, Athol, Glencairn y Mar.

En el caso de que la Reina se negase a firmar estas actas, los lores de la comisión debían doblegar su ánimo y aterrarla con la amenaza de que el Consejo estaba decidido a constituir un tribunal y a condenarla a prisión perpetua, y aun a la pena de muerte, por violación de la

Leyes del reino y por complicidad en el asesinato de Darnley, fundándose en pruebas escritas por la propia mano de la Reina.

- XIV -

Componíanse las habitaciones destinadas a la Reina en Lochleven, de una reducida antecámara, una pieza espaciosa que servía de estrado y de comedor, y otra pieza bastante capaz, que era el dormitorio de la Reina. A uno y otro lado de éste, había dos habitaciones en que dormían respectivamente, María Seaton y lady Fleming, y de una de ellas partía una escalerilla de caracol, que iba a parar a un jardinillo con algunas estatuas y una fuente, que servía a la prisionera de solaz y esparcimiento. Las ventanas de la alcoba de la Reina, todas con fuertes rejas, daban al lado de la montaña, y las del salón y la antecámara a la llanura de Kinross, hermoso panorama que recreaba la vista de las reclusas, cuando las nieblas no lo envolvían en sus cenicientas gasas.

Un día, sin que nadie haya podido saber cómo, recibió la Reina de modo misterioso un lacónico billete del embajador de Inglaterra, Trockmorton, advirtiéndola que alguna violencia le preparaban; pero que tuviese S. M. en cuenta que, nada que prometiese o firmase entre los muros de una prisión y cediendo a la violencia, podía tener fuerza legal ni obligarla ante nadie, una vez su libertad recuperada. Sobresaltó a la Reina grandemente este mensaje misterioso, comprendiendo que algo se tramaba contra ella, y su ansiedad fue de todos los momentos, esperando a cada paso el anunciado suceso.

El 25 de julio, a los treinta y nueve días de su llegada a Lochleven, y muy pocos después del aviso de Trockmorton, oyó la Reina a media mañana el ronco son de una bocina, que desde la orilla opuesta del lago pedía embarque. Asomose con sus damas a una ventana del estrado, y vio, en efecto, agolpados en el tosco muelle que servía de embarcadero, un grupo numeroso de gente de armas, que en aquel momento enarbolaban un estandarte, saludando al castillo. Parecía capitanearlos un hombre de gran estatura, armado por completo, que era el que tocaba la bocina, y hallábase a su lado otro jinete, al parecer caballero, vestido de terciopelo negro.

Contestaron desde el castillo, primero con la bocina y enarbolando luego en la torre el estandarte de los Douglas, y una barca con dos remeros surcó rápidamente las aguas del lago, en busca de todos los visitantes. Observaba la Reina todas estas maniobras con la inquieta zozobra de quien de todo y a todas horas teme: no alcanzaba sin embargo su vista a distinguir a tanta distancia ni el blasón del estandarte ni las fisonomías de los viajeros, y mandó a María Seaton que bajase al jardín a enterarse, si podía, de quiénes eran y qué intentos abrigaban.

Volvió a poco María Seaton muy demudada y dijo a la Reina que los recién llegados eran el lord Lindsay y sir Roberto Melvil, con su correspondiente escolta, y que dos horas antes había llegado también a Lochleven el lord Ruthwen, todos en comisión de los lores del Consejo.

Aterrose la Reina por un momento al oír aquellos nombres de Ruthwen y Lindsay, que eran los de sus dos más mortales enemigos, y ya no dudó de que eran ellos los encargados de cometer la violencia que Trockmorton anunciaba. Crecíase, sin embargo, María en los momentos de peligro, y aquella pobre mujer de veinticuatro años, reina sin cetro ni corona, prisionera entre los muros de un castillo, aprestose no sólo a luchar, sino a provocar astutamente a los dos feroces lores, para hacer más interesante su papel de víctima y más vergonzoso y más cruel el de ellos de verdugos.

Mandó, pues, a María Seaton que cerrase por dentro con barras y cerrojos la puerta de la antecámara, que daba a la gran escalera, y que no abriese, y aun la dejase echar abajo, hasta que lady Fleming diese orden de hacerlo. Ella, mientras tanto, mujer y mujer hábil aun en medio del peligro, entrose en su cámara para disponer de modo conveniente sus adornos y vestidos.

No esperó mucho María Seaton: resonaron a poco en la escalera pasos de hombres armados; una mano atrevida levantó por fuera el picaporte de la puerta, y como éste no cediese, dieron en ella fuertes y repetidos golpes, gritando al mismo tiempo la bronca voz de Lindsay:

-¡Abrid, los de adentro!

-¿Quién va?, -contestó sin inmutarse María Seaton.

-Lord Lindsay, que quiere hablar con lady María de Escocia.

-Pues si sois lord Lindsay -replicó María Seaton con tanta ira como entereza-, respetad como noble escocés la puerta de vuestra reina, y esperad su beneplácito para hablar con ella.

Siguiose a esta respuesta un fuerte altercado de voces y de gritos, en que sobresalía furiosa la áspera voz de Lindsay, seguido de golpes y esfuerzos tan poderosos para abrir la puerta, que crujieron los goznes y cerrojos amenazando saltarse. Duró largo rato este alboroto de gritos y porrazos, hasta que una voz varonil, pero respetuosa y bien templada, gritó dominando el tumulto:

-Quien quiera que seáis, decid a S. M. la Reina que yo, Roberto Melvil, su fiel criado, le suplico, para bien de todos, que reciba de manos de lord Lindsay el mensaje que le trae de parte del Consejo.

Nada tuvo que responder la Seaton, porque ya le hacía desde lejos lady Fleming señas de que abriese; mas todavía la maligna damisela apuró un poco la escasa paciencia de los lores, descorriendo con grande calma barras y cerrojos. Precipitose lord Lindsay al punto en la estancia, con todo el ímpetu de su grosería irritada: cubríale aún el polvo del camino, desluciendo más todavía su deslumbrada armadura y la puerca sobreveste de gamuza que le asomaba por debajo, ennegrecida por el roce del hierro, y rota en muchas partes por tajos y estocadas. Colgábale también a la espalda el enorme espadón Bell-the-cat, de Arquibaldo Douglas, que le había dado el conde de Morton la mañana fatal del encuentro de Carberry.

Detrás venían Roberto Melvil y lord Ruthwen, limpios y aderezados como convenía presentarse ante la persona de la Reina, y en último término apareció Jorge Douglas, que por hallarse ausente su hermano Guillermo, tocábale hacer aquel día los honores del castillo.

Apareció a poco María en la puerta de su alcoba, con tanta gracia y majestad, que la misma grosería de Lindsay se sintió subyugada. Jamás, dice el propio Melvil en sus Memorias, se presentó la Reina en el palacio de Holyrood tan noble y tan digna como en aquella memorable sesión del castillo de Lochleven. Traía una largo vestido de terciopelo negro, de ajustada cotilla y ancho y almidonado cuello de riquísimo encaje, que descubría la garganta y velaba honestamente el seno. Prendíase en su tocado, también negro, un amplio y delicado velo blanco, que envolvía toda su persona en transparentes gasas: pendíale del cuello una cruz de oro de precioso artificio, y de la cintura un rosario de oro con cuentas de ébano. Alhajas éstas, dice Melvil, que no llevaba por vanidad de mujer, sino por dar en cara a los presbiterianos y hacer ostentación de sus creencias católicas.

Siguióse un silencio sepulcral a la entrada de la Reina, y solamente ella pareció conservar entre todos los presentes la más completa y digna calma. Sentose en un sitial, al lado de una mesa que vino a quedar entre ella y los lores, los cuales permanecieron de pie confusos y silenciosos. Lady Fleming y María Seaton se colocaron detrás del sitial de la Reina, y Jorge Douglas permaneció junto a la puerta, como mero espectador de la imponente escena.

Rompió al fin el silencio la Reina, preguntando a los lores con enigmática sonrisa, si debía el honor de su visita al deseo de pedirla perdón por su pasada rebeldía. El efecto que se proponía la Reina con esta pregunta, produjose al momento. Lord Lindsay, con su brutal grosería, y lord Ruthwen, con su fría y correcta frase, más acerada aún y más sañuda que la de su bestial compañero, se apresuraron a protestar, con insolente arrogancia, de que no venían a pedir perdón, sino a ofrecerlo a la misma Reina, si consentía en aprobar y firmar los tres documentos, que para la pacificación de los reinos y bien de la religión reformada, única verdadera, la enviaban los lores del Consejo.

Devoró la Reina el ultraje como si no lo hubiese entendido y preguntó, con la mayor indiferencia, si era la intención del Consejo que firmase aquellos documentos bajo la sola garantía de los lores presentes, o si le sería permitido leerlos antes de firmarlos.

-Indudablemente -exclamó Ruthwen creyendo que el temor comenzaba a doblegar el ánimo de la Reina-. Y acto seguido comenzó a leer el acta de abdicación en que la Reina, por su propia y libre voluntad, y en prueba del afecto que profesaba a su real hijo, abdicaba en él la Corona y le confería todos sus derechos, y le nombraba y acataba por legítimo rey de Escocia.

Escuchábale María con la mano en la mejilla y los ojos entornados, como si oyese una lectura interesante de honesto pasatiempo. Al terminar lord Ruthwen, dijo la Reina señalando con el dedo los otros dos pergaminos que había puesto el Lord sobre la mesa:

-Y éstos, ¿qué dicen?...

Leyó entonces Ruthwen con la misma solemnidad la segunda acta nombrando regente del reino al conde de Murray, y la otra tercera en que se designaban los sustitutos del bastardo en la regencia y el gobierno. Terminó Ruthwen, y un silencio tremendo, uno de esos silencios angustiosos como los que preceden a lo grande y lo terrible, reinó en la estancia por más de un minuto. Rompió Ruthwen colocando con cierta timidez involuntaria los tres pergaminos enrollados sobre la mesa.

-Vuestra Majestad me dirá la respuesta que debo dar al Consejo -dijo.

-¡La respuesta al Consejo!... Entonces estalló la cólera de la Reina, impetuosa y terrible, con toda la imponente majestad de su realeza, su desgracia y hasta su hermosura... Sin levantarse ni moverse y sin que un solo gesto o ademán desmintiese por un momento el natural señorío de su persona, arrojó sobre la frente de los lores toda la vergüenza y la ignominia de que se hallaban cubiertos. Hablaba sin levantar la voz y a borbotones, pero sin que su avasalladora elocuencia permitiese a los traidores intercalar una sola palabra de disculpa o de protesta. Enumeró sus ingratitudes, sus perfidias, sus rapiñas, sus traiciones, sus perjurios como caballeros y sus apostasías como católicos y, cansada ya, anhelante y balbuceando un poco por la fatiga, encaró al fin con Ruthwen, y le dijo:

-¡La respuesta al Consejo!... Decid más bien a esa cuadrilla de bandidos, impaciente por repartirse el botín que nos han robado... ¡La respuesta al Consejo!... ¡Cuando esa respuesta tiene que pasar por boca de un traidor como tú, Ruthwen, cuya cabeza, sólo por funesta compasión nuestra, no está clavada hace años en una de las puertas de Edimburgo, María de Escocia no tiene respuesta que dar!...

Y extenuada, jadeante, venciendo al fin la debilidad de la mujer a la entereza de la Reina, clavó los codos en la mesa, ocultó el rostro entre las manos, y rompió a llorar, tan hondo y tan amargo, y con tan desgarrador desconsuelo, que sus lágrimas brotaban y corrían por entre sus afilados dedos, y venían a mojar el macizo roble de la mesa.

Ruthwen, pálido como la muerte, pero siempre dueño de sí mismo, calló astutamente, viendo en aquella flaqueza final de María una esperanza de doblegar al cabo su ánimo. Mas el estúpido Lindsay, creyendo que aquél era el momento de atemorizar a la Reina, comenzó a insultarla groseramente, enumerando a su vez los supuestos crímenes con que ellos mismos la habían calumniado, y amenazándola con los tribunales y la prisión perpetua, y la muerte y el hacha del verdugo, por homicida y por adúltera, si no firmaba pronto y en aquel instante los fatales documentos. Habíase recobrado María mientras tanto de su congoja, y echándose de repente hacia atrás en el sitial que ocupaba, dijo con lánguida voz, como si su ánimo desfalleciese y comenzase a flaquear:

-Y en el caso de que cediésemos, ¿qué garantías se nos dan para seguridad de nuestra persona?...

-Nuestra palabra y nuestro honor -respondió Lindsay.

Movió la Reina la cabeza con un aire de duda, que sólo lo terrible de la situación impedía ser cómico, y dijo lentamente:

-Ligeras nos parecen esas garantías, milord... Añadidles siquiera un puñado de pelusa de cardo para que resulten más pesadas.

Furioso Lindsay, comenzó a vocear que la Reina ponía en duda su honor de caballero, y aun levantó el puño cerrado como amenazándola. Medió entonces Melvil, testigo mudo hasta entonces, y con hartó trabajo pudo lograr de ambos lores, sobre todo de Lindsay, que le dejaran solo con la Reina, aunque fuese medio cuarto de hora, para cumplir él por su parte las instrucciones reservadas que traía del Consejo. Cedieron al fin los lores, regateando Lindsay hasta el espacio de tiempo, y no bien desaparecieron ellos, arrojase Melvil a los pies de la Reina, y con apremiantes razones y presuroso acento suplicole y rogole, por su propio bien de ella, que firmase aquellos tres pergaminos, si no quería echar a rodar su honor ante inicuos tribunales y exponer su persona a la prisión perpetua y aun a la muerte; pues no eran vanas amenazas las bravatas de Lindsay, sino realmente pérfido plan de los lores del Consejo. Añadióle también que nada perdía con ganar tiempo poniendo su firma en aquellas actas, a todas luces nulas, por haber sido firmadas bajo la presión y la violencia. Y cuentan algunos historiadores, aunque el mismo Melvil no lo confiesa, que sacó entonces del seno y entregó a la Reina un secreto mensaje de los lores Seaton y Huntly, fieles siempre a María, en que la hacían las mismas reflexiones y la daban el mismo consejo.

Tenía la Reina a Melvil por hombre doblado, y éralo en efecto, pues jugaba con dos barajas, unido por un lado a los lores, y procurando, por otro, hacer en realidad el bien de la Reina. Cauta, pues, como el mucho trato con traidores la había hecho, aparentó ceder a las razones de Melvil, y pareció determinar entonces lo que desde el aviso de Trockmorton tenía ya determinado. Volvieron a entrar los lores, ceñudos y silenciosos, y la Reina, sin decir palabra, desenrolló las actas una a una y tornó a leerlas detenidamente. Extendió luego la mano buscando la pluma, y Ruthwen se la presentó diciendo:

-Conste, señora, que lo que va a ejecutar V. M. debe ser absolutamente voluntario.

Levantose la Reina con grande ímpetu al oír estas palabras, y arrojó la pluma lejos de sí, exclamando:

-¡No... no... no...! ¡Si ha de constar que voluntariamente nos despojamos de lo que hace más de tres siglos pertenece a los Estuardos, ni por la Corona de Francia que fuese nuestra, ni por la de Escocia, que lo es, ni por la de Inglaterra, que de derecho nos pertenece, firmaremos jamás semejante infamia!

Sucedió entonces lo que tenía que suceder, y lo que la temeraria habilidad de la Reina había ido procurando paso a paso hasta el último extremo. Adelantose Lindsay con la mano extendida, babeando de furor, torva la vista y horrible de ver, y cogiendo con su guantelete de acero el delicado brazo de María, apretolo cruelmente y la hizo sentar por fuerza y empuñar de nuevo la pluma, que él mismo le puso entre los dedos.

Dieron voces las damas, espantadas, y los hombres todos, hasta el mismo Ruthwen, se lanzaron al Lord, siendo el primero Jorge Douglas, que se le abalanzó al cuello rechinando los dientes: detalle éste que tuvo después su resultado, y no se pasó por alto entonces ni a la fina penetración de Melvil, ni a la femenina agudeza de María.

Ésta, pálida, pero serena como el que llega a su fin salvando un riesgo de muerte, miró a todos como invocando su testimonio, y sin levantar la cabeza firmó, uno después de otro, los tres pergaminos.

- XV -

El 29 de julio de 1567, cuatro días después de la escena que hemos descrito, coronaron los lores solemnemente al rey niño Jacobo VI, que contaba entonces trece meses. Verificose la ceremonia con grande pompa y magnificencia en la iglesia alta de Stirling, profanada ya por los herejes y dedicada al culto presbiteriano. El conde de Mar llevaba al real niño en los brazos; Glencairn iba delante con la espada; Morton con el cetro; y el conde de Athol llevaba la Corona real, adornada con el simbólico cardo de Escocia. Leyose primero el acta de abdicación de la Reina, y los lores Lindsay y Ruthwen atestiguaron y juraron, con la mayor impudencia, que la abdicación había sido formulada ante ellos libre y voluntariamente.

El conde Morton cometió a continuación otra iniquidad aún más negra que la precedente. Con la mano sobre los Evangelios juró en nombre del rey niño, inocente ángel bautizado por sus padres en la religión católica, guardar las leyes del reino y mantener la Iglesia presbiteriana de Escocia, única verdadera, suprimiendo todo lo que fuese contrario. Puso después el obispo hereje de Orkney la corona sobre la cabeza del niño, y los lores le juraron fidelidad, tocándole la frente con la mano derecha. El fanático Knox inauguró entonces el reinado de aquel desdichado príncipe con un violento sermón, en que derramó toda la hiel de su fanatismo político y religioso y de su odio sectario a la Reina.

Coronado ya el Rey, pudo ser proclamado regente el bastardo Murray, como lo fue, en efecto, el 19 de agosto en la Cruz de Edimburgo. Tomó aquel mismo día posesión del cargo en la Tolbooth, prestando públicamente el siguiente juramento, dispuesto y redactado por Knox en persona:

«Yo, Jacobo, conde de Murray, lord Alberneith, prometo lealmente delante de mi eterno Dios, que desde este día y en todo el curso de mi vida, le serviré con todo mi poder, según lo que manda su santísima palabra, revelada y contenida en el Nuevo y Antiguo Testamento, y prometo también mantener, según estas mismas enseñanzas, la verdadera religión de Jesucristo, por la predicación y administración de sus Sacramentos, tal como se ha establecido y practicado nuevamente en el reino, dejando abolida y desautorizada la falsa religión. Prometo conducir al pueblo, confiado a mi cargo durante la minoría del Rey, mi soberano, según los mandamientos de la Ley de Dios y las leyes y constituciones de este reino, sin faltar jamás a la palabra de mi eterno Dios, y procurando a su Iglesia y a todo el pueblo cristiano una verdadera y perfecta paz en todo el tiempo que va a seguirse. Prometo

perseguir y reprimir la opresión en todos los estados y jerarquías, y velar porque se administre justicia a toda criatura sin excepción, a fin de que el Señor y Padre de las misericordias sea misericordioso conmigo. Prometo desterrar del reino a todos los herejes y enemigos de la palabra de Dios y a cualquiera que resulte enemigo de su Iglesia. Todo lo cual juro solemnemente, con mi más solemne juramento.»

Dicho esto, los circunstantes todos cayeron de rodillas, y para colmo de irrisión de todo lo divino y de todo lo humano, entonaron el salmo: *Quam bonus Israel Deus his, qui recto sunt corde!* ¡Cuán bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón!

Así se consumó la revolución política y religiosa en Escocia, y así vio el bastardo Murray colmadas sus ambiciones, si es que se limitaban éstas al ejercicio del poder real, y no, como aseguran muchos, a la Corona misma. De ser esto verdad, débil obstáculo eran para él los derechos de un niño, y los hubiera allanado de seguro a no detenerle la muerte en su carrera de crímenes y de alevosías.

Mientras tanto, algunos lores fieles siempre a María, y algunos otros que disgustados de las violencias de los rebeldes se les habían separado, habíanse reunido en Dumbarton, y reanimando el ánimo abatido de los católicos del reino, todavía numerosos, proyectaron libertar a la Reina y restablecerla en su trono. Los primeros resultados de esta liga de Dumbarton fueron perjudiciales para María, pues alarmado el Regente, hizo redoblar las precauciones de que rodeaba a su prisionera, a fin de impedirle toda comunicación con sus partidarios y también con las cortes extranjeras, que se negaban a reconocer su atentado revolucionario.

Pudo, sin embargo, la Reina, a fines de marzo, entenderse con un noble caballero que llamaban Juan Beton, y enviarle a Francia con instrucciones secretas y cartas para Carlos IX, Catalina de Médicis y los Guisa. Era este Juan Beton hermano del arzobispo de Glasgow, embajador de María en Francia, y también llevaba para él la siguiente carta, en que pinta ligeramente la Reina las penalidades y rigores por que estaba pasando:

«De Lochleven. -Monsieur de Glasgow: Vuestro hermano os enterará de mi triste situación, y os suplico que le presentéis a él y a sus cartas, solicitando lo que podáis en favor mío. Él os dirá el resto, porque yo no tengo papel ni tiempo para escribir más, como no sea rogar al Rey, a la Reina y a mis tíos que quemen mis cartas; porque si se sabe que he escrito, costará la vida a muchos y pondrá la mía en peligro, y me harán guardar más estrechamente. ¡Dios os tenga en su guarda y me dé paciencia! -De mi prisión, hoy último de marzo. -Vuestra antigua señora y buena amiga, María, Reina, ahora prisionera».

No se dormían mientras tanto los partidarios de la Reina, y a mediados de marzo concertaron un plan de evasión, ayudados por la persona que menos podían sospechar el regente Murray y la castellana de Lochleven: era éste el mismo Jorge Douglas. No pudo aquel generoso joven ver tan de cerca los sufrimientos de María sin sentirse hondamente compadecido, y la horrible escena de la abdicación que presenciara él mismo acabó de hacerle patente el papel inicuo que a él y a todos los suyos hacía desempeñar su hermano bastardo Murray. Movido por estas razones y por los impulsos de su corazón bueno y recto, y quizá también por la especie de mágico encanto que ejercía la hermosura de la Reina

sobre cuantos de cerca la trataban, arrojose un día a sus pies pidiéndola perdón de sus pasados errores, y ofreciote de allí en adelante su espada, su hacienda y su vida.

Púsose bien pronto Jorge Douglas en comunicación con los amigos de la Reina, y éstos comenzaron a situar con el mayor sigilo por los alrededores de Kinross cuanta gente era necesaria para proteger la fuga de la prisionera. El plan de evasión fraguáronlo entre esta misma y Jorge Douglas, de acuerdo con una lavandera de Kinross que servía en Lochleven, llamada Meg, mujer católica y muy adicta a Jorge, de quien había recibido grandes beneficios.

Comenzó la Reina desde muchos días antes del señalado para la fuga, a quedarse en cama hasta muy entrada la mañana, para acostumbrar a las gentes del castillo a estas ausencias matinales. El día 25 de abril llegó muy temprano Meg la lavandera, como tenía de costumbre, y la Reina, que era, sobre poco más o menos, de su misma estatura, púsose su traje, envolvióse muy bien en su plaid, cargose un lío de ropas, y con la mayor audacia y fortuna salió sola del castillo y llegó al embarcadero para pasar a la otra orilla del lago, donde la esperaba Jorge Douglas con dos de sus amigos.

Embarcose en la lancha ordinaria que hacía este pasaje con dos remeros y, cuando ya se hallaba en mitad del lago, a igual distancia del castillo que representaba la prisión y la muerte, que de la otra risueña orilla en que se hallaban para ella la libertad y la vida, echose a reír uno de aquellos hombres, y dijo a su compañero:

-Veamos qué cara tiene esta hembra que llevamos.

Y al mismo tiempo extendió la mano para apartarle del rostro el plaid: levantó vivamente la Reina las suyas para impedirsele, y al fijarse aquel hombre en la blancura y belleza de aquellas manos reales, sospechó al punto quién pudiera ser la incógnita lavandera, y así se lo dijo con grande turbación, pero con mucho respeto.

La Reina, sin turbarse en lo más mínimo, mandoles entonces, bajo pena de muerte, que la llevasen a la otra orilla del lago. Mas los dos marineros, temiendo más la venganza de lady Douglas que las amenazas de aquella pobre Reina disfrazada y fugitiva, bogaron de nuevo hacia el castillo, sin que pudiese recabar de ellos otra cosa, sino la promesa formal de que no darían parte de su fuga hasta que la pobre lavandera Meg estuviese fuera del alcance de las iras de la castellana.

Esta fracasada intentona, que consta tal como la referimos en una carta del embajador inglés Drury al ministro Cecil, trajo fatales consecuencias, pues descubierto Jorge Douglas y perseguido por su madre y por su hermano, tuvo que huir para siempre del castillo de sus mayores. Mas no se desanimó el valiente mozo, y oculto siempre en las cercanías de Kinross con algunos parciales de la Reina, todavía halló medio de hacer llegar a manos de ésta un billete en que la rogaba que no lo diese todo por perdido; que estuviese siempre preparada para la fuga, y que se fiase por completo de la persona que le dijese en secreto una sola vez, o cantase desde lejos tres veces seguidas, estos dos primeros versos de una balada de los antiguos bardos de su familia:

- XVI -

Fracasada esta intentona de evasión y arrojado Jorge Douglas del castillo, comenzó a decaer el ánimo esforzado de la Reina hasta el punto de creerse ya condenada a vivir y morir de muerte más o menos natural y prematura entre los muros de Lochleven. No cesaban, sin embargo, sus parciales, ocultos siempre en las cercanías, de consolar su ánimo con las señales de luces y fogatas que, ora desde la aldea de Kinross, ora desde la falda de la montaña, le hacían a cada paso, para probarla su vigilancia y tenerla siempre prevenida.

Y sucedió que, estando un día bordando la Reina con sus damas junto a la ventana del estrado, oyeron de repente en el jardín una delicada vocecilla de niño, que cantaba pausadamente:

Quedáronse suspensas las tres mujeres, pálidas y sobrecogidas, mirándose entre sí en el mayor silencio. A poco volvió a sonar la vocecilla en el jardín, con la misma pausa y cadencia:

Asomose entonces María Seaton a la ventana, a una señal de la Reina, y vio a Douglitas, el pajecillo de lady Douglas, sentado gravemente en el suelo al pie de la torre, armando con la mayor atención una trampa para cazar pájaros. En el mismo momento volvió a repetir Douglitas por la tercera vez:

Bajó entonces la Reina al jardín con María Seaton y lady Fleming, a fin de hacerse enconradizas con el muchacho; mas éste, armada ya la trampa, retirose con la mayor indiferencia, sin que pareciese haber reparado siquiera en la presencia de las damas.

Sucedía esto muy a fines de abril, y pocas esperanzas debió cifrar la Reina en las canciones y esfuerzos de Douglitas cuando el 1.º de mayo escribía a Catalina de Médicis la siguiente carta, que probablemente debió llevar a Francia Juan Beton en un segundo viaje:

«De Lochleven, a 1.º de mayo de 1568. -Señora: Con motivo de escribir al Rey vuestro hijo, os envío ese mensajero que os hablará más largo pues yo estoy vigilada tan de cerca, que no tengo ocasión de escribir sino cuando mis guardianes comen, o mientras duermen, volviéndome a levantar yo, pues tienen mujeres que duermen junto a mí. El mensajero os lo

dirá todo, y yo os suplico que le deis crédito y que le recompenséis a él y al que os presentará, por amor mío. Os suplico también que tengáis los dos piedad de mí, porque si no me sacáis de aquí por fuerza, no saldré jamás. -María, Reina».

Y, sin embargo, nunca estuvo la Reina más cerca de su libertad que lo estaba en aquel momento. En la mañana del 2 de mayo resonó otra vez al pie de la torre la canción de Douglitas. Asomose María Seaton a la ventana, y vio, como la otra vez, al pajecillo, sentando en el suelo armando su trampa. Pareciole, sin embargo, que mientras el muchacho ahondaba con una mano el hoyo, escribía con la otra en la arena algunas palabras que luego borraba. Bajó entonces rápidamente por la escalerilla de caracol que daba al jardín, y asomose a una estrecha saetera que la iluminaba y desde la cual podía distinguir lo que Douglitas escribía, si escribía algo, y aun hablarle también si era necesario.

Tosió ligeramente la Seaton para llamar la atención del muchacho, y éste, canturreando muy bajo la canción de Douglas, y sin volver la cabeza, comenzó a escribir, con un palito en la tierra, grandes letras que borraba una a una a medida que las iba escribiendo. Seguías ávidamente María Seaton con la vista, y uniéndolas con la imaginación, dieron por resultado el siguiente aviso: Estén dispuestas esta noche a las nueve. No abráis mientras no digan desde fuera la contraseña.

Y al terminar esta última palabra, púsose de pie Douglitas, dejando armada su trampa, y se alejó sin volver la cara, cantando los significativos versos de la antigua balada:

Grande fue la agitación de la Reina al saber la portentosa nueva, y mayor todavía su perplejidad al discutir durante el día con sus damas las cualidades de Douglitas, y hasta qué punto sería o no prudente fiarse para tamaña empresa de tan ruin caballero. Ninguna de ellas dejó, sin embargo, de disponerse para la fuga, y pronto quedó preparado y oculto en la recámara de la Reina todo el equipaje de ésta: un ligero hatillo de ropa y el cofrecito que contenía sus joyas.

Al anochecer renacieron sus esperanzas, porque no bien oscureció del todo, comenzaron a brillar así en la colina de Kinross como en el lado opuesto de la montaña, todas las luces y fogatas que servían de señales. Y con tal insistencia movíanse y brillaban, que no parecían sino querer advertir a la Reina que estuviesen alerta aquella noche para recibir el auxilio de sus amigos.

Al toque de queda, que era también el de la cena de la Reina, entró la castellana de Lochleven con toda la imponente majestad de su eterno verdugado de terciopelo y su enorme cabezón de encajes, precediendo a la cena y dispuesta a desempeñar el oficio de maestresala en lugar de su hijo Guillermo, ausente aquel día en Edimburgo. Cató la vieja lady los manjares uno a uno, y la Reina, para disimular mejor, dirigiola, contra su costumbre, algunas palabras de agrado y cortesía. Entró en esto un mayordomo, que llamaban Randal, y entregó a lady Douglas, en propia mano, las llaves del castillo,

ensartadas en una correa, como era costumbre y su obligación todas las noches al toque de queda.

Hizo entonces la castellana una profunda reverencia a la Reina, y salió llevándose aquel precioso tesoro de las llaves, con grande inquietud de las pobres prisioneras, que no acertaban a comprender cómo podría Douglitas arrancarlas de sus apretadas garras. Cerró al punto María Seaton la puerta, y ya no pensaron en otra cosa, ni la Reina ni sus damas, sino en vestirse sus trajes de viaje y esperar, en la más inquieta zozobra, la señal convenida.

Serían entonces las ocho y media.

- XVII -

Mientras tanto, ponía Douglitas en práctica el plan que su gran corazón y su prudencia de hombre habían maduramente meditado. Tenía visto el pajecillo que todas las noches entraba Randal en la cámara de lady Douglas al toque de queda, y la hacía entrega de las llaves del castillo. Colocábalas la castellana en un lugar secreto, pero abierto, que el paje conocía, y dirigíase luego al gran comedor para cenar, según la rancia usanza, con toda su servidumbre.

Imaginó, pues, Douglitas coger las llaves de la cámara de lady Douglas, mientras ésta cenaba, y, aprovechando la falta de vigilancia que en aquella hora reinaba en el castillo, por hallarse toda la servidumbre a la mesa, sacar a la Reina al jardín por la escalerilla de caracol, y darla luego salida por la puerta que tenía el mismo jardín a la orilla del lago.

Procurose además Douglitas, para mayor seguridad, un manojito de llaves viejas, iguales en número y semejantes en la forma a las del castillo, que, puestas en el escondite en lugar de las verdaderas, pudiesen engañar los cansados ojos de la vieja castellana, si por casualidad se le ocurría ir a registrarlas al entrar de nuevo en su cámara.

El plan era de aquéllos que su propia sencillez hace facilísimos, si la fortuna les ayuda. Mas quiso la desgracia que, retrasada lady Douglas aquella noche por la cena de la Reina, recibiese las llaves en la cámara de ésta, y se dirigiese después al comedor llevándolas en la mano, sin detenerse a dejarlas en su cuarto. Sentose, pues, la anciana lady en la presidencia, bajo su dosel de paño escarlata, y puso las llaves junto a sí, encima de la mesa.

Otro cualquiera que Douglitas hubiéralo dado todo por perdido, mas no era el pajecillo de los hombres, o más bien de los niños, que fácilmente se intimidan. Púsose con el mayor desembarazo a servir a su noble tía, como era a veces su costumbre, y en una de sus muchas evoluciones arrojó como al descuido sobre las llaves la punta de una servilleta. Volvió de nuevo a la carga trayendo las llaves falsas bajo el ferreruelo, y mientras servía a la castellana un plato, escamoteó con la mayor ligereza las verdaderas y puso en su lugar las que escondidas traía. Oyó lady Douglas el ruido de las llaves y tiró vivamente de la servilleta; mas pareciéndole verlas en su lugar, siguió tranquilamente comiendo sin sospechar el trueque.

Corrió entonces Douglitas a las habitaciones de la Reina, sin detenerse mas que a recoger sus armas, y tocó suavemente a la puerta.

-¿Quién va?, -preguntó desde dentro una voz que el miedo y la zozobra hacían temblorosa.

Douglitas, con voz temblorosa también, dijo la contraseña:

Abriose entonces la puerta, y aparecieron las tres mujeres rebujadas en sus mantos, sosteniéndose entre sí, porque las mil emociones que las dominaban les hacían flaquear las piernas. No había un momento que perder, y la Reina, con mayor resolución, preguntó a Douglitas, en queda y temblorosa voz, lo que tenían que hacer ellas.

-Seguirme -contestó el pajecillo.

-Pero ¿por dónde?

-Por la escalerilla de caracol.

-¿Y quién nos abrirá la puerta?...

-Tengo aquí las llaves -replicó el paje mostrándolas.

Escapósele a la Reina una gran voz de contento y esperanza, y dijo santiguándose devotamente:

-¡Loado sea Dios y Él venga con nosotros!

Douglitas, dominando su emoción, fue cerrando por dentro todas las puertas de las habitaciones de la Reina con barras y cerrojos. Bajaron la escalera a oscuras, para que no se filtrase la luz por las saeteras. Iba delante el paje, luego la Reina y detrás María Seaton sosteniendo a lady Fleming, que, más vieja y menos animosa, tropezaba a cada paso y daba gemidos de susto. A tientas buscó Douglitas la cerradura, y probó tres o cuatro llaves antes de atinar con la verdadera. El aire fresco de la noche anunció a las fugitivas la libertad, y como por instinto quisieron lanzarse al jardín en pos del paje. Mas aquel rapazuelo de catorce años detúvolas imperiosamente con la autoridad que dan los trances apurados al que los dirige, y adelantándose él solo, con las mayores precauciones, hacia el lado del jardín en que se hallaba la puerta del lago.

La Reina, dice el comendador Petrucci en su relación a Cosme I de Médicis (Modo che la Regina de Scotia ha usado per liberarsi della prigione), esperó apretada contra el muro de la torre, santiguándose a cada paso y haciendo jaculatorias a Jesucristo Nuestro Señor y a Nuestra Señora y a sus santos. Sonó a poco el grito de un mochuelo y contestó más lejos el

de un búho, con tal propiedad ambos, que más bien que como señales, resonaron en los oídos de las fugitivas como siniestros graznidos de aquellas aves de mal agüero.

De repente apareció Douglitas ante ellas con tal sigilo, que pareció filtrarse de las tinieblas o brotar del seno de la tierra.

-Ahí están -dijo lacónicamente.

No osaron ellas ni aun preguntar quiénes fuesen los que estaban, y el pajecillo, sin añadir más palabra, cerró por defuera la puerta de la torre con el menor ruido posible. Tomó luego por la mano a la Reina sin grandes ceremonias, y deslizaronse todos a lo largo del muro, por no atravesar el jardín, de puntillas, aguantando casi el resuello, tropezando a cada paso con árboles y matas, tragándose las exclamaciones que el dolor hubiera debido arrancarles.

Al llegar a la puerta del lago hubo otro momento de angustia; estaba aquello muy al descubierto, y fue preciso emplear un buen rato en atinar con la llave que debía abrirla. Las fugitivas se pegaban al muro, como si creyesen que así abultaban menos, y Douglitas hacía esfuerzos increíbles por no soltar interjecciones de rabia.

Abriose al fin la puerta, y dos hombres, Jorge Douglas y Juan Beton, recibieron a la Reina casi en sus brazos. Había allí un hombre muerto, tendido en el suelo, y la Reina perdió todos sus bríos y sintió una fuerte congoja al saber que era el centinela de aquella puerta, sacrificado minutos antes por no poder de otra manera escapar a su vigilancia. Pegada a la orilla y oculta entre unos zarzales, había una barca con seis remeros, y a ella llevaron a la Reina casi sin sentido, y la sentaron en la popa. Douglitas cerró también por defuera la puerta del jardín, y trayéndose las llaves, saltó el último en la barca.

Era la noche oscura, y favorecía esto a las fugitivos; mas una precaución que no habían tomado estuvo a pique de perderlos. El ruido de los remos, que no estaban forrados, era harto estruendoso para que en el silencio de la noche no lo oyese el vigía de la torre, y de repente, y a muy poco de estar bogando, vino su voz, entre soñolienta y sorprendida, a estremecer a todos y a paralizar de espanto a las damas.

-¡Ah de la barca!... ¡Alto la barca!...

-¡Boga! ¡Boga!, -clamó Jorge Douglas por lo bajo con la más angustiosa energía.

Encorváronse los remeros sobre los bancos, redoblando el vigoroso empuje, y la barca se deslizó rápida como una flecha. El vigía repitió su grito, y un segundo después brilló un fogonazo en la obscuridad, sonó un disparo, y una bala de arcabuz pasó rozando la barca.

Jorge Douglas y el pajecillo cubrieron a la Reina con sus cuerpos: Beton iba en el timón, y los remeros, encorvados, anhelaban por la angustia y el esfuerzo.

-¡Boga! ¡Boga!, -clamaba sin cesar Jorge Douglas.

Sonaba ya con grande furia la campana de alarma en el castillo, y veíanse cruzar luces por las ventanas y agitarse sombras con grande prisa y movimiento.

-¡Boga! ¡Boga!, -clamaba Jorge Douglas desesperado-. En cinco minutos sacan las lanchas y nos persiguen y alcanzan.

-¡Eso no!, -exclamó Douglitas triunfante-. Les he encerrado yo por fuera y tengo aquí las llaves.

Y levantando el manajo en alto, lo arrojó en lo profundo del lago. La prudencia de aquel niño había salvado a la Reina. Todavía resonaron descargas de arcabuces, y por dos veces dispararon un falconete montado en la torre. Pero ya no estaban los fugitivos al alcance de las balas, y momentos después se encontraba María Estuardo libre, en medio de sus partidarios.

Doscientos cincuenta años más tarde, es decir, en 1818, sacando un día sus redes un pescador de Kinross, encontró, enganchadas en el aparejo, aquellas históricas llaves del castillo de Lochleven, que arrojó Douglitas en lo profundo del lago la noche memorable de la fuga de la Reina.

- XVIII -

Al desembarcar la Reina en la orilla opuesta del lago, encontró allí a lord Seaton, padre de María, y a cuatro o cinco de los deudos más cercanos de éstos. No hubo gritos, ni entusiasmos, ni felicitaciones, sino ansiedad, sigilo y premura. Con el mayor silencio corrieron todos a una casita aislada que había en la colina de Kinross, donde se hallaba oculta la escolta que había de acompañar a la Reina y donde estaban dispuestas las monturas para ésta y su escasa comitiva. El resto de la gente de Seaton hallábase emboscado por las cercanías y escalonado hacia el castillo de Niddry, que había de ser pronto el fin de la jornada.

Los disparos del castillo habían despertado la alarma en la aldea de Kinross y fueles preciso a los fugitivos dar un rodeo para no atravesarla. Salvado este nuevo peligro, corrieron a galope toda la noche, y llegaron a las siete de la mañana a Niddry, castillo de lord Seaton, donde agotadas ya las fuerzas de la Reina, vióse obligada a tomar un descanso de tres horas. Reforzada allí su escolta con la gente que Seaton tenía en el castillo y con la que por el camino se le había ido agregando, pudo la Reina continuar su camino hacia el fuerte castillo de Hamilton, donde la recibieron el lord de este nombre, Claudio, y su hermano el arzobispo de San Andrés.

La noticia de la fuga de la Reina levantó los ánimos entre sus partidarios, y gran parte de la nobleza corrió con sus gentes a ponerse a sus órdenes en el castillo de Hamilton. Vinieron primero los fieles amigos de María, acobardados hasta entonces; siguieron a éstos los rebeldes, que, compadecidos de las desgracias de la Reina y disgustados de las violencias de los lores del Consejo, se les habían separado desde un principio, y

allegáronse, por último, los que, creyendo asegurar sus rapiñas a la sombra del Regente, vieron errados sus cálculos. La mayor parte de esta nobleza desleal, interesada y tornadiza, eran apóstatas enriquecidos con los bienes de la Iglesia católica, y al reclamar Knox aquellos bienes en nombre del clero presbiteriano, y al apoyar Murray su reclamación en un decreto, rebeláronse todos contra el bastardo regente, como se habían rebelado antes contra la reina legítima. Vióse, pues, María en menos de una semana al frente de 6.000 hombres, entre los cuales se contaban ocho condes, nueve obispos, 18 lores, 12 abades, y más de 100 barones dispuestos todos a pelear por ella y a colocarla de nuevo en su trono.

El primer cuidado de María al encontrarse ya libre y segura en el castillo de Hamilton, fue revocar el acta de su abdicación, como arrancada por fuerza mayor y desleal violencia. Envió también a Juan Beton a Francia con cartas muy apremiantes para Carlos IX y Catalina de Médicis, pidiéndoles su auxilio y su alianza para recobrar su trono y echar del reino a los usurpadores. El embajador de Francia, Williére de Beaumont, por su parte, acudió presuroso a Hamilton para reunirse a la Reina y reconocerla como legítima soberana de Escocia; y la reina Isabel de Inglaterra enviola también al doctor Leighon para felicitarla por su libertad, y ofrecerle su auxilio de reina y entregarle un rico anillo como prenda de amiga y hermana.

No se deslumbró, sin embargo, María con este brillante retorno de la fortuna, y contra el impetuoso deseo de sus lores, prefirió más bien llegar al triunfo por un acuerdo pacífico, que imponerlo con una victoria sangrienta. Envió, pues, a su hermano bastardo Murray negociadores que le propusieran una reconciliación, y fueron éstos el embajador de Francia, Williére de Beaumont, y los hermanos Roberto y Jacobo Melvil.

Recibioles Murray en Glasgow, donde había ido, y en aquella misma leal y generosa embajada de la Reina, encontró su páfida astucia de político el medio de salir del apuro en que se hallaba. Pidió tiempo para meditar la propuesta de María y someterla a su Consejo, y empleolo en llamar apresuradamente bajo su bandera a todos los rebeldes y presbiterianos, en número de 4.000 hombres, y en salir al encuentro de las tropas reales, cortándoles el camino de Dumbarton, plaza inexpugnable donde se proponía guarecerse la Reina. Y sucedió, en efecto, que cuando las tropas de ésta llegaron el 13 de mayo a la altura de Langside, encontraron ya tomadas todas las posiciones por las gentes del bastardo, menos numerosas, pero más disciplinadas, y dirigidas por dos tan grandes capitanes como lo eran el laird de Grange y el conde de Morton.

Trabose la pelea con el horrible empuje de la rabia y la sorpresa, y por una y otra parte levantaban la bandera de Escocia, y por una y otra parte invocaban a Dios. -¡Dios y la Reina!, -decían unos. -¡Dios y el Rey!, -gritaban otros; y mientras tanto, los hermanos mataban a los hermanos, y los escoceses a los escoceses, y la imagen del Criador era destruida y aniquilada por los mismos que invocaban su nombre.

En un segundo, todas las cercas y jardines del lugarejo de Langside, momentos antes tan plácido y risueño, convirtiéronse en líneas de fuego, que tenían por dosel espesa capa de humo rojizo. A veces, de en medio de la humareda y el tumulto salían los gritos de guerra de los nobles animando a sus vasallos, y los ayes y gemidos de heridos y moribundos, que desgarraban el corazón.

La vanguardia de la Reina, compuesta de la flor de su caballería, con los Hamilton a la cabeza, habíase precipitado, con más valor que prudencia, por un desfiladero que defendían Morton y los suyos, y a punta de lanza pretendieron desalojarlos y hacerlos retroceder. Hallábanse ambos partidos a pie, dice un autor, y de tal modo armados a toda prueba, que cuando las lanzas de los unos se habían fijado en los escudos o corazas de los contrarios, hacía la lucha semejante a la de dos toros que, apoyando su testuz uno contra otro, permanecen forcejeando en aquella posición, hasta que la superior fuerza o el mayor aguante del uno, obliga al otro a huir o a caer. Clavados de este modo movíanse como por oleadas, a medida que uno u otro bando llevaba la ventaja, sin que jamás se rompiese aquella masa compacta ni se cuidase nadie del desdichado que caía para ser aplastado bajo los pies.

Tres cuartos de hora llevaba ya aquella tremenda lucha, que apenas puede hoy concebirse, cuando una hábil maniobra del laird de Grange vino a decidir la victoria. Viose entonces aquella columna, que momentos antes parecía una espesa y oscura masa de yelmos y celadas con vistosas plumas, por entre la cual no hubiera podido deslizarse un perro, hendirse primero, por decirlo así, acá y allá, y desbaratarse luego poco a poco, y desprenderse después en trozos, y rodar, por último, hombre a hombre, por aquella cuesta malhadada que tanto habían pugnado por subir.

En vano los jefes gritaban: ¡Alto!... En vano resistían por sí solos, cuando toda resistencia era vana. Caían unos en pos de otros en el glorioso campo, hechos pedazos por los pies de los caballos o arrollados por los fugitivos ciegos de pavor.

Veíalo todo la Reina desde la altura de Crooskstone, donde la habían llevado, y desde allí pudo seguir todos los pormenores del combate, hasta que el humo de la arcabucería y de los cañones lo envolvió todo en una oscura nube, triste y cenicienta. Apoderose entonces de ella la más espantosa ansiedad, y a cada momento mandaba mensaje tras mensaje y correo tras correo para calmar su angustia... Hasta que, de repente, por los extremos de aquella espesa niebla que formaba el humo de cañón, comenzó a ver aparecer fugitivos que reconoció por suyos, y vio después cinco caballeros que les perseguían, lanza en ristre, y se dirigían a toda brida al sitio que ella ocupaba. Alguien distinguió en las armas de uno de los guerreros el trébol colosal de oro de los Lindsay, y así lo dijo a la Reina.

El terror embargó entonces a la desdichada María, y sin pensar más que en la ignominia de caer en manos de Lindsay, aflojó la brida a su caballo y huyó a galope, seguida de cuantos la rodeaban. Así corrió 60 millas sin hacer alto, atravesando los condados de Renfrew y de Ayr, hasta llegar, extenuada de fatiga, a la antigua y noble abadía de Dundrennar, en un extremo del Galloway. El fanatismo de los herejes no había llegado aún en toda su furia a tan apartado rincón de Escocia, y todavía se hallaban pacíficamente en Dundrennar su noble abad y algunos monjes.

Al apearse la Reina en la puerta de la abadía, rendida de cansancio y sosteniéndose en los que la apeaban, dijo al anciano monje, en un brote de su leal y noble amargura:

-Milord abad, pensad bien lo que hacéis al recibirnos, porque con Nos vienen la ruina y la desgracia.

-Bienvenidas sean a esta casa, señora, si es Dios quien las envía -contestó el abad hincando la rodilla.

Reunió al punto la Reina en consejo a cuantos la habían seguido, y contra la opinión de todos, que la aconsejaban, unos marchar a Francia, donde encontraría apoyo y acogida, y otros permanecer por el pronto en aquel rincón, donde no corría peligro alguno, decidió refugiarse en Inglaterra, seducida por la facilidad del viaje y engañada por las falaces promesas que, al felicitarla por su libertad, le había hecho la Reina.

Envió, pues, a lord Herries con una carta para el gobernador de Cumberland, Master Lowther, pidiéndole un asilo, y otra para la reina Isabel, que se conserva en la colección Labanoff, y dice de esta manera: «Mi muy querida hermana: Sin haceros la narración de todas mis desgracias, porque deben ya seros conocidas, os diré que aquéllos de mis súbditos a quienes más bien hice y que me debían estar más agradecidos, después de haberse sublevado contra mí y teníndome prisionera del modo más indigno, me han arrojado al fin de mi reino y reducido a un tal estado, que después de Dios, no tengo otra esperanza sino en vos, etc.»

Tardaba la respuesta, y no pudiendo ya María contener por más tiempo su impaciencia, ni enfrenar tampoco sus temores, el 16 de mayo, catorce días después de su fuga de Lochleven, embarcose en la lancha de un pescador con algunas personas de su comitiva, y atravesando el brazo de mar que llaman Trith y separa la costa de Escocia de la de Inglaterra, desembarcó en Workington, puerto del condado de Cumberland.

Y se cuenta que aquel mismo día, el anciano abad de Dundrennar se arrojó llorando varias veces a los pies de la Reina, y la pidió, por amor de Dios, que no saliese del reino. Y como María le rechazase cariñosamente, atribuyendo a la debilidad de sus muchos años aquel cansado ruego, todavía el viejo, en el momento de cruzar la plancha para entrar en el barco, se arrojó a la Reina como fuera de sí y movido de inspiración extraña, y se entró en el mar, y agarró a María por el faldellín, y le pidió otra vez que no se apartase de aquella tierra. Desasíó la Reina, muy conmovida, de manos del anciano sus ropas, y pidióle para consolarle que le diese su bendición como escudo; la cual le dio el viejo desde el agua con las manos levantadas en alto... Y todavía, mientras se alejaba la barca, pudo oír la voz del anciano abad, exaltado por su aflicción profundísima:

-¡Vuelve, vuelve, leona de Escocia, que dejas para siempre a tus hijos!...

Lo cual fue tenido por profecía en aquel rincón de Escocia, y aun en el día de hoy se tiene allí por tradición verdadera.

Libro segundo
La tía y la sobrina

- I -

Desembarcó la reina de Escocia en Workington el 16 de mayo, y hospedose en el macizo palacio que llaman todavía Workington House, y donde se enseña aún la cámara que le sirvió de alojamiento. Ni su impetuosidad ni sus desgracias admitían espera, y al día siguiente despachó a lord Herries para Londres con una carta apremiante y conmovedora para la reina Isabel, reclamando el cumplimiento de lo que la de Escocia creía sus generosas ofertas. Después de enumerar los últimos desastres, decía: «Dios me ha salvado por su infinita bondad, con milord Herries y otros señores, con los cuales he entrado en vuestro país; y estoy segura, por la confianza que tengo en vos, de que, cuando sepáis la crueldad de mis rebeldes y la manera como me han tratado, no titubeará un momento vuestro buen natural, no sólo en recibirme para seguridad de mi vida, sino en ayudarme y en asistirme en mi justa demanda, e influir con los demás príncipes para que hagan lo mismo. Suplícoos, pues, que mandéis a buscarme lo más pronto posible, porque estoy en un estado lamentable, no ya para una reina, sino para cualquiera señora. Me he salvado con mi sola persona, corriendo 60 millas a través de los campos el primer día, y no osando caminar el resto sino de noche, como os contaré, si os place tener compasión de mi extrema desgracia.»

Firmábase la Reina en esta carta, escrita en francés, como la mayor parte de las suyas, sa très fidèle et affectionné bonne soeur et eschappée prisonnière, y en su recto y generoso corazón no dudó un instante María de que Isabel se apresurara a salir ella misma a su encuentro, con los brazos abiertos a su dignidad y a su desgracia.

Estrelláronse, sin embargo, los nobles ímpetus de María contra el frío y pérfido cálculo de Isabel, y sus patéticas lamentaciones sólo despertaron en el ruin corazón de la reina de Inglaterra, el gozo feroz de ver a su rival aniquilada y en la dura precisión de sufrir la suerte que por tantos años meditaban contra ella su odio de sectaria y su envidia de reina y de mujer.

Desde el primer momento sólo pensó Isabel en asegurar la presa que la falsía de ella y la crédula lealtad de su víctima habían puesto en sus manos, y en revestir la horrible iniquidad que meditaba con todas las hipócritas apariencias de la legalidad y la razón de Estado. Sujetó, pues, a su Consejo los tres partidos que podían adoptarse con respecto a la fugitiva reina de Escocia, cuidando muy bien de calificarlos de igualmente peligrosos.

No era prudente, según ella, restaurar a María en su trono, porque el fanatismo católico de ésta la llevaría al punto a entenderse con la corte de Roma y las potencias católicas, para destruir el protestantismo en Escocia y renovar sus pretensiones a la Corona de Inglaterra. Parecía también peligroso dejarla libre en Inglaterra, porque el partido católico inglés, fuerte y poderoso, la miraba como su reina legítima y se agruparía en torno suyo, y conspiraría para alzarse con la Corona. Y no se podía tampoco dejarla marchar libre a Francia, porque, unida allí con sus tíos los Guisa y los príncipes aliados, intentaría seguramente alguna expedición a Escocia para reconquistar su trono y restablecer el catolicismo, poniendo en peligro los intereses de la Reforma en Inglaterra y su influencia en Escocia.

Una vez descartados estos tres recursos, únicos posibles, sólo quedaba el de retener a María prisionera en Inglaterra, y esto fue lo que determinó el Consejo, porque esto era lo que satisfacía los cálculos políticos de Isabel como reina y sus rencorosas envidias como mujer. Necesitábase, sin embargo, un pretexto para que Isabel pudiera cometer el inicuo y enorme atentado de detener prisionera, contra todo derecho y toda justicia, a una reina, su igual y su sobrina, que ningún daño le había causado, y que se le confiaba en su desgracia, seducida por las ofertas y promesas que ella misma le había hecho.

El ingenio de Isabel, fértil en hipócritas traiciones, creyó hallar bien pronto este pretexto; y aquella reina cruel, digna bastarda de Enrique VIII, que había derramado sangre de sus súbditos católicos, hasta el punto de que con razón la llamara un historiador, también protestante, el Tiberio femenino; aquella mujer libidinosa que vivió hasta los setenta años en seniles devaneos, sintió de repente alarmado su pudor y ofendido su decoro con la presencia de María Estuardo en Inglaterra, y determinó no recibirla en su presencia ni prestarle auxilio en su desgracia mientras la reina de Escocia no se justificase públicamente del asesinato de Darnley, que sus súbditos rebeldes le habían imputado.

Por este camino creyó la bastarda encontrar el pretexto que buscaba para detener a María prisionera, al mismo tiempo que el medio de difamarla, removiendo en Inglaterra aquella calumnia ante los católicos ingleses que la consideraban su legítima reina, y las dos grandes potencias, España y Francia, que comenzaban ya a prestarle su auxilio y su influencia.

El embajador de Felipe II, Guzmán de Silva, habíase apresurado, en efecto, a manifestar a Isabel el interés que inspiraba a su soberano la regia fugitiva, y Catalina de Médicis, por su parte, olvidando por un momento sus añejos rencores de suegra, escribía también con mucho seso y prudencia, que no dudaba un momento prestaría a la reina de Escocia «toda la ayuda, favor, socorro y amistad que una princesa tan afligida como está ella debe esperar de vos; porque supongo estaréis en la misma opinión en que estabais antes, de que es

preciso que los príncipes se socorran los unos a los otros para perseguir y castigar a los súbditos que se levantan contra ellos y son rebeldes a sus soberanos; y tanto más, cuanto que esto nos toca a todos, y por eso debemos proteger a esta reina tan desolada y afligida, y abrazar su causa para ponerla en libertad y restituírle la autoridad que Dios le ha dado, y que por derecho y equidad le pertenece a ella y no a otro».

El rey de España, sin embargo, estaba harto ocupado por entonces en pacificar los Países Bajos, y el de Francia en terminar su tercera guerra civil, para que pudiesen acudir en auxilio de María de otra manera que con súplicas y compasivas razones. Hízose, pues, sorda Isabel a unas y otras, y comenzó a poner en práctica su plan con astuta hipocresía, cuidando, lo primero, de mantener las esperanzas de María hasta alejarla de la frontera de Escocia lo suficiente para prevenir cualquier proyecto de fuga o golpe de mano de sus partidarios de Escocia.

Envió, pues, a lady Scroope, hermana del duque de Norfolk, para recibir a la reina de Escocia en su nombre, y fue ésta trasladada, con todos los honores debidos a su rango, de Workington a Cockermouth, y de aquí a Carlisle, donde estaba ya establecida por orden de Isabel la más estrecha vigilancia. El 29 de mayo presentáronse a María, en Carlisle, lord Scroope, gobernador del Cumberland y de la frontera, y sir Francisco Knollys, vicechambelán de la reina Isabel, comisionados ambos por ésta de entregar a la reina de Escocia sus cartas de pésame, llenas aún de hipócritas seguridades, y de manifestarle, al mismo tiempo, que el interés de su propia reputación le impedía recibirla en su presencia hasta que se hubiese justificado de la acusación que pesaba sobre ella por el asesinato de Darnley.

Este desengaño humillante y ofensivo llenó de indignación a María, y creyendo de buena fe que se trataba sólo de justificarse ante la propia Isabel, de reina a reina y de amiga a amiga, envióle al punto a lord Herries y a lord Fleming con una apremiante carta en que exigía de Isabel ser admitida sin dilación y sin ceremonia en su presencia para exponerle sus quejas y rechazar las calumnias con que habían osado ofenderla, o que, de lo contrario, no se la impidiese salir inmediatamente de Inglaterra, aunque fuese en la misma barca de pescador que la había traído, y marchar a Francia o a España para pedir el auxilio que ella le negaba a los otros príncipes sus parientes o aliados.

Llevaba también lord Fleming la orden secreta de marchar a Francia en el caso de que Isabel persistiese en no recibirla, y negociar con Carlos IX, Catalina de Médicis y el cardenal de Lorena el auxilio y la alianza de aquel reino. La pérfida Isabel admitió por de pronto, con las mayores protestas de amistad, la oferta que hacía María de justificarse, y deteniendo contra todo derecho a lord Fleming en Londres para impedirle pasar a Francia, envió a Carlisle a Master Midlemore con su nueva respuesta.

Llegó Midlemore a Carlisle el 13 de junio, y en presencia de lord Scroope y del vicechambelán Knollys, notificó a María, con palabras harto duras, que la Reina, su señora, no se contentaba con una justificación privada ante ella, sino que exigía que fuese ésta ante un tribunal y en presencia del regente de Escocia, Murray, que ella por su parte obligaría a comparecer. De lo contrario, la reina de Inglaterra no podía comprometer su decoro recibéndola.

Al oír hablar de jueces y tribunales y del bastardo Murray, escribía el mismo Midlemore a Cecil en su carta del 14 de junio, la Reina le atajó la palabra, encolerizada, diciendo con regia entereza: «Yo no conozco más juez que Dios, y nadie sino Él tiene derecho a juzgarnos. Sé lo que soy, y conozco muy bien los derechos de mi rango.»

Y bajo esta misma impresión de amargo desengaño y dignidad cruelmente herida, escribió a Isabel una carta tan patética como altiva, en que se quejaba de su falso proceder, y le proponía de nuevos estos dos extremos: o escuchar su justificación de reina a reina y de hermana a hermana, o dejarla marchar a Francia en busca de auxilio, puesto que no quería admitir ella el honor que le había hecho la reina de Escocia, al considerarla como su más próxima pariente y su más leal amiga.

Mientras tanto, había ido Isabel estrechando poco a poco la situación material de María, hasta el punto de hacerla conocer bien que se hallaba prisionera. Habíanla alojado en un torreón del antiguo castillo de Carlisle, que se conservaba todavía. «La cámara que ocupa - escribía el embajador Montmorin a Carlos IX- es oscura, porque no tiene más que una ventana con rejas de hierro. Hay otras tres piezas antes de ésta, y están siempre guardadas y ocupadas por arcabuceros. En la última, que viene a servir de antecámara al salón de la Reina, está instalado lord Scroope, gobernador del condado y de la frontera. La Reina no tiene consigo más que tres de sus damas; sus otros servidores y criados duermen fuera del castillo, y no se les abre la puerta hasta la diez de la mañana. Permiten salir a la Reina, para hacer ejercicio, hasta la iglesia del pueblo; pero va siempre rodeada de cien arcabuceros. Cuando llegó a Carlisle, pidió a Scroope un sacerdote católico que la dijese misa, y éste la contestó que no lo hay en Inglaterra».

Nada pinta, sin embargo, con tanta elocuencia la mezquina crueldad de Isabel y las penalidades de la desdichada reina de Escocia, como la siguiente carta de ésta a su tío el cardenal de Lorena, escrita el 21 de junio de aquel mismo año: «Os suplico que tengáis piedad de vuestra pobre sobrina y de su decoro, y me procuréis los socorros que os dirá el portador, y, mientras tanto, dinero; porque no tengo con qué comprar pan, ni camisas, ni ropa. La reina de aquí me envió alguna ropa blanca y me pasa un plato. Lo demás he tenido que pedirlo prestado; pero ya no encuentro quien me preste... Que no os alcance esta vergüenza... Bien me prueba Dios; pero podéis estar seguro de que moriré católica... Creo que presto me sacará Dios de estas miserias, porque he sufrido injurias, calumnias, prisiones, hambre, frío, calor, fugas sin saber dónde ir, noventa y dos millas a caballo y a través de los campos sin detenerme ni apearne, y dormir en cama dura, y beber leche agria, y comer harina de avena por no haber pan, y dormir tres noches a la intemperie como los pastores, y llegar a este país sin una doncella que me sirva, y encontrarme con que saquean las casas de mis servidores y ahorcan a sus dueños, sin que pueda yo valerles ni recompensarles».

Sufría todo esto la reina de Escocia con aquella fe inquebrantable y aquella cristiana y paciente resignación que han rodeado su noble figura con todo el esplendor de la aureola del martirio. He aquí la carta admirable que escribió por aquel tiempo al P. Edmundo Auger, de la Compañía de Jesús, su antiguo amigo, traducida de su original francés por la elegante pluma del P. Pedro de Rivadeneira:

«Maestro Edmundo: Yo he recibido, con grande consolación de mi espíritu, la carta que me habéis escrito, aunque no sin vergüenza y sin herirme los pechos, confesándome indigna de la buena opinión que vos tenéis de mí, sin yo merecerlo. Mas yo atribuyo vuestras alabanzas a la misericordia de Dios, que os ha movido por este camino a escribirme y despertarme, para que de aquí adelante yo procure ser para con Él cual vos pensáis que soy. Y confío que vos suplicaréis a su Divina Majestad, y que los de vuestra santa Compañía me ayudarán para que yo no falte de mi parte en recibir, con humilde sumisión, todas las amonestaciones que le placera enviarme, para que yo me sujete en todo a su santa voluntad en todas mis adversidades, de las cuales hasta aquí se ha dignado defenderme piadosamente, otorgándome la paciencia, la cual yo le suplico me quiera conceder hasta el fin. Vuestro libro, de mí tan deseado como necesario para estos tiempos, no ha llegado aún a mis manos; yo no sé quién le tenga, y me holgaré mucho de haber uno. Y pues vuestra caridad se ha extendido a visitar y consolar a una pobre encarcelada y afligida por sus pecados, yo os ruego que, cuando pudiéredes, lo vais continuando y mezclando en vuestras cartas alguna parte de vuestras saludables amonestaciones y santas consolaciones, para despertar más mi espíritu, congojado con las adversidades, al conocimiento de mis culpas y aspirar al verdadero descanso y a aquella consolación perdurable, de la cual este mundo siempre nos aparta y desvía. Y si quisiéredes tomar tanto trabajo por mí y ordenarme una pequeña instrucción o manera de orar, en la cual, además de las ordinarias oraciones, pongáis las que son más propias para los días de fiesta más solemnes y para el tiempo de mayor necesidad, para que puedan ser presentadas a Dios Nuestro Señor de mi pequeña familia congregada, con mayor uniformidad, vos haríades una obra de piedad, porque no tenemos aquí persona de quien podamos tomar consejo, ni embarazo para no poder emplear las horas que quisiéremos en servicio de Dios. Si hubiese alguna buena obra y propia del estado de una encarcelada, en latín o en otra lengua vulgar, yo os ruego que la hayáis y la deis a mi embajador, y que le encarguéis que me la envíe, y que toméis trabajo en visitar a mis pobres estudiantes y de encomendarles que hagan oración por mí, teniendo cuenta de hacerla vos también y de procurar que hagan lo mismo los Padres de vuestro colegio, en cuyas oraciones y sacrificios mucho me encomiendo, porque yo de mi parte ofreceré a Dios mis oraciones, aunque simples e indignas, por la conservación de vuestra santa Compañía en su servicio. Suplico a Su Majestad me dé gracias de vivir y morir en Él. De Carlisle, a 9 de junio. -Vuestra buena amiga, María, Reina.»

- II -

Enterado mientras tanto Murray de la prisión de su hermana en Carlisle, y sabiendo o adivinando los intentos de Isabel, apresurose a escribir a ésta, ofreciéndose a demostrar ante ella la culpabilidad de María Estuardo y la justicia de su deposición, y comprometiéndose a ser encerrado en la Torre de Londres, si no presentaba las pruebas más evidentes.

Vio con esto Isabel completo su juego, y entendiéronse ella y Murray como de bastarda a bastardo, de traidora y traidor, de reina usurpadora a regente usurpador. Isabel aceptó el arbitraje, afectando gran severidad para todos los actos de la rebelión, y vivo deseo de ver

comprobada la inocencia de la reina de Escocia, para poder sin escrúpulo alguno reponerla en su trono. Y mientras esto decía de público, avisaba secretamente a Murray, que si eran suficientes las pruebas que trajese para demostrar la culpabilidad de María y perderla, ella le garantizaba, con todo el poder de Inglaterra, no sólo la regencia de Escocia, sino también la sucesión a esta Corona en caso de morir el tierno Príncipe real.

Al propio tiempo enviaba con el mismo lord Herries otra embajada a María, anunciándola que Murray se sometía a su arbitraje, y que si ella deseaba examinar el litigio de ambos, no era como juez, sino como amiga y hermana suya, y con el fin de reponerla en su trono, aun por fuerza de armas, si hacía patente su inocencia, o arreglarlo todo entre Murray y sus súbditos, sin escándalos ni disturbios, en el caso de que éstos alegasen alguna razón fundada que disculpase o atenuase su rebelión. Tres condiciones ponía para esto: Que María rompiese toda alianza con Francia. Que nunca hiciera valer sus derechos a la Corona de Inglaterra en vida de Isabel. Que renunciase al catolicismo y admitiese en Escocia la liturgia anglicana.

María Estuardo rehusó, y la reina de Inglaterra, no creyéndola entonces bien guardada en Carlisle, mandó trasladarla, no obstante sus protestas, al castillo de Bolton, más lejos de la frontera de Escocia, en el condado de York. Allí maquinó la perfidia de Isabel otro medio diabólico de deshonorar a María ante sus súbditos católicos y ante las cortes de Francia y España, que era el primero y más principal de sus afanes. Habíale negado, desde su llegada a Carlisle, un sacerdote católico que la asistiese; mas imaginó entonces, y así lo hizo, hacer entrar públicamente en las habitaciones de la Reina a un ministro protestante, que con arte y disimulo platicase con ella, y rezara luego como al descuido en su presencia algunos de sus salmos y oraciones: con lo cual publicaron al punto los herejes por todas partes que la reina de Escocia se comunicaba ya con los de su secta y se hallaba dispuesta a abjurar.

Supo al cabo María el infame lazo que la habían tendido, y protestó indignada, en público y en privado, y escribió al papa San Pío V la siguiente carta, que publicamos según la traducción que hizo el P. Rivadeneira de su original latino, y en la cual da la misma Reina al Papa cuenta del hecho:

«Beatísimo padre: Después de besar los santísimos pies de vuestra Beatitud, habiendo sido yo avisada de que mis rebeldes, y los que los favorecen y entretienen en sus tierras, han tenido sus tratos e inteligencias de manera que han procurado dar a entender al rey de España, mi señor y buen hermano, que yo estoy mudada en la religión católica; aunque estos días pasados le he escrito a vuestra Santidad para besar humildemente y encomendarle mi persona, he querido escribir esta carta, y por ella suplicarle que me tenga por hija devotísima y obedientísima de la santa Iglesia católica romana, y que no crea a las falsas relaciones que de mí habrán venido, o por ventura vendrán a sus oídos, por instigación de los sobredichos mis rebeldes y otros de su misma secta, que publican que yo he mudado religión, para privarme de la gracia de vuestra Santidad y de los otros príncipes católicos. Atraviesa esto mi corazón, de suerte que no he podido dejar de escribir de nuevo a vuestra Beatitud para quejarme del agravio e injuria que me hacen. Suplícole que se digne escribir en mi favor a los príncipes cristianos, que son devotos y obedientes hijos de vuestra Santidad, y que los exhorte que interpongan su autoridad con la reina de Inglaterra, en cuyo poder yo ahora estoy, y que le pidan que me deje salir fuera de su reino, en el cual yo entré

asegurada de sus promesas, para pedirle socorro contra mis rebeldes. Y si todavía me quiere tener, y en ninguna manera me quiere dejar, que a lo menos me deje ejercitar mi religión, lo cual me ha vedado y prohibido desde que yo entré en este reino. Y quiero que vuestra Santidad sepa la astucia que mis enemigos han usado para dar color a sus calumnias contra mí. Hicieron que un ministro hereje entrase en el mismo lugar en que yo estoy estrechamente guardada, y algunas veces rezase sus oraciones en lengua vulgar; y como yo no estoy en mi libertad, ni me permiten usar de mi religión, no se me daba nada de oírlas, creyendo que no erraría en ello; pero si en esto o en cualquiera otra cosa hubiere errado, yo, Padre Santísimo, pido a vuestra Santidad misericordia, y le suplico me perdone y absuelva, y esté cierto que jamás no he tenido otra voluntad sino vivir constantemente como hija devotísima de la santa Iglesia romana, en la cual yo quiero vivir y morir, conforme a los consejos y mandatos de vuestra Santidad, y me ofrezco de recatarme y de hacer tal penitencia para enmienda de mis culpas, que todos los príncipes católicos, y especialmente vuestra Santidad, como padre y señor de todos, tengan entera satisfacción de mí. Entre tanto, beso los pies de vuestra Santidad y suplico a Dios que le guarde muchos años para beneficio de su santa Iglesia. Escrita en el castillo de Bolton, el último día de noviembre de 1568. -De vuestra Santidad devotísima y obedientísima hija, María, reina de Escocia y viuda del rey de Francia.»

Dos meses duraron todavía aquellas negociaciones entre ambas Reinas. Isabel, siempre hipócrita y artera; María, siempre firme y resuelta a no justificarse ante nadie que no fuese la propia reina de Inglaterra. Mas, de repente, y cuando menos lo pensaba la bastarda de Enrique VIII, cedió María en su resolución, y protestando siempre de que en nada dañaría aquel acto ni a su fe de católica, ni a sus derechos de reina, ni a su honor de mujer, ni a su cualidad de heredera de la Corona de Inglaterra, consistió en someter sus disensiones con sus súbditos rebeldes a los comisionados que Isabel nombrara. Apresurose entonces ésta a fijar el día 4 de octubre para la reunión de los comisionados de ambas partes, que habían de juntarse en York. Murray vino en persona trayendo los suyos; María nombró los que le correspondían entre sus más fieles partidarios, y la reina de Inglaterra designó a sir Ralph Sadler y al conde de Sussex, y como presidente de todos ellos al duque de Norfolk.

En este gran personaje estaba, sin embargo, todo el secreto de la repentina mutación de María. Era Tomás Howard, cuarto duque de Norfolk, el primer noble de Inglaterra: contaba sólo treinta y dos años, y sus riquezas inmensas, su poder y sus nobles prendas personales hacíanle enemigo temible o aliado poderoso hasta para la misma reina de Inglaterra. Y sucedió, pues, ya fuese por ambición, como dicen unos, ya fuese, como parece más verosímil, y así debe creerse, por vehementísima pasión que los encantos y desgracias de María Estuardo le inspiraron, es lo cierto que el poderoso Norfolk decidió consagrar todo su poder y toda su influencia a la caballeresca empresa de libertar a la reina de Escocia y reponerla en su trono, con la mira siempre de contraer con ella matrimonio.

Sirvió de intermediaria entre María y Norfolk la hermana de éste, lady Scroope, que, como dijimos anteriormente, fue comisionada por Isabel para recibir a la reina de Escocia en Carlisle y la había acompañado luego al castillo de Bolton, que era propiedad señorial de los Scroope. Norfolk propuso a María, por medio de lady Scroope, un plan que consistía en destruir las maquinaciones de Isabel, arrojándose ella misma con Murray. La reina de Escocia sólo debía, por el pronto, aceptar la intervención de Isabel en la forma arriba dicha.

Norfolk se encargaría luego de inducir a Murray a que propusiese él mismo a María desistir él de toda clase de acusaciones y escándalos, a trueque de que confirmase ella la abdicación de Lochleven y se aviniera a vivir en Inglaterra, bajo la protección de Isabel, con una renta adecuada a la altura de su rango. Una vez desembarazados de este modo de Isabel, Norfolk se comprometía a desembarazar a María también del otro traidor, Murray, conduciéndola triunfalmente a Escocia, donde podía revocar su abdicación, tan nula en Lochleven como en York, puesto que tan prisionera se hallaba en Escocia al hacerla, como lo estaba en Inglaterra al confirmarla.

Aceptó María este plan con grandes esperanzas, y avistose entonces Norfolk con Murray secretamente, por la noche en una apartada galería de la misma casa del duque. Descubrió allí Norfolk al bastardo todas las sinuosidades de la política de Isabel, y de tal manera logró convencerle y reducirle a sus miras, que desde luego limitó Murray en las conferencias del 4 y 8 de octubre sus acusaciones contra la Reina a vagas apreciaciones sobre su casamiento con Bothwell y los peligros a que había expuesto al Príncipe real, y a los pocos días envió a Roberto Melvil secretamente a Bolton para hacer a María la propuesta que ya Norfolk le tenía anunciada.

Acogió María según lo convenido, y todo podía ya darse por terminado después de este arreglo secreto entre la reina de Escocia y su hermano bastardo. Mas no se dormía la suspicacia de Isabel, y enterada en parte del proyecto por los espías y traidores, que siempre abundan, trasladó repentinamente las conferencias de York a Westminster, con pretexto de seguir de más cerca negocio tan delicado y poder ultimarlos con más premura. Entonces Isabel, la púdica vestal que había creído contaminar su honor recibiendo ella misma la justificación de María Estuardo, no creyó mancharse teniendo varias conferencias con Murray, el hermano bastardo, el súbdito rebelde y regente usurpador, verdadero responsable de los crímenes que atribuían a la desdichada María.

Pidióle, pues, Isabel agriamente cuenta de su conducta y de sus tratos con Norfolk, y amenazole con desposeerlo al punto de la regencia de Escocia si no se decidía a formular en la próxima conferencia del 25 de noviembre todas aquellas terribles acusaciones que tenía preparadas contra su hermana.

Viose entonces Murray cogido entre las nuevas exigencias de Isabel y su compromiso ya pactado en York; y en la necesidad de ser traidor a una u otra parte, optó por vender a la que creía más débil: a Norfolk y a María Estuardo. Decidióse, pues, el bastardo a vaciar el inmundo saco de sus calumnias, y formuló en Westminster, ante los comisionados de Isabel, todas las que le habían servido para difamar a María en Escocia, con el consiguiente séquito de inicuos atestados y falsas comprobaciones.

Había Isabel unido a sus comisarios, con pérfida previsión, a los condes de Northumberland y a todos los grandes señores católicos en cuyos ánimos quería perder a la reina de Escocia, y en presencia de todos ellos se examinó y se dio por cierta aquella cáfila de mentiras y calumnias. Pudo aquí Isabel terminar tan infame enredo, porque su intento de presentar a María en toda Inglaterra y en toda Europa bajo el peso de terrible acusación habíalo ya logrado. Mas todavía quiso su falsedad dar un último golpe, y escribió hipócritamente a María el 21 de diciembre dándole cuenta de dichas acusaciones, y

añadiendo que «la amistad, el parentesco y la justicia la inclinaban a encubrir todas aquellas cosas y a suspender su juicio, a fin de no perjudicarla, hasta saber lo que tenía ella que responder».

Revolvióse entonces María contra aquel humillante papel de acusada que le adjudicaba Isabel, y sin dignarse contestarle a ella, escribió a sus comisionados que presentasen ante la comisión la larga lista de cargos y agravios que tenía contra los rebeldes de Escocia; pero que no respondiesen una palabra a las acusaciones de Murray, porque jamás consentiría su dignidad de Reina contestar a las acusaciones de un súbdito rebelde y traidor.

Quiso entonces Isabel terminarlo todo, proponiendo a María, como único arreglo posible, que confirmase su abdicación de Lochleven. Mas la Reina rehusó con grande energía esta falsa propuesta, que le hubiera hecho en cierto modo confirmar las calumnias de Murray, diciendo «que jamás le hablasen de abdicación, porque estaba resuelta a morir antes de hacerla, y que la última palabra que pronunciase en la vida había de ser la de una reina de Escocia».

Tuvo, pues, que contentarse Isabel por entonces con aquella difamación de su rival, y diolo todo por terminado, haciendo declarar a su Consejo, el 10 de enero de 1568, este fallo tan monstruoso como ridículo: «Nada ha sido alegado contra Murray y sus parciales que pueda vulnerar su honor y sus deberes de súbditos. Murray y sus parciales no han probado su proposición contra la reina de Escocia lo bastante para que la reina de Inglaterra pueda formar una mala opinión de su buena hermana en ningún género de cosas.»

Después de esto volvióse Murray a Escocia con 25.000 libras que le dio Isabel para ayuda de costas y remedio de apuros, y María fue trasladada del castillo de Bolton al de Tutbury, en el condado de Stafford. Separaron también de su lado a los Scroope, hechos ya sospechosos, y fue confiada su guarda a Jorge Talbot, conde de Sherewsbury.

- III -

A nadie engañó la refinada hipocresía de Isabel en sus tratos con María Estuardo, y sucedióle en su intento de difamarla lo que al ladrón que carga con demasiada pólvora su arma, y le revienta ésta en la mano, y se le escapa la presa, y se encuentra él mismo herido y maltrecho.

Su atentado contra la dignidad real, al detener a María, había sido tan enorme, su ensañamiento al retenerla prisionera tan patente, su envidia al pretender difamarla tan manifiesta, y su imprudencia al justificar a los rebeldes de Escocia tan imprevisora y funesta para los demás príncipes, que, lejos de perjudicar a María las inicuas comedias de York y Westminster, reavivaron, por el contrario, el interés que por ella se tomaban así las cortes de Roma, España y Francia, como los súbditos católicos de Inglaterra y Escocia: y fue lo más notable que los mismos condes de Northumberland y Westmoreland, nombrados por Isabel para examinar las piezas calumniosas del proceso de María, fueron los primeros en proclamar su inocencia y tomar las armas para defenderla.

La fermentación era, en efecto, extrema en ambos reinos, y no tardó en tomar proporciones alarmantes. Levantáronse los partidarios de María en Escocia con tan recio empuje, que, asustado Murray, viose en la precisión de pedir a Isabel socorros. Al mismo tiempo replegábanse a bandadas los católicos ingleses hacia los condados del Norte, donde en actitud amenazadora esperaban ya los condes de Northumberland y Westmoreland y otros grandes señores católicos, puestos de acuerdo con el gran duque de Alba, gobernador entonces de los Países Bajos.

El papa San Pío V había escrito a Felipe II aconsejándole y pidiéndole una invasión en Inglaterra, y de la Embajada española en Londres salieron entonces dineros en abundancia para el conde de Arundel, que marchaba a unirse con los católicos situados en el Norte, y para la misma María Estuardo, que continuaba encerrada en el castillo de Tutbury. También dirigió el Papa, con fecha del 3 de noviembre, un breve al gran duque de Alba, exhortándole a no dejar pasar aquella ocasión de restablecer el catolicismo en Inglaterra y de libertar a la reina de Escocia. «Conjuramos tu nobleza -le decía- y te suplicamos con toda nuestra alma que no omitas nada para poner en libertad a nuestra querida hija de Jesucristo, la reina de Escocia, y restablecerla, si posible fuese, en su trono. Tu nobleza no podría emprender nada tan agradable y tan útil a Dios Todopoderoso como libertar a esta Reina, que tanto ha merecido de la Fe católica y que se encuentra oprimida por el poder de sus enemigos herejes.»

Alarmaba todo esto a Isabel hasta el punto de creerse a veces perdida, y revolvió a todas partes los ojos buscando los medios de salir del apuro, sin soltar por eso a su presa, cuando un suceso, desde mucho tiempo atrás meditado y prevenido, vino a despertar en ella aquellas horrendas cóleras que hacían temblar la Inglaterra entera ante la terrible bastarda de Enrique VIII. En la mañana del día del Corpus apareció clavada en la puerta misma del obispo hereje de Londres la formidable bula de San Pío V excomulgando a Isabel como hereje contumaz y fautora de herejes, deponiéndola del trono de Inglaterra y absolviendo a sus vasallos del juramento de fidelidad y obediencia.

Imposible había sido hasta entonces promulgar en Inglaterra aquella famosa bula, fechada el 25 de febrero de 1569; mas comprometiose, con valor heroico, a clavarla en la misma puerta del obispo hereje un caballero inglés, llamado Juan Felton, ayudado en su temeraria empresa por un español, prebendado de Tarragona, que tenía por nombre Pedro Berga. Leyéronla allí muchos y sacaron numerosas copias, que desde Londres se difundieron por toda Inglaterra. La bula decía: «Y porque sería muy dificultoso llevar estas presentes letras a todas las partes donde serán menester, queremos que el traslado de ellas, firmado de mano de algún escribano público y sellado con el sello de algún prelado eclesiástico o de su audiencia, tenga la misma fe en juicio o fuera de él, en cualquiera parte, que tendría el mismo original si se exhibiese o mostrase.»

Embravecióse como una pantera Isabel, herida en lo más vivo de su soberbia, y comenzaron a caer en torno suyo víctimas sin cuento. Fue la primera el valiente Juan Felton, al cual ahorcaron, y, vivo todavía, le arrancaron las entrañas y le hicieron cuartos. Publicose entonces aquella ley atroz, que establece los siguientes artículos:

1.º Que ninguno, so pena de la vida, llame a Isabel hereje, cismática, infiel o usurpadora del reino.

2.º Que ninguno nombre a persona alguna ni diga que debe ser sucesora del reino, ni viviendo la Reina ni después de sus días, si no fuese hijo o hija natural de la misma Reina.

3.º Que, so pena de perdimiento de bienes y cárcel perpetua, ninguno lleve, acepte ni traiga consigo cosa de devoción traída de Roma, como Agnus Dei, cruces, imágenes, cuentas benditas u otra cualquiera, bendecida del Papa o por su autoridad.

4.º Que, so pena de la cabeza, ninguno traiga bula, ni breve, ni letra del Papa, ni absuelva a nadie de herejía o cisma, ni le reconcilie a la Iglesia romana, ni se deje absolver ni reconciliar.

Mientras tanto, los católicos ingleses, con los condes de Northumberland y Westmoreland al frente, levantaban su bandera en Bransepath y repartían sus proclamas por todas partes, recogiendo en ellas, lo primero, la autoridad de Isabel, y pidiendo tan sólo la restauración del catolicismo en Inglaterra, la libertad de María Estuardo, su reconocimiento como heredera legítima de la Corona de Inglaterra y el destierro del ministro Cecil y de todos aquellos hombres nuevos que extraviaban, según ellos, el ánimo de la Reina y la hacían ensañarse en sangrientas persecuciones contra los católicos. He aquí la primera de estas proclamas, según la traducción literal existente en el archivo de Simancas:

«Nos, Tomás, conde de Northumberland, y Carlos, conde de Westmoreland, leales vasallos de la Reina, hacemos saber a todos los de la antigua religión católica, que nosotros, con otras muchas personas bien dispuestas, tanto de la nobleza como otras, habemos prometido nuestra fe en seguridad de nuestra buena intención, a causa de que diversas personas desordenadas y mal dispuestas que están al derredor de la Majestad de la Reina, por sus prácticas y acciones sutiles y mal intencionadas, desean verificar nuestra ruina y destruir de todo punto en nuestro reino la verdadera religión católica, abusando para ello del poder y de la persona de la Reina, llenando de muertes y desórdenes el reino. Bien seguros de que muy pronto los mismos buscarán y procurarán la ruina de toda la nobleza, nos hemos juntado para resistir con la fuerza, y principalmente con la ayuda de Dios. Estad seguros de que tendréis buenos príncipes, estableciendo todas las antiguas libertades de la Iglesia de Dios y de nuestro reino. Y si nosotros no lo hiciéramos seríamos reformados por extranjeros, con grande detrimento de nuestros Estados y del país a que pertenecemos. Dios salve a la Reina. -TOMÁS, conde de Northumberland. -El conde de Westmoreland. -CRISTÓBAL N. DUEL. -RICARDO NORTUM. -FRANCISCO NORTUM. -EGMUNDO RATEIS; etcétera.»

El llamamiento de los dos poderosos condes católicos tuvo grande eco por todas partes, y bien pronto vieron reunidos más de 500 caballos y 6.000 infantes en torno de su bandera. Consistía ésta en un rico estandarte con la imagen de Jesucristo crucificado bordado en medio. Llevábala con gran veneración el viejo Ricardo Nortum, uno de los hombres más respetados y valientes de Inglaterra.

Dirigiéronse desde luego a Durham, y el pueblo se les unió y les abrió de par en par las puertas. Posesionados de la Catedral, quemaron públicamente la Biblia herética, rompieron el comulgatorio de los herejes y restablecieron el culto católico. Nadie había en todo el Norte capaz de resistir a las tropas de los dos condes en campo abierto, y pudieron, por lo tanto, apoderarse sucesivamente de Richmond, Alberton y Riper y del puerto de Hartlepool, que fortificaron y previnieron para el desembarco de los refuerzos que el duque de Alba había de mandarles. Mas las vacilaciones de éste, que se resistía a enviar los refuerzos hasta no ser ya un hecho la libertad de María Estuardo, malograron la empresa; y cuando los 5.000 hombres que tenía preparados con todos sus pertrechos de artillería y municiones fueron a embarcarse, ya les tenían cortado por completo el paso de Calais siete grandes navíos que había enviado allí la reina de Inglaterra.

La inminencia del peligro había despertado la energía de ésta con todas sus crueldades y trapacerías, y pretendió, y consiguió en efecto, ahogar en sangre la rebelión. Dispuso, por primera providencia, trasladar a María Estuardo del castillo de Tutbury al de Coventry, plaza fuerte en el condado de Warwick, donde podían tenerla al abrigo de cualquier golpe de mano. Y tan sañudo era su encono y tan desapoderada su ira, que, según una carta de Leicester citada por Tytler, llevaban sus guardianes la bárbara orden de asesinarla si los católicos triunfaban y podía por su industria ser puesta en libertad.

Sembró luego el terror entre los católicos del reino con prisiones arbitrarias, tormentos horribles y muertes cruentas, y exaltando el fanatismo de los suyos y derramando a manos llenas el dinero, cosa que tanto costaba a su natural avariento, cerró la entrada a los socorros del duque de Alba con los siete navíos de guerra que colocó en el paso de Calais, y logró al cabo rodear a los católicos y hacerles retroceder hasta Durham. Desesperanzados allí los dos condes de recibir ya auxilio alguno de los españoles, licenciaron sus tropas, proveyendo en lo posible a su seguridad, y pasaron por diversas parte de la frontera de Escocia. Westmoreland encontró asilo seguro en los clans, o tribus de Sott, Ker, Hume y Jhonston, partidarias todas de María, y de allí pasó a Flandes; mas el desdichado Northumberland cayó en manos de un bandido llamado Hecky Armstrang, al cual lo compró Murray por dinero, para encerrarlo en el castillo de Lochleven, antigua prisión de María, y guardarlo como rehén precioso que muy en breve pensaba utilizar.

Respiró al fin Isabel, una vez pasado el peligro, y aquella dura experiencia hízola reflexionar en las quiebras que podría traer para ella el conservar por mucho tiempo en sus Estados una prisionera tan temible y peligrosa como María Estuardo. Comenzó, pues, a cavilar la pérfida bastarda en cómo se desharía de ella sin riesgo ni ignominia, e imaginó entonces hacer con Murray un horrible trato, que sólo su hipócrita crueldad femenina hubiera podido concebir. Isabel reclamó del regente de Escocia la extradición de Northumberland, para hacerlo decapitar, y Murray se ofreció a entregárselo, si ella le enviaba en trueque a María, para conservarla en Escocia, de tal manera guardada, que nunca jamás fuera causa de perturbación en ninguno de los dos reinos.

Entendiéronse los dos bastardos y quedó hecho el nefando trato; pero un trágico suceso, providencialmente deparado, vino a salvar por entonces las vidas de Northumberland y María Estuardo. El 23 de enero de 1570 Murray fue asesinado en las calles de Linlithgow. El caso fue de esta manera.

Jacobo Hamilton de Bothwell Haugh, de la noble familia de los Hamilton, y uno de los más ardientes partidarios de María, fue hecho prisionero de Murray en la batalla de Langside y confiscados todos sus bienes, según la ley de aquellas guerras civiles, que enriquecía a los vencedores con los despojos del vencido. Poseía la mujer de Jacobo Hamilton unas tierrecillas a orillas del Esk, y allí se había retirado ésta, en la confianza de que aquellos bienes no entrarían en la confiscación, por ser exclusiva de ella la propiedad. Mas ni aun este mísero resto de su brillante fortuna quiso dejarle el rencoroso Murray, y adjudicó el dominio de Woodhauselee, que así se titulaban las tierras, a uno de sus favoritos llamado Belleden. Este hombre malvado y sin entrañas, quiso coronar la injusticia con la crueldad: presentose pues una noche de invierno en Woodhauselee, y sin respeto a la dignidad de la señora ni compasión a su desgracia, arrojola medio desnuda y tal como estaba, en mitad del campo. Sola y desamparada la infeliz señora, vagó toda la noche por un bosque vecino, y allí la encontraron a la mañana siguiente, extenuada y espirante y loca por el terror.

El deseo de vengarse embargó por completo desde aquel instante a Jacobo Hamilton, y ya no tuvo otro pensamiento que el de vengar en la persona de Murray el ultraje hecho a su esposa. Siguióle paso a paso a todas partes, con la perseverancia del hombre que odia y la amarga paciencia del rencor, acechando siempre una ocasión propicia, que se le presentó al cabo en Stirling. Volvía el bastardo de recorrer triunfalmente aquel condado, y al dirigirse a Edimburgo debía atravesar el pueblo de Linlithgow. Tenía allí una casa el arzobispo de San Andrés, tío de Jacobo Hamilton, situada en la calle Mayor, por donde había de pasar el Regente. Corrió Jacobo Hamilton, sin pérdida de tiempo a Linlithgow, y llegó cuatro horas antes que Murray. Era aquel pueblo muy presbiteriano, y en controllo ya Jacobo todo en conmoción, dispuesto a recibir en triunfo al Regente.

Entró Jacobo Hamilton a hurtadillas en la casa del arzobispo, que estaba deshabitada, por una puerta trasera que daba a una huerta, y dejó en ella preparado otro caballo de refresco, para emprender la fuga una vez consumada la venganza. Ocupose luego en reforzar la puerta de entrada con grandes barricadas, que detuviesen el primer empuje de la multitud que había de perseguirle. Tenía la casa una gran galería de madera, cubierta y muy saliente, que daba a la calle Mayor, por donde había de pasar Murray, y en ella colocó, Jacobo Hamilton su centro de operaciones: esparció por el suelo las plumas de un colchón para ahogar el ruido de sus pasos; colgó en la pared del fondo un gran paño negro para evitar la proyección de su sombra; cargó su arcabuz con cuatro balas, y esperó pacientemente.

Hervía en la calle la muchedumbre y rebotaban las ventanas gente deseosa de saludar al bastardo. Resonaron al fin grandes aclamaciones al principio de la calle, y Jacobo Hamilton se incorporó con el arcabuz en la mano. Vio en efecto adelantarse pausadamente al cortejo. Murray delante, a caballo, seguido y rodeado de una gran multitud que embarazaba la marcha. Caminaba pues muy despacio, y la misma afluencia de gente obligábale a veces a detener el caballo, distribuyendo hacia todas partes saludos y sonrisas. Jacobo Hamilton, rebotando saña pronta ya a satisfacerse, veíale acercarse inmóvil como una estatua. Al llegar frente a la casa del arzobispo, quiso la desgracia de Murray que un remolino de gente le detuviese el caballo algunos segundos, y bastaron éstos a Jacobo Hamilton para enfilarle

el arcabuz con certera puntería. Sonó la detonación, y Murray cayó del caballo con las cuatro balas en el vientre.

Pasado el primer momento de estupor y espanto, la multitud, furiosa, pretendió invadir la casa del arzobispo para arrastrar al asesino. Mas ya Jacobo Hamilton había huido por la puerta del huerto en el caballo preparado, y estaba fuera de su alcance.

Algunas horas después murió Murray, en aquel mismo día 23 de enero de 1570.

- IV -

El signor Roberto Ridolfi era un viejecito alegre, vivaracho, decidor, atento y obsequioso con los grandes, afable y complaciente con todo el mundo. Su cualidad de banquero y presidente o director de la compañía de mercaderes italianos residentes en Londres, poníale en relación con la gente de la banca y del comercio, y las gruesas sumas que a módico interés prestaba a los señores de la nobleza, dábanle influencia y entrada con los principales caballeros de la corte y con los hombres del gobierno.

Pues sucedió que a fines de marzo de 1571, el signor Ridolfi arregló y pagó las cuentas de su banca como para una larga ausencia, y comenzó sus visitas de despedida. Tuvo largas conferencias con el embajador de España, con el obispo de Ross, encargado en Londres de los negocios de María Estuardo, con lord Lumley, yerno del conde de Arundel, y con otros grandes señores de mucha cuenta. Todo muy natural en persona de tantos negocios e influencia.

Cumplidos estos deberes de prudencia y cortesía, el signor Ridolfi salió una noche de Londres con todo el aparato de un rico mercader, y amaneció a los pocos días con todas las trazas de un pobre buhonero, a las puertas del castillo de Chatsworth, donde a la sazón se hallaba encerrada María Estuardo, bajo la guarda, más que benigna, del noble conde de Shrewsburg. Era la condesa católica oculta y muy adicta entonces a María, aunque hubo de darle más tarde serios disgustos; y ya fuese que encantasen a la Shrewsburg las baratijas de los buhoneros, ya que quisiese distraer con ellas por un momento los graves pesares de la Reina, es lo cierto que admitió al punto a su presencia al que llegaba, y ella misma le llevó a la de María Estuardo. Conferenció ésta largo tiempo con el buhonero, sin que lady Shrewsburg desamparase la pieza vecina, y aquel mismo día desapareció aquél de Chatsworth lo mismo que había venido, para darse a luz otra vez, con todo el aparato del signor Ridolfi, a bordo de una galera veneciana que hacía rumbo a Dunquerque.

Los sabuesos de Isabel, con ser tan finos, dejaron escapar en esta ocasión una preciosa pista, porque el signor Roberto Ridolfi era, además de rico banquero y honrado comerciante, un italiano astutísimo y corrido, conspirador de primera fuerza y agente secreto y activo corresponsal en Londres del Santo Padre San Pío V. Si los esbirros de Isabel hubiesen registrado el equipaje y la persona del signor Roberto Ridolfi, hubieran cogido el plan completo y detallado de la nueva conspiración urdida por el duque de

Norfolk, constante enamorado de María, y por el obispo de Ross, su fiel servidor de siempre, para libertarla de su prisión inicua.

Tratábase nada menos que de prender, por un golpe de mano, a la reina Isabel y a los señores de su Consejo, y encerrarlos en la Torre de Londres; casar a María Estuardo con el duque de Norfolk, y restablecer al punto el catolicismo en los reinos de Escocia e Inglaterra. Pedíase para ello el auxilio del Papa y de Felipe II, y contábase ya con el apoyo de los más poderosos señores de Inglaterra y el de los partidarios de María en Escocia, que a la muerte de Murray habíanse alzado otra vez numerosos y pujantes.

El duque de Norfolk pedía al rey de España, para esta empresa, 6.000 arcabuceros, 4.000 arcabuces, 2.000 corazas y 25 piezas de artillería, con las municiones y dineros necesarios. Comprometíase por su parte a levantar en Inglaterra 3.000 hombres de a caballo y 20.000 de a pie; y encargarse él de la peligrosa empresa de prender a la Reina y a sus consejeros y de poner en libertad a María Estuardo. Comprometíase también a mantenerse firme por cuarenta días en sus tierras de Norfolk, fronteras a la costa de Holanda, para proteger el desembarco de las tropas que desde Flandes había de mandarle el duque de Alba.

Ridolfi llevaba plenos poderes de la reina de Escocia y del duque de Norfolk para presentar todo este plan al duque de Alba, a San Pío V y a Felipe II, con instrucciones detalladísimas, y éste era el objeto de su misterioso viaje. Dirigióse, en efecto, Ridolfi, primeramente a Bruselas, para ver allí al duque de Alba, pensando marchar luego a Roma para avistarse con el Padre Santo, y dar por último la vuelta por España para tratar el asunto con Felipe II.

Era el gran duque de Alba parco en palabras y generoso en obras, al estilo de aquellos antiguos españoles de que dijo alguno: Eran en sus fazañas, largos para facellas y cortos para contallas. Desagradole pues la pomposa charla de Ridolfi, y calificole en sus cartas a Felipe II, de harto liberal en el hablar.

Escuchole, sin embargo, con grande interés su embajada, y sin dejar escapar su opinión propia, contestó vagamente a Ridolfi. «Solamente le dije en términos generales -escribía a Felipe II- que él podía asegurar a la reina de Escocia y al duque de Norfolk, que V. M. ninguna cosa desearía tanto como verlos fuera de trabajo, y a la dicha Reina restituida en lo que le pertenecía, y la religión católica del todo restaurada, y los que padescen a causa della consolados, y que allende de esto, yo sabía (como otras veces había declarado) que V. M. en esto no pretendía ningún interés, ni quería que la Reina se casase en otra parte que en Inglaterra o Escocia con quien más le pareciese, con tal que fuese un personaje católico, y con quien S. M. pudiese hacer cuenta que tenía buena voluntad; mas que un punto principal le quería yo prevenir por haberme él dicho que quería pasar por Francia; que pues amava las vidas de dicha Reina y duque y todos sus benévolos, le importava a ella y a todos ellos que él guardase secreto, so pena de ser causa de su ruyna, como tengo por cierto que lo sería.»

Bastó esto solo para entusiasmar a Ridolfi, y apresurose a enviar desde Bruselas cinco despachos a María Estuardo, al obispo de Ross, al duque de Norfolk, al embajador de España y a lord Lumley, anunciándoles las buenas disposiciones en que había encontrado al

de Alba. Sirvióse para cifrar estas cartas de un librero flamenco llamado Carlos Bailly, hombre de toda confianza del obispo de Ross; y el buen Ridolfi, harto liberal en el hablar, confióle sin duda al librero sobre el complot algo más seguramente de lo que hubiera dicho el de Alba.

Prosiguió Ridolfi su viaje para Roma a fines de abril, y el día 7 de mayo escribió el duque de Alba a Felipe II una carta de veinte pliegos, que se conserva en el archivo de Simancas, dándole su opinión sobre los planes de Norfolk. Aprobábalos el duque en absoluto en cuanto a sus fines, y hacía presente a Felipe la obligación en que estaba, como rey católico, de ayudar a la santa empresa de libertar a la reina de Escocia y de no desperdiciar la ocasión de restablecer el catolicismo en aquellos reinos. Aprobaba también el matrimonio de María con Norfolk, «el cual -escribía Alba- trabajava todo lo que podía en descifrar y ser buen católico, como jamás dexó de serlo, si bien fue forzado de disimular por un tiempo, pero que todas sus acciones y especialmente la crianza de sus hijos davan testimonio dello.»

En cuanto a los medios de acometer la empresa, no juzgaba el duque prudente que Felipe lo hiciese desde luego a cara descubierta, porque bastaría esto solo para poner en contra a los alemanes, por odio sectario, y al rey de Francia, por temores de que fuesen los intentos de Felipe conquistar la Inglaterra. Pero en el caso de que Norfolk se hubiera apoderado ya de la reina Isabel, o muriese ésta de muerte natural o de cualquiera otra muerte, cesaban ya todas las dificultades, puesto que nadie podría atribuir entonces otros intentos a Felipe, que el de apoyar los derechos de María Estuardo a la Corona de Inglaterra.

«Y así me parece -escribía el duque a Felipe- que en tal caso de la muerte de la reina de Inglaterra, natural o de otra manera, o que ella estuviese en poder del dicho duque de Norfolk, V. M. no devría dexar escapar una tan buena ocasión, para llegar al fin que pretende, de la restitución de nuestra santa fee católica en estas islas y del reposo de sus Estados para lo venidero, y que conforme a esto podría responder, que en los términos que las cosas están agora, no conviene a V. M. ni a ellos, que V. M. los assista para comenzar esta empresa, pero que los quiere bien prometer que sucediendo uno de los tres casos susdichos, es a saber: de la muerte de la dicha Reina natural, o de otra manera, o que ella cayesse en su poder, los hará assistir de parte de estos países, con los 6.000 hombres que ellos piden, con tal que de su parte haya la correspondencia que dicen, y que no solamente dentro de los cuarenta días que el dicho duque de Norfolk dice poderse sustentar, los hará echar dentro de su tierra, pero dentro de treinta y aun de veinticinco, si el viento fuera propicio, y que en tal caso ellos podrán acudir a mi o a mi sucesor lugarteniente de V. M. en estos Estados; que él tendrá orden y poder absoluto para todo: lo cual, Sire, a mi juicio tengo yo por tan loable y honroso a V. M. y tan fácil a executar, que cuando de improvisto yo tuviese nuevas que el uno de los tres casos había acontecido y ellos estuviessen en pie, no me parece que yo devría poner dubda en executararlo, sin esperar otra comodidad o mandamiento de V. M., haviendo cuenta que tal es la intención de V. M., y así lo pienso hacer sucediendo el caso, si no me mandere el contrario.»

Salieron estas cartas de Bruselas el 7 de mayo, y el día 22 teníanlas ya en su poder Felipe II. A mediados de junio entró Ridolfi en España de vuelta de Roma, y el 28 fue recibido en

Madrid por el Rey. Traía el italiano, además de las credenciales de María Estuardo y de Norfolk, una carta del Santo Padre para Felipe, en que con apremiantes razones, le suplicaba que otorgase a Ridolfi la más entera confianza y tomase a pechos el encargo que había de exponerle, concediendo los recursos que juzgase prudente. Oyole Felipe con su circunspección ordinaria, y remitiole al Escorial, donde le interrogó detenidamente el duque de Feria, y donde se celebró un importante consejo el 7 de julio, cuya minuta se conserva íntegra en el archivo de Simancas.

Asistieron al Consejo el duque de Feria, el príncipe de Éboli, el Dr. Martín de Velasco, el gran inquisidor arzobispo de Sevilla y el gran prior de San Juan D. Hernando de Toledo. Debatiose la cuestión bajo sus varios aspectos, y todos convinieron en que era lo más prudente y ejecutivo remitirlo todo al duque de Alba, para que obrase él según lo que juzgara más conveniente para el servicio de Dios y del Rey. Así lo escribió éste al de Alba y a su embajador en Londres, encargándole de nuevo el mayor secreto, porque una vez la cosa divulgada, sería poner el cuchillo en la garganta a la reina de Escocia y al duque de Norfolk.

Por desgracia, la primera indiscreción de Ridolfi había ya levantado este cuchillo sobre la cabeza de Norfolk. El librero flamenco Bailly fue detenido como sospechoso, cuando traía a Inglaterra los cinco despachos que en Bruselas le confiara Ridolfi; y aunque la astucia y el valor del obispo de Ross encontraron medio de apoderarse de las cinco cartas antes de que cayesen en manos de Cecil, Bailly fue conducido a la Torre de Londres, y confesó en el tormento todo lo que Ridolfi, tan liberal en el hablar, le había revelado en Bruselas sobre la conspiración. No era esto lo bastante para descubrir la trama de ella; pero era lo suficiente para denunciar su existencia y para que Cecil se mantuviese al acecho y se atreviera a prender al obispo de Ross y a mantenerle bajo estrecha vigilancia.

Una negra traición vino a poco dar al traste con la bien maquinada empresa y a desencadenar los peligros que Felipe II y el duque de Alba habían señalado. Tenía Norfolk un secretario llamado Higford, que meditaba desde mucho tiempo atrás la ruina de su dueño. Había este miserable hecho un escondite bajo la cama del mismo duque, y allí iba depositando los papeles comprometedores que, después de descifrarlos y leídos, le mandaba quemar su dueño. Fue necesario por aquel entonces enviar dinero a los partidarios de María, que se mantenían firmes en Escocia, y Norfolk tuvo la malaventurada idea de dar a Higford el encargo. Dejose prender ese traidor, y una vez encerrado en la Torre de Londres, denunció a Cecil el escondite hecho por él mismo en la alcoba de Norfolk. Los papeles encontrados no podían ser más peligrosos. Estaba en primer lugar la cifra de que se servían Norfolk y María Estuardo en su correspondencia; la memoria relativa a la misión de Ridolfi, con todo el plan de los conspiradores y sus nombres; diecinueve cartas de la reina de Escocia y del obispo de Ross, dirigidas a Norfolk, y otra porción de cartas y papeles que comprometían más o menos directamente a centenares de personas, así en Inglaterra como en Escocia.

Aquel fatal descubrimiento sembró el pánico en Londres y en todo el reino. La cólera de Isabel, terrible de suyo y hostigada por el frío ensañamiento de Cecil, estalló con todas sus felonías y crueldades. En veinticuatro horas prendieron y atormentaron los agentes de Cecil a todos los que comprometían los papeles de Norfolk, por muy remotamente que fuese. El

embajador de España fue expulsado del reino; María Estuardo incomunicada como el más vil criminal, en solas dos habitaciones del castillo de Chatsworth, y el duque de Norfolk encerrado en la Torre de Londres.

Negó éste al pronto con grande entereza los cargos que le imputaban, creyendo que ninguna prueba podrían presentar en contra suya. Mas cuando vio delante de sí los papeles del escondite, que creía quemados mucho tiempo antes, y pudo comprender la negra traición de su secretario, apoderose de él un amargo desaliento, y ya no negó nada, ni se ocupó de otra cosa que de morir.

Un jurado de veintisiete condes y lores declaró al duque de Norfolk culpable de alta traición, y en virtud de ello fue condenado a muerte. Firmó Isabel varias veces esta sentencia, y otras tantas volvió a revocarla, poniendo en práctica las hipócritas trapacerías con que intentaba demostrar lo compasivo de su corazón y lo misericordioso de su justicia. Hacía la Reina el juego induciéndola de continuo a firmar la sentencia. Fingió la Reina ceder al cabo; mas quiso antes consultar al Parlamento para encubrir su crueldad con la resolución de éste, y la Cámara de los Comunes, preparada por Cecil, declaró que la vida del duque de Norfolk era incompatible con la seguridad de la Reina, y que debía llevarse el hacha hasta la raíz del mal, haciendo perecer también a María Estuardo. Fingió entonces Isabel consentir, llena de dolor, en la muerte de Norfolk, por dar gusto al Parlamento, y firmó la sentencia; pero con respecto a la reina de Escocia, contestó, con la refinada hipocresía de todos sus cálculos, y la empalagosa cultura de los pisaverdes que hablaban eufemismo en su corte, que repugnaba a su corazón dar muerte al pajarillo que se había refugiado en su seno, huyendo del buitre que le perseguía.

- V -

Cruzáronse cartas muy duras entre las dos Reinas, Isabel y María, con motivo de la muerte del duque de Norfolk. Tuvo aquélla la cínica osadía de escribir a la reina de Escocia echándole en cara su ingratitude hacia ella, que la había libertado de la persecución de sus súbditos y de una muerte ignominiosa, y dejándola entrever la posibilidad de encontrarla muy cerca. Contestóla María con valerosa arrogancia, negando haber recibido de ella otra cosa que agravios y daños, enumerando la larga lista de unos y otros desde el momento de su llegada a Escocia, y despreciando altivamente sus rencores y amenazas. «Dios, -le decía-, que me ha dado hasta ahora paciencia para sobrellevar la desgracia, me dará, si es necesario, valor para arrostrar la muerte.»

¡La muerte!... La muerte de María Estuardo era justamente la idea que batallaba sin cesar en la mente de Isabel y que a cada momento acogía o desechaba, según que dominaba en ella lo fuerte de su rencor o lo cobarde de su hipocresía. Resolvió, pues, acechar en emboscada la ocasión de deshacerse de María sin ignominia ni daño, y varió de táctica con ella. Dulcificó, por de pronto, el rigor de su cautiverio, sin descuidar por eso la vigilancia, y mientras parecía unas veces olvidarse de la existencia de la prisionera, entablaba otras con ella falsos tratos y arreglos encaminados a mantener en su ánimo la esperanza de libertad, e impedirle, de este modo, buscar aquélla esperanza fuera de Inglaterra.

No tardó en presentarse la ocasión que su paciente odio acechaba. Por agosto de 1572 ocurrió en París una catástrofe horrenda, con harta razón condenada y comentada por la historia; tragedia sangrienta, en efecto, que por el enlace que tiene con nuestra historia referiremos, siguiendo paso a paso dos curiosos documentos que de ella tratan. Una carta remitida por el gran duque de Alba al conde de Boussu, gobernador de Holanda, encontrada en los archivos de Mons, y la «Relación del duque de Anjou», después Enrique III, inserta en la colección Petitot.

El 22 de agosto de 1572, el Almirante de Francia, Gaspar de Coligny, jefe de los hugonotes, salió del Louvre a la hora de comer y dirigióse a su casa por la calle de Bethisy. Iba el Almirante pausadamente leyendo una carta, y, al pasar por la casa del canónigo Villemar, antiguo contador del duque de Guisa, disparáronle un tiro de arcabuz con cuatro balas. Arrancale una el pulgar de la mano derecha, y atravesole otra la palma de la izquierda, rompiéndole todos los huesos y viniéndole a salir dos dedos sobre el codo. La puerta principal de la casa estaba defendida, por dentro con fuerte barricada, y preparado en otra falsa un buen caballo español para que el asesino huyese. Imitación todo ello de lo que había sucedido en Lintlithgow cuando el asesinato de Murray.

Llevaron al Almirante a su casa bramando de ira y creyéndole en la agonía, por temor de que las balas estuviesen emponzoñadas. Hubo allí, entonces, gran junta de hugonotes, y resolvieron éstos levantar en el barrio de Saint-Germain 4.000 hombres para caer de improviso sobre el Louvre y matar a la reina madre, al Rey y a sus hermanos Anjou y Alençon, pues a todos juntos designaba el Almirante como autores de su daño. Engañábase, sin embargo, Coligny en lo tocante a Carlos IX, pues según confesión del propio duque de Anjou, él solo y Catalina de Médicis maquinaron la muerte del Almirante, por creer que les arrebatara éste el ascendiente que tenían ellos en el ánimo del Rey. Sintió Carlos el suceso de Coligny, porque fiaba en él harto más de lo que merecía hereje tan peligroso, y envíole a visitar, con su cuñado el rey de Navarra, Enrique de Borbón, que fue luego Enrique IV, y era también hereje hugonote. Habíase casado éste cuatro días antes con Margarita de Valois, la famosa Margot, como la llamaban su hermano el rey Carlos y todos los príncipes de su familia.

Recibió el Almirante al rey de Navarra con grandes lamentaciones, y díjole estas textuales palabras que cita el duque de Alba: «Ya sabéis, monseñor, cuánto he servido a monseñor vuestro padre y al difunto monseñor vuestro tío, el príncipe de Condé, y cuánto deseo perseverar con respecto a vos en la misma buena voluntad; pero estando ahora herido de muerte (pues las balas estaban envenenadas), he determinado hacer mi testamento antes de morir, y dejaros en herencia el reino de Francia.»

Y entonces descubrió al rey de Navarra el plan que había formado con sus hugonotes, de levantarse en el barrio de Saint-Germain, matar al Rey, a la Reina y a los Príncipes, y proclamarle a él rey de Francia y de Navarra; cosa, en verdad, fácil en aquellos momentos en que la política de la reina madre y sus rencillas con los Guisa habían dejado tomar al partido hugonote en Francia terrible incremento.

Volvió el rey de Navarra al Louvre muy triste y preocupado, porque no bastaba a compensar en su ánimo, todavía generoso y abierto al remordimiento, la esperanza de una Corona, a los desastres que presagiaba. Notole al punto su preocupación la reina Margot, su esposa, y con artificios de mujer y caricias de recién casada, arrancale bien pronto todo lo que el Almirante le había dicho. Asustada Margot, apresurose a dar cuenta del peligro a su madre y al duque de Anjou, y éstos corrieron a prevenir al rey Carlos, proponiendo, como único medio de salvación, la muerte de Coligny y el exterminio de los hugonotes. Apretado Carlos por su madre y por su hermano, consintió al fin, en que se tendiera a éstos el mismo lazo que ellos preparaban; pero exigió, en cambio, que la vida de Coligny fuese respetada. Mas justamente era esta vida la que más querían Catalina y Anjou, y de tal manera oprimieron entonces al Rey, y tales peligros y temores pusieron ante sus ojos, que, exasperado al fin Carlos, dice Anjou en su relación, «se levantó furiosamente y juró por la muerte de Dios que si querían ellos la vida del Almirante se la quitasen en buena hora, pero que no dejasen tampoco vivo un solo hugonote que pudiera reclamar más tarde sobre aquella muerte».

Dicho esto, saliose con gran violencia del gabinete, dejando solos a su madre y a su hermano. Pusieron éstos al punto manos a la obra, y sin moverse de allí en todo el resto del día, la tarde y buena parte de la noche, ocupáronse en combinar, con el duque de Guisa y sus satélites, la bárbara empresa. Convínose en que al toque de maitines dado en la Iglesia de Saint-Germain l'Auyerrois, comenzaría la matanza por el Almirante Coligny, del cual se encargaba el mismo duque de Guisa. Distribuyéronse los puestos, nombráronse los jefes, diéronse, con grande urgencia y sigilo, las complicadas órdenes, y convínose en que los católicos llevarían, para distinguirse en la confusión, un pañuelo blanco atado en el brazo y una cruz blanca en el sombrero. A las doce retiráronse a descansar un par de horas la Reina y Anjou, y muy antes de amanecer ya caminaba el rey Carlos hacia el gran portal de la fachada del Louvre, junto al juego de pelota, donde, en una cámara que daba al patio de entrada, querían esperar el comienzo de la empresa.

No había amanecido aún ni dádose tampoco la señal, y los tres grandes culpables esperaron largo tiempo en la oscuridad, llenos de zozobra. De repente rompió aquel silencio pavoroso un tiro de pistola, que no se supo nunca de dónde venía ni a quién iba dirigido, «y de tal manera se apoderó el terror de nosotros, -dice el duque de Anjou-, y tan claro vimos los desórdenes que iban a cometerse, y las consecuencias de aquella empresa, que, a decir verdad, habíamos meditado muy poco, que sin perder un instante y con la mayor urgencia, enviamos un gentil-hombre al duque de Guisa, para decirle y mandarle expresamente de nuestra parte que se retirase a su casa y se guardase bien de acometer nada contra el Almirante, creyendo nosotros que bastaría esta orden para evitar todo lo demás, puesto que habíamos convenido en que nada se haría en el resto de París hasta haber muerto el Almirante. Pero bien pronto volvió el gentil-hombre diciéndonos que la orden llegaba tarde, porque ya estaba muerto el Almirante y comenzaba la matanza en todos los otros barrios».

El duque de Guisa había en efecto adelantado, por su propia iniciativa, la hora de atacar la casa de Coligny, y he aquí cómo describe el duque de Alba aquella horrorosa escena: «El 24 de agosto, día de San Bartolomé, entraron a la una de la noche en casa del Almirante, los duques de Guisa y de Aumale y el caballero de Angulema. Subieron a la cámara del Almirante algunos de su séquito, y encontraron allí a las gentes de éste espada en mano

para defenderle. Pronto, sin embargo, fueron todos desarmados o muertos, y viendo esto el Almirante, tendiose otra vez en su lecho, fingiéndose cadáver; mas tiraron de él por el brazo herido y le sacaron fuera. Y como el señor de Cousin le creyese muerto verdaderamente y quisiera tirarle por la ventana abajo, apoyó el Almirante el pie en la pared para impedirlo, por lo cual le dijo Cousin:

»-¡Ah, viejo raposo!... ¿Así te finges el muerto?...

»Y al decir esto, tirole por la ventana al patio de la casa, gritando al duque de Guisa, que allí aguardaba:

»-¡Ahí va, monseñor, el traidor que asesinó a vuestro padre!...

»Acercose Guisa al Almirante, oyendo esto, y le dijo estas palabras:

»-¡Ya estás aquí, malvado!... ¡No permita Dios que manche yo mis manos con tu sangre!

»Y dándole un puntapié, apartose algunos pasos. Llegose entonces otro y diole un pistoletazo en la cabeza, y ya muerto, comenzaron a arrastrarle por la ciudad en un cesto. Cortole, al cabo, la cabeza un caballero con un cuchillo, y poniéndola en la punta de su espada, la llevaba por las calles gritando:

»-¡Ésta es la cabeza del malvado que tanto daño ha hecho al reino de Francia!

»Quisieron los del Parlamento recoger el cuerpo del Almirante para ejecutar la sentencia de colgarlo, dada contra él cuando su rebelión primera; mas de tal manera le habían destrozado, que les fue imposible encontrar los pedazos. Si los Guisa hubieran detenido cuatro horas todo esto, el Almirante hubiese hecho con ellos lo que ellos hicieron con él, y hubieran matado además al Rey y a su hermanos. Después de esta primera jornada fuéronse a casa de la Rochefoucault y le mataron también, lo mismo que a cuantos hubieron a la mano, entre ellos Bricquemault, el marqués de Retz, Lespondilles, Telligny y hasta sesenta y dos caballeros de mucha cuenta, que quedaron muertos por las calles. Al mismo tiempo asesinaban los católicos y los guardias del Rey a los hugonotes por todo el resto de París y los despeñaban en el río; y tal prisa se dieron, que en muy poco tiempo mataron más de 3.000. A los caballeros principales arrojábanles en los pozos y en los muladares donde se tiran los animales muertos. En Rouen han matado 10 ó 12.000 hugonotes y en Meaux y Orleans han despachado a todos.

»El señor de Comcourt estuvo después de todo esto a despedirse de la reina madre, y le pidió la respuesta a la comisión que llevaba, a lo cual contestó ella que no podía responder nada más oportuno que lo que dijo Jesucristo a los discípulos de San Juan, y le añadió en latín: *Ite, et nuntiate quae vidistis et audivistis: caeci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur, etc.* Díjole también que no se olvidara de decir al duque de Alba: *Beatus qui non fuerit in me scandalizatus*, y que siempre existiría mutua y buena correspondencia entre ella y el Rey Católico.»

Llegaron todas estas nuevas a la corte de Inglaterra, no como las referimos nosotros en su versión más benigna, que ya era bastante, sino aumentadas y ponderadas por la rabia y el terror de los herejes. Acogiólas Isabel con la misma rabia y el terror mismo, y encontró en ellas la ocasión de llevar a cabo su idea fija, entregando a María Estuardo al furor de los herejes, como víctima católica en que podían saciar las más crueles represalias.

Fiel siempre a su cautelosa hipocresía, tan sólo comunicó su proyecto, muy en secreto, al vil Leicester, su favorito entonces, y a Cecil, cuyo odio a María, si no superaba al de Isabel, le corría parejas. Parecíales a todos harto temerario dar muerte a María en Inglaterra, y querían más bien hacerla perecer en Escocia a manos de sus súbditos, y tratándolo antes con el Regente, como en tiempos de Murray ya se había intentado. A la muerte de éste habíale sucedido en la regencia, por intrigas de Isabel, el conde de Lennox, asesinado también antes de los dos años, el 4 de septiembre de 1571. Nombraron luego al anciano conde de Mar, influido y dirigido por Morton, y con estos dos personajes resolvió Isabel negociar su proyecto.

Envió pues a este propósito a Escocia a sir Enrique Killebrew, cuñado de Cecil, con dos misiones, una pública y otra secreta. Consistía la primera en reconciliar con el Regente y con Morton, en interés del protestantismo, al laird de Grange y a Lithington, que se les habían separado, haciéndose fuertes en el castillo de Edimburgo; y reducíase la segunda a concertar con el regente Mar y con el conde de Morton la muerte de María Estuardo.

Dióle esta última misión la misma reina Isabel delante de Leicester y de Cecil, y en las instrucciones, escritas todas de manos de éste, encargábasele hacer comprender a los condes de Mar y Morton, que la vida de María era incompatible con la seguridad común de ambos reinos, y que no convenía deshacerse de ella en Inglaterra, sino hacerla perecer en Escocia, entregándola a sus súbditos rebeldes. Ordenábasele también emplear toda su astucia y toda su destreza en obtener del Regente y Morton que reclamasen ellos la víctima sin parecer provocados por Isabel, a fin de que recogiese ésta los sanguinarios provechos de la trama sin incurrir en el odio y la vergüenza.

Saliose Killebrew de Londres el 1.º de septiembre, y encontró la Escocia tan conmovida y revuelta con la matanza de San Bartolomé como lo estaba la misma Inglaterra. Púsose de acuerdo con el viejo Knox, que había llegado a Edimburgo, paralítico de medio cuerpo, por una apoplejía, pero en estado aún de tronar desde el púlpito con su furiosa elocuencia contra los católicos, y de concitar las iras y los odios de los herejes contra María Estuardo. Con esta poderosa ayuda, no costó mucho trabajo a Killebrew decidir a Morton al crimen proyectado; pero el regente Mar, más astuto o menos perverso, resistiose a ellos con pretextos varios; y como se impacientase Isabel con tales demoras, escribieron a Killebrew sus dos cómplices, Leicester y Cecil, el 29 de septiembre en estos términos encubiertos:

«Ocupaos, con el mayor secreto y urgencia, del negocio que tenéis entre manos. Cada día y cada hora que pasa nos hace ver más clara la necesidad de llevarlo a efecto, y mayor todavía debe ser el interés que ahí tengan, si consideran su seguridad particular, el estado de su país y el interés de la religión, todo lo cual peligrará más para ellos que para nosotros... Exageradles todos estos peligros, si ellos no los ven bastante, y creed que no podéis hacer cosa mejor que daros prisa.»

Dióselo Killebrew, en efecto, y después de varias conferencias con el Regente y con Morton sobre el gran negocio (the great matter), como le llamaban ellos, convinieron éstos en desembarazar a Isabel de su rival María Estuardo, dándole muerte a las cuatro horas de haberles sido ésta entregada. Tales condiciones de dinero y responsabilidades pusieron sin embargo los dos condes escoceses, que ni la avaricia ni la hipocresía de Isabel pudieron admitirlas; y cuando de nuevo comenzaba a entablar repugnantes transacciones y mezquinos regateos para llegar a un acomodamiento, vino Dios a quitarle otra vez la presa de las manos con la muerte repentina, y con sospecha de envenenamiento, del regente Mar, que pagó al cabo sus maldades el 28 de octubre de aquel mismo año.

Con lo cual, de los cuatro regentes que usurparon la soberanía de María Estuardo y sus derechos de madre, dos, Murray y Lennox, murieron asesinados; Mar pereció de muerte repentina y sospechosa, y Morton, que sucedió a éste, había de morir más tarde, violentamente también, en lo alto de un patíbulo.

- VI -

Mientras tanto, languidecía la reina de Escocia en su cautiverio, traída y llevada de castillo en castillo, por cualquier capricho o suspicacia de Isabel. Cada día que pasaba matábale una esperanza, y así vio transcurrir diez años de su vida, desde el 72 al 82, lentos en su amargura y horribles en su monótono padecer. Las humedades de Sheffield habíanle producido un reuma en el brazo, y su antigua enfermedad del hígado, exacerbada por las penas, angustias y sobresaltos, causábale a veces, crueles torturas. La tribulación era, sin embargo, para el alma de María lo que la impetuosa corriente de un río para las piedrecillas que lleva en su seno: que las labra y suaviza y abrillanta y convierte en superficie tersa y pulida lo que era antes aspereza y tosquedad. De este modo, aquel rudo y continuo batir de la desgracia, iba purificando el alma de María, y labrando en ella ese trono inmutable y tranquilo en que se asientan, confundidas y abrazadas, como madre e hija que se estrechan en la desgracia, la santa resignación cristiana y su hija predilecta, la suave y dulce paciencia.

Ocupaba la triste prisionera la mayor parte del día en ejercicios devotos, y las horas que hurtaba al sueño o a la vigilancia de sus carceleros, empleábalas en despachar la numerosa correspondencia con que mantenía la fe y la esperanza entre sus partidarios más leales, y la amistad y el cariño entre los príncipes sus aliados y sus parientes de Francia. A veces renacían en ella antiguas aficiones poéticas, y en alguna de estas horas de triste inspiración debió de escribir los siguientes versos, encontrados después de su muerte, escritos de su propia mano y sin fecha ninguna:

Fuera de esto, eran su mayor recreo las labores de aguja, en que siempre fue tan consumada maestra, y la inocente diversión de cuidar y educar pájaros y perros. «Mr. de Glasgow, -escribía al arzobispo de este nombre, su embajador en Francia-, ruégoos que me volváis a mandar tórtolas y gallinas de Berbería, para ver si puedo aclimatarlas en este país. Mucho gusto me daría poder criarlas en jaulas, como hago con todos los pajaritos que puedo encontrar». Y en otra ocasión le decía: «Si el Sr. cardenal de Guisa, mi tío, ha ido a Lyon, estoy segura que me enviará una pareja de perritos, y vos me compraréis otra, porque fuera aparte de leer y bordar, no tengo otro entretenimiento que el de los animalitos que puedo procurarme. Será necesario enviar los perritos en cestas y bien abrigados».

Por este tiempo tuvo la infeliz reina un inmenso consuelo, que nunca, hasta el instante de su muerte, le había ya de faltar. Por mediación y orden del Santo Padre San Pío V, que tanto la amó y protegió siempre, pudo proporcionársele un sacerdote católico, que vivía con ella, desconocido de todo el mundo bajo el disfraz de un criado, le decía misa secretamente, le administraba los Sacramentos, y mantenía de continuo en la propia cámara de ella, y en un oculto sagrario, el Santísimo Sacramento. Las leyes atroces y las persecuciones horribles que existían entonces contra los sacerdotes católicos, y el lujo de precauciones que naturalmente tomaban éstos para evitarlas, han borrado las huellas de quiénes y cuántos fueron estos oscuros héroes que partieron el cautiverio de la reina de Escocia. Cábele, sin embargo, la honra a la Compañía de Jesús de haber suministrado a la Reina uno, por lo menos, de estos atrevidos capellanes, y fue éste el insigne padre Nicolás Gradano, flamenco de nación, cuyo retrato, con el disfraz de caballero que entonces se usaba, se ve en una galería del Real Colegio de Loyola.

A veces llegaban a la desdichada prisionera ráfagas de esperanza, que despertaban en su corazón los trabajos de sus partidarios, y que volvían a caer como cae el viento, sin esfuerzo, sin ruido y sin vacío, en su ánimo acostumbrado al desengaño, y abierto ya tan sólo a cosas de mayor cuantía de las que puede dar de sí la tierra. Tal fue el proyecto del Santo Padre Gregorio XIII, sucesor de San Pío V, y no menos ardiente defensor de María, de proclamarla reina de Inglaterra y de Escocia, y casarla con D. Juan de Austria, el héroe de Lepanto y de Túnez, que podía, según carta del Papa a Felipe II, servir bene á quella impresa per il valore et per la felicità che porta seco. Gregorio XIII había de fulminar otra bula como la de San Pío V, excomulgando y deponiendo de nuevo a la herética Isabel, y el Rey Católico ayudar a la empresa con gente de guerra, mandada por el mismo D. Juan de

Austria. La frialdad con que acogió Felipe II la calurosa recomendación del Padre Santo, así en 1574, cuando imaginó por vez primera la empresa, como en 1577, cuando volvió a proponerla, ofreciéndose también a mantenerla con gruesas sumas de dinero, hízola fracasar por completo.

Un proyecto hubo, sin embargo, que sacó a María Estuardo de su abatimiento, y despertó en ella de nuevo todas las vehemencias de su amor de madre y todas las energías de su carácter de Reina. Llevaba ella un clavo en el corazón, cuya herida se enconaba cada vez más, a medida que corría el tiempo... Su hijo, el tierno príncipe Jacobo, secuestrado por los rebeldes desde el cautiverio de María en Lochleven, educábase en la herejía bajo la dirección de Pedro Young, el amigo y discípulo del gran hereje Teodoro de Béze y del infame falsificador de los sonetos de Bothwell, Jorge Buchanam. Crecía el niño en edad, y afirmábase más y más en la herejía y en el odio a la Iglesia católica, y era esto un horrible y continuo torcedor para la madre ortodoxa, que veía perderse el alma de su hijo, y para la Reina católica, que veía venir en pos de sí, para la desgraciada Escocia, un rey, y rey Estuardo, herético y enemigo de la verdadera Iglesia. Y tan grande fue la lucha entre su ternura de madre y su deber de reina católica, que se agravaron sus males primero, y como se viese muy apretada después y se creyera en riesgo de muerte, venció al fin la reina a la madre, y escribió, en febrero de 1577, este heroico testamento, que revela la pureza de su fe y el celo que por ella tenía, y los grandes y puros sentimientos que le sacrificaba:

«Juzgando por mi condición presente lo incierto de la vida humana, que nadie puede ni debe asegurar sino esperando en la infinita misericordia de Dios, y queriéndome yo escudar con ella contra todos los peligros y accidentes que pudieran sobrevenirme inesperadamente en mi cautiverio, incluso las grandes y largas enfermedades que he sufrido hasta el presente, he determinado, ahora que tengo lugar, razón y juicio, proveer a la salud de mi alma, al entierro de mi cuerpo y a la disposición de mis bienes, estados y asuntos, por el presente testamento y ordenanza de mi voluntad, que es como sigue:

»En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Reconózcome primeramente indigna pecadora, con más ofensas cometidas contra mi Dios, cuya bondad alabo, que satisfacciones he podido darle con todas las adversidades que he sufrido. Y apoyándome en la Cruz de mi Salvador y Redentor Jesucristo, encomiendo mi alma a la bendita e individuada Trinidad, a los ruegos de la gloriosa Virgen María y de todos los ángeles, santos y santas del paraíso, esperando que, por su intercesión y méritos, alcanzaré participar con ellos de la bienaventuranza eterna. Y para llegar a ella con el corazón más limpio y más puro, quiero despojarme desde ahora de todo resentimiento de las injurias, calumnias, rebeldías y otras ofensas que hayan podido inferirme durante mi vida mis súbditos rebeldes y otros enemigos, remitiendo a Dios la venganza y suplicándole que les perdone a ellos, con tantas veras como yo le pido a Él que me perdone a mí, y lo mismo a todos aquéllos o aquéllas a quienes haya podido ofender yo de palabra o de hecho.

»Quiero y mando, etc. (Siguen dos párrafos relativos al lugar y circunstancias de su entierro, y luego dice):

»Para no impedir la gloria, honor y conservación de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, en la cual quiero vivir y morir, mando que, si mi hijo el príncipe de Escocia

abandona la herejía de Calvino, en que con gran sentimiento mío le han educado mis rebeldes, y abraza la santa fe católica, sea él mi solo y único heredero en mi reino de Escocia, en los justos derechos que tengo a la Corona de Inglaterra y a los países que de ella dependan, y, en general, de todos y cada uno de mis bienes muebles e inmuebles, que queden después de mi muerte y de la ejecución del presente testamento.

»Pero si mi dicho hijo continúa en la dicha herejía, cedo, transfiero y hago donación de todos y cada uno de los derechos que tengo a la Corona de Inglaterra, y de cualesquiera otros derechos señoriales o reales que dependan de ella, al Rey Católico o a aquél de los suyos que éste designare, con acuerdo y consejo de Su Santidad. Lo cual hago tanto por reconocerle hoy como el único apoyo seguro de la religión católica, como por gratitud a los favores que yo y los míos hemos recibido de él en las mayores necesidades, y también como resguardo a los derechos que pueda pretender él mismo en los dichos reinos y países.

»Pídole, en cambio, que contraiga alianza con una de las casas de Lorena o de Guisa, en memoria de la familia de que vengo por parte de mi madre, puesto que del lado de mi padre no existe sino mi hijo; al cual destiné siempre, de ser católico, para una de sus hijas, y a falta de éstas, para una de sus sobrinas, etc.»

En esta disposición de ánimo seguía María Estuardo, con ansiosa mirada de madre y de reina, la marcha del gobierno y la corte de Escocia, cuando apareció en ésta de repente el joven escocés Esmés Estuardo, llamado lord Aubigny por el nombre de unas tierras que poseía en Francia. Era Esmés Estuardo hijo de Juan Estuardo, hermano segundo del conde de Lennox, abuelo del príncipe Jacobo, y, por lo tanto, pariente muy cercano de éste.

La llegada de Aubigny a la corte de Escocia prestose a grandes interpretaciones: decían unos que venía a reivindicar en favor suyo la sucesión a la casa de Lennox, lo cual era cierto, y murmuraban otros, que Aubigny era católico y hechura de los Guisa, y traía a Escocia una misión secreta de éstos, lo cual era también rigurosamente exacto.

Educado Aubigny en el refinamiento y elegancia de la corte de Francia, reunía a su arrogante figura el encanto, la distinción de maneras y hasta la elegancia en el vestir, que tan poderosa influencia tuvieron siempre en el ánimo frívolo y afeminado del príncipe Jacobo. Poseía, sin embargo, el joven escocés, además de este barniz dorado y vistoso que tanto luce en una corte, un sólido buen sentido y un natural bueno y recto. No es extraño, por lo tanto, que desde el primer momento se apoderase del ánimo de su real pariente, que tan dado fue hasta en su vejez a dejarse dominar por favoritos. Concedióle, pues, a los pocos días de su llegada, la sucesión al Condado de Lennox que Aubigny solicitaba, elevándolo a la categoría de duque; y no poco a poco, sino de prisa y casi de un golpe, hízole después gobernador del castillo de Dumbarton, capitán de sus guardias, primer Lord de la Cámara y Lord gran Chambelán.

Fuerte ya con esto el nuevo duque de Lennox, y bien asegurado del ánimo de Jacobo, dispúsose a la grande empresa de derribar al regente Morton, lo cual consiguió con ayuda del capitán Stewart, favorito también del Príncipe. Stewart acusó públicamente a Morton, en pleno Parlamento, de complicidad en el asesinato de Darnley, y el poderoso regente cayó desde lo alto de su poder y fue juzgado y sentenciado a muerte, con grande espanto de los

herejes y alarma de la reina de Inglaterra, que miraba en él un fuerte apoyo y un fiel aliado. Matáronle el 2 de junio de 1581, en una máquina muy semejante a la guillotina de hoy, que el mismo Morton había introducido en Escocia y bautizado con el burlesco nombre de «La niña» (The maiden).

Alentada María Estuardo con el catolicismo de Lennox, que muy en secreto le habían avisado, púsose en comunicación con él por medio del embajador de España en Londres, D. Bernardino de Mendoza, y por mediación también de éste mismo, logró del famoso Roberto Persos, de la Compañía de Jesús, que enviase a Escocia dos jesuitas con el fin de alentar y consolar a los afligidos católicos de aquel reino, y de inquirir al mismo tiempo hasta qué punto había arraigado la herejía en el ánimo del príncipe Jacobo.

Fueron los enviados el P. Guillermo Walsh y el P. Juan Albercomby: recorrió el primero, bajo diversos disfraces y desafiando peligros sin cuento, gran parte de Escocia, y el segundo disfrazado de halconero y al amparo de Lennox, estuvo al lado de Jacobo el tiempo necesario para comprender con cuánta razón había dicho de aquel príncipe antojadizo, débil y presumido, su maestro Buchanam: «No he podido hacer de él más que un pedante.» Mas aquel pedante que no amaba a su madre como era natural, ni destestaba a su tía Isabel, como parecía lógico, hallábase a la sazón bajo el dominio y la influencia de Lennox, y éste se comprometía a llevarle por donde más pronto se llegara a la libertad de la reina de Escocia y al restablecimiento del catolicismo en aquel reino.

Marchó, pues, el P. Walsh, de Edimburgo a París, con estas informaciones, y allí dio cuenta de ellas en una reunión secreta habida en casa del embajador de España D. Juan Bautista Tassis. Asistieron el arzobispo de Glasgow, el duque de Guisa, el nuncio del papa Castelli, el Dr. Allen, rector del Seminario inglés de Reims y el P. Claudio Mathieu. En ésta y otras reuniones sucesivas, celebradas con el mayor secreto, ora en casa del duque de Guisa, ora en la Embajada de España, discutióse y aprobóse el plan de organizar una invasión en Inglaterra, a nombre del Santo Padre Gregorio XIII. Felipe II debía suministrar todo el dinero necesario para levantar y sostener las tropas de desembarco, al frente de las cuales habían de ponerse el duque de Guisa en Inglaterra y el de Lennox en Escocia. Era el objeto de la expedición libertar a María Estuardo, restituirla en el trono de Escocia, asociada con su hijo, y restablecer el catolicismo en aquel reino.

Concertados todos, y señalado a cada uno su puesto, marcharon por orden del Padre Santo a Edimburgo dos jesuitas, Chreigton, escocés, y Holt, inglés, con cartas credenciales del arzobispo de Glasgow, del duque de Guisa y del embajador don Juan Bautista Tassis, para el duque de Lennox en Edimburgo, para don Bernardino de Mendoza en Londres, y para María Estuardo en Sheffield.

Avistóse Chreigton con Lennox en Dalkeith, y mientras tanto, Holt llevó las cartas destinadas a la Reina y a don Bernardino de Mendoza, y volvió a Edimburgo con las respuestas de éste y de aquella. Era entonces tan grande el odio de la reina Isabel al clero católico, y en particular a los jesuitas, y tan terribles las órdenes para perseguirlos y exterminarlos, que necesitábase para hacer aquel viaje verdadera vocación de mártir. Emprendiólo, sin embargo, el P. Holt con grande ánimo de sacamuelas, a pie y llevando la

carta oculta en un espejo, construido con grande arte, que le dio don Bernardino de Mendoza. «Justamente, -escribía éste a Felipe II-, respondí al de Lenos (Lennox) con el despacho de la reina de Escocia, el cual llevó el mismo que truxo, que fue a pie para más seguridad, y en figura de sacamuelas como vino, y con un espexo que hice, dentro del cual van las cartas, de manera que no hay que imaginar persona que las lleva.»

Informado Lennox por el P. Chreigton de todos los planes formados en París, aceptolos con entusiasmo, y el 7 de marzo de 1582 escribió al embajador de España, don Juan Bautista Tassis, la siguiente carta, cuya traducción española se conserva en el archivo de Simancas:

«Vuestro Rey y el Papa, paréceme que desean servirse de mí en el designio que traen entre manos para la restauración de la religión cathólica y la libertad de la Reyna de Escocia, según que el jesuita Criton (Chreigton) me ha referido; y creyendo que esta empresa se hace por el bien y la conservación de la dicha Reyna de Escocia y del Rey su hijo, y que a ése le será sustentada y mantenida su Corona con el consentimiento de la Reyna su madre, estoy aparejado de emplear mi vida y hacienda para ejecución de la dicha empresa, etc., etc.»

El mismo día escribió Lennox a la reina de Escocia otra carta, que, enviada por ella a don Bernardino de Mendoza y por éste a Felipe II, se conserva también en el archivo de Simancas, y dice de esta manera:

«SEÑORA: Después de haberos escrito, ha venido a verme un jesuita llamado Guillermo Criton (Chreigton) con credenciales de vuestro embajador, y me ha hecho saber que el papa y el Rey católico habían convencido en socorridos con un ejército para restablecer la religión en estas islas, libraros de vuestra cautividad y sostener vuestro derecho a la Corona de Inglaterra, habiendo convenido también en que sea yo el jefe de ese ejército. Después ha recibido, por medio de otro jesuita inglés (el padre Holt), una carta del embajador de España residente en Londres, a este mismo propósito. En cuanto a mí, señora, si es vuestra voluntad que esto se haga y que yo lo emprenda, lo haré fielmente; y tengo la seguridad de que si ellos cumplen su promesa y los católicos ingleses mantienen también la suya, la empresa tendrá feliz éxito, y, o pierdo yo la vida, o recobraréis vos la libertad. Por lo tanto, suplicoos humildemente que me aviséis con premura por medio del embajador de España en Londres, por el cual envío esta carta, cuál es vuestra voluntad sobre este punto, para seguirla yo si la empresa os parece aceptable. En cuanto reciba vuestra respuesta saldré para Francia, con el pretexto de atender a mis negocios, por seis meses, y levantaré allí gentes de guerra francesas y extranjeras y las traeré a este país. No hay que temer por mi vuelta, pues teniendo aquí el ejército que me ofrecen, que son 15.000 hombres de Escocia e Inglaterra, yo os prometo por mi vida que sabré desembarcar. Tenga, pues, V. M. valor y confianza, porque por todas partes encontrará servidores prestos a dar la vida por vuestra causa. Yo pido tan sólo que al dar cima a esta empresa, sea reconocido vuestro hijo por rey con vuestro consentimiento. No es necesario decirle todavía nada de esto, ni tampoco a los lores, hasta que el ejército esté presto y seguro; porque estoy cierto de que a mi vuelta se me juntarán las dos terceras partes de Escocia, viendo la gente que traigo; y podría ser que muchos titubearan ahora por el miedo de perder sus bienes si por desgracia fracasara la empresa. Y no teniendo ésta otro objeto que el de saber vuestra voluntad, y lo

que os dignáis mandarme, ruego a Dios, señora, que os dé larga y feliz vida. -De Dalkeith, a 7 de marzo. -Siempre vuestro muy humilde, muy obediente y muy fiel servidor, Lennox.»

- VII -

Renacieron con esto las esperanzas de María con más fuerza que nunca, y, a través de las oscuras tinieblas de su prisión, creyó columbrar todavía un porvenir tranquilo y dichoso. Vivir al lado de su hijo, arrancar de su alma la herejía y ver restablecido el catolicismo en Escocia, era para la desgraciada prisionera mucho más de lo que en sus ensueños más lisonjeros, y después de tanto desengaño, hubiera podido imaginar.

Apresurose, pues, a escribir a unos y otros, recomendando la prudencia y el sigilo y templando los entusiasmos harto indiscretos; y algo debió temer, sin duda, de la inexperiencia de los jesuitas en materia de conspiraciones, cuando en la larga carta que escribió a D. Bernardino de Mendoza con fecha del 8 de abril, fijando los puntos principales de la empresa, pone el siguiente párrafo:

«La demanda que os han dado esos jesuitas de ir a verlos a Roan, demuestra que su experiencia en negocios de Estado no corresponde al celo que tienen por la religión; es necesario, por lo tanto, advertirles bien y avisarlos con frecuencia el modo de conducirse en lo que concierne al Estado, porque, si no, podrían los pobres errar por falta de buena dirección, como podréis juzgar por la propuesta que me hicieron, de enviar como embajadores a los dos hijos de milord Seyton, siendo tan jóvenes y tan poco prácticos, que sería un despropósito confiarles una negociación en que va mi vida y el Estado entero de mi hijo, si llegara a descubrirse. Además de que por ningún concepto quiero que aparezca que estas negociaciones se hacen en mi nombre; y si la necesidad requiere que yo intervenga, he pensado ya en otros medios más seguros que emplear. Podéis, pues, advertir a los dichos jesuitas que, en lo que se refiere a las dichas comisiones, no quiero de ninguna manera que se negocie en mi nombre nada de lo tocante a la empresa; aunque, si lo exige la necesidad, estaré pronta siempre a exponer mi vida la primera. Por eso no he querido enviar a nadie a tratar de mi parte con Su Santidad y con el señor Rey, vuestro amo, hasta estar completamente segura de su intervención.»

Todo cayó, sin embargo, esta vez como había caído tantas otras; mas no hubo por fortuna, en esta ocasión, ni indiscreciones que irritan y comprometen, ni traiciones que dejan sentimientos de rencor y deseos de venganza. La sola suspicacia de Isabel bastó para destruirlo todo, dando un palo de ciego, cuyo alcance y consecuencias no pudo ella misma en aquel entonces sospechar. No habían escapado a su vigilancia las tendencias católicas que imprimía Lennox a su gobierno, y atenta siempre a conservar su influencia en Escocia, resolvió derribarle y apoderarse por completo del ánimo y aun de la persona del príncipe Jacobo. Soliviantó, pues, con su arte de costumbre a los lores y ministros herejes, y procurándoles toda clase de auxilios, decidioles a dar un atrevido golpe de mano.

El 23 de agosto de 1582 convidó el conde de Gowrie, a Jacobo a una cacería en su castillo de Ruthwen; nombre siniestro en que parecen vinculados por aquella época la

traición y el odio al catolicismo. Aceptó Jacobo sin la menor desconfianza, y fuese solo con reducida escolta al castillo en que le esperaban los lores vendidos a Isabel. Lennox hallábase en Dalkeith y el otro favorito Stewart, hecho ya conde de Arran, habíase quedado en Kinneil. Jacobo, encontró el castillo de Ruthwen ocupado por fuertes destacamentos de gente armada, y reunidos en él a todos los lores amigos del difunto Morton, con Glamis, el antiguo tutor, a la cabeza. Hízole este aparato de fuerza sospechar la traición que maquinaban, y quiso retroceder; era ya tarde, sin embargo, y el mismo Glamis se atravesó en el umbral de la puerta y le empujó rudamente hacia adentro, diciéndole que jamás saldría de allí sin su licencia y que nunca volvería a ver a sus favoritos Stewart y Lennox.

Atónito ante semejante ultraje el pobre príncipe, que sólo contaba diecisiete años, no tuvo otra respuesta que la de echarse a llorar; y como uno de los presentes, que le había conocido niño, se enterneciese y quisiera interceder, gritole Glamis groseramente:

-¡Dejadle llorar!... Más vale que corran lágrimas de chiquillo, que sangre de hombres con barbas.

Encerraron luego a Stewart en el castillo de Dunbar, y prendieron después a Lennox y le enviaron desterrado a Francia; siendo gran maravilla, que no se alcanza a comprender, cómo les dejaron escapar con vida aquella turba de felones.

Este último golpe acabó con las fuerzas de María, reanimadas un momento por la esperanza; mas al ver de nuevo a su hijo en poder de los herejes y bajo la estrecha vigilancia de Isabel, su aflicción no tuvo límites y rayó en la desesperación, y con toda la vehemencia de la angustia y toda la elocuencia del dolor, escribió a Isabel una carta, verdadero grito del alma, que fue a perderse en las sordas orejas de la bastarda, como se pierde el lamento de un moribundo en las áridas soledades de un desierto.

«No puedo más, señora -le decía-; no puedo sufrir más tiempo, y necesario es que antes de morir descubra a los autores de mi muerte. A los criminales más viles que están en vuestras cárceles y han nacido vuestros súbditos, se les oye su defensa y se les hacen conocer sus acusadores y su acusación. ¿Por qué no se hace lo mismo conmigo, Reina soberana, vuestra parienta más próxima y heredera legítima?... Pienso, señora, que esta última cualidad es la principal causa que inspira a mis enemigos sus calumnias para tenernos así divididas y deslizar entre nosotras sus injustas pretensiones. Mas ¡ay!, que ya no tienen razón ni necesidad de atormentarme más bajo este respecto, porque os juro por mi honor, señora, que yo no espero hoy por hoy otro reino que el de mi Dios, al cual llegaré pronto, preparada por tantas aflicciones y adversidades... Por la dolorosa pasión de Nuestro Salvador y Redentor Jesucristo, suplícoos, pues, señora, una vez más, que me permitáis retirarme fuera de este reino, a cualquier rincón tranquilo, donde pueda encontrar algún alivio para mi pobre cuerpo, tan trabajado por continuos dolores, y la suficiente libertad de conciencia para preparar mi alma a comparecer ante Dios, que diariamente la llama. Vuestra prisión, sin ningún derecho ni justicia, ha destruido ya mi cuerpo. Sólo me queda el alma, a la cual podríais también cautivar concediéndome lo que os pido. Dadme pues el contento, antes de morir, de ver terminada entre nosotras toda clase de disensiones, para que mi alma, libre ya del cuerpo, no tenga que presentarse delante de Dios con quejas de las sinrazones que me habéis hecho sufrir aquí abajo, sino que pueda, por el contrario, salir de

esta cautividad y presentarse a Él en paz y concordia con vos, al cual pido os haga oír benignamente mis justísimas y más que razonables quejas.»

- VIII -

El 17 de enero de 1584, don Bernardino de Mendoza, embajador en Londres de Su Majestad Católica el señor rey D. Felipe II, recibió un mensaje poco cortés del secretario de Estado Francisco Walsingham, citándole en su casa para el día siguiente, a las diez de la mañana. Ofendió a don Bernardino la sobrada llaneza del mensaje, porque para él, rancio católico y gran señor del más puro linaje castellano, tan sólo era Walsingham, lo mismo que Cecil, un advenedizo intrigante, enemigo de la nobleza, y un hereje cruel y pérfido, perseguidor de los católicos. Disimuló, sin embargo, D. Bernardino su enojo, y a la mañana siguiente, a la hora precisa, salió de su casa en un gran caballo de gualdrapas de oro y seda, precedido y seguido de todo el aparato de lacayos, pajes y gentileshombres de la Embajada.

Entráronle en la sala del Consejo, y vio allí sentados a lo largo de una mesa, a guisa de tribunal, a Walsingham, Hunsdon, el gran Chambelán Howard y el favorito Leicester, envueltos todos en sus largas lobs de consejeros, con enormes golas, y encasquetados en las cabezas sus feos gorros con orejeras. Hicieron al embajador muy fría reverencia, y sin invitarle a tomar asiento, dispúsose Walsingham a dirigirle la palabra. Mas el arrogante castellano volviole la espalda con gran gentileza, asió del primer sitial con respaldo que halló a mano, y arrellanose en él muy holgadamente, mirando de hito en hito a los ingleses, como si les diese ya licencia para entablar la plática.

Hízolo al fin Walsingham disimulando su empacho, y le dijo en italiano que S. M. la reina de Inglaterra se hallaba muy disgustada con él porque había intentado turbar el reino, se había puesto en comunicación y correspondencia con la reina de Escocia y concertado con el duque de Guisa para sacarla de la prisión, entendiéndose para esto con Francisco Trockmorton, con un hermano de éste recién llegado de Francia y con el conde de Northumberland. Por todo lo cual era voluntad de S. M. la Reina que saliese del reino en el plazo de quince días.

Dejole hablar D. Bernardino tranquilamente, y contestole luego, con el mayor aplomo, que los consejeros de la reina de Inglaterra estaban, sin duda, soñando; que amaba él harto a la reina de Escocia para aconsejarla lo que pudiera ser ocasión de su ruina; que un hombre como él no ponía negocios de tanta importancia en manos de un mozalbete como Trockmorton; que en su vida había cruzado la palabra con el conde de Northumberland, y que sus actos como embajador habían sido harto más nobles y más leales que los de la reina de Inglaterra, y sus ministros con el Rey Católico, su amo.

Y trocándose entonces de acusado en acusador, enumeró una a una, con grande entereza, las trapacerías y traiciones de Isabel para fomentar la rebelión en los Estados de Flandes y para dividir y sembrar la discordia entre las cortes de España y Francia; y concluyó diciendo que no era su costumbre estorbar en ninguna parte, y que dejaría la Inglaterra en cuanto despachase un correo a Su Majestad Católica notificándole lo sucedido.

Levantáronse entonces los consejeros de Isabel, y poniéndose las tocas, dijeron al embajador que debía marchar sin demora, si no quería exponerse a que la reina de Inglaterra le castigase. Encendió esto la ira del magnate castellano, y saltando de la silla, cerró el paso a los ingleses, que ya se retiraban, y les dijo orgullosamente que ni la reina de Inglaterra ni nadie en el mundo tenía que pedirle a él cuentas, sino el Rey Católico, su dueño, y que ninguno de ellos osara decir una palabra más sobre esto, si no era con la espada en la mano; que él se reía con toda la boca de sólo pensar que la reina de Inglaterra se atreviese a castigarle, y que con el mayor gusto abandonaría aquel país de herejes en cuanto le enviasen los pasaportes. «Decid a vuestra Reina -concluyó- que si no le he dado satisfacción como ministro de paz, ya procuraré, de aquí en adelante, dársela en la guerra».

Al mismo tiempo que el embajador de España salía expulsado de Londres, trasladaban repentinamente a la reina de Escocia, en lo más crudo del invierno y sin compasión ninguna a sus enfermedades, al sombrío castillo de Turbury, medio arruinado por todas partes, y frío y malsano aun en los mismos meses del estío. Relegáronla allí en dos cámaras desmanteladas, casi desprovistas de muebles, y todo parecía revelar en sus perseguidores la dañada intención de ver si la enfermedad los desembarazaba por sí sola de la augusta prisionera. Cosa verosímil, en efecto, si se tiene en cuenta, que, alarmada entonces Isabel por las noticias que al fin y al cabo llegaron a sus oídos sobre la conspiración del duque de Guisa y el Rey Católico, había determinado, de acuerdo con sus ministros, deshacerse de María Estuardo a toda costa de la mejor manera posible.

Comenzó, pues, la cruel bastarda, empujada y guiada por Cecil y por Walsingham, a acercarse a paso de lobo y dando hipócritas rodeos, a la ejecución de su criminal proyecto; y fue uno de los medios para preparar la opinión, el de inventar a diario conspiraciones de los católicos en favor de María y con peligro de la vida de Isabel o el de complicar en las realmente descubiertas a todos aquellos que, por sus ideas religiosas o por su adhesión a la reina de Escocia, querían eliminar o hacer sospechosos. Tal fue lo que llamaron ellos conspiración de Trockmorton, que les sirvió de pretexto para expulsar al terrible D. Bernardino de Mendoza, extremar sus rigores contra María Estuardo, encerrar en la Torre de Londres y asesinar de un tiro en los riñones al noble conde de Northumberland, y encarcelar al conde de Arundel y a su esposa.

Y, sin embargo, Trockmorton era tan sólo un mancebo noble, en extremo fervoroso y caritativo, que procuraba endulzar con su dinero y su influencia las penalidades atroces de los católicos encarcelados. Prendiéronle tan sólo por esto, y diéronle por tres veces tormento, sin que el valiente mozo confesare otra cosa que la pureza de su fe católica y su obediencia al Romano Pontífice. Díjose entonces que en otra cuarta tortura había hecho revelaciones sobre el proyecto de invasión del duque de Guisa y de Felipe II, y comprometido a Mendoza, Northumberland y Arundel. Mas es lo cierto que Trockmorton sostuvo hasta el último momento su inocencia y sufrió con entereza de mártir la horrible suerte de que le arrancasen vivo las entrañas.

Siguióse a esto la comedia de Guillermo Parr, que, de acuerdo con Walsingham, declaró falsamente haber sido seducido por los jesuitas, el papa Gregorio XIII y el nuncio Ragozzini, a dar muerte a Isabel y libertar a María Estuardo, comedia inicua ésta, que se

trocó al cabo en tragedia, por haberse enredado aquel insigne truhán en sus propias redes, y venir a morir, como tantos otros, arrancándole las entrañas con tenazas de hierro. Retractose a última hora, al verse abandonado por Walsingham; mas hízolo sin provecho propio ni ajeno, porque los mismos que tuvieron interés en extender la calumnia, teníanlo igualmente en mantener la retractación oculta.

Hacíanse todas estas ejecuciones con espantable pompa y terrible aparato, gritando por calles y plazas y esquinas los pregoneros, verdugos y ministriles de la Reina, que sólo de este modo podían ponerse a cubierto de las asechanzas de los católicos, defensores de María, la preciosa vida de Isabel y la seguridad de la religión reformada. Y tantas veces lo dijeron, y tan alto lo pregonaron, y con tal ahínco lo hicieron correr en papeles y folletos, que los herejes llegaron a creerlo de buena fe, y muchos de ellos, de todos rangos y condiciones, formaron una liga, inspirada por Walsingham, para defender la vida de Isabel y la seguridad de la Reforma, atacando a María Estuardo y a la religión católica. Comprometíanse los miembros de esta liga: «A defender la vida de la reina Isabel contra sus enemigos de dentro y de fuera; y en el caso de que se atentase a sus días, con intención de favorecer los títulos de cualquier pretendiente a la Corona, no solamente se comprometían a no reconocer jamás a la persona o personas por quien o por quienes se hubiese cometido el acto de violencia, sino que juraban ante Dios perseguir a estas personas hasta la muerte.»

El tiro no podía ser más directo contra María Estuardo; mas no era, sin embargo, sino un mero diseño de lo que la reina Isabel deseaba y de lo que no tardó mucho en conseguir. Contagiose también el Parlamento de todos aquellos temores populares, y deseando proteger con más eficacia todavía la vida de la Reina y asegurar más fuertemente el arraigo y progreso de la Reforma, publicó una de las leyes más inicuas y extraordinarias que han existido jamás en país alguno del mundo. Confirmaba esta ley y daba fuerza legal a la Liga de ciudadanos para defender la vida de la Reina, y añadía también «que en el caso de levantarse alguna rebelión en el reino o maquinarse algún atentado contra la persona de S. M. por alguna persona o en favor de alguna persona que tuviese pretensiones a la Corona, podría la Reina nombrar un tribunal de veinticuatro ciudadanos para examinar, juzgar y sentenciar estas ofensas y daños; y una vez sentenciados, publicar un decreto declarando excluidos de todo derecho a la Corona a todos los culpables que lo tuviesen, y podrían legítimamente todos los súbditos de S. M. perseguirles hasta la muerte, a aquellos y a sus instigadores y cómplices. A fin, todo esto, de que si llegara a cometerse algún atentado contra la vida de la Reina, jamás pueda heredar la Corona la persona que lo haya cometido o aquella otra en cuyo favor se haya cometido, ni tampoco sus descendientes, cómplices en cierto modo del crimen, y puedan ser todos ellos condenados a muerte».

Con esta ley echó Isabel los cimientos al cadalso que preparaba para María Estuardo. Hacían responsable por ella a la reina de Escocia de todos los actos de sus parciales, y aun de los de cualquier enemigo que quisiera tomar su nombre; bastaba, pues, cualquiera conspiración real o fingida, cualquiera intentona urdida a espaldas de María y aun contra su voluntad y con su prohibición misma, para hacerle perder a ella sus derechos a la Corona de Inglaterra y poner su cabeza bajo el peso de aquella ley.

El camino era inicuo y torcido, pero fácil y seguro, y no vaciló Isabel en seguir por él adelante.

- IX -

Quedaron, pues, al acecho Isabel y sus ministros, y los espías de Walsingham se extendieron por todas partes a caza de tramas y conspiraciones, como bandada de arañas venenosas, encargadas de tender los hilos en que había de enredarse y perecer la desdichada reina de Escocia. En París, en Roma, en Madrid, en los Países Bajos, en las Embajadas acreditadas en Londres, y hasta en el Seminario de Reims, arca santa donde se educaba la flor y nata de la juventud católica inglesa, supo Walsingham buscar y encontrar los traidores que le ayudaron en aquel último acto del drama, cuyo desenlace había de ser la sangrienta escena de Fotheringay.

Era irritante y curioso seguir, como se seguirían las evoluciones y vaivenes de una manada de lobos hambrientos, que rodean, estrechan y se arrojan al fin sobre un ciervo herido, la astuta y pérfida estrategia de Walsingham y su vil cohorte en torno de la real prisionera de Tutbury. Este castillo, situado en una extensa llanura del condado de Stafford, combatido por todos los vientos, agrietados y ruinosos sus muros, desmantelado en su interior, húmedo, frío y malsano, pareció entonces la oscura tumba escogida para la desdichada María Estuardo. Y era tal la dureza con que la trataban, y tan grande la miseria en que la tenían, que la quitaron la carroza y los caballos de que se servía en Sheffield, y fue necesaria la intervención nada menos que del embajador de Francia, para procurarle un colchón de plumas en que pudieran descansar sus miembros, doloridos y agarrotados por el reuma.

Agravaron sus pesares, por mayo de este mismo año del 85, destinando a su guarda a sir Amyas Paulet, rígido puritano y cruel perseguidor de los católicos, cuyo retrato ha trazado él mismo en una sola frase escrita de su mano. Corrió por el mes de junio la falsa nueva de que la Reina había intentado evadirse de Tutbury, y Paulet escribió a Cecil. «María no puede evadirse sin un gran descuido de mi parte; y podéis estar tranquilo, porque aun en el caso de que me ataquen violentamente, ya cuidaría, con la gracia divina, de que muriese ella antes que yo.» No la permitía, en efecto, pasarse las pocas veces que estaba en disposición de hacerlo, sino en su propia compañía, y escoltada por dieciocho hombres, que llevaban las pistolas, montadas, en la mano. Las precauciones de que la rodeaba eran, por otra parte, tan grandes y enojosas, que hasta llegó a prohibirle dar limosnas a los pobres de la aldea, como tenía la buena Reina por costumbre dondequiera que se hallaba.

Imposible era por lo tanto a María mantener desde Tutbury correspondencia alguna con sus amigos; e imposible resultaba también, por lo mismo, que pudiera complicársela en las conspiraciones que éstos urdían en el continente, y de las cuales ya tenía Walsingham noticia. Así lo reconoció al cabo Isabel misma, y tuvo entonces una de sus ondulaciones de culebra. Trasladaron a María, de Tutbury a Chartley, en el mismo condado de Stafford, pero castillo éste amplio, bien saneado, con extenso y frondosísimo parque, y proporcionáronle allí comodidades que, con ser harto menguadas, bastaron, sin embargo,

para reponer su salud algún tanto. Diose al mismo tiempo a Paulet la orden de que, sin descuidar en nada la vigilancia de María, se hiciese sordo y ciego para todo lo referente a su correspondencia, y aun le proporcionara con disimulo ocasiones de despacharla. Una vez dado a la pobre mosca espacio para volar, agazapose la araña en su agujero y tendió sus repugnantes hilos.

Había en los alrededores de Chartley una granja deliciosa, con un molino concurridísimo, propiedad todo ello de un anciano llamado Gifford, que padecía entonces por la fe encerrado en la Torre de Londres. Allí tenía su nido la araña: mas no era ésta, sin embargo, ningún barbudo puritano como Amyas Paulet, ni algún torvo sicario de los que empleaba el maternal gobierno de Isabel en arrancar las entrañas a sus súbditos católicos. Era, por el contrario, un joven barbilampiño, sereno, sonriente, candoroso al parecer, y, por desgracia, sacerdote católico, traidor a su fe, a sus amigos y a sus juramentos. Gilberto Gifford, que así se llamaba este verdadero Iscariote, había estudiado, desde los doce años, en el Seminario de Reims, y ordenándose allí de presbítero: su candorosa y juvenil apariencia, su agudo ingenio, su admirable sangre fría y el fervoroso entusiasmo que aparentó siempre por la causa de la reina de Escocia, conquistáronle el cariño y la confianza del famoso Dr. Allen, rector del Seminario. Presentole éste en París al arzobispo de Glasgow, y cuando Gifford volvió a Inglaterra, después de ordenado, llevaba cartas de ambos personajes para el embajador de Francia y para María Estuardo, recomendándole a los dos como la persona más apta, por su juventud, habilidad e insignificancia, para servir de intermediario en la correspondencia de la Reina con sus amigos del continente sin despertar sospechas ni llamar la atención de nadie. Cuál fuese el momento preciso en que este pérfido hipócrita se vendió en cuerpo y alma a Walsingham, no podemos precisarlo; es lo cierto, sin embargo, que cuando la reina de Escocia llegó a Chartley, ya se hallaba Gifford instalado en la granja de su padre, y tenía dispuesta allí la complicada red en que había de quedar presa la deseada víctima.

Gifford no entró nunca en el castillo de Chartley, ni habló jamás, ni vio de cerca a María Estuardo. El medio de que se valía, según él dijo, para enviar las cartas de la Reina a la Embajada de Francia, punto central de toda la correspondencia, y para hacer llegar las depositadas allí a Chartley, era el siguiente: Había entre la granja Gifford y el castillo de Chartley, una fábrica de cerveza, cuyo dueño, católico y partidario de María, era al mismo tiempo amigo de Gifford. Llevaban todas las semanas, en un carrito, de la cervecería al castillo, un barril de cerveza, destinado al consumo de la Reina y su servidumbre. Logró, pues, Gifford, con ayuda del cervecero, hacer un doble fondo en el barril de cerveza, y allí depositaba una caja de madera en que iban las cartas. Al llegar el carrito a Chartley, el despensero de la Reina, Dicier Siffard, hombre fiel a toda prueba, sacaba la cajita del barril y la entregaba a Nau, el secretario francés de María, para que la hiciese llegar a manos de ésta. De igual modo, y por el mismo conducto, salían de Chartley las cartas de la Reina y llegaban a la fábrica de cerveza, donde las recogía Gifford, y las llevaba él mismo, o las remitía por medio de algunos amigos católicos, a la Embajada francesa.

Ocultábase, sin embargo, en todo esto, una infame superchería: las cartas entraban y salían, en efecto, en Chartley, como Gifford aseguraba; mas antes de enviarlas a sus respectivos y últimos destinos, llevábalas el mismo Gifford a Walsingham, y éste las hacía abrir por Arturo Gregory y descifrar por un tal Phelipps, malvados ambos muy peritos en el

arte de falsificar, descifrar, abrir y cerrar cartas con la más grande habilidad y el más refinado disimulo. Una vez enterado Walsingham de toda la correspondencia, dábale curso por los mismos medios que el pérfido Gifford proporcionaba.

De este modo pudo Walsingham seguir paso a paso la conspiración en Francia, y dejarla extender sus ramificaciones por Inglaterra, bajo su inspección misma y sin ningún peligro, hasta llegar el momento oportuno de detenerla y desbaratarla, y perder a los que realmente habían intervenido y a los que querían envolver en ella sus malvados cálculos. Difícil es separar en esta última conspiración, que podría llamarse la postrera escaramuza de ambas Reinas, lo realmente verdadero de lo que inventó e interpoló en ella la pérfida malicia de Walsingham. Es cierto que Felipe II, Gregorio XIII y el duque de Guisa renovaron por aquel tiempo, con más ahínco que nunca, su antiguo proyecto de invadir la Inglaterra, libertad a María Estuardo, y restablecer el catolicismo en ambos reinos, contando con el apoyo de los católicos ingleses, y también con el de los de Escocia, a cuyo frente se hallaba lord Claudio Hamilton. Hallábase el centro de la conspiración en París, y eran alma de todo ello D. Bernardino de Mendoza, embajador allí de Felipe II; el arzobispo de Glasgow, representante de la reina de Escocia, y el propio duque de Guisa.

Es también cierto que María Estuardo, llena de amargura y de zozobra por la conducta de su hijo, que desde el destierro del duque de Lennox parecía entregado en cuerpo y alma a la reina de Inglaterra, aceptó la conspiración y entró en ella y la animó, ofreció a Felipe II nombrar regente de Escocia a lord Claudio Hamilton, y enviar a su hijo el príncipe Jacobo a España o Roma, para que allí tratasen de volverle a la fe católica, y pudiera de este modo reinar después de ella, y, sobre todo, salvar su alma. «Lo cual -escribía la Reina- me importa más que verlo monarca de toda la Europa... Mi corazón se llena de pesar y de temores, cuando pienso que podría dejar detrás de mí un tirano y un perseguidor de la Iglesia católica.»

Dícese también (y a nuestro juicio comienza aquí el embrollo) que, después de algunos desacuerdos entre los conjurados de París y Londres, convínose en no proceder a la invasión hasta haberse desembarazado antes de la reina hereje; para lo cual salieron de París con dirección a Londres dos comisionados: Juan Savage, que había de perpetrar el delito, y Juan Ballard, que le aconsejaba y animaba; el primero, inglés de nación, había servido como oficial, a las órdenes del duque de Parma, en el ejército español de los Países Bajos; y el segundo, también inglés, era un sacerdote entusiasta y hasta fanático, que conocía palmo a palmo toda Inglaterra.

Desde este momento bifúrcase la conspiración en dos ramas distintas, urdida una en el continente y otra en Londres mismo. Tenía por objeto la primera reclutar aventureros y buscar los aprestos necesarios de gente, armas y metálico para la invasión proyectada; y era el de la segunda, maquinarse la libertad de la Reina católica y la muerte de la Reina hereje.

De ser cierta esta última, ocultose cuidadosamente a la reina de Escocia, según opinión de todos los autores, así protestantes como católicos, hasta la famosa carta de Babington, el simpático y desdichado Tony, cuyo nombre llena por completo esta última página de la historia de María Estuardo.

- X -

Famosas eran en aquel tiempo, entre la gente moza de la corte, las fiestas que daba Anthony Babington, a pocas millas de Londres, en sus tierras de San Gil. Había allí una torre antiquísima, negra, fuerte y amenazadora aún, que rodeada entonces de inmenso parque y caprichosos jardines, parecía un viejo guerrero, descansando, desarmado, sobre las coronas y laureles ganados en otra edad.

A fines de mayo de 1586, las fiestas de Tony Babington, que así le llamaban sus amigos, parecieron multiplicarse. A diario casi llegaban de Londres arrogantes caballeros montados en briosos alazanes, con todo el lujo, garbo y bizarría que se estilaba entonces en la corte de Inglaterra. Venían, sin embargo, uno a uno y sin aquel aparato de criados y acompañamiento que era en aquella época costumbre de los señores; lo cual extrañaba a muchos, y hacía sospechoso a no pocos. Veíaseles atravesar a escape el frondoso parque, detenerse un momento ante la maciza puerta, férreamente claveteada, dar por un estrecho ventanillo una especie de contraseña, y desaparecer, al cabo, por el negro boquerón, que volvía a cerrarse tras ellos, como si temiese dejar escapar los secretos que guardaba. Parecían todos aquellos proceder demasado imprudentes para conspiradores, y harto misteriosos para gente joven que tratara sólo de divertirse. Por desgracia, eran una y otra cosa, y aquella amalgama de valor y de imprudencia, de abnegación y de temeridad, no tardó en producir funestos resultados.

El día 6 de junio hallábanse reunidos en el suntuoso comedor de Tony Babington doce de sus mejores amigos: eran todos ellos jóvenes, nobles, ricos, y, a juzgar por la magnificencia de sus joyas y sus trajes, de lo más presumido y elegante que pudiera encontrarse entonces en las galerías y salones de Windsor o Greenwich. Llamábanse Tomás Salisbury, Carlos Tilney, Eduardo Windsor, Chidioc Tichbourne, Eduardo Abington, Roberto Gage, Juan Traverz, Patricio Barnwell, Juan Charnock, Enrique Dun, Juan Jonez y Roberto Polly.

Había encima de la mesa un magnífico salero cincelado, de casi medio metro de altura, que representaba el gigante Briareo ofreciendo, con sus cien manos de plata, sal y especias a la convidados. Tony y sus amigos hallábanse sentados en la parte superior de la mesa, y más abajo del gran salero había otros cuatro personajes de rango inferior, según era costumbre entonces en los convites de la nobleza. Eran éstos el secretario y el intendente de Babington, el mayordomo de San Gil y un tal Maud, hombre misterioso que había venido de Francia con Juan Ballard, y poseía toda la confianza de éste.

Despidió Tony Babington a estos cuatro personajes una vez terminada la comida, y los trece amigos pasaron entonces a una sala vecina, que pudiera muy bien llamarse la sala de los secretos. Era ésta una gran pieza entrelarga, revestida toda, desde el suelo hasta el altísimo artesonado, de ricas maderas oscuras admirablemente trabajadas y pulidas. Destacábanse sobre este sombrío fondo grandes candelabros de plata de un solo brazo, con hachas de cera virgen, empotrados a lo largo de cuatro muros, y seis cuadros de gran valor, de los cuales era notable, y se hizo célebre más tarde, el que se hallaba en el centro.

Hallábanse representados en éste los trece caballeros que allí estaban, retratados todos con la mano derecha en alto, como en actitud de jurar algo. En medio de ellos, y como recibiendo aquel juramento, veíase la simpática figura de Tony Babington, tal como era entonces: un gallardo mozo de treinta años, de fisonomía altiva y picante, cuerpo admirablemente hecho, ojos azules y cabello rubio, cortado, dejando un erizado copete sobre la despejada y hermosa frente. Tenía en el retrato ropilla y capa de terciopelo carmesí, con bordados y pasamanería de oro, rizada gorguera, aretes con dos grandes perlas en las orejas, y toca igual al traje, con plumas blancas, y una cadena de oro que le daba tres vueltas, cerrándose con una medalla de oro a guisa de broche.

Por debajo de este simbólico grupo leíase esta lacónica inscripción, que se prestó luego a torcidos comentarios e interpretaciones funestas: Usque ad mortem: «Hasta la muerte...» ¿Qué juraban, en efecto, aquellos valientes y leales aturridos en aquel misterioso retrato?... ¿Juraban tan sólo que su amistad sería siempre fiel y constante hasta el último momento, como sostuvieron ellos en su proceso, o juraban defender a María Estuardo hasta la muerte de Isabel, como sus enemigos pretendieron y declararon más tarde?...

Había también en uno de los extremos de la gran pieza, y a mediana altura, una especie de tribuna o balcón que cogía todo un frente, primorosamente tallado y dispuesto para los músicos; y en el otro lado veíase una gran mesa de macizo roble con todos los juegos de entretenimiento que se usaban en aquella época. Habían llegado mientras tanto, con muy corto intervalo, otros dos nuevos personales de muy distinta catadura de los que ya se hallaban congregados. Fue el primero un hombre ya maduro, que, a pesar de sus lujosos vestidos, y quizá por eso mismo, no podía disimular la burda traza del soldado aventurero de los tercios de Flandes, valiente y fanfarrón, procaz y desgarrado. Parecía ser el otro, por el contrario, mucho más de lo que revelaba su viejo jubón de piel rojiza y sus calzas de paño remendadas; traía dos largos cuchillos pendientes del cinturón de búfalo, a uno y otro lado, y escapábanse de su caperuza de piel de oso, largos mechones grises que venían a sombrear una fisonomía enjuta, inteligente y no del todo desagradable. El primero era Juan Savage, el antiguo soldado del duque de Parma; y el segundo Juan Ballard, el sacerdote errante y perseguido, que adoptaba cada día un disfraz distinto.

Recibíoles la alegre compañía con extremos muy cariñosos, y procediose entonces, después de cerradas todas las puertas, a una extraña ceremonia, un poco teatral, sin duda, pero de muy alto significado. Apretó Babington un resorte oculto en las ensambladuras del maderaje, y cedió un tablero rechinando; detrás apareció en una especie de nicho, con las armas de Inglaterra y Escocia, un magnífico retrato de María Estuardo en todo el esplendor de su juventud y su belleza. Vitoreáronle aquellos locos entusiastas que se jugaban la cabeza, como si la misma reina de Escocia se hallase presente, y Babington abrió entonces otro escondite, muy común en aquella época en las casas católicas de Inglaterra. Hizo girar, por medio de otro resorte, el tablero central que había debajo de la tribuna, y dejose ver un riquísimo oratorio, todo de terciopelo azul, con un Cristo sobre el altar y una imagen de Nuestra Señora. Allí había celebrado la santa misa durante mucho tiempo el famoso Guillermo Weston, preso a la sazón en la Torre de Londres, y de ahí que quisiera más tarde complicarle Walsingham en el proceso de Babington.

Entonces, ante aquellos dos grandes símbolos del altar y del trono, expusieron Ballard y Tony Babington el estado general de la conspiración y la necesidad urgente que había de proceder al reparto de papeles, y de poner, con grande ánimo y completa abnegación de la vida, manos a la obra que había de transformar por completo la Escocia y la Inglaterra. Querían todos, en su caballeresco entusiasmo, ser los destinados a libertar a la reina de Escocia, y convinieron al cabo en que lo decidiera la suerte. Sorteáronlo allí mismo, en la mesa de juego que en la sala había, y fueron los favorecidos Babington, Charnock y Gage, lo cual acogieron ellos con grandes aclamaciones de entusiasmo.

Dícese, y notése que al decir dícese queremos indicar siempre lo que dijeron más tarde Walsingham y sus secuaces, que en aquella misma sesión de la Torre de San Gil se sortearon luego los que habían de ayudar a Savage en su criminal intento de asesinar a la reina de Inglaterra, y que fueron éstos Barnewell, Tilney, Abington y Tichbourne. Los demás debían espacirse por los diversos condados y ponerse al frente de los que allí habían de levantarse para proteger la huida de María Estuardo hasta la frontera de Escocia o hasta el lugar escogido para el desembarco de los invasores españoles y franceses.

Retiráronse los conjurados ya muy entrada la noche, uno a uno y con grandes precauciones, sin sospechar siquiera que allí mismo, mano a mano y bajo el mismo techo, habían tenido a los traidores que les estaban vendiendo. Era uno aquel personaje, Maud, amigo de Ballard, que había comido con Babington y presenciado clandestinamente toda la reunión desde la tribuna de los músicos. Era el otro, y vergüenza da decirlo, uno de aquellos mismos nobles caballeros, Roberto Poley, vendido por completo a Walsingham, y colocado allí mismo por éste para espiar y denunciar lo que pensaban y hacían sus confiados compañeros.

Supo, pues, Walsingham aquella misma noche, y por dos diversos conductos, todo lo acaecido en la Torre de San Gil, y apresurose a redoblar sus precauciones y arterías en Chartley, en torno de la reina de Escocia. Hacíase cada vez más frecuente y numerosa la correspondencia de María, a medida que la conspiración adelantaba, y, al tratarse ya de su libertad, envió ésta a Babington algunas notas referentes a sus planes, escritas de mano de su secretario Nau. Esto era lo que esperaba Walsingham para comprometer a la reina de Escocia en la trama del asesinato de Isabel, como ya se había comprometido ella misma en la de restaurar el catolicismo y llevar al príncipe Jacobo a Roma o a España. Mas, ya fuese porque semejante proyecto de asesinato no existió nunca, como dicen unos; ya porque de haber existido se ocultó siempre cuidadosamente a la reina de Escocia, como aseguran todos, es lo cierto que en ninguna de aquellas cartas y notas de María que el traidor Gifford llevaba a Walsingham se encontró una sola palabra que pudiera demostrar su complicidad, ni aun siquiera su aquiescencia, al real o fingido proyecto de asesinato.

No pudiendo, pues, Walsingham conseguir lo que deseaba, o sabiendo muy bien desde luego, que no había de lograrlo, cometió la inicua felonía de inventar él, con ayuda del falsario Phelipps, las comprometedoras cartas.

- XI -

Y sucedió que a mediados de junio de 86 llegó a Chartley, con orden de instalarse allí, dada por el mismo Walsingham, un hombrecillo de unos treinta y tantos años, ruin de cuerpo, picado de viruelas, de pelo amarillo oscuro, barba amarilla clara y grandes espejuelos, que denotaban su cortedad de vista. Era esta repugnante criatura el falsificador Phelipps, espía y alma condenada de Walsingham, tal como le describe la misma María Estuardo en una carta a su administrador en Francia, Morgan: «Il est -dice- de petite stature, et d'apparence toute chétive: il a les cheveux d'un jaune obscur, la barbe d'un jaune clair, le visage marqué de la petite vérole, la vue courte et parait âgé de trente trois ans.»

Traía el falsario, en una especie de maletín de viaje, todos los enseres de su infame oficio, y traía también, sobre todo, la clave que usaba a la sazón en su correspondencia la reina de Escocia, vendida a Walsingham por el miserable secretario de la Embajada francesa, Cherelles. No es extraño, por lo tanto, que a los pocos días de la llegada de Phelipps y su armamento, el 25 de junio, saliese de Chartley la primera de las dos cartas de María Estuardo a Babington falsificadas por Phelipps. En esta carta, breve y sencillísima, limitábase María a dar las gracias a Babington por sus pruebas de adhesión, y a encargarle la tuviese al corriente de todos los planes de los conspiradores.

Difícil es poner en clara siesta carta fue realmente enviada a Babington para arrancarle su comprometedor respuesta del 6 de julio, o si esta misma respuesta fue también otra segunda falsificación, mucho más infame, del raposo Phelipps. De todos modos, es lo cierto que el día 7 de julio ya tenía Walsingham en su poder la terrible carta de Babington, falsa o verdadera, que había de perder a la reina de Escocia.

En esta larga carta cuidadosamente cifrada, refería Babington a la Reina todo lo que se había hecho en su favor desde la llegada de Ballard, exponíale los medios con que contaba para liberrar su persona, desembarazarse de Isabel y sublevar el País de Gales y los condados de Lancaster, Darby y Stafford. «Yo mismo -decía-, con diez caballeros de mi amistad y otros cien de nuestra dependencia y conocimiento, iremos a liberrar vuestra persona de manos de sus enemigos. En cuanto a lo que se refiere a deshacerse de la usurpadora, de cuya obediencia estamos libres por la bula de excomuniación del Santo Padre, hay seis caballeros de cuenta, todos amigos íntimos, que por celo de la causa católica y del servicio de V. M., están dispuestos a sacrificarla trágicamente. Convendría, sin embargo, que yo pudiera asegurarles, en nombre de V. M., que su heroica empresa será noblemente recompensada en ellos mismos, si escapan con vida, o en sus sucesores, si llegan a perderla.»

A esta carta, que ya fuese real o fingida, no llegó nunca a manos de María Estuardo, contestó Phelipps, usurpando el nombre de ésta, primero con una lacónica respuesta dando gracias, y después con una larga carta, fechada el 17 de julio. En esta última, obra maestra de la habilidad de Phelipps, alababa la Reina el celo de Babington y sus compañeros, y aprobaba su empresa. Hacía varias observaciones sobre los preparativos de la invasión, así marítimos como militares, y luego añadía: «Importa mucho meditar cómo han de proceder los seis caballeros en su empresa, y los medios que han de ponerse en práctica para sacarme de la prisión.»

Insistía mucho, a renglón seguido, en la necesidad de entenderse con D. Bernardino de Mendoza, para no intentar nada antes que estuviese preparado del todo en Inglaterra el levantamiento de los católicos, y en el continente la invasión de los españoles. «Una vez dispuestas estas cosas -decía-, será necesario que los seis caballeros pongan mano a su empresa, y que, una vez efectuada ésta, se procure cuanto antes sacarme de aquí, y que todas vuestras fuerzas se pongan al mismo tiempo en movimiento para recibirme y protegerme mientras no llega el socorro de los extranjeros, que será necesario apresurar con toda diligencia. Y como no se puede señalar un día fijo para lo que los seis caballeros tienen que hacer, convendría que tuviesen siempre consigo, o, a lo menos, muy cerca, cuatro hombres decididos y bien montados, que avisen sin tardanza el éxito de la ejecución a los encargados de sacarme de aquí, a fin de que puedan llegar éstos antes de que mi guardián tenga noticias de la dicha ejecución, o, a lo menos, antes de que pueda fortificarse en el castillo. Igualmente convendría que fueran estos avisos dos o tres, y que vinieran por distintos caminos, para que, si detienen a uno, puedan pasar los otros, cuidando al mismo tiempo de cerrar el paso a los propios y correos ordinarios.»

Indicaba luego la Reina tres medios distintos para sacarla de su prisión de Chartley: consistía el primero en atacar, con cincuenta o sesenta hombres bien armados y montados, a sir Amyas Paulet, cuando saliese un día de paseo con ella y con su escolta de dieciocho o veinte caballos. Era el segundo el de prender fuego por la noche a las granjas y establos del castillo, de modo que pudieran librarla las gentes de Babington a favor de la confusión; y reducíase el último a que los conjurados, disfrazados de carreteros, entrasen por la mañana en Chartley guiando los carros que llegaban diariamente al amanecer; volcasen los carros en la gran puerta del castillo, de modo que no pudieran éstas cerrarse, y la gente armada de Babington se precipitase entonces dentro, haciéndose dueños de la fortaleza.

Todas estas cartas fingidas hacíalas pasar Phelipps por mano de Gifford como las otras auténticas de la correspondencia de la Reina, y descifrábala él mismo delante de sir Amyas Paulet, dándoselas por verdaderas; con lo cual quedaba la abominable comedia solamente entre el propio falsificador y el secretario Walsingham. Por eso escribía a éste con la mayor buena fe el fanático puritano Paulet, después de remitida esta carta, que había de perder a la Reina: «El Señor ha bendecido mis esfuerzos, y mi gozo es grande al ver recompensados así mis fieles servicios. Creo firmemente que la Reina y sus graves consejeros sabrán aprovechar esta misericordiosa providencia de Dios para con S. A. y la Inglaterra.» Y el día antes, 19 de julio, escribíale también el cínico Phelipps, enviándole la copia de esta horrible impostura, que coronaba su obra: «Espero que Vuestro Honor dispondrá pronto el arresto de esta Reina, a fin de que yo pueda disponer ya de mi persona... Ya tenéis ahora bastantes papeles. Quiera Dios que S. M. tenga el heroico valor que exigen la venganza de la causa de Dios, su propia seguridad y la del Estado.»

Mas nada prueba tanto el cinismo de este repugnante falsario y el asqueroso compadraje que entre él y Walsingham existía, como la siguiente frase de una carta de aquél a éste, escrita a los pocos días de su llegada a Chartley: «Ayer salió ella -(María Estuardo)- en su carroza, y yo la he saludado al paso con agradable sonrisa, acordándome de aquel verso: Cum tibi dicit ave, sicut ab hoste cave. Cuando te saluda, guárdate de él como de un enemigo.»

- XII -

Seguía la reina Isabel paso a paso aquellas maquinaciones de Walsingham, y dejábalo todo correr de buen grado, deseando, como él, prender a María Estuardo en las mismas redes que a Babington. Mas cuando vio, por los últimos informes del Secretario, la invasión extranjera a las puertas de Inglaterra y su vida amenazada de cerca, pues, dicho sea en descargo suyo, todas estas tramas de muerte se las presentaban y exageraban a ella como reales y verdaderas, espantose grandemente, creyendo con harta razón que el más leve descuido podría dar al traste con su corona y con su vida, y dio orden a Walsingham de cortar al punto la conjura y proceder sin demora a la prisión y castigo de los culpables.

No quería, sin embargo, el Secretario espantar la caza harto pronto, pues era su proyecto sorprender repentinamente los papeles de la reina de Escocia. Fuese, pues, muy poco a poco, con astuta hipocresía, para no despertar la alarma antes de tiempo, y comenzó por dar orden a su espía Maud de denunciar a Juan Ballard; mas no como conspirador, sino como sacerdote católico, contraventor de las leyes del reino. No era, sin embargo, tan fácil prender al precavido. Ballard, que no dormía dos noches seguidas bajo un mismo techo, ni usaba el mismo disfraz más de un día, y tuvo tiempo por lo tanto el perseguido sacerdote para avisar holgadamente a Babington la traición del espía.

Alarmado Tony, fuese precipitadamente de Londres a San Gil, para poner a buen recaudo algunas cosas que allí había, y dar la voz de alerta a sus nobles compañeros. Reuniéronse allí todos ansiosos y perplejos, por no saber hasta qué punto llegaba la traición de Maud. Si Walsingham lo sabía todo, era necesario huir sin pérdida de tiempo, y abandonar, por entonces el proyecto de libertar a la reina de Escocia; mas si Maud no había hecho otra cosa que denunciar a Ballard como sacerdote, según las apariencias indicaban, era la huida comprometer del todo la conspiración, que podía muy bien triunfar aún apresurando el desenlace con supremo y vigoroso esfuerzo.

La audacia y la generosidad de Tony Babington hicieron cesar al cabo todas las perplejidades: conocía él y trataba a Walsingham, y resolvió presentarse a éste, atrevidamente, con cualquier pretexto. Si el Secretario estaba al tanto de la trama, indudable era que le prenderían, y esto podía servir de señal a sus compañeros para tomar la huida; mas si Walsingham le dejaba marchar, señal era de que lo ignoraba todo, y podrían aún reorganizar la conspiración y conseguir el triunfo.

Marchó, pues, Tony Babington a Greenwich, donde se hallaba Walsingham con la Reina, y acompañáronle Salisbury, Windsor y Tichbourne, que no quisieron abandonarle. Al llegar a la vista del palacio, divisaron a lo lejos un grupo numeroso de gente que se agolpaba a la puerta, formando calle hasta la grandiosa escalinata que servía de embarcadero en aquella orilla del Támesis; los yeomen de la Reina, formados en dos hileras, ocupaban, alabarda en mano, desde el uno hasta el otro extremo. Atracada a la escalinata hallábase la gran falúa de la Reina, con su magnífico dosel de terciopelo bordado en oro; sus ricas tapicerías, que colgaban a babor y estribor hasta mojarse en el agua, y el

estandarte real de Inglaterra izado en la popa; a su lado había otras tres barcas, también empavesadas ricamente, dispuestas para los personajes de la corte.

Detuviéronse los cuatro amigos a buena distancia, comprendiendo que la Reina iba a dar por el Támesis uno de aquellos fantásticos paseos que tanto le gustaban, y que con ella iría, sin duda, Walsingham. No pudo, sin embargo, Tony Babington refrenar por más tiempo su inquietud, y determinose a entrar en palacio, según era su derecho, y hacerse encontradizo con Walsingham donde quiera que le topase. Convino, pues, con sus amigos en que, si media hora después de haber salido la Reina no estaba él de vuelta en aquel mismo sitio, lo diesen todo por perdido y corriesen a Londres para avisar a los compañeros, y que cada cual se pusiera en salvo como mejor pudiese.

Abriéronse al cabo las anchas puertas del palacio, y comenzaron a salir, muy gravemente, hasta una docena de ujieres, y, en pos de ellos, los oficiales nobles de la guardia; detrás venía la Reina, vestida, como siempre, con real magnificencia, y procurando ocultar con afeites y pinturas los estragos de sus cincuenta y cuatro años. Dábala el brazo su tío materno, el anciano lord Hunsdon, y seguía un brillante cortejo de damas y caballeros y graves señores, entre los cuales iba Walsingham.

Aún no había desatracado del muelle la barca regia, cuando se presentó Babington ante sus inquietos compañeros, radiante el rostro de gozo y coloreado aún por la fuerza de la emoción y la violencia de su carrera. Walsingham no sabía nada: habíale visto al salir de un Consejo extraordinario que había retrasado el paseo de la Reina, y recibido de él las mismas pruebas de afecto que siempre.

Ignoraba, sin embargo, el desdichado, que él y sus compañeros habían sido objeto de aquel Consejo extraordinario, y que, por acuerdo allí mismo tomado, salía en aquel momento en posta para Chartley el consejero Guillermo Waad, portador de secretos mensajes de la Reina.

Ignoraba también el pobre Tony que, desde el momento en que se separó de Walsingham, recibiendo de él aquellas pruebas de afecto, los espías le seguían paso a paso por orden suya, y estaban allí mismo, a corta distancia, dispuestos a no dejar su pista ni la de sus compañeros por donde quiera que fuesen.

Sucedía todo esto el 3 de agosto, y el 4 por la mañana prendieron a Juan Ballard: cogieronle al salir de un mesón, donde se había fingido traficante escocés en ganado, que era uno de sus disfraces favoritos. Atemorizáronse de nuevo Tony y sus compañeros, temiendo que Juan Ballard los delatase en la horrible prueba del tormento, y dícese que aquella misma noche fue Babington en busca de Savage.

-¿Qué debemos hacer ahora?, -le preguntó.

-Nada -respondió el otro-, como no sea matar a la Reina al instante.

-Que me place -dijo Babington-; pues entonces ve mañana a la corte y despáchala de una vez.

Disculpose Savage, diciendo que no había arreglado aún el medio de acercarse a la Reina, y dícese que entonces le dio Babington un rico anillo y todo el dinero que llevaba, que era mucho, para que sobornase a cualquier empleado de palacio, y le colocara tras una pilastra de la gran galería, con el pretexto de ver a la Reina de cerca.

Savage no hizo nada, sin embargo, y al día siguiente, que fue 5 de agosto, dieron aviso a Babington de que le andaban buscando. Huyó en aquel momento toda la brillante cuadrilla, cada cual por su lado, hacia una alquería propia de Tichbourne en el bosque de San Juan, y allí les prendieron a todos aquella misma noche, menos a Windsor, y les encerraron en la Torre de Londres.

Mientras tanto, corría el consejero Waad a dobles jornadas hacia Chartley, y deteníase en un paraje solitario, distante aún del castillo, adonde hizo venir con urgencia al guardián de María, sir Amyas Paulet. Avistáronse ambos personajes en mitad del campo, donde nadie podía escucharlos, ni aun sospechar siquiera su entrevista, y allí dio el consejero a Paulet, con el mayor misterio, las órdenes de la Reina: lo cual iba todo encaminado a que no llegase alarma alguna a los oídos de María, y se apresurase a quemar sus papeles, de que quería Isabel apoderarse por sorpresa.

Presentose, pues, Paulet el día 8 de agosto, en virtud de las traidoras órdenes de su soberana, a la reina de Escocia, e invitola a una cacería con halcones en el próximo parque de Tixal. El día estaba magnífico; el ánimo de la Reina tranquilo y esperanzado, e ignorante por completo de la triste suerte que cabía ya a sus amigos, y hasta su salud, fortalecida por el buen tiempo y la esperanza, daba alguna tregua a su continuo sufrir. Aceptó, pues, con la mayor alegría, encantada de respirar algunas horas aire libre y de moverse y andar con cierta holgura, que le recordaba en algo su perdida libertad. Acompañaban a la Reina en su carroza Juana Kennedy, Isabel Curle y su médico, Domingo Bourgoing; y seguíanla a caballo, con sir Amyas Paulet, sus dos secretarios, Curle y Nau. Cerraban la marcha con los pájaros y perros, los picadores y halconeros que había mandado sir Walter Ashton, y más lejos venía también la eterna escolta de cincuenta jinetes armados. Ensanchábase el corazón de la Reina con el goce anticipado de aquel sencillo pasatiempo, que había sido siempre uno de sus placeres favoritos, y ella misma llevaba en la carroza un soberbio halcón, que quería descaperuzar y arrojar por su propia mano cuando la ocasión llegase.

De repente, en una estrecha angostura que formaba el camino de Chartley a Tixal, cortó el paso a la comitiva un grupo de gente armada, con un caballero al frente. Sobresaltose un momento la Reina, creyendo que fuesen quizá los salvadores que esperaba; mas bien pronto pudo conocer la nueva felonía de sus verdugos. Adelantose hasta la carroza aquel caballero, que era sir Tomás Georges, y puso en su conocimiento que había sido descubierta la conspiración de Babington, y que la reina de Inglaterra le intimaba la orden de ser conducida castillo de Tixal. Al mismo tiempo prendieron los soldados a los dos secretarios de la Reina, Curle y Nau, y sin dejarles cruzar una sola palabra con su señora, se los llevaron presos a Londres.

Mientras tanto, volvió Paulet apresuradamente a Chartley, donde ya le esperaba el consejero Waad, y ambos entraron con gran aparato de armas y operarios en las

habitaciones de la Reina, atropellando a su servidumbre, y descerrajaron armarios, cofres y muebles, para apoderarse de los papeles, joyas y dineros de María, y enviarlos, cuidadosamente empaquetados y sellados, a la reina Isabel.

Una vez consumado este inicuo despojo, volvieron a María a Chartley, después de diecisiete días de cautiverio en el castillo de Tixal; tuiéronla allí rigurosamente incomunicada en una sola y mezquina pieza falta de luz y de aire. Sospechaba ya María el objeto del engaño con que la habían sacado de Chartley, y cerciorose de ello al encontrar a su vuelta sus armarios destrozados, forzados los cofres, desaparecidos sus papeles y abiertos y vacíos los estuches de sus joyas. Volviose entonces hacia los que la acompañaban, y mostrando aquel destrozo, díjoles tan sólo:

«Dos cosas hay que no podrá robarme nunca vuestra Reina... La sangre real, que me da derecho a la Corona de Inglaterra, y la fe católica que llevo en mi corazón heredada de mis padres.»

- XIII -

Examinó Isabel por sí misma todos los papeles cogidos a María Estuardo, y su despecho fue grande al no hallar entre ellos la prueba decisiva que buscaba. Creyó la bastarda encontrar allí la minuta original de la supuesta carta de María a Babington, que ella tenía por verdadera, y que juzgaba necesaria; pues harto comprendía su claro entendimiento que ningún tribunal podría nunca, con decoro y con justicia, basar una sentencia en las cartas de cifras interceptadas por Walsingham. Imposible era probar que las hubiese dictado María, y su escritura cifrada lo mismo podía ser obra de los secretarios de la reina de Escocia que de cualquiera que poseyese la clave, como la habían poseído Phelipps y Walsingham.

Pensose, pues, en reforzar lo débil de estas pruebas con las declaraciones de los infelices presos en la Torre de Londres, y sólo Dios sabe lo que pasó entonces en aquellos negros antros donde los tormentos hacían confesar a las víctimas lo que los verdugos querían, y donde si la fortaleza de aquéllos resultaba invencible, falsificaban éstos las declaraciones, inventaban las apostasías, y aun disfrazaban los asesinatos con la apariencia del suicidio, como sucedió en aquellos mismos meses con el conde de Northumberland. La víctima sólo salía de allí para el cadalso o para la sepultura, y no había miedo de que desmintiese ya las afirmaciones de un verdugo cruel o el testimonio de un juez inicuo.

«La administración de justicia en tiempo de Isabel -dice el gran historiador de Inglaterra, Lingard- estaba más corrompida que en el de sus antecesores. No contamos con medios para establecer la comparación, pero sabemos que en el primer año de su gobierno la política de Cecil sustituyó hombres de inferior condición a los primeros magistrados; que se oyeron muchas quejas de sus tiranías, extorsiones y rapacidades, y que un juez de paz era definido en el Parlamento: Un animal que por media docena de pollos dispensa con gusto una docena de leyes. No nos formaremos más ventajosa idea de los tribunales más elevados, si recordamos que los jueces eran amovibles a voluntad de la Reina, y que ésta

tenía costumbre de aceptar y permitir a sus favoritos y damas que aceptasen regalos como premio de su mediación en los litigios entre particulares.»

Júzguese, pues, lo que serían esta justicia y estos magistrados, cuando era la Reina quien deseaba y Walsingham quien disponía, y bastaba para satisfacerles una declaración falsa o un testimonio fingido. No es extraño, por lo tanto, que todos los conjurados apareciesen culpables y confesos en las declaraciones presentadas por Walsingham, y que todos confesaran también la complicidad de María. Babington reconocía en ellas por auténticas las cartas de la reina de Escocia, y como los originales de éstas no parecieron nunca, certificaba las copias que le habían presentado, firmando en cada una de sus páginas con su nombre y apellido. Tichbourne confesaba también haber ayudado a Tony Babington a descifrar la larga y fatal carta de la reina de Escocia, fingida por Phelipps y fechada el 17 de julio, y Ballard y Donn declaraban igualmente haber leído esta carta en copias que les mandaron.

Una vez inventadas estas falsas declaraciones, apresuráronse a deshacerse de las víctimas, que podrían muy bien, si se les prolongaba la vida, convertirse, quizá, en testigos importunos. Sacaron, pues, de la Torre de Londres, el 20 de septiembre, a Babington, Savage, Ballard, Barnewell, Tilney, Abington y Tichbourne tendidos en carretas, destrozados y medio muertos ya por la tortura; lleváronles a la aldea de San Gil, y ante aquella negra torre, testigo de sus pasadas alegrías y sus imprudentes conspiraciones, arrancáronles vivos las entrañas con tenazas de hierro. Igual suerte sufrieron al día siguiente, y en el mismo lugar, los siete que quedaban: Salisbury, Donn, Jones, Charnock, Travers, Gage y Ballamg. Sólo Eduardo Windsor logró escapar a la horrible carnicería, refugiándose primero en los Países Bajos y después en Francia.

Quedaban todavía los dos secretarios de la reina de Escocia: Nau, francés, y Curle, escocés, presos en la propia casa de Walsingham, bajo su inmediata custodia e influencia. Nau había sido secretario del cardenal de Lorena y recomendado por el mismo rey de Francia a María Estuardo; mas a pesar de estos buenos antecedentes, la misma Reina declaró más adelante que no respondería de que, colocado Nau entre el temor de un peligro y la esperanza de una recompensa, no fuese capaz de declarar en contra de ella falsamente, y aun de arrastrar en su delito a Curle, hombre sencillo y bueno, pero supeditado al otro por completo.

Esto fue lo que sucedió, en efecto: Walsingham, dirigido en este punto por Cecil, colocó desde luego a los dos secretarios entre la amenaza del tormento, si callaban, y la perspectiva de la libertad, recompensados y absueltos de toda culpa, si se prestaban a declarar lo que Isabel y sus ministros creían necesario para perder a la reina de Escocia. Y aquellos dos infelices, que no eran, ciertamente, de la madera de que se hacen los héroes, comenzaron a ceder cobardemente y fueron llegando poco a poco en sus declaraciones, hasta la infame calumnia, a medida que Walsingham les presentaba más de cerca los horrores del tormento o les hacía ver con más dorada luz la libertad en perspectiva.

Nau declaró primeramente la manera que tenía María Estuardo de despachar su correspondencia secreta. Encerrábase con los dos secretarios en su gabinete, y ella misma dictaba a Nau, ordinariamente en francés, los puntos principales de las cartas. Redactábalas

Nau entonces, corregíalas la Reina de su propia mano, y dábales luego a Curle para que las cifrase. En esta primera declaración, según la presentó Walsingham, consta ya declarada por Nau la calumnia de que María escribió de su propia mano la supuesta carta de 17 de julio a Babington, y la entregó a Curle para que la pusiese en cifra.

No se dio Walsingham por satisfecho con estas declaraciones, y fingió dar orden de trasladar a los dos secretarios a la Torre de Londres. Aterrados éstos, fueron más adelante: declararon que la reina de Escocia había entrado de lleno en el complot relativo a la invasión de Inglaterra; pero sólo había tenido ligera noticia de lo referente al asesinato de Isabel, y ni había querido saber más, ni se había creído tampoco obligada a denunciar lo que sabía.

Pareciple todavía esto a Walsingham demasiado poco, y el 29 de septiembre mandó llevar a los dos secretarios a una casa fuerte próxima a la Torre de Londres, para que vieran desfilar el horrible cortejo de Babington y sus compañeros camino del suplicio. Desde allí oyeron los dos míseros los temerosos pregones con que anunciaban al pueblo de Londres aquella justicia que mandaba hacer la reina de Inglaterra, y vieron luego desfilar uno a uno, tendidos sobre paja y cubiertos de harapos, aquellos brillantes jóvenes, cuya hermosura y elegancia había admirado todo Londres, convertidos entonces por el tormento en sangrientas masas de carne, donde no se revelaba ya otra vida que los estremecimientos convulsos y los gemidos de angustia que les arrancaban el dolor de los huesos fracturados y el rudo bambolear de las carretas.

Los secretarios, enloquecidos por el terror, apresuráronse a declarar cuanto Walsingham quiso. Nau, contradiciendo su primera declaración, dijo entonces que Curle había descifrado la carta de Babington, y que él mismo había escrito, dictándose los la Reina, los puntos principales de la respuesta de ésta, entre los cuales hacía mención especialísima de los seis caballeros que habían de asesinar a la reina Isabel. Apareció también entonces una nota escrita de mano de Nau, que se dijo haberse encontrado entre los papeles de éste en Chartley; hallábanse recopiladas en ella las dos cartas de Babington y María, y hablábase varias veces de dar el golpe: la cual palabra golpe (coup) declaró Nau referirse al proyecto de asesinar a la reina de Inglaterra.

Creó Walsingham tener ya con todo esto suficiente para condenar a María Estuardo, y presentó a Isabel todos aquellos materiales, con tantos trabajos, tantas infamias y tanta sangre compilados. Pero ¿se atrevería la bastarda? ¿Osaría aun atentar a la inviolabilidad real, llevando a los tribunales y a un patíbulo a una reina independiente, su igual, sobrina y sucesora, después de haber violado tan inicua mente el derecho de gentes, reteniéndola diecinueve años prisionera...? Dudábalo Walsingham mismo: mas Isabel se atrevía a todo cuando el odio y la envidia y su propio interés la espoleaban, y se atrevió, en efecto, con aquella rara mezcla de audacia inverosímil y de solapada hipocresía que caracterizó todos sus actos.

Siguió, pues, adelante la bastarda por el camino que desde tanto tiempo atrás iba preparando, y decidiose a proseguir largas conferencias con Cecil para determinar lo que tan de antemano tenían ambos convenido, y decidieron al cabo, para mejor disimular, someter la suerte de María Estuardo a las deliberaciones del Consejo privado, asentando

por principio ya inconcuso que la seguridad de la reina de Inglaterra y de la religión reformada eran incompatibles con la libertad y con la vida de la reina de Escocia.

No todos los consejeros opinaron, sin embargo, por la muerte inmediata y violenta: creyeron algunos que bastaría encerrar a María aun más estrechamente y atormentarla con nuevos rigores, para que su salud, ya tan aniquilada, se debilitase del todo, y viniese en breve plazo una muerte natural y librar a la reina de Inglaterra de aquella temida existencia. Entonces adelantó Leicester una cobarde idea, que sin duda alguna guardaba la misma Isabel en lo más recóndito de su pecho, cuando muy poco tiempo después quiso adoptarla ella misma. Propuso el vil favorito adelantar aquella muerte natural que los otros esperaban, por medio de un clandestino envenenamiento. Cecil y Walsingham y la mayoría de los consejeros rechazaron ambas proposiciones, declarándose francamente por el proceso judicial y la sentencia de muerte. Mas ¿en virtud de qué ley podría llevarse a los tribunales y al cadalso a una reina extranjera que no había entrado en el país por fuerza de armas, sino buscando un asilo ofrecido por la propia soberana, su amiga y más próxima parienta?

A este segundo punto sometido al Consejo, contestó Walsingham invocando la ley decretada el año anterior por el Parlamento, en virtud de la cual, si llegaba a cometerse algún atentado contra la vida de la Reina, jamás podría heredar la Corona la persona que lo hubiese cometido, ni tampoco sus descendientes, cómplices en cierto modo del crimen, y todos ellos podrían ser condenados a muerte. La ley encajaba tan bien, como que expresamente para este caso la habían arrancado al Parlamento los tres grandes culpables, Isabel, Cecil y Walsingham, previendo, con harta razón, que aquella inicua ley había de servirles para echar los cimientos al cadalso de María Estuardo.

Aparentó entonces la hipócrita bastarda ceder a todo, como forzada por la opinión de su Consejo, y al decretar que María fuese juzgada en el castillo de Fotheringay, todavía exigió que los jueces no fallasen allí el proceso, sino que volviesen a pronunciar la sentencia en la Cámara Estrellada de Westminster. La sensible hiena repetía sin cesar su hipócrita y ridículo estribillo de antaño: ¡Repugnaba a su corazón dar muerte al pajarillo que se había refugiado en su seno, huyendo del buitre que le perseguía!...

- XIV -

Nada queda ya del castillo de Fotheringay. El remordimiento, sin duda, obligó a Jacobo Estuardo a mandarlo arrasar por completo a poco de su advenimiento al trono de Inglaterra, temeroso quizá de que la sombra de su madre le echase en cara, desde aquellos negros muros, sus apostasías de católico, sus vilezas de rey y sus criminales ingratitudes de hijo.

A principios de octubre de 1586, elevábase aún el castillo de Fotheringay a orillas del Nen, fuerte y orgulloso todavía, como si recordase que había sido cuna de un rey, Ricardo III, y amenazador y sombrío ya, como si presagiase que iba a ser teatro de un crimen y tumba de una reina.

A la caída de la tarde del 6 de octubre, llegó María Estuardo a Fotheringay, escoltada por sir Amyas Paulet, el consejero privado sir Walter Mildmay, el notario Balker y más de trescientos arcabuceros que se extendían a lo largo del camino, impidiendo acercarse a la Reina la multitud que de todos los lugares vecinos acudía. Habían llegado ya al castillo los cuarenta y seis miembros de la comisión nombrada por Isabel para juzgar a la reina de Escocia, y rebosaba por todas partes esa especie de medrosa agitación y actividad siniestra y silenciosa que suele observarse en las cárceles y audiencias los días en que se prepara una ejecución o se falla la causa de un reo de muerte.

Amyas Paulet, Mildmay y el notario Balker, acompañaron a la Reina a las habitaciones que le estaban destinadas, y sin dejarla descansar un momento, entregola Paulet una carta de la reina Isabel, dura e imperiosa. Acusábala en ella la bastarda de haber tomado parte en la conspiración de Babington, y la ordenaba comparecer ante el tribunal nombrado para juzgar su conducta, según las leyes de Inglaterra, que, al decir de ella, la habían amparado, y a las cuales debía, por lo tanto, someterse.

Contuvo María, por el pronto, los ímpetus de su indignación, para protestar solemnemente de que jamás había dirigido ni autorizado ningún complot contra la vida de Isabel; y aludiendo luego al extraño tono de mando que se apropiaba en aquella carta la reina de Inglaterra, y a su pretensión de someterla a un tribunal de súbditos ingleses, exclamó, con el rubor de la cólera y la vergüenza en el rostro:

-¿Vuestra señora no sabe que hemos nacido reina, o cree acaso que degradaremos nuestro rango, y nuestro reino, y la raza de que venimos, y al hijo que ha de sucedernos, y a los reyes y príncipes extranjeros cuyos derechos ofenden en nuestra persona, obedeciendo a semejante carta?... Id, en buena hora, decidle que, por muy abatida que nos encuentre, todavía tenemos el corazón bastante grande para someternos a humillaciones semejantes.

Esta negativa de María causó grande sensación entre los altos funcionarios, padres del reino y gente de curia, que se hallaba ya en Fotheringay, y aun temieron algunos ver desconcertados sus planes. Si la Reina persistía en rechazar la competencia del tribunal, haríase preciso condenarla sin oírla, y era esto hartamente fuerte, aun para aquellos hombres criminales o vilmente cobardes, que venían allí decididos de antemano a condenarla, ya resultase inocente, ya culpable.

No fueron tan grandes los escrúpulos de Isabel, y, enterada por Cecil de la actitud de María, dio orden de que se juzgase el proceso sin escucharla, como si se tratara de cualquier criminal ordinario que toma la huida, y se le juzga y condena en rebeldía. Esta determinación de Isabel, comunicada por Cecil a María Estuardo, hízola vacilar en su propósito, y juzgando que convendría más a su reputación hacer frente a sus verdugos calumniadores, que dejar correr libremente la calumnia, decidióse al fin a comparecer ante el tribunal protestando siempre de su incompetencia.

El 14 de octubre, a las nueve de la mañana, constituyose pues el tribunal en la gran sala de honor del castillo de Fotheringay. Había en el fondo, bajo un dosel coronado por las armas de Inglaterra, un sitio destinado a la reina Isabel, que debía permanecer vacío no estando ella presente. A su lado, pero fuera del dosel y sobre el piso llano, pusieron otro

sitial de terciopelo, destinado a la reina de Escocia. A derecha e izquierda del dosel sentábanse en dos hileras aquellos inicuos jueces, cuyos nombres debe conservar la historia para propia ignominia de ellos. A la derecha estaban el lord canceller Bromley, el lord gran tesorero Cecil (Burghley), los condes de Oxford, de Kent, de Derbi, de Worcester, de Rutland, de Cumberland, de Warwick, de Pembroke, de Lincoln y el Vizconde de Montagu. A la izquierda, los lores Abergavenny, Zouch, Morley, Stafford, Grey, Lumley y los consejeros privados Crofts, Hatton, Walsingham, Sadler, Mildmay y Paulet. Delante de éstos, y también en dos hileras, hallábanse, a la derecha, los grandes jueces de Inglaterra, y a la izquierda los otros jueces y barones y dos doctores en Derecho. En medio había una mesa, en torno de la cual se sentaba el Procurador general de la Reina, Popham, su notario Egerton, su fiscal Gawdy y el letrado de la Corona, Tomás Powell, con dos escribanos para escribir el proceso verbal.

Así estaba constituido aquel tribunal de fariseos dispuestos a derramar por odio la sangre del justo, y de Poncios Pilatos decididos a dejarla correr por miedo a disgustar al César.

A las diez, el ruido de las alabardas que rebotaban en el suelo, anunció a los de dentro la llegada de la Reina. Conocíanla muy pocos de los presentes, y todos tenían, sin embargo, cumplida noticia de su portentosa hermosura, de su ingenio peregrino, de sus trágicas desventuras y de la horrible suerte que la maldad de Isabel y la propia de ellos mismos le tenían aparejada. Hubo pues en toda la sala un momento de expectación intensísima, y todas las cabezas se volvieron, y todas las miradas se fijaron en la puerta.

Seguida de un piquete de alabarderos, y apoyada, por su extrema flaqueza, en los brazos de sir Andrés Melvil, su mayordomo, y Domingo Burgoing, su médico, apareció al cabo María Estuardo, vestida toda de terciopelo negro. No era ya la Reina aquella brillante hermosura de la corte de Francia, que comparaba Ronzard a la aurora del más hermoso día de primavera: era más bien el anochecer de aquel mismo hermoso día, con todos los suaves encantos de lo que acaba y se despide, y toda la bella y triste serenidad de la tarde próxima a fenecer.

Levantáronse maquinalmente todos los jueces, como sobrecogidos por aquella majestuosa aparición, y la piedad más respetuosa dominó por un momento en aquellos pechos a las bastardas y crueles pasiones que en ellos bullían. Adelantose la Reina en medio de aquel imponente silencio, mezcla conmovedora de pavor y de respeto, y detúvose un momento en el centro de la gran sala. Paseó desde allí una larga y triste mirada por toda la concurrencia, e hizo a los lores uno de esos saludos inimitables, que imprimen la majestad del rango en la persona del individuo. Avanzó luego lentamente hasta el sitial que le estaba preparado, y notando que se hallaba éste fuera del dosel y sobre el piso llano, dijo irguiendo la frente con toda la dignidad de su realeza:

-Soy reina y viuda de rey, y mi sitio debe estar allí.

Dicho esto, que fue escuchado con el más profundo silencio, sentose majestuosamente, y esperó.

- XV -

Necesitaron algún tiempo los jueces para recobrase de la honda impresión que produjo en ellos la entrada de la Reina, y, una vez conseguido esto, levantose el lord canciller Bromley, y expuso las razones que había tenido su soberana para citar a juicio a María Estuardo, hija de Jacobo V, último rey de los escoceses, llamada comúnmente reina de Escocia y viuda de Francia. Al mismo tiempo declaró que, si la reina de Inglaterra no se hubiera decidido a esto, por impedirselo su natural piadoso, hubiérase podido con verdad acusarla de negligencia en defender la causa de Dios y de empuñar en vano la espada de la justicia.

A continuación leyó el letrado de la Corona, Powell, el decreto de Isabel instituyendo el tribunal en la forma que allí se hallaba constituido. Escuchada esta lectura, tomó María la palabra con reposado continente, y recordó, en breves palabras, la indignidad de los tratos que había sufrido en Inglaterra, donde llegó como amiga en demanda de auxilio, y se la había retenido diez y nueve años prisionera. Dijo que no podía reconocer ni la validez de aquel decreto, ni la competencia de aquel tribunal que pretendía juzgarla, porque, siendo princesa independiente y reina ungida, no dependía de nadie, sino del mismo Dios.

Consignada esta protesta de la reina de Escocia, hizo el fiscal de la Corona, Gawely, la narración del último complot, acusando a María Estuardo, no sólo de haber tomado parte en el proyecto de invasión del reino, sino también en el de asesinar a la reina de Inglaterra, habiéndolo sabido de antemano, aprobado y animado. Las cartas, interceptadas unas e inventadas o adulteradas otras por Walsingham; las supuestas confesiones de Babington y sus compañeros, y las declaraciones de Curle y Nau, hallábanse de manifiesto en la mesa de los curiales, como pruebas de esta acusación.

La Reina reconoció por suyas las cartas a Morgan, a lord Paget y a don Bernardino de Mendoza, y convino también en que había enviado a Babington, por medio de sus secretarios de ella, algunas notas relativas a la proyectada evasión de Chartley; mas sostuvo enérgicamente que nunca había visto a Babington, ni recibido nunca carta suya, ni enviádole tampoco ninguna respuesta. «Si esas cartas de Babington son verdaderas -dijo-, pido que se nos pruebe que las hemos recibido; y si esa respuesta nuestra no es falsa, pido que se nos presente el original de nuestra propia mano.»

Leyeron entonces, por toda respuesta a esta reclamación de la Reina, una copia de la larga carta de Babington, del 6 de julio, en que comunicaba a María el fin del complot y los medios de llevarlo a cabo; la supuesta contestación de la Reina, del 17 de julio, animándole a la empresa, y las declaraciones de Babington, Tichbourne, Ballard y Donn, hechas en la Torre de Londres, confesando haber descifrado y leído ellos mismos ambas cartas. Levantose entonces el Procurador general, Popham, para guiar la opinión de todos, y declaró que, después de leídos aquellos documentos, resultaba evidente la complicidad de la reina de Escocia en el crimen de que se le acusaba.

Mas, la Reina, prontamente y sin titubear un momento, replicó que aquella pretendida evidencia fundábase tan sólo en copias de documentos cuyos originales no se mostraban, y

en dichos de gentes que ella no conocía. «Que traigan los originales, si existen, -dijo-, y entonces los examinaremos y discutiremos. Mientras tanto, protestamos solemnemente contra las imputaciones que se nos hacen... No negamos, -añadió con aquella expresiva elocuencia suya, templada entonces por la tristeza mortal que la aquejaba-, no negamos haber deseado la libertad y trabajado seriamente por recobrarla; porque nuestro natural es humano, y a ello nos impulsaba. Pero tomamos a Dios por testigo de que jamás hemos conspirado contra la vida de la reina de Inglaterra, ni consentido tampoco en que nadie conspirase... Confieso que hemos escrito a nuestros amigos y solicitado su favor para librarlos del miserable cautiverio en que se nos tiene desde hace diecinueve años. Confieso también que hemos escrito en favor de los católicos perseguidos, y que si hubiéramos podido librarlos de su opresión a costa de nuestra propia sangre, lo hubiéramos hecho... Pero esas cartas que se presentan ahí, ni las hemos escrito, ni las hemos recibido, ni tampoco podemos ser responsables de lo que hayan hecho o hayan intentado esos pobres católicos oprimidos, en un momento de exasperación extrema.»

Eran tan justos los descargos de la Reina y había tal acento de verdad en sus palabras, que, para distraer la atención de los jueces, levantose el malvado Cecil y quiso hacer de nuevo la historia del complot, apoyándose en las declaraciones de Nau y de Curle, no mencionadas hasta entonces. Expuso, pues, según el testimonio de ambos secretarios, el método observado por María en el despacho de su correspondencia secreta, y la manera como había contestado a Babington. Afirmó la autenticidad de aquella carta, que Nau y Curle aseguraban haber enviado; que Babington confesaba haber recibido; que Tichbourne, Ballard y Donn declaraban haber reconocido y que estaba escrita con la misma cifra encontrada entre los papeles de la Reina. Dedujo de aquí que la complicidad de ésta resultaba del contenido de aquella carta, conforme en todo con la confesión de Babington y las declaraciones de Nau y Curle, y que ella probaba al mismo tiempo el conocimiento que María tuvo del complot y la aprobación que le había prestado.

La habilidad con que el artificioso gran tesorero barajó y tejió en su discurso la verdad con la impostura, no turbó en lo más mínimo el valeroso ánimo de la reina de Escocia. Poco le importaba a ella, respondió, lo que hubiese declarado Babington. Ni ella sabía, ni tampoco habían de decirla, si lo que se presentaba allí como su confesión, era o no de su letra. ¿Por qué no se le había careado con ella antes de darle muerte? Ésta es la manera de averiguar la verdad. ¿Por ventura se deseaba que no apareciese ésta?... En el mismo caso estaban los dos secretarios Nau y Curle. En Londres estaban éstos. ¿Por qué no se les traía allí para que sostuviesen ante ella lo que habían declarado a su espalda? Poco importaba también que hubiesen afirmado su declaración con juramento. ¿Acaso no le habían jurado a ella igualmente guardarle sus secretos? Pues si perjurios habían sido para su reina, de quien nada temían, perjurios podían ser del mismo modo para aquellos hombres que les amenazaban con el tormento... Curle era ciertamente hombre sencillo y honrado; Nau era más hábil y tenía talento; pero, aunque hubiese sido secretario del cardenal de Lorena y recomendado del rey de Francia, no aseguraría ella nunca que, puesto entre el temor de un peligro y la esperanza de una recompensa, no fuese capaz de venderla y aun calumniarla, y de arrastrar en su delito al infeliz Curle, que le estaba supeditado por completo... Cierto era que sus secretarios escribían su correspondencia y la cifraban; pero, por eso mismo, no podía estar segura ella de que no intercalasen en sus cartas cosas que no les hubiera dictado;

ni tampoco le parecía imposible que recibiesen los secretarios cartas sin mostrárselas, y enviase otras en su nombre sin darle cuenta de ello.

-¿Y puedo yo... ¡yo!... una Reina -añadió con tanta energía como dignidad-, ser declarada culpable por pruebas de esta especie?... ¿Dónde está la seguridad de los príncipes y reyes, si se hace depender ésta de los escritos y chismes de sus secretarios? ¡Reclamo, pues, el derecho de no ser juzgada sino por lo que yo misma haya dicho o escrito, y cierta estoy de que nada podrá alegarse en contra nuestra!...

Y, encarándose entonces con el infame Walsingham, echole en cara el baldón que aun después de tres siglos, pesa sobre su memoria.

-¿Qué seguridad tengo de que sean ésas nuestras cifras?... ¿Creéis, señor Secretario, que no sé yo los manejos que contra nuestra persona ha empleado vuestra astucia?... Vuestros espías nos han rodeado por todas partes; pero quizás ignoráis vos que algunos de los que han hecho falsas declaraciones me han informado de ello... Y si de esta manera se nos trata -prosiguió dirigiéndose a la asamblea-, ¿cómo puedo estar segura de que no hayan falsificado nuestras cifras para condenarnos a muerte?... ¿Acaso no ha tramado ya ese hombre negras intrigas contra nuestra vida y la de nuestro hijo?...

Ante este ataque tan directo y tan terrible desconcertose Walsingham y enmudeció por un momento. Mas, recobrándose al punto, dijo atropelladamente:

-Tomo a Dios por testigo de que no hay en mis actos particulares uno solo indigno de un hombre honrado; ni en mi conducta, como secretario de mi soberana, nada que desdiga de la alteza de este cargo... Es cierto que he seguido con la mayor vigilancia, todas las tramas dirigidas contra la Reina y contra el Estado, porque era mi obligación hacerlo; y si el mismo traidor Ballard me hubiese ofrecido su ayuda para descubrirlas, yo no la hubiera rechazado.

- XVI -

Suspendiose aquí el debate hasta el día siguiente, y en esta segunda sesión protestó la Reina de nuevo contra la competencia del tribunal: quejose de que la pusiesen y la dejasen frente a frente de los hombres más notables de Inglaterra, a ella sola, ignorante por completo de las leyes del reino, sin un consejero que la guiase, ni un abogado que la defendiese, ni aun siquiera el socorro de sus papeles que le habían arrebatado por sorpresa. Exigió de nuevo que trajesen allí a los secretarios Curle y Nau, para que declarasen frente a frente de ella lo que habían declarado a su espalda, en casa de Walsingham; y reiteró de nuevo, con la mayor energía y firmeza, su negativa de haber conocido a Babington, de haber recibido carta alguna suya y de haberle dirigido la menor respuesta.

-¡Con qué injusticia se procede contra nuestra persona!, -exclamó paseando su mirada triste, pero firme, por todo el concurso-... Nuestras cartas han sido adulteradas o falsificadas, y nos han robado sus originales... No se tiene consideración ninguna con la fe

que profesamos, ni con el sagrado carácter que nos imprime nuestra condición de reina... Si nuestros sentimientos personales os son indiferentes, pensad, milores, que agraváis a la Majestad real en mi persona, y pensad también en el ejemplo que dais.

Apeló después a Dios y a los príncipes extranjeros contra la injusticia de que era víctima, y exclamó con dolorosa vehemencia:

-Hemos entrado en este país fiándonos de la amistad y las promesas de la reina de Inglaterra...

Y quitándose del dedo la sortija que le había enviado Isabel a Hamilton, con el Dr. Leigton, después de la fuga de Lochleven, añadió mostrándola:

-Mirad, milores, la prueba de amor y protección que nos envió vuestra real señora... ¡Miradla bien!... ¡Fiando en ella vinimos entre vosotros, y vosotros sabéis, mejor que nadie, cómo he sido respetada!...

Pidió luego ser oída en pleno Parlamento y en presencia de Isabel, y concluyó diciendo:

-Como acusada, reclamo el derecho de tener un abogado que defienda mi causa; y como reina, exijo que se me crea, sobre mi palabra de reina.

Mas era todo esto pedir al rayo que no hiriese, y a la tempestad que no arrasase, y a la alevosa traición que fuese leal y buena. Los viles comisionados desaparecieron uno a uno de Fotheringay, cerrando las orejas al clamor de la inocencia y la justicia, y el 25 de octubre reuníanse todos de nuevo en la Cámara Estrellada de Westminster, según la reina Isabel había ordenado. Allí cometieron la desleal bajeza de oír a Nau y a Curle a solas, habiéndose negado a escucharles en Fotheringay delante de María, y sobre las declaraciones forzadas o vendidas, y nunca comprobadas, de estos dos miserables, el inicuo tribunal declaró culpable a la reina de Escocia y pronunció su sentencia de muerte.

Una vez segura la bastarda de la pérdida de su rival, comenzó a encubrir lo repugnante de su crimen con todo el aparato de trámites legales y compasivas resistencias que su fértil hipocresía supo inspirarle. Aparentó la taimada no fiarse por completo de la imparcialidad de sus comisionados, y quiso que el Parlamento ratificase en sus dos Cámaras el juicio y la condenación de la reina de Escocia, para tener también así de su parte lo que llamaríamos hoy la voluntad nacional. Y las dos Cámaras, viles instrumentos entonces de la política sanguinaria de la bastarda, y perfectamente preparadas por Cecil y Walsingham, no sólo ratificaron aquella iniquidad y aquel delito, sino que dirigieron un mensaje a la Soberana pidiéndole con retóricas instancias que apresurase la muerte de María Estuardo, para seguridad personal de ella, de los verdaderos servidores del Todopoderoso y del reino todo, y amenazándola con incurrir en el desagrado del cielo y merecer los severos castigos que, según las Sagradas Escrituras, guarda el Señor para los reyes débiles, si no firmaba y hacía cumplir en breve plazo la salvadora sentencia.

Jamás hubiera sufrido la soberbia bastarda un lenguaje semejante; pero era esto lo que su astucia buscaba para aparecer cediendo, como forzada y mal de su grado, a la presión de

los tribunales y a la voluntad popular representada por el Parlamento. Contestó, pues, al mensaje con repugnante hipocresía, dando gracias a la bondad divina por haberla preservado milagrosamente de tantos peligros, y suplicando a su vez que no la hostigasen demasiado. «No apresuréis mis resoluciones en negocio de tanta monta, -les dijo-, pues aun en otros de menor cuantía tengo por costumbre meditar mucho antes de decidirme. Yo rogaré a Dios Todopoderoso que ilumine mi espíritu y me haga conocer lo que más conviene al bien de su Iglesia, a la prosperidad de mi pueblo y a vuestra propia seguridad».

Y tan decidida estaba, y tan grande era la crueldad de su odio, y tan vivo su deseo de no ahorrar ni retardar a María ningún tormento, que no bien tuvo en su poder el mensaje de las Cámaras (10 de noviembre), envió a Fotheringay a lord Buckhurst y al letrado del Consejo Roberto Beale, para notificar a la reina de Escocia su sentencia de muerte. Lo cual no impidió que prosiguiese ella mientras tanto en Londres, y a la vista de toda la corte, su comedia de vacilaciones y enternecimientos. Vióselo por espacio de dos días vagar por las Cámaras de Richmond, donde se había retirado, sola, pensativa, y como presa de violenta lucha, repitiendo a cada paso, con grandes exclamaciones y lágrimas, una divisa muy en boga entonces: -Aut fer, aut fere, ne feriare, feri. Mata o muere; si no matas, morirás.

Al cabo de estos dos días de fingida lucha, envió al lord canciller a la Cámara alta, y al famoso orador Puckering a la de los Comunes, para suplicar a una y otra que buscasen algún medio de garantizar la seguridad de su vida, sin privar de la suya a María Estuardo. Reuniéronse ambas Cámaras el 18 de noviembre, en virtud de esta orden, y después de nuevas deliberaciones, enviaron a Isabel un segundo mensaje, probándole con autoridades de la Biblia, y ejemplos de la antigüedad y de la Edad Media, «que de no ser ejecutada muy en breve la justa sentencia pronunciada contra la reina de Escocia, quedaría siempre en peligro la vida de su Graciosa Majestad, la verdadera religión amenazada, y el estado floreciente del reino próximo a desastrosa ruina... Perdonando la vida a la reina de Escocia -añadía atrevidamente el mensaje- no sólo animará su Graciosa Majestad la audacia de los enemigos de Dios, de su autoridad y del reino, sino que herirá profundamente los enamorados corazones de sus súbditos y provocará la cólera de Dios».

Juzgó ya Isabel con esto bien disfrazado su crimen ante los contemporáneos y ante la posteridad, y sin declarar todavía su decisión de firmar la sentencia de muerte, contestó al mensaje con frases ambiguas... Mas entonces comenzó para ella la verdadera y terrible lucha, la lucha del último momento, la que se entabla siempre entre el corazón y el brazo del asesino, levantado ya para hundir a sangre fría el arma en el pecho de la indefensa víctima.

- XVII -

El 10 de noviembre, después de mediodía, llegaron a Fotheringay el lord Buckhurst y Roberto Beale, con muy reducido acompañamiento. Alborotáronse con esta visita de mal agüero los servidores de la Reina, que mucho la amaban, y todos corrieron a la cámara de su señora, y se agruparon en torno suyo, como si quisiesen protegerla con su presencia. Sosególes María con el ánimo esforzado y la santa y digna resignación con que esperaba la

muerte desde que salieron los inicuos jueces de Fotheringay, y pasó ella misma a su reducida sala de honor, para recibir a los mensajeros en el estrado y bajo dosel, como a su dignidad de Reina convenía. Amyas Paulet y Drue Drury, introdujeron a los embajadores de Isabel, y lo que pasó entonces entre ellos, dejolo escrito la misma María, con más verdad y elocuencia que nadie, en una carta al arzobispo de Glasgow, que copiamos según la fiel y clásica versión del P. Pedro de Rivadeneyra:

«Los comisarios de la reina Isabel, que fueron lord Buckhurst, Amyas Paulet, mi grande enemigo, un caballero llamado Drue Drury y mister Beale, vinieron a mí y me dijeron que el Parlamento y Estados de este reino han dado sentencia de muerte contra mí, lo cual ellos me notificaron de parte de su Reina, exhortándome a reconocer y confesar las culpas que contra ella he cometido. Y más me dijeron: que para animarme a la paciencia y ayudarme a bien morir y a descargar mi conciencia, la Reina, su señora, me enviaba dos personas eclesiásticas, que eran un obispo y un deán. Añadieron que la causa desta mi muerte había sido la continua instancia que el reino le había hecho sobre ello, por asegurar su real persona, pues siendo yo su competidora, y habiendo tomado mucho tiempo ha las armas desta Corona sin quererlas jamás dejar, sino con ciertas condiciones, no puede ella vivir (viviendo yo) con entera quietud y seguridad, especialmente viendo que los católicos me llaman su soberana señora y que su vida por esto ha estado muchas veces en peligro. La segunda causa que me dieron desta su sentencia y determinación, y la más principal y que dicen que da más pena a la Reina, fue el saber que mientras que yo viviere, no puede su religión echar raíces, ni tener seguridad y establecimiento en este reino. Yo respondí que daba gracias a Nuestro Señor y a ellos también por la honra que me hacían en esto, pues me tenían por buen instrumento para restituir la verdadera religión en su reino; porque, aunque soy indigna de tan gran bien, deseo merecer ser defensora de la fe católica, y tendreme por muy dichosa y bienaventurada cuando lo fuere; y que en testimonio y prueba de esta verdad, de muy buena gana derramaré mi sangre, como lo tengo protestado. Y que si el pueblo piensa que es necesario que yo dé la vida para que esta isla tenga descanso y quietud, también seré liberal della, a cabo de veinte años de prisión que he padecido. Cuanto al obispo y deán, dije que yo hacía infinitas gracias a Nuestro Señor, que sin ellos yo conozco mis pecados y las culpas que he cometido contra mi Dios y contra mi Iglesia, y que no quería aprobar sus errores, ni tener que dar y tomar con ellos; pero si ellos quisiesen concederme un sacerdote católico (como yo se lo rogaba por amor de Jesucristo, sería para mí muy gran regalo; porque deseaba componer mis cosas y recibir los Santos Sacramentos, como quien se despide deste mundo. Ellos me dijeron que no pensase que moría por ser santa o mártir, pues moría por haber conspirado contra la Reina, y por haberla querido desposeer de su Corona. Yo respondí que soy tan presuntuosa, que deseo aspirar a estas dos coronas, de santa y de mártir; pero que ellos, aunque tenían poder sobre mi vida y cuerpo, por permisión divina, y no por razón y justicia (pues yo era reina y soberana señora, como siempre lo he protestado), no la tenían sobre mi ánimo, ni me podían estorbar que yo espere en la misericordia de Dios, y confíe que el que murió y dio su sangre por mí, aceptará la mía y mi vida, que yo le ofrezco por la conservación de su Iglesia, fuera de la cual, ni aquí ni en otra parte, yo no deseo mandar ni quiero reino temporal con pérdida de reino eterno. Que lo que yo suplicaba a Nuestro Señor era que tomase en descuento de mis muchos pecados las muchas penas y fatigas de cuerpo y espíritu que padezco. Que contra la vida de la Reina yo no había conspirado, ni aconsejado, ni mandado cosa alguna, ni pasádome por la imaginación lo que ellos me achacaban; y por lo que toca a mi particular, a mí no se me

daba nada de ellos. Aquí dijeron ellos: «A lo menos habéis permitido que los ingleses os llamen su soberana señora, y no les habéis hecho contradicción.» Respondí yo: «No se hallará que yo haya usurpado en mis cartas ni en otra manera, ese título, ni usado dél; pero el reprender o enseñar a personas eclesiásticas, ése no es mi oficio, siendo yo, como soy, mujer y hija de la Iglesia, por la cual, y por obedecerla, quiero morir, y no matar a nadie para tomar su derecho». Para acabar anteayer vino a mí otra vez Paulet con Drury, que es el más molesto dellos, y me dijo, que habiéndome avisado que reconociese mis culpas y me arrepintiese dellas, no había mostrado dolor ni arrepentimiento alguno, y que a esta causa la Reina había mandado que me quitasen el dosel y me avisasen que de aquí adelante yo me tenga por una mujer muerta, sin honra ni dignidad de reina. Yo respondí que Dios, por su sola gracia, me había llamado a esta dignidad, y que yo había sido ungida y consagrada justamente por reina; y así, pensaba volver a Dios la dignidad real con mi ánimo, pues de su sola mano la había recibido. Y que yo no reconocía a su Reina por superiora, ni a los de su Consejo, herejes, por mis jueces, y que yo había de morir Reina, a pesar de todos ellos, pues no tenían otro poder sobre mí, sino el que tienen los salteadores de caminos que están en un bosque, sobre el más justo príncipe de la tierra. Mas que yo esperaba en Dios, que después de haberme librado de este cautiverio, él mostraría su justicia. Que no era maravilla que en esta isla, donde tantos reyes han sido muertos con violencia, yo, que soy de su sangre dellos, corra la misma fortuna. Viendo que mis criados no querían poner mano en el dosel para descolgarle; antes que mis pobres damas daban gritos y pedían a Dios venganza contra la Reina y su Consejo, el dicho Paulet llamó a siete u ocho hombres de su guarda, y les mandó quitar el dosel, y él se sentó y se cubrió, y después me dijo que ya no era tiempo de pasatiempos y recreos para mí, y por eso había de quitar mi mesa de Estado. Ayer llamé mi pequeña familia, y la junté, para que todos mis criados sean testigos de mi fe, que es la católica, y de mi inocencia, y les encargué, delante de Dios, que dijese la verdad de todo lo que saben. Yo he remitido a los señores duques de Lorena y de Guisa, y a los otros mis deudos, todo lo que toca a la salud de mi ánimo, descargo de mi conciencia y reparo de mi honra. Encomendadme a La Ruhe y decidle de mi parte, que se acuerde que yo le prometí de morir por la religión católica, y que a lo que veo, ya estoy libre de esta promesa, y que yo le ruego que me encomiende a Dios, con todos los de su orden. Yo estoy muy contenta y siempre lo he estado, de sacrificarme y ofrecer mi vida por la salud de las almas desta isla. Quedad con Dios, que ésta será la postrera vez que os escribiré; tened memoria del alma y honra de la que os ha sido Reina, señora y amiga. Y yo suplico a Dios, que pues yo no puedo, él os pague los servicios que me habéis hecho, como el más principal y el más antiguo de mis criados, a los cuales dejo huérfanos y desamparados en sus benditas manos. -De Fotheringay, el jueves 24 de noviembre, 1586. -Vuestra aficionada y buena señora, María, Reina.»

Creíase la Reina próxima a morir, pues natural era que la ejecución siguiese de cerca a la sentencia, y apresurose, lo primero, a pedir un sacerdote católico que le administrase los Sacramentos, como ella misma refiere en la precedente carta. Lo cual hizo la prudente Reina para hacer pública protesta de su fe y para disimular mejor que tenía y había tenido desde tiempos atrás uno consigo, oculto bajo el disfraz de un criado, que le decía misa diaria y le conservaba en su cámara, como más adelante veremos, el Santísimo Sacramento. Ocupose luego de lo que tenía en el mundo más caro a su corazón de católica, de reina y de madre, que era su hijo; y escribió una carta conmovedora al Padre Santo, Sixto V recomendándole los intereses espirituales de aquel extraviado pedazo de su alma,

transmitiéndole su autoridad de madre sobre el desdichado príncipe y, suplicándole que hiciera por reducirle a la fe de sus antepasados, y que bajo su dirección de él, del duque de Guisa y de Felipe II, le hicieran digno de entrar en la familia de éste, casándose con una de sus hijas. «Éste es -decía- el último de mis deseos mundanos. Yo lo deposito a los pies de Vuestra Santidad, que humildemente beso.»

Escribió también a don Bernardino de Mendoza, dándole el último adiós, y agradeciéndole sus grandes pruebas de afecto, enviábale como recuerdo un magnífico brillante. «Recibiréis -le decía- un diamante que tuve en mucho aprecio, porque me lo dio en prenda de su fe el difunto duque de Norfolk, y siempre lo he llevado conmigo. Guardadle por amor de mí».

Envió también al duque de Guisa, su primo, una sortija de rubíes, y al escribirle dejaba escapar todas las tiernas efusiones de su corazón y todos los enérgicos arranques de su fe. «Mi buen primo, -le decía-, amigo el más querido de los que dejo en este mundo. Próxima a morir por injusta sentencia, me despido de vos... Nunca ha corrido nuestra sangre a manos del verdugo; mas no os avergoncéis por esto, amigo mío; que estas sentencias de los herejes y enemigos de la fe verdadera, honran y aprovechan delante de Dios a los hijos de su Iglesia. Si yo hubiera apostatado no me vería en este trance. Todos los de nuestra casa han sido perseguidos por esta secta, y buen testigo es vuestro padre, con el cual espero reunirme en breve por misericordia del justo Juez. Dios sea bendito por todo, y Él os conceda la gracia de perseverar en su Iglesia toda la vida, y de que jamás salga de nuestra familia esta grande honra, y estén aparejados todos los de ella, así hombres como mujeres, a derramar su sangre por la causa de la fe, despreciando cualquier otro respeto humano. De mí sé decir, que me considero nacida, así por parte de mi padre como de mi madre, para ofrecer mi sangre por ella, y espero perseverar en esta idea hasta mi último momento», etc., etc.

Después de escritas estas cartas en que derramaba la Reina los sentimientos de su corazón, más tiernos y comunicativos aún por la proximidad de la muerte, todavía escribió a la reina de Inglaterra otra carta admirable: severa sin dureza, digna sin altivez, resignada sin abatimiento, protestando de su fe, pidiendo tres gracias a la bastarda, y otorgándola su perdón y emplazándola ante el Juez que juzga a los reyes. Enviáronse traslados de esta carta al duque de Guisa y al arzobispo de Glasgow, y la copia de ésta fue la que vino a parar al P. Rivadeneira, y de la cual hizo el célebre jesuita la hermosa traducción siguiente:

«Yo me he determinado, señora, de abrazarme con solo Jesucristo, el cual nunca desampara a los atribulados que le aman de buen corazón, y los cumple de justicia y consuelo, especialmente cuando les falta todo el favor humano y ellos acuden a su protección. A él se dé la honra y gloria, pues no me ha engañado mi esperanza; antes, me ha dado corazón y fuerza, in spem contra spem, para padecer las injusticias, calumnias, acusaciones y condenaciones de mis enemigos, con ánimo resuelto y determinado de sufrir la pena por la obediencia de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Cuando me notificaron de vuestra parte la postrera junta de algunos de vuestros Estados, y me avisaron que me aparejase para el fin de mi largo y penoso destierro, yo rogué a vuestros ministros que os diesen gracias de mi parte de tan buenas y agradables nuevas como aquéllas eran para mí. Yo no quiero acusar a nadie, sin perdonar a todos de buen corazón, como desearía que cada uno me perdonase si yo le hubiera ofendido, y deseo y suplico a Dios que Él

primero me perdone. Lo que yo sé es que ninguna persona está tan obligada a mirar por mi honra como vos, señora, pues soy vuestra sangre, y reina soberana, y hija de rey. Por tanto, señora, por reverencia de Jesucristo (a cuyo nombre todas las potestades del mundo obedecen y se humillan), yo os suplico tengáis por bien que, después que mis enemigos se hubieren hartado de mi sangre inocente, todos mis pobres y desconsolados criados juntos lleven mi cuerpo a Francia, para que sea enterrado en tierra santa con algunos de mis antepasados, y particularmente con la Reina mi madre y señora, que esté en gloria. Muéveme a pedir os esto, por ver que en Escocia han sido maltratados los cuerpos de los Reyes, mis progenitores, y los templos derribados y profanados, y que padeciendo en esta tierra, no puedo ser enterrada con vuestros progenitores, que son también míos. Y, lo que más importa, que, conforme a nuestra sagrada religión, estimamos mucho ser enterrados en tierra santa y limpia. Y porque tengo temor de la secreta tiranía de algunos de vuestros consejeros, también os suplico que no se ejecute la sentencia de mi muerte sin que vos, señora, lo sepáis. No porque me espanten los tormentos y penas (que yo estoy aparejada para los sufrir), sino porque temo que han de publicar y derramar por el mundo mil mentiras della, como lo han hecho de otros. A esta causa deseo que todos mis criados estén presentes a mi muerte y sean testigos de mi fin, y que acabo en la fe de mi Salvador y en la obediencia de su Iglesia. Yo os pido otra vez, señora, y de nuevo os suplico, por la pasión de Jesucristo y por vuestro deudo, y por el amor del rey Enrique el séptimo, vuestro abuelo, y bisabuelo mío, que me otorguéis esta mi postrera petición. Y si me la concedéis, vea yo vuestra postrera respuesta y llegue a mis manos lo que quisiéredes escribir. Por acabar, suplico, humildemente a Dios, que es padre de misericordia y justo Juez, que os alumbre a vos con la luz de su santo espíritu, y a mí me dé gracia para acabar en perfecta caridad, como yo propongo de hacer, perdonando mi muerte a todos los que son causa della o han tenido parte en ella, y ésta será mi oración hasta mi postrera boqueada y último fin. Yo me tengo por muy dichosa, por ver que Nuestro Señor me lleva de este frágil cuerpo antes de que venga la calamidad y grave castigo sobre esta pobre isla, que la amenaza y veo venir sobre ella, si no teme y reverencia de veras a Dios, y el gobierno político del reino no toma mejor camino. No lo interpretéis a soberbia y presunción si, como quien sale ya de este mundo y se apareja para el otro, os dijera que os acordéis de que vendrá día en que delante del universal y justo Juez vos daréis cuenta de vuestras obras, tan estrecha y tan rigurosa como los que vamos delante de vos. Y que deseo que los que me tocan en sangre y son de mi tierra, piensen con tiempo y entiendan bien lo que, desde que la lumbre de la razón se descubre en nosotros, debiéramos todos entender, para regular nuestros apetitos de manera que los cuidados de las cosas temporales den su lugar a los de las que son perdurables y verdaderas. -De Fotheringay, a 19 de diciembre de 1586. -Vuestra hermana y sobrina, presa injustamente, María, Reina.»

- XVIII -

La sola noticia de haber hecho la reina de Inglaterra comparecer a María Estuardo ante un Jurado, hirió profundamente el sentimiento nacional de Escocia, y produjo en todo el reino sensación hondísima. La mayoría de los escoceses tomaron como propio este agravio hecho a su antigua soberana, y los principales señores de la nobleza, heridos y enconados, comenzaron a bullir para tomar las armas y allanar la frontera en son de guerra. Sólo el hijo

desnaturalizado, Jacobo, permanecía tranquilo en medio de la general indignación; en vano lord Hamilton y Jorge Douglas, y otros grandes señores, le instaban para que protestase del agravio que a él y a todos los escoceses hacía la reina de Inglaterra, y se apresurase a impedir el juicio y la condenación de su desgraciada madre.

Jacobo, hijo sin entrañas y rey sin decoro ni dignidad, contestaba que jamás rompería con la reina de Inglaterra, aunque ésta diese muerte a su madre, como no fuera que tratase de privarle a él también de sus derechos a la Corona de aquel reino. Y con repugnante pedantería y sofístico y razonado cinismo, empeñábase en demostrarles que los lazos de la sangre obligan menos hacia los padres, que los de amistad hacia los aliados, y que debía él por lo tanto, sacrificar sus sentimientos de hijo, a lo que llamaba sus deberes de rey.

Esta desnaturalizada conducta indignó a la nobleza y exaltó al pueblo, hasta el punto de insultar un día a Jacobo al salir éste del palacio de Holyrood. Asustose con esto el pusilánime príncipe, y envió entonces a Londres, para interceder por su madre, al falso Arquibaldo Douglas y al traidor Gray, que deseaba la muerte de María tanto como sus enemigos de Inglaterra, y había escrito ya a Walsingham aconsejándole el secreto envenenamiento, más bien que la ejecución pública.

Enrique III, por su parte, tomó la defensa de su cuñada con verdad y con eficacia, no sólo por medio de su embajador Châteauneuf, sino enviando también a Inglaterra con este exclusivo objeto a Pomponne de Bellière. Mas poco podía temer la bastarda, por entonces, del rey de Francia, amenazado, como se veía éste, dentro de su propio reino, por la formidable Liga, y a todos contestó, pues, disculpándose con la fuerza que hacían en su ánimo y en su voluntad las instancias del Parlamento y los alborotados deseos de su pueblo. Hizo a este propósito publicar por las calles la sentencia de la reina de Escocia, al son de las campanas de la ciudad, que repicaron alegremente veinticuatro horas seguidas; y el populacho de Londres, preparado con astucia, y pagado con largueza por Cecil y Walsingham, dio el repugnante espectáculo de celebrar en fogatas y fuegos de artificio y soeces algazaras, la fúnebre noticia. Todo lo cual alegaba la bastarda como prueba de la efervescencia en que se hallaba el pueblo, y la dura necesidad en que se veía de acceder a sus sanguinarios deseos.

Mas no por eso se decidía Isabel a firmar la sentencia de muerte, ni cesaba tampoco en su farsa de vacilaciones fingidas e hipócritas ternezas, porque lo que la astuta bastarda quería, y lo que su solapada política iba buscando, era apurar la paciencia de Cecil y de Walsingham para que se determinasen éstos por su parte, como ya les había insinuado ella misma, a quitar la vida a María por cualquier medio secreto, y la librasen así de la ignominia y el baldón de firmar su sentencia de muerte. Conocían, sin embargo, harto bien los dos ministros la falsía de su Reina, y habían entablado el juego entre ellos, como de raposa sin corazón a raposos sin entrañas. Seguros estaban de que al día siguiente de cometido el delito, tan ansiado de su soberana, les desautorizaría ésta por completo y arrojaría sobre ellos todo lo odioso de aquel crimen de que su hipócrita crueldad quería aprovecharse, dejando para los demás el oprobio y la vergüenza.

Apelaron, pues, al conocido recurso de fingir un nuevo complot contra la vida de Isabel, para espantar el ánimo de ésta y exaltar aún más la cólera y la impaciencia del pueblo, y un

mal hombre y peor caballero, que llamaban Stafford, acusó nada menos que al embajador de Francia de haber promovido una conspiración contra la reina de Inglaterra, a fin de salvar a la de Escocia.

Aterrose Isabel, o fingió que se aterraba, y mandó tomar las precauciones más alarmantes. Cerráronse todos los puertos de Inglaterra para impedir que nadie entrase o saliese en el reino; hiciéronse prisioneros, expulsóse al embajador, y el espanto cundió en un momento de un cabo a otro de la isla. A diario corrían por calles y plazas, en medio de aquel aislamiento, las más temerosas noticias: unas veces era una invasión de los españoles, prestos a desembarcar en Milford-haven; otras era el duque de Guisa a la cabeza de un ejército, que entraba en Sussex; o los católicos apoderándose a mano armada de Fotheringay; o una insurrección, a favor de María en los condados del Norte. Reuníase a cada paso el Consejo privado para conjurar estos imaginarios peligros, y en todos ellos se proponía la muerte de María Estuardo como remedio único y radical de todos aquellos males.

Aparentó Isabel ceder al cabo, y el 1.º de febrero mandó llamar al secretario Davisson por medio del Almirante Howard. Llegó el Secretario a las diez de la mañana, trayendo el decreto de ejecución (warrant) que Cecil había redactado de antemano. Leyólo la Reina atentamente, pidió una pluma y firmólo sin la menor vacilación ni repugnancia visible, mandando a Davisson que lo llevase al canciller para que le pusiese el gran sello de cera amarilla con las armas del reino. Y tan grande era su serenidad, y tan lejos estaba su ánimo cruel de todo sentimiento de compasión o de tristeza, que al devolver el pergamino a Davisson tuvo el valor de añadir esta horrible chanzoneta.

-Mostradlo de paso a Walsingham, y cuidado de que no le mate la pena.

Encargole también que no tuviese efecto la ejecución en el patio de Fotheringay, sino en la gran sala del piso bajo, a fin de que la afluencia de gente no fuera demasiada, y despidióle al cabo, prohibiendo que la volviesen a hablar de aquel asunto, puesto que ya había hecho ella todo lo que la ley y la razón le exigían. En el momento de salir Davisson, detúvole la astuta bastarda, como si una repentina idea la asaltase. Quejósele entonces amargamente de Amyas Paulet y de los que podían haberla ahorrado aquel penoso deber de firmar la sentencia de muerte, cumpliendo ellos el juramento que, como miembros de la famosa Asociación, tenían derecho de perseguir hasta la muerte a cualquiera que atentase contra la vida de la reina de Inglaterra; y añadióle luego, con mucho ahínco, y como si fuera ésta la idea repentina, que quizá pudiera tener todavía la cosa remedio si él y Walsingham escribían a sir Amyas Paulet, sondeándole con maña sobre tan espinoso asunto, e induciéndole a tomarlo él a su cargo.

Aceptó Davisson la horrible propuesta, y apresurose a comunicarla a Walsingham, el cual encontró oportunísima la ocasión de arrojar sobre el viejo puritano Paulet la responsabilidad de aquel crimen que todos deseaban y a todos espantaba, y del que nadie quería aceptar sino los sangrientos provechos. Escribieron, pues, aquellos dos perversos ministros de una Reina todavía más perversa, a sir Amyas Paulet, aquel mismo día 1.º de febrero, la siguiente insidiosa y abominable carta:

«Después de saludaros cordialmente, creemos obligación nuestra comunicaros algunas palabras pronunciadas últimamente por S. M., quejándose de encontrar en vos la falta de celo y diligencia que revela el no haberseos ocurrido (sin insinuación de nadie) un medio cualquiera de quitar la vida a esa Reina, en vista de que S. M. estará siempre en peligro mientras ella viva. Sin hablar de la falta de amor a S. M. que esto revela, encuentra además la Reina que no cuidáis de vuestra propia seguridad, o más bien de la conservación de la religión, del bien público y de la prosperidad del país, todo lo que la razón y la política exigen. Vuestra conciencia quedaría tranquila ante Dios, y vuestra reputación sin tacha ante los hombres, puesto que tenéis hecho el juramento solemne de la Asociación, y puesto que los cargos alegados contra esa Reina resultan probados evidentemente. Por este motivo, el desagrado de S. M. es grande, al ver que los hombres que se dicen adictos a su persona, como vos lo sois, faltan a sus deberes y descargan sobre ella todo el peso de este negocio, sabiendo su repugnancia a verter sangre, y sobre todo la de una persona de ese sexo y de ese rango, y tan próxima parienta suya.

»Mucho turban estas consideraciones a S. M., y podemos aseguraros que ha protestado repetidas veces de que si no la preocupasen más que los peligros que pueda correr ella misma, los que corren sus buenos súbditos y fieles servidores, jamás consentiría en que se derramase la sangre de esa Reina. Hemos creído que convenía enteraros de estos sentimientos que S. M. ha expresado hace muy poco tiempo, y someterlos a vuestro buen juicio. Y con esto os encomiendan a la protección del Todopoderoso, vuestros buenos amigos, Francisco Walsingham y Nicolás Davisson.»

Recibió esta carta Amyas Paulet el 2 de febrero, a las cinco de la tarde, y una hora después ya había rechazado también el viejo puritano la tremenda responsabilidad, como la rechazaban los otros, revistiendo por su parte las formas nobles y leales de la siguiente carta a Walsingham:

«Hoy a las cinco de la tarde he recibido vuestra carta de ayer, y no detengo un momento la respuesta que me pedís en breve plazo. Os la transmito, pues, con toda la amargura que siente mi corazón al considerar que ha llegado un día en que, por insinuación de mi Graciosa Soberana, se exige de mí un acto que Dios y la ley prohíben. Mis bienes, mi destino, y mi vida están a disposición de S. M., y presto estoy a dejarlos mañana mismo, si ésa es su voluntad; pues reconozco que sólo a su gracia y favor los debo, y no deseo gozarlos sino con el beneplácito de S. A. Pero Dios me libre y me preserve de que naufrague miserablemente mi conciencia, y eche yo mancha tan grande sobre mi posteridad, derramando sangre sin autorización de la ley y sin un acto público. Espero que la acostumbrada indulgencia de S. M. sabrá tomar en buen sentido mi leal respuesta, etc., etc.

Corriéronse ambos secretarios, Walsingham y Davisson, con la carta del puritano, y encargose el segundo de comunicarla a la Reina. Leyola Isabel con muestras de despecho, y, según asegura Titler, exclamó violentamente:

-¡Me fastidian estos charlatanes escrupulosos y pacatos, que todo lo prometen de palabra, y luego no hacen sino echarle a una la carga a la espalda!...

No se habló más del asunto, como Isabel había mandado; pero el decreto de muerte, con la firma de la Reina y el sello del canciller, habíalo ya traído Cecil al Consejo privado, y éste se decidió a darle curso sin nuevas manifestaciones de la Reina. Escribieron, pues, todos los consejeros una carta colectiva a los condes de Shrewsbury y de Kent, encargándoles la triste misión de asistir al suplicio de la reina de Escocia, y el 4 de febrero salió Roberto Beale por la noche de Londres, con esta carta y el decreto de muerte, para el castillo de Fotheringay. Era muy reducido su cortejo, y formaba parte de él un hombre extraño y taciturno, disfrazado más bien que vestido de caballero, con ropilla de terciopelo negro y cadena de oro al cuello.

- XIX -

Pocos días antes de la muerte de la reina de Escocia, separó Paulet violentamente de su lado al capellán que allí tenía oculto y a su mayordomo, Andrés Melvil. Encerroles en el mismo castillo, lejos de su señora, y nadie ha explicado nunca, ni la razón de esta violenta medida, ni cómo se descubrió la estancia del sacerdote en Fotheringay, ni quién fuera este misterioso capellán de que hablan todos los historiadores, sin nombrarle ninguno. El erudito Mignet le llama Préau o Dupréau, sin decir dónde haya encontrado este nombre, y el P. Rivadeneira, que debía saberlo, sin duda, pues tomó sus noticias de los mismos servidores de la Reina que presenciaron su muerte, y escribió en el mismo año de la cruel tragedia, calla, sin embargo, su nombre con estudiada prudencia y limitase a decir que, por particular beneficio de Nuestro Señor, tuvo la Reina consigo el Santísimo Sacramento todo el tiempo de su prisión, y a narrar luego la patética escena que más adelante referiremos.

De todos modos, es lo cierto que al separar Paulet repentinamente al capellán del lado de la Reina, quedó el Santísimo Sacramento en la cámara de ésta, encerrado en una caja de oro, y oculto en el sagrario secreto que le tenían dispuesto. Lo cual, con ser consuelo inmenso para la Reina, era al mismo tiempo preocupación constante, pues temiendo a cada paso que la dieran muerte repentina y violenta, temía también dejar aquel tesoro inestimable en manos de los herejes.

Y sucedió que, estando la Reina, el día 7 de febrero, con estas dudas y temores, y enferma en cama por el dolor reumático que solía aquejarla en las piernas, entró a las dos de la tarde en su cámara Juana Kennedy, la primera de sus doncellas, demudada y temblorosa, anunciando que los condes de Shrewsbury y de Kent y otros varios señores que habían llegado por la mañana al castillo, pretendían hablarla.

Contestó la Reina sosegadamente que se hallaba enferma y en cama; pero que si el caso era de verdadera urgencia, se levantaría para recibirles. Respondieron los condes que la urgencia era grande, y levantose entonces la Reina, con harto trabajo, y se puso un amplio ropón de terciopelo negro, forrado de pieles, y sentose, por su mucha flaqueza, ante una mesita de escribir que había al pie del lecho. Entraron entonces los condes de Shrewsbury y de Kent, sir Amyas Paulet, Drue y Drury y Roberto Beale, y aparecieron detrás las asustadas cabezas de casi todos los servidores de la Reina, consternados y llorosos, y fuéronse deslizado a hurtadillas, uno a uno, como mejor pudieron, en la cámara de su

señora, y agrupándose en torno de ella. Estaban seis damas: Juana Kennedy, Renata de Beallay, Bila Maubray, Isabel Curle, María Pagets y Susana Korcady; su médico Bourgoing, su cirujano Jacobo Gervait, su boticario Pedro Gorjon, el ayuda de cámara Aníbal Stuart y el despensero Didier Siffard.

Adelantose el conde de Shrewsbury muy pálido, con la cabeza descubierta; inclinose profundamente delante de la Reina, y díjole, balbuceando casi, que, obligada su Soberana por las instancias de sus súbditos, había decidido que tuviera lugar la ejecución de la sentencia notificada dos meses y medio antes por el lord canceller Buckhurst. Escuchole la Reina sin turbarse en lo más mínimo, y de igual modo oyó el decreto de muerte leído a continuación por Roberto Beale. Santiguose sosegadamente al terminar la lectura, y dijo, cruzando las manos:

-¡Bendito sea Dios, por la nueva que nos dais!

Y como sus damas levantasen entonces el grito y comenzaran a sollozar y a lamentarse, volviose a ellas la Reina, y con grave además las impuso silencio.

-No podemos recibir mejor noticia -añadió- que la que nos anuncia el término de nuestras desdichas, y la gracia que nos hace Dios de morir por la gloria de su nombre y de su Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana... No esperábamos fin tan dichoso después de los tratos que hemos sufrido en este país, y los peligros a que nos han expuesto durante diecinueve años, a Nos, nacida reina, hija de rey, nieta de Enrique VII, sobrina de la reina de Inglaterra, reina viuda de Francia y princesa libre que no reconoce en el mundo más superior que Dios.

Y levantando la voz con grande dignidad y firmeza, protestó de nuevo contra la acusación de haber conspirado contra la vida de Isabel, y con gran vehemencia y movimiento espontáneo salido del alma, puso entonces la mano sobre un libro de los Evangelios que sobre la mesa había, y dijo con toda la majestad de la reina que se siente ultrajada, y toda la solemnidad de la cristiana próxima a morir:

-¡Juro no haber conspirado nunca, ni permitido que nadie conspirase, contra la vida de la reina de Inglaterra!

Mas ni aun en aquel momento, en que todo era allí grande y solemne, desde la actitud y las palabras de la Reina, hasta el silencio en que se la escuchaba, dejó de perseguirla el odio sectario de los herejes; y el conde de Kent, fanático, rudo y grosero, de escaso entendimiento y sobradas pretensiones, atreviose a decirle que aquel libro era el de los papistas, y que, por lo tanto, valía tan poco su juramento como su libro. A lo cual contestó la Reina con grave mesura:

-Notad, conde de Kent, que éste es el libro en que creemos... ¿Tendríais por más sincero un juramento prestado sobre el vuestro, que no nos merece fe ninguna?...

Empeñose entonces el grosero y pretencioso conde en hacerla renunciar a lo que él llamaba sus supersticiones, y díjola que habían traído una persona eclesiástica para que la preparase a morir. Preguntó la Reina:

-¿Es católica esa persona que decís, y tiene la fe y comunión de la Iglesia Romana?...

Contestéronla que no, y la Reina pidió entonces que la volviesen su capellán, preso allí mismo en el castillo. Negáronselo los condes, y tornaron a ofrecerle el mismo hereje que ellos traían, que era el deán de Petersboroug.

-No es eso lo que queremos ni lo que hemos menester -replicó entonces la Reina con gran firmeza-. Yo soy católica, y católica tengo de morir, y por ser católica muero, y téngolo por muy gran merced de Dios. Sin sacerdote me favorecerá mi Dios, que me ve mi buen deseo, y sin los medios ordinarios puede salvar y salva las ánimas que Él mismo con su sangre compró.

Negáronla también el breve plazo que pedía para escribir ella misma su testamento y hacer sus últimas disposiciones; y como preguntase entonces cuándo había de morir, contestole Shrewsbury que a las ocho de la mañana siguiente. Levantose luego la Reina, para indicar a la molesta visita que deseaba estar sola, y no bien estuvo, arrojáronse a sus pies todos sus servidores, anegados en lágrimas, pidiéndole, como si en su mano estuviese el concederlo, que no les abandonase. Consolábales ella con dulzura, como se consuela a los niños con halagos y palabras cariñosas, más bien que son sólidas razones. Mandó entonces adelantar la hora de la cena, a fin de tener toda la noche para escribir y para orar, y mientras la aparejaban, púsose ella a su mesa, y escribió a su capellán la siguiente carta, cuyo original tuvo el P. Rivadeneira meses después en sus manos, y lo besó como a una reliquia, y lo copió y tradujo al castellano de la siguiente manera:

«Yo he sido muy combatida y tentada de los herejes contra mi religión, para que recibiese consuelo por su mano dellos. Vos sabréis de otros que, a lo menos, yo he hecho fielmente protestación de mi fe, en la cual quiero morir. Yo he procurado de haberos y pedídoos para confesarme y recibir el Santo Sacramento. Hánmelo negado cruelmente, como también que mi cuerpo sea llevado desta tierra, y de poder estar libremente y de escribir, si no es por mano dellos y con voluntad de su señora. Y así, faltándome el aparejo, yo confieso humildemente, con gran dolor y arrepentimiento, todos mis pecados en general, como lo hiciera en particular, si pudiese; yo os ruego que esta noche queráis velar y orar conmigo, y en satisfacción de mis pecados, y de enviarme vuestra bendición. Avisadme por escrito las oraciones más propias y particulares que debo hacer esta noche y en la mañana, y todo lo demás que os pareciese que me puede ayudar para mi salvación. El tiempo es corto y no puedo escribir más.»

Sacó Isabel Curle, con mucho disimulo, este papel de las habitaciones de su señora, y dióselo a Martín Heut, jefe de la cocina de la Reina, puesto por ella misma para que no la envenenaran; y deslizándose éste por los pasillos y vericuetos del castillo, llegó, sin ser visto, al aposento del capellán, y por debajo de la puerta le entregó la carta.

Sirvió la cena a la Reina Domingo Bourgoing, su médico, por hallarse encerrado el mayordomo Andrés Melvil, como ya dijimos, y durante ella habló la Reina de las pretensiones que había tenido el necio conde de Kent de convertirla a su religión, y dijo, sonriéndose:

-No era este doctor el que había de convencernos.

Al terminar la cena mandó llamar a todos sus servidores, desde Martín Heut, el jefe de cocina, hasta Juana Kennedy, su primera doncella, y llenando una copa de vino, bebiola a la salud de todos ellos, de modo tan expresivo y cariñoso, que todos aquellos infelices cayeron de rodillas sollozando. Por lo cual, díjoles entonces ella, con gracia tan bondadosa y particular, que no parecía ya de este mundo:

-¿Y no queréis vosotros beber también a mi salud, que será ya eterna y, por la misericordia de Dios, dichosa?...

Todos bebieron entonces de rodillas, mezclando el vino con sus lágrimas, y le pidieron perdón por lo que pudieran haberla ofendido o molestado durante todo el tiempo de su servicio. Diolo ella con muy buena gracia, y pidiolo, a su vez, porque harto conocía, les dijo, que las penas y desdichas le habían agriado el carácter en aquellos últimos años. Exhortoles entonces a permanecer siempre firmes en la religión católica, y a vivir en paz unos con otros; y, entregándose en su cámara, salió a poco con unas bolsitas, hechas por ella misma, con previsión amorosa, y en las que había repartido los 5.000 ducados que le quitaron en Chartley, y le devolvieron luego después de su sentencia, y era todo lo que poseía.

Dióle a cada uno, por sí misma, una de aquellas bolsitas; para todos tuvo una palabra afectuosa, un prudente consejo, un encargo de amistad o de cariño, dicho todo con tanta bondad y gracia tan conmovedora, que, despedazadas de dolor aquellas pobres gentes, no podían tenerse de pie, y algunos yacían postrados sollozando. «Y hacíalo todo esto -escribía el mismo Bourgoing- sin que se viese el menor cambio en su rostro, ni en su voz, ni en sus movimientos; parecía que daba disposiciones y ponía en orden sus asuntos, para mudarse de una casa a otra.» Repartióle también todas sus ropas y las pocas alhajas que la quedaban, y a las ocho y media retiróse a la cámara en que tenía el Santísimo Sacramento, dejando en la pieza contigua, y con la puerta abierta, a Domingo Bourgoing y a Juana Kennedy.

Allí escribió de nuevo su testamento, todo de su puño y letra, y otras varias cartas, entre ellas una a Enrique III, pidiéndole, por caridad, que pagase las mandas que dejaba a sus servidores más pobres. La triste Reina despojada sólo poseía su viudedad de Reina de Francia, y ésta debía pasar a Enrique III, una vez muerta ella. «Siempre me habéis amado, -le decía-, y por eso os pido, por caridad, que me lo mostréis por vez postrera, dándome el consuelo de recomensar a mis pobres y afligidos criados, y de hacer sufragios por el alma de esta pobre Reina, que se ha llamado como vos, Reina Cristianísima de Francia, y muere católica y desprovista de toda clase de bienes.»

A las diez entró Martín Heut con la respuesta del capellán, que había tomado también por debajo de la puerta, y la Reina la leyó atentamente dos o tres veces, y la quemó después a la luz de una de las hachas. A las dos de la madrugada acabó de escribir, y puso entonces, en un cofrecillo, su testamento y las cartas abiertas, diciendo a Bourgoing y a Juana Kennedy que ya había terminado sus negocios humanos, y sólo le quedaba prepararse para comparecer delante de Dios.

Hízola entonces Bourgoing tomar un baño de pies con hierbas aromáticas, que mitigaban sus dolores y fortalecían la flaqueza de piernas que la aquejaba; y, sintiendo algún cansancio, mandó a Juana Kennedy que le buscara en el Flos Sanctorum, que leía todas las noches, la vida de algún santo que hubiera sido también gran pecador. Recorrió Juana algunas de aquellas vidas, y la Reina hízola detenerse en la de San Dimas, el buen ladrón, por parecerle que había en ella el ejemplo más acabado de la confianza humana y de la misericordia divina. Leyó Juana Kennedy la conmovedora historia, procurando comprimir sus lágrimas y sollozos, y la Reina la escuchaba con devoto recogimiento, cruzadas las manos y entornados los ojos. Al terminar la lectura dijo gravemente:

-Gran pecador, fue; pero no tanto como yo... ¡Quiera Nuestro Señor acordarse de mí y hacerme misericordia, como le hizo a él en la hora de la muerte!...

Púsose entonces en oración delante del Santísimo Sacramento, de rodillas y con el rostro oculto entre las cruzadas manos, hasta que, sintiendo crecer el cansancio a eso de las cuatro, y pareciéndole prudente reservar fuerzas para el último momento, acostose para descansar, vestida como estaba. Velábanla Juana Kennedy y María Pagets, rezando y llorando, y aunque veían cerrados los ojos de la Reina, movíanse sus labios entabiados, como si orase, y brillaba en su frente una especie de serenidad, que imponía, al mismo tiempo, pavor y respeto, como acontece a los humanos con las cosas del cielo.

- XX -

Al amanecer, despertose la Reina por sí misma, diciendo que ya no le quedaban más de dos horas de vida. Escogió entonces entre sus pañuelos, uno primorosamente bordado de oro, para que la vendasen los ojos en el cadalso, y mandó traer el más rico de sus vestidos, que solía ponerse los días de gala. Era de terciopelo granate muy oscuro, acuchillado de raso negro, con cuello muy alto y largas mangas perdidas; traía también un manto de corte, de larga cola y riquísimo brocado, del mismo color que el vestido, guarnecido de marta zibelina, y un amplino velo blanco, que la cubría de pies a cabeza. Llevaba a la cintura un rosario de oro, y al cuello una cruz también de oro, y dos escapularios.

Mandó entonces entrar a todos sus servidores, y delante de ellos hizo a Bourgoing leer su testamento, y lo firmó ella, y le hizo entrega de las cartas, papeles y presentes que debía llevar a Francia, a los príncipes de su familia. Encerrose luego con Bourgoing y Juana Kennedy en la cámara en que estaba el Santísimo Sacramento, y después de largo rato de oración, comenzó a rezar en latín las oraciones de los agonizantes... Llamaron a la puerta; Juana Kennedy contestó que presto saldría la Reina, y entonces hubo allí una escena

sublime y silenciosa, digna de la Iglesia de las Catacumbas y de los tiempos de Nerón y Tiberio, tan semejantes a los que bajo el reinado de Isabel corrían... Abrió la Reina, por su propia mano, el sagrario, y sacó la caja de oro en que estaba la sagrada forma: adorola breve rato, tomola luego en sus manos, y, con grande humildad y reverencia, se comulgó a sí misma... Volvieron a llamar, porque eran ya las ocho. Abrió entonces Juana Kennedy, y entró el Sheriff, Tomás Andrews, con su varita blanca en la mano, sin que la Reina volviese la cabeza. Pálido y turbado el funcionario, sólo tuvo alientos para decir desde la puerta:

-Señora, los lores están aguardando.

-Vamos -contestó la Reina levantándose.

En el momento de salir, diola Bourgoing un crucifijo de marfil que estaba sobre el altar, y ella lo tomó y lo besó, y se puso en marcha, llevándolo en una mano, y un breviario en la otra. Como la debilidad de sus piernas la impedía andar con soltura, apoyábase en los brazos de Bourgoing y de Gervait, su cirujano, y así fue hasta la última puerta de su departamento. Mas al llegar allí, dejáronla aquellos dos fieles servidores, porque repugnaba a su delicadeza conducirla ellos mismos a la muerte, y apoyada entonces en dos criados de Paulet, y seguida de todos los suyos, llegó a lo alto de la escalera, donde la esperaban los condes de Shrewsbury y de Kent, Amyas Paulet y toda la cohorte de herejes. Allí tuvieron los dos condes la crueldad de detener a toda su servidumbre, y con harto trabajo lo lograron, pues hombres y mujeres se arrodillaban a los pies de su señora, y le besaban las manos, y asíanse a sus ropas y no querían abandonarla.

Bajó la Reina la escalera con harto trabajo, y encontró, al pie de ella, a su fiel mayordomo Melvil, al cual habían sacado de su encierro para que pudiese darle el adiós postrero. Arrojo el anciano a sus pies, llorando amargamente al verla venir en aquella guisa, y la Reina le abrazó con gran serenidad, y le dijo, tuteándole por primera vez en la vida:

-No llores, mi buen Melvil; regocíjate más bien, porque María Estuardo ha llegado ya al término de sus desdichas... Harto sabes que este mundo no es sino vanidad, turbación y miseria... Di a todo el mundo que muero firme en mi religión; verdadera católica, verdadera escocesa, verdadera francesa... Perdona Dios a los que desean mi muerte, y Él, que ve los pensamientos secretos de los hombres, sabe que siempre he deseado la unión de Escocia y de Inglaterra.

Encargole entonces que llevase su bendición a su hijo, el príncipe Jacobo, y allí mismo se la dio, haciendo la señal de la cruz con la mano... Pidió luego a los dos condes que dejasen entrar a sus damas y servidoras en la sala en que habían levantado el cadalso, y ambos se lo negaron, muy en especial el de Kent, que temía alborotasen con sus gritos y dieran el escándalo de querer empapar los pañuelos en su sangre.

A esta brutal respuesta, replicó la Reina con noble mansedumbre:

-Os damos palabra, milord, de que no harán nada de eso... Los pobres sólo desean vernos morir, y podéis estar seguro de que vuestra señora, que es una reina virgen, no

rehusaría a otra reina que sus doncellas la asistiesen en el momento de su muerte.

Hablaron entre sí los dos condes, y resolvieron, al fin, que asistiesen a la ejecución dos doncellas de la Reina y cuatro hombres de su servidumbre. Designó María a Juana Kennedy y a Isabel Curle; a Bourgoing, Gervait, su cirujano, Goron su farmacéutico, y Didier Sifflard, su despensero, y seguida de todos ellos, y de Andrés Melvil, que llevaba la cola de su manto, entró en la sala en que estaba levantado el cadalso.

Era éste de dos pies y medio de altura y doce cuadrados de extensión, y se apoyaba por un lado en la pared del muro. Hallábase tendido de arriba abajo de bayeta negra, y había en medio un tajo cubierto también de luto, y delante un cojín y un sillón de terciopelo negro. Subió la Reina los escalones del cadalso con la misma tranquila majestad con que hubiera subido las gradas de su trono, y sentose en el sillón sin mudar de color, ni cambiársele el sereno rostro. Tenía a su derecha a los condes de Shrewsbury y de Kent, sentados, y a la izquierda al Sheriff, de pie, con su varita blanca en la mano; enfrente estaban, vestidos de terciopelo negro, los dos verdugos, de los cuales era uno el hombre extraño y taciturno, con cadena de oro al cuello, que trajo Beale a Fotheringay. Pegado a la pared del fondo había un banco, donde estaban sentados los servidores de la Reina, y contenidas por una barrera, que guardaban Amyas Paulet y sus soldados, había en el salón unas doscientas personas, herejes en su mayor parte.

Entrose en esto un perrito faldero, que amaba mucho la Reina, y le había enviado su tío, el cardenal de Guisa, y se subió al cadalso a la querencia de su señora y comenzó a hacerles fiestas. Acariciole la Reina con grave sosiego, e hízole acurrucarse a su lado y estarse quedo entre los pliegues de su manto.

Subió al tablado Roberto Beale para leer el decreto de su muerte, y oyole la Reina, tan profundamente recogida, que parecía extraña a cuanto la rodeaba. Santiguose muy despacio al terminar la lectura, y más hermosa que nunca, dice Jebb, con el rostro sonrosado y fresco, segura la mirada, fácil la palabra, firme la voz, sin cambio alguno en el semblante, con sobrehumana majestad en todo, comenzó a decir:

«¡Milores!... Creo que entre tantos que aquí estáis presentes, y veis este espectáculo lastimoso de una Reina de Francia y de Escocia, y heredera del trono de Inglaterra, habrá alguno que tenga compasión de mí y llore este triste suceso, y dé verdadera razón a los ausentes de lo que aquí pasa. Aquí me han traído, siendo Reina ungida y soberana señora, y no sujeta a las leyes de este reino, para darme la muerte, porque, siendo Reina, me fié de la fe y palabra de otra Reina, que es mi tía. De dos delitos me acusan, que son: el haber tratado de la muerte de la Reina, y haber procurado mi libertad. Mas por el paso en que estoy, y por aquel Señor que es Rey de los reyes y Supremo Juez de los vivos y de los muertos, que lo primero me levantan, y que ni ahora ni en algún tiempo jamás traté de la muerte de la Reina... Mi libertad he procurado, y no veo que el procurarla sea crimen, pues soy libre y reina y soberana señora. Pero, pues Dios Nuestro Señor quiere que con esta muerte yo pague los pecados de mi vida, que son muchos y muy graves, y que muera porque soy católica, y que con mi ejemplo aprendan los hombres en qué paran los cetros y grandezas de este mundo, y entiendan bien cuán espantosa cosa es la herejía, yo acepto la

muerte de muy buena voluntad, como enviada de la mano de tan buen Señor, y ruego a todos los que aquí estáis y sois católicos, que roguéis a Dios por mí, y que me seáis testigos de esta verdad, que muero en la comunión de la fe católica, apostólica y romana.»

Dichas estas palabras, que fueron escuchadas en el más profundo silencio, abrió la Reina su breviario, y como si no perteneciese ya a este mundo, comenzó a rezar en latín los salmos penitenciales. Mas ni aun en este momento, en que batía ya sobre ella sus alas la muerte, cesó la lucha para la Reina mártir, y allí mismo, en un extremo del cadalso, se levantó el fantasma de la herejía, que había tronchado su juventud y turbado toda su vida, para turbar también su hora postrera. El doctor Fletcher, deán hereje de Peterboroug, acercose para tentarla, con el pretexto de exhortarla a morir.

-Señora, -la dijo-, la Reina, mi Graciosa Soberana, me ha enviado...

Mirole María con torvo ceño, y le interrumpió secamente:

-Señor deán, soy católica, apostólica, romana, y por esta mi religión quiero morir.

Tornó el pérfido deán a tentarla, y tornó María a mirarle sin ira y sin odio; pero con imponente señoría, díjole imperiosamente:

-¡Callad, deán, que me turbáis!...

Separó Shrewsbury al hereje, tirándole del brazo, y despechado entonces el conde Kent, tuvo la infame villanía de insultar sobre el cadalso a aquella Reina vencida y humillada que iba a morir.

-De poco os serviría, -dijo brutalmente mostrando el crucifijo-, tener ese Cristo en la mano no llevándolo en el corazón.

A lo cual contestó la Reina con celestial mansedumbre:

-Justo es que el cristiano en todo tiempo, y más en el de su muerte, traiga consigo el signo de su redención.

Habíase puesto el deán hereje a rezar en un extremo del cadalso, según el rito anglicano, y la Reina, arrodillada en el almohadón, rezaba en latín los tres salmos: Miserere mei, Deus, etc.; In te, Domine, speravi, etc.: Qui habitat in adjutorio, etc. Comenzó luego a rezar en inglés, y su piedad era tan viva, su actitud tan espontánea, su voz tan natural y conmovedora, que muy pocos de los presentes pudieron contener las lágrimas. Rogó por el Papa, por la Iglesia, por los monarcas y príncipes católicos, por el Rey su hijo, por la reina de Inglaterra, por sus enemigos, y encomendándose también a sí misma, concluyó diciendo, con la vista en el crucifijo y voz segura y firme que salía de lo más profundo de su alma:

-¡Señor mío Jesucristo!... ¡Como tus brazos se extendieron en la Cruz, así se extiendan para recibirme a mí los de tu misericordia!...

Levantose entonces, y apartando con una sonrisa al verdugo que se adelantó para ayudarla a despojarse de la parte de sus vestidos que estorbaba, hizo seña a Juana Kennedy y a Isabel Curle de que se acercasen. Allegáronse las dos mujeres tan profundamente desoladas, que para evitar la explosión de su dolor, púsoles la Reina cariñosamente la mano sobre la boca, y les recordó que había prometido ella en su nombre que serían animosas.

-No lloréis, -las decía-; regocijaos conmigo, porque soy muy feliz al dejar este mundo por tan buena causa.

Quitose lo primero la cruz de oro que llevaba al cuello, y dióselo a Juana Kennedy. Quitáronla después el manto, el velo y el corpiño con la gola, y quedose tan sólo con la saya de terciopelo, un jubón de tafetán rojo y la escofieta en la cabeza. Sentose entonces en el sillón y bendijo desde allí a sus servidores, que lloraban desolados. Arrodillose el verdugo ante ella para pedirla perdón, y respondió la Reina que perdonaba a todo el mundo. Abrazó entonces a Juana Kennedy y a Isabel Curle, y las bendijo haciéndoles la señal de la cruz sobre la frente. Vendola después Juana los ojos con el pañuelo escogido por la misma Reina, y ambas mujeres se apartaron sollozando.

Quedose la Reina un momento recogida, con el crucifijo en ambas manos, y luego se arrodilló sin soltarlo, y tendió el cuello al verdugo, diciendo con el acento de la más firme confianza:

-In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum!...

Creó ella que habían de darle muerte como en Francia, hiriéndola con el cuello en alto; mas el verdugo la advirtió su error, y le hizo apoyar su cabeza sobre el tajo... De nuevo repitió la Reina: In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum!, y el verdugo levantó el hacha y descargó en falso un golpe tremendo... Escapose un gemido de horror de todos los circunstantes; mas la Reina no hizo el menor movimiento ni profirió una queja. Descargó el verdugo un segundo golpe, y la cabeza rodó por el suelo, desprendiéndose de ella la escofieta, y dejando ver la cabellera de la Reina, cana por completo, a pesar de no contar sino cuarenta y cuatro años. El verdugo mostró la cabeza desde un extremo del cadalso, diciendo: ¡Dios salve a la Reina!, y el deán Fletcher gritó desde el otro lado: ¡Así perezcan todos sus enemigos! Sólo el infame conde de Kent se atrevió a contestar: ¡Amén!

Echaron un paño negro por encima del cuerpo, y horas más tarde, cuando volvió el verdugo para recoger los sangrientos despojos, oyó algo que gemía y se agitaba junto al mismo cuerpo, y debajo del fúnebre paño... Tiró de él con verdadero espanto y encontró al falderillo de la Reina, que, olvidado de todos y escondido entre las ropas de su señora, hablase deslizado entre el tronco y la cabeza, y lamía la sangre y aullaba tristemente.

Epílogo

Contrista el ánimo y lo aflige, recorrer la larga serie de desventuras de la reina de Escocia, y aun llega a indignarse, al encontrar al fin de la jornada abatida su noble figura y su santa causa, y orgullosa y triunfante la repulsiva Isabel y su herética Iglesia. Mas

y si los días del impío son largos, su muerte es cierta y viene en un punto. Por eso es justo examinar esta última página del proceso de Isabel, y comparar vida con vida, muerte con muerte, y, a lo que puede colegirse, destino eterno con destino eterno.

Sobrevivió Isabel a María Estuardo poco más de trece años, y durante ellos vio la bastarda halagada su soberbia con el engrandecimiento de Inglaterra, y saciadas sus pasiones con la larga serie de favoritos que, sin disputas ni controversias, le señala la historia: Leicester, Flatton, Walter Raleigh, Pickering, Carlos Blount y el conde de Essex Roberto Devreux.

Enamorose Isabel de este último, cuando tenía él veintiún años, y ella cincuenta y cinco, y tan desvergonzado era el mozo y tan crédula la vieja, que en el entusiasmo de sus monstruosos amores, le escribía él y le creía ella: «Esperaba esta mañana temprano que mis ojos tuvieran la dicha de ver la belleza de V. M... No se oscurezca el divino poder de V. M., como no se ha oscurecido su belleza, la cual ha llenado el mundo de esplendor... ¿Cómo hubiese podido vivir lejos de V. M., acostumbrado a verla cabalgar como Alejandro, cazar como Diana, andar como Venus, mientras que un suave céfiro hacía flotar sus hermosos cabellos alrededor de sus blancas mejillas cual a una ninfa; y a considerarla sentada a la sombra como una deidad, ya cantando como un ángel, ya tocando la lira como Orfeo?»

Essex fue el único de los favoritos de Isabel que pudo dominar en algo el ánimo de aquella mujer atroz, cuya soberbia inmensa no tenía más punto flaco que su carne; y sucedióle, al fin, lo que a los domadores de fieras, que acaban por dejar la vida entre las garras de la pantera domesticada, un día que ésta se rebela, o de la hiena que baila, en un momento en que la fiera se cansa.

Explotaba Essex sin decoro los seniles amores de la Reina; mas las libertades que se tomaba el joven hacían sacar a cada paso las garras a su enamorada hiena, y un día, en pleno Consejo, como hubiese Isabel negado a Essex cierta gracia, volvíole éste la espalda groseramente. Saltó la bastarda de la silla, como si se hubiese revuelto en sus entrañas toda la venenosa sangre de Enrique VIII, y dióle un gran bofetón en el rostro, gritando exasperada: -¡Go and. be hanged! ¡Anda a que te ahorquen en otra parte!

Mas escrito estaba que a Essex habían de ahorcarle allí mismo y harto ya de las repugnantes caricias de aquella Dido de sesenta y ocho años, fuese a pelear a Irlanda contra la voluntad de ella, y volvíose cuando le plugo, sin su permiso, lo cual irritó de tal manera a Isabel, que, con harta benignidad para su carácter, mandole arrestar en su propia casa. Exasperose Essex con el castigo, y en su insolente cólera, llamó a Isabel vieja ridícula; y esta verdad tan patente a los ojos de todos, menos a los de la propia dama, con ser tan perspicaces, despertó en su vengativo ánimo uno de esos odios repentinos y pasajeros, que nacen del amor celoso o ultrajado, y son en sus prontos los más intensos y temibles de los odios.

Una vez en guerra declarada los dos amantes, llegó Essex de locura en locura hasta conspirar contra la Reina, y echarse a las calles de Londres para promover una sedición, y derribar a su rival en el poder, Roberto Cecil, hijo del otro Cecil, gran tesorero. Apagada, sin embargo, la sedición, y desarmados Essex y los suyos, fue el ingrato favorito encerrado en la Torre de Londres, juzgado por un tribunal de pares, y condenado a muerte... Entonces comenzó Isabel a sentir real y verdaderamente las vacilaciones y angustias que había fingido años atrás, cuando se trató de firmar la sentencia de María Estuardo. Por tres veces firmó la del conde de Essex, y otras tantas veces volvió a revocarla, luchando entre su amor que resucitaba y su orgullo que no moría, y esperando siempre alguna señal de arrepentimiento, alguna palabra humilde o mensaje sumiso del amado reo, para concederle el amplio y absoluto perdón, que en el fondo de su degradada alma, le tenía ya concedido.

Años atrás, en los tiempos más felices de sus amores, había dado Isabel a Essex un rico anillo, encargándole que en cualquiera circunstancia apurada en que se viese y se lo enviara, tendría al punto concedido, bajo su palabra de Reina, cuanto fuese su deseo. Este anillo era el que esperaba Isabel, hora por hora y minuto por minuto, con ansiedad siempre creciente y angustia que la mataba. Mas el anillo no venía; era esto señal de que Essex no se humillaba, y en un momento en que el orgullo herido y la soberbia irritada prevalecieron en el ánimo de la Reina, sacó la pantera las garras del todo, firmó la sentencia de muerte, y el hermoso favorito fue decapitado en la Torre de Londres, a los treinta y cinco años, el 25 de febrero de 1601.

Desde entonces, poseída Isabel de mortal tristeza, arrastrose más bien que vivió, por todos sus palacios, sin permanecer más de un mes en ninguno, y ni volvió a prestar atención seria a los negocios, ni hubo para ella placer ni distracción alguna. Sombría y más feroz e irritable que nunca, veíasela vagar sola por lugares apartados, y encontrábasela a menudo derramando copiosas lágrimas. Decayeron sus fuerzas visiblemente al cumplir los setenta años, y a principios de febrero de 1603, trasladose de Westminster al castillo de Richmond, que era una de sus residencias favoritas. El 13 de marzo, estando la Reina en su cámara, sola con lady Isabel Spelman, dama de honor de guardia aquel día, avisáronle que la condesa de Nottingham, dama de honor también, que seguía a la corte y estaba en el castillo, se hallaba moribunda por repentino accidente, y pedía con grandes ansias ver a la Reina antes de morir, para confiarla secretos de importancia. Era esta condesa de Nottingham, mujer del gran Almirante de Inglaterra Carlos Howard, muy privado de la Reina, y llena ésta de curiosidad, dirigióse con lady Spelman a las habitaciones de la condesa.

Entró la Reina en la alcoba de la moribunda; y quedose la Spelman en la habitación vecina aguardando. Mas de allí a poco resonaron grandes gritos dentro, y oyó la dama distintamente los groseros juramentos que solía emplear Isabel en sus arrebatos de cólera. Abrió asustada la puerta, y vio a la Nottingham hundida en el lecho, cadavérica casi, y a la Reina delante, de pie, desencajada también por la cólera y la rabia, y con los brazos extendidos hacia la moribunda, como si quisiese estrangularla. En el momento de entrar, decía la Reina con el más furioso encono:

-¡Podrá Dios perdonaros, pero yo no os perdonaré nunca!... ¡nunca!...

Y barbotando esta horrible palabra ¡nunca!, ¡nunca!, y babeando de furor, y tan ciega por la ira, que tropezó con lady Spelman y la arrastró tras sí brutalmente agarrándola por la gorguera y pinchándose con los alfileres, huyó a sus habitaciones, como si las furias le hubiesen devuelto su vigor y sus fuerzas, y allí se dejó caer sobre una alfombra, mesándose los cabellos y dando gemidos que parecían más bien furiosos ecos de impotente rabia.

Aquella misma noche murió la Nottingham, y comenzó a correr, por el palacio primero, por la ciudad después, y por la historia más tarde, el secreto que reveló a la Reina en su lecho de muerte.

El conde de Essex no había muerto impenitente ni despreciando el perdón de la Reina. Lejos de eso, habíase humillado a ésta, enviándole el anillo que había de ser para él prenda de perdón. Mas quiso su desgracia que diese este encargo a la condesa de Nottingham, y esta mujer, obligada, según unos, por su marido, enemigo implacable de Essex, o impulsada, según otros, por propios y amorosos resentimientos, guardose el anillo, calló la embajada, y dejó morir al infeliz conde desesperado, y renegando injustamente de la palabra y la misericordia de Isabel.

Herida ésta de muerte por aquella revelación inesperada, no volvió a separarse del tapiz en que se había echado. Trajéronle unos cojines, y en ellos se reclinó, y pasados los primeros transportes de ira y de rabia, quedose allí mismo, inmóvil y silenciosa, poseída de esa sombría desesperación que infunde en los ánimos soberbios el pensamiento fijo y constante de las cosas que pudieron ser y por nuestra culpa no fueron, y que ya no tienen remedio.

Diez días y diez noches pasó en aquel mismo sitio, como idiota, sin pronunciar palabra ni variar de postura, chupándose, sin cesar, un dedo de la mano izquierda, siempre el mismo, con los ojos desencajados y fijos en el suelo. A veces daba gritos por el ardor horrible de estómago que la atormentaba; mas rechazaba también los alimentos, y sólo bebía, de vez en cuando, con dolorosa ansia, algunos sorbos de agua pura. Veíasela morir, y rodeábanla sus damas, aterradas sin osar acercársele mucho, temiendo los ímpetus de sus terribles iras, como se teme la proximidad de una pantera enferma, mientras puede extender la potente zarpa. Acercósele el arzobispo hereje de Cantorbery para exhortarla a implorar la misericordia divina; y la Reina movió por dos veces la cabeza, y balbuceó otras tantas, sin sacarse el dedo de la boca:

-¡Ya hago!... ¡Ya hago!...

Y sin una palabra de arrepentimiento, ni de perdón que pidiese, ni de consuelo que le fuera menester, se apagó su existencia lentamente, en aquella misma postura, al amanecer del jueves 24 de marzo.

Así murió Isabel, y así cayó su negra alma en lo eterno, donde uno de sus mayores tormentos fue, sin duda, contemplar la gloria de María Estuardo en el cielo.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

